

EL SEPTIMO HIJO
Orson Scott Card

*A Emily Jan,
quien sabe de magia todo lo
que pueda necesitar*

AGRADECIMIENTOS

Debo mi gratitud a Carol Breakstone, quien me ayudó en la investigación sobre la magia tradicional de la frontera americana. El material que logró reunir ha resultado ser una rica mina de ideas argumentales y detalles sobre la vida en los territorios del noroeste durante su período de la frontera.

También hice amplio uso de la información contenida en *A Field Guide to America's History* (Facts of File, Inc.), de Douglass L. Brownstone, y en *The Forgotten Crafts* (Knopf), de John Seymour.

Scott Russell Sanders contribuyó al poner en mis manos un ejemplar de su deliciosa serie histórica *Wilderness Plots: Tales About the Settlement of the American Land* (Quill). Su obra me demostró cuánto podía lograrse con un tratamiento realista de la vida de la frontera y me mantuvo en la senda correcta en mi siguiente proyecto, Alvin el Hacedor.

Y, aunque haya fallecido hace largo tiempo, es considerable mi deuda con William Blake (1757-1827), por haber escrito los poemas y refranes que tan bien quedan en labios de Truecacuentos.

Pero, sobre todo, estoy en deuda con Kristine A. Card por el inapreciable valor de sus opiniones, su aliento y la edición y corrección de pruebas, y por haber hecho de nuestros hijos —sin ayuda— seres amables, sabios y de buenos modales, dispuestos a perdonar a su padre cuando no es ejemplo cabal de estas virtudes.

Capítulo 1 MARY LA MALA

La pequeña Peggy era muy cuidadosa con los huevos. Enterraba la mano entre la paja hasta que sus dedos daban con algo duro y pesado. No le preocupaban las deposiciones de los pollos. Después de todo, cuando en la posada se hospedaban los viajeros con niños, Mamá nunca fruncía la nariz ante los pañales más escandalosos. Los excrementos eran húmedos, viscosos y le dejaban los dedos pegajosos, pero a la pequeña Peggy le daba igual. Apartaba la paja, envolvía el huevo con la mano y lo retiraba del cajón de la ponedora. Y todo eso subida en una tabla bamboleante, de puntillas y con el brazo extendido por encima de la cabeza. Mama dijo una vez que era muy pequeña para recoger los huevos, pero Peggy le hizo una demostración. Todos los días revolvió los cajones de paja y retiraba todos los huevos, sin dejar ni uno, vaya que sí.

Sin dejar ni uno, repetía para sus adentros, una y otra vez. No debo dejar ni uno.

Y entonces la pequeña Peggy miraba hacia el rincón más oscuro del gallinero. Y allí estaba Mary la Mala en su cajón de ponedora, la peor pesadilla del demonio, con el odio brotando de sus ojos repugnantes, como si dijera: ven aquí, niñita, que te voy a picotear. Quiero picotearte los dedos y los pulgares, y si te acercas bien e intentas llevarte mi huevo, hasta te picotearé un ojo. La mayoría de los animales carecían de fuego interior, pero Mary la Mala era fuerte y arrojaba un humo ponzoñoso. Nadie más que la pequeña Peggy podía verlo. Mary la Mala deseaba la muerte de todos los hombres, pero en especial la de cierta niña de cinco años, y la pequeña Peggy llevaba en los dedos las marcas que lo atestiguaban. Bueno, al menos una marca, y aunque Papá dijera que no veía ninguna, la pequeña Peggy recordaba cómo se la había hecho y nadie podía culparla de nada si a veces olvidaba buscar por debajo de Mary la Mala, que se sentaba allí como un indio salvaje a la espera del primer viajero que osara acercarse.

Nadie podía enfadarse si a veces se le olvidaba buscar allí.

Me olvidé. Miré en todos los cajones, en toditos, y si me dejé alguno, pues fue porque me olvidé, me olvidé y me olvidé.

Al fin y al cabo, todos sabían que Mary la Mala era una gallina vulgar y mezquina, incapaz de poner un solo huevo que no estuviese podrido.

Me olvidé.

Entró la cesta de los huevos antes incluso de que Mamá hubiera preparado las brasas, y Mamá se alegró tanto que le permitió poner los huevos uno a uno en el agua fría. Y entonces Mamá colgó el perol del gancho y lo arrimó al fuego. Para hervir huevos no hay que esperar a que bajen las llamas. Se puede hacer con humo y todo.

—Peg —dijo Papá.

Ése era el nombre de Mamá, pero Papá no lo dijo con la voz de llamarla a ella. Lo dijo con su tono de pequeña-Peggy-te-la-has-ganado, y la pequeña Peggy supo que la habían descubierto sin remedio, conque dio media vuelta y anunció a viva voz lo que todo el tiempo había planeado decir:

—¡Me olvidé, Papá!

Mamá se volvió y miró a la pequeña con asombro. Pero Papá no pareció sorprendido en absoluto. Enarcó una ceja. Escondía una mano detrás de la espalda. La pequeña Peggy sabía que en esa mano habría un huevo. El huevo infame de Mary la Mala.

—¿De qué te olvidaste, pequeña Peggy? —preguntó Papá con su voz mas suave.

Y en ese mismo instante la pequeña Peggy supo que era la niña más idiota nacida sobre la faz de la tierra. Tenía que negarlo todo antes de que nadie la acusara de nada...

Pero no iba a rendirse. No tan fácilmente. No podía soportar que se enfadaran de ese modo con ella; lo único que quería era que la dejaran partir rumbo a Inglaterra. Compuso su rostro más inocente y dijo:

—No lo sé, Papá.

Se imaginaba que no había mejor sitio para vivir que Inglaterra, porque Inglaterra tenía un Lord Protector. A juzgar por la mirada de Papá, un Lord Protector era, casi seguro, lo que mejor le vendría a Peggy en ese momento.

—¿De qué te olvidaste? —insistió Papá.

—Dilo y acabemos de una vez, Horace —intervino Mamá—. Si ha hecho algo malo, lo ha hecho y ya está.

—Me olvidé una sola vez, Papá —dijo la pequeña Peggy—. Es una gallina vieja y mala, y me odia.

Papá respondió con voz lenta y suave.

—Una sola vez... —repitió.

Y entonces asomó la mano que tenía detrás de la espalda. Pero no llevaba un solo huevo, no. Era una cesta. Y en la cesta había un montón de paja —muy probablemente la paja del cajón de Mary la Mala—, y la paja estaba pegoteada y aplastada con huevo crudo seco y pedazos de cáscara mezclados con los restos masticados de tres o cuatro pollitos.

—¿Tenías que traer eso a casa justo antes del desayuno, Horace? —se irritó Mamá.

—No sé qué me enfurece más —dijo Horace—. Que haya hecho esta maldad o que haya preparado una mentira para salvarse.

—No he preparado nada y no he mentado —gritó la pequeña Peggy. O en todo caso quiso gritar. Lo que se escuchó se parecía lastimosamente al llanto, aun cuando la pequeña Peggy había decidido ayer, sin ir más lejos, que ya había llorado lo suficiente para el resto de su vida.

—Estarás contento —inquinó Mamá—. Has conseguido que se sienta mal...

—Se siente mal porque la he cazado —dijo Horace—. Eres demasiado blanda con ella, Peg. Es de las que mienten. No quiero que me salga una hija torcida. Preferiría verla muerta como a sus hermanitas antes que verla crecer torcida.

La pequeña Peggy vio que el fuego interior de Mamá se encendía de recuerdos, y ante sus ojos vio una hermosa pequeña yacer en un cajoncito, y luego otra, sólo que no era tan pequeña, porque era la segunda Missy, la que murió de pústulas y nadie podía tocarla salvo Mamá. Aunque Mamá estaba tan débil de las mismas pústulas que no pudo hacer demasiado. La pequeña Peggy vio la escena y supo que Papá había cometido un error al decir aquello, pues a Mamá sé le enfrió el rostro, a pesar de que su fuego interior seguía ardiendo.

—Es lo más maligno que alguien haya dicho jamás en mi presencia —dijo Mamá. Luego tomó de la mesa la cesta con la porquería y la llevó afuera.

—Mary la Mala me pica en las manos —dijo Peggy.

—Veremos dónde te pica —anunció Papá—. Por haberte olvidado los huevos te daré un azote, porque comprendo que esa gallina lunática pueda asustar a una niñita como tú, del tamaño de una rana. Pero por decir mentiras te daré diez azotes.

Al escuchar la noticia, Peggy lanzó un quejido de súplica. Papá era riguroso en las cuentas, pero muy especialmente cuando se trataba de contar azotes.

Tomó la varita de avellano del estante superior. La guardaba allí desde que la pequeña Peggy había arrojado la anterior al fuego hasta reducirla a cenizas.

—Preferiría oír mil verdades duras y amargas de ti, hija, que una mentira fácil e inofensiva —sentenció, y luego se inclinó y le dio con la varita en los muslos. Juic, juic, juic, fue contando todos los azotes. Le dolían hasta el alma, tanta era la ira que contenía. Y lo peor de todo era que sabía que era injusto, pues el fuego interior de su padre rugía por una causa enteramente distinta, como siempre. El odio que Papá sentía hacia la perversidad siempre provenía de sus más íntimos recuerdos. La pequeña Peggy no llegaba a comprenderlo, porque era algo confuso y retorcido, y ni Papá mismo se acordaba bien de ello. Lo único que Peggy veía siempre con claridad era una señora que no era Mamá. Papá pensaba en esa señora cada vez que algo no salía bien. Cuando la pequeña Missy murió sin ninguna razón, y luego cuando la otra niña que también se llamaba Missy falleció de pústulas, y cuando una vez se incendió el granero y murió una vaca, cada vez que algo salía mal, él pensaba en esa señora y comenzaba a decir cuánto aborrecía la perversidad, y en esas ocasiones la varita de avellano volaba que ponía la carne de gallina.

Preferiría escuchar mil verdades duras y amargas; eso es lo que decía, pero la pequeña Peggy sabía que había una verdad que nunca querría oír, de modo que no pensaba decírsela. Jamás le diría nada sobre esa verdad, aunque él le partiera la varita de avellano en las nalgas, pues cada vez que pensaba en decir algo sobre esa señora, se imaginaba a su padre muerto, y eso era algo que nunca deseaba tener que ver. Además, esa señora que rondaba su fuego interior no tenía ropas, y la pequeña Peggy sabía que se ganaría unos cuantos azotes si hablaba de gente desnuda.

De modo que aguantó los azotes y lloró hasta que sintió que se le taponaba la nariz. Papá se alejó de la habitación de inmediato, y Mamá regresó a preparar el desayuno para el herrero, las visitas y los peones, pero nadie dijo esta boca es mía, como si lo ocurrido no fuera importante. Siguió llorando y gritando un minuto más, pero no sirvió de nada. Finalmente, tomó a su Bugy de la canasta de la costura y caminó envarada hasta la choza de Abuelito. Estaba dormido, pero lo despertó.

Él la escuchó, como siempre.

—Conozco a Mary la Mala —aseguró— y le advertí a tu padre cincuenta veces, vaya si lo hice, que le retorciera el cogote a la gallina esa, y a otra cosa. Es un bicho loco. Semana por medio le da un ataque y rompe sus propios huevos, aun los que ya están listos para nacer. Mata a sus propias crías. Quien mata a sus crías está loco de remate.

—Papá quisiera matarme —aventuró la pequeña Peggy.

—Bueno, si aún puedes caminar es que no ha sido tan grave.

—No puedo caminar mucho...

—Eso. Veo que quedarás tullida de por vida —dijo Abuelito—. Pero te diré algo. Por lo que veo, tu madre y tu padre están de morros. ¿Por qué no desapareces por un par de horas?

—Ojalá pudiera convertirme en pájaro y echar a volar...

—Lo mejor es que te consigas un rincón secreto donde a nadie se le ocurra ir a buscarte. ¿Tienes algún lugar así? No, no me lo digas. Si se lo cuentas a una persona siquiera, ya lo estás estropeando. Vete un rato a ese sitio, mientras sea un lugar seguro, que no esté en los bosques de las afueras, donde un piel roja podría quedarse con tu bonito cabello, y mientras no sea un lugar alto de donde te puedas caer ni un sitio pequeño donde puedas quedar atascada.

—Es grande, bajo y no está en el bosque —indicó la pequeña Peggy.

—Pues entonces ve, Maggie.

La pequeña Peggy frunció el ceño, como hacía cada vez que Abuelito la llamaba de ese modo. Sostuvo su Bugy en alto y, con la vocecita fina y quebradiza de Bugy, dijo:

—Se llama Peggy.

—Pues ve allí, Piggy, si así te gusta más...

Peggy palmeó a Abuelito en las rodillas con su Bugy.

—Un día de estos, Bugy volverá a hacer eso, tendrá un accidente y morirá

—advirtió Abuelito.

Pero Bugy siguió bailoteando en sus narices e insistiendo:

—¡No es Piggy, es Peggy!

—Está bien, Puggy, te vas a ese sitio secreto, y si alguien dice que hay que encontrar a esa niña, yo responderé: sé donde está, y volverá cuando le venga en gana.

La pequeña Peggy corrió hasta la puerta de la choza y allí se detuvo.

—Abuelito, eres la persona mayor más maravillosa del mundo.

—Tu padre tiene una opinión distinta de mí, pero eso tal vez tenga que ver con otra varita de avellano a la cual solía recurrir con demasiada frecuencia.

¡Ahora lárgate!

Antes de cerrar la puerta se volvió otra vez.

—¡Eres la única persona mayor agradable! —Lo dijo a voz en cuello, con cierta esperanza de que la escucharan dentro de la casa. Y luego se marchó, cruzó el jardín, dejó atrás los pastos del ganado, subió la colina, se internó en el bosque y avanzó por el camino hacia la casa del manantial.

Capítulo 2 LOS DE LA CARRETA

Tenían una buena carreta, vaya si no, y dos buenos caballos que tiraban de ella. Incluso podría haberse pensado que era gente próspera, siendo que tenían seis varones, desde el mayor, ya hombre, hasta los pequeños, dos mellizos que de tanto pelearse estaban más fuertes de lo que cabía esperar a sus doce años. Y además, una hija mayor y un montón de hijitas. Una familia numerosa. Acomodados, habría pensado uno, de no saber que sólo un año atrás habían sido dueños de un molino y vivían en una inmensa casa a la vera de un arroyo, al oeste de Nueva Hampshire. Habían caído en desgracia, vaya que sí, y esa carreta era todo lo que les quedaba.

Pero tenían esperanza y viajaban rumbo al oeste, por los caminos que cruzaban el Hio, en busca de tierra disponible para la apropiación. Si la de uno era una familia de espaldas fuertes y manos diestras, sería una buena tierra, mientras el buen tiempo los acompañara, los pieles rojas no los capturaran y los banqueros y abogados se quedaran en Nueva Inglaterra.

El padre era un hombre corpulento, algo entrado en carnes, lo cual no era sorprendente, ya que los molineros por lo general se mueven poco en todo el día. Pero en tierras boscosas esas redondeces no le durarían un año. De todas formas, no pensaba mucho en ello. No era hombre que temiese el trabajo duro. Lo que ese día le preocupaba era su mujer, Fe. Le había llegado la hora de dar a luz, lo sabía. No es que ella se lo hubiera dicho directamente. Las mujeres no hablan de esas cosas con los hombres. Pero veía lo gruesa que estaba y sabía cuántos meses habían transcurrido. Además, cuando se detuvieron al mediodía ella le había dicho en un susurro:

—Alvin Miller¹, si hay alguna posada a lo largo del camino o incluso una pequeña choza destartalada, creo que me vendría bien un poco de descanso. Un hombre no necesitaba ser filósofo para comprender de qué se trataba. Y después de seis varones y seis hembras, tenía que ser un cabeza de alcornoque para no darse cuenta de lo que se avecinaba.

De modo que ordenó al hijo mayor, Vigor, que se adelantara y echara un vistazo al camino.

Se podía saber que venían de Nueva Inglaterra en que el joven partió sin escopeta. De haber habido un piel roja, jamás habría regresado, y el hecho de que volviera con la cabellera intacta daba cuenta de que ningún indio lo había descubierto. Los franceses del norte, en Detroit, pagaban los cueros cabelludos ingleses con licor, y si un piel roja veía un hombre blanco solo en el bosque y sin arma, éste podía dar por perdida su cabellera. Alguien podría haber pensado que la suerte estaba con ellos, después de todo. Pero como estos yanquis no tenían idea de que el camino pudiera ser peligroso, Alvin Miller no pensó ni por un momento en su buena fortuna.

Vigor dijo que había una posada a unos cinco kilómetros. Era una buena nueva, salvo que entre ellos y la casa se interponía un río. Era un río escuálido, de vado poco profundo, pero Alvin Miller había aprendido a no fiarse nunca del agua. Por inofensiva que parezca, crecerá y tratará de llevarte. Estuvo tentado de decir a Fe que pasarían la noche de este lado del río, pero la mujer lanzó un débil quejido, y entonces supo que no tenían alternativa. Fe le había dado doce hijos vivos, pero habían pasado cuatro años desde que naciera el último, y muchas mujeres tenían dificultades en dar a luz después

¹ Miller en inglés significa molinero. (N. de la, T.)

de tanto tiempo. Muchas morían. Una buena posada significaba comadronas que podían ayudar en el alumbramiento, de modo que tendrían que cruzar las aguas.
Y además, Vigor había dicho que el río no era gran cosa.

Capítulo 3 LA CASA DEL MANANTIAL

En la casa del manantial el aire era fresco y cargado, oscuro y húmedo. A veces, cuando Peggy echaba una siesta en el lugar, despertaba boqueando, como si todo el sitio estuviese bajo las aguas. Soñaba con agua aun cuando no estuviese allí, lo cual hacía decir a algunos que la niña no era una «tea» sino una «hidromántica». Pero cuando soñaba al aire libre siempre sabía que estaba soñando. En la casa del manantial, en cambio, el agua era real. Real, en las gotas que se condensaban como sudor sobre los jarros de leche dispuestos en la corriente. Real, en la arcilla fría y húmeda del suelo de la casa. Real, en los borbotones que parecían provenir del arroyo que atravesaba las tierras de la casa.

El agua, que la refrescaba durante todo el verano, surgía de la colina y serpenteaba hasta el lugar. Durante todo su curso corría bajo la sombra de árboles tan añosos que la misma luna se entretenía en pasar por entre sus ramas sólo para escuchar algún buen cuento de los de antes. Por eso Peggy siempre iba a la casa, aun cuando Papá no la hubiera regañado. No era por la humedad del aire. Sin eso podía arreglárselas. Era por la forma en que el fuego se *alejaba* de ella y ya no necesitaba ser una tea. No tenía que mirar todos los sitios oscuros en que los demás se ocultaban.

Se ocultaban de ella, como si fuera a servirles de algo. Trataban de esconder en algún rincón oscuro lo que más les disgustaba de sí mismos, pero no sabían cómo ardían esos sitios oscuros ante los ojos de la pequeña Peggy.

Era tan pequeña que todavía escupía la papilla de maíz con la esperanza de que le dieran el biberón. Y sin embargo, ya conocía todas las historias que ocultaban los que vivían a su alrededor. Veía los fragmentos de su pasado que más deseaban poder enterrar, y veía los fragmentos más temidos de sus futuros.

Y por eso le agradaba venir a la casa del manantial. Allí no tenía que ver todas esas cosas. Ni siquiera a la señora del recuerdo de Papá. Allí no había más que el aire oscuro, cargado y húmedo, que extinguía el fuego y atenuaba la luz para que ella pudiera ser —aunque sólo por unos minutos al día— una niñita de cinco años con una muñeca de trapo llamada Buggy y no tuviera que pensar en los secretos de los adultos.

No he salido torcida, se dijo. Una y otra vez, pero no dio resultado porque sabía que no era cierto. Muy bien, se dijo. Salí torcida. Pero me enderezaré. Diré la verdad, como quiere Papá, o no diré nada.

Pero aun con sólo cinco años, la pequeña Peggy sabía que si mantenía esa promesa más le valdría callar.

De modo que no dijo nada, ni siquiera para sus adentros. Se echó sobre una mesa húmeda y cubierta de verdín. Sostenía a Buggy en una mano con tal fuerza que bien podría haberla estrangulado.

Clin, clín, clín.

La pequeña Peggy despertó y se enfureció un instante.

Clin, clín, clín.

Se enfureció porque nadie le dijo: Peggy, niñita, ¿no te importaría que pidiéramos a este joven herrero que se instalara aquí verdad?

No, Papá, habría dicho si se lo hubieran preguntado. Sabía lo que significaba tener un herrero. Significaba que la aldea prosperaría y que vendrían viajeros de otros lugares, y si había viajeros habría comercio, y entonces la inmensa casona de su padre sería una hostería en el bosque, y donde hay una hostería en un bosque todos los caminos tuercen para pasar por el lugar, si

no está muy lejos. La pequeña Peggy lo sabía todo, como los hijos de los granjeros conocen los ritmos de la granja. Una posada cerca de un herrero sería una casa próspera. Por ello habría dicho: claro que sí, que se quede. Dadle tierras, hacedle una chimenea de ladrillos, no le cobréis la comida, ofrecedle mi cama, aunque yo tenga que vérmelas con el primo Peter, que no deja de espiar por debajo de mi camisón. Lo soportaré todo, mientras no se quede cerca de la casa del manantial. Pues si no, cada vez que quiera estar sola con el agua, tendré que escuchar ese clang, fshh, clin todo el tiempo, y ver el fuego que se eleva hasta ennegrecer el cielo y oler el carbón ardiente. Eso bastaba para que cualquier hijo de vecino quisiera remontar el arroyo hasta las montañas con tal de conseguir un poco de paz.

Desde luego, el arroyo era un buen sitio para alojar al herrero. Menos en el agua, podía instalar su herrería donde le viniera en gana. El hierro le llegaba en los embarques que provenían de Nueva Holanda, y el carbón... bueno, había infinidad de granjeros dispuestos a trocar carbón por una buena herradura. Pero lo que el herrero necesitaba y nadie podía darle era agua, conque desde luego lo pusieron al pie de la colina de la casa del manantial, donde su clin, clin, clin la despertaba y reavivaba su fuego, en el único lugar donde antes podía contenerlo y dejar que se convirtiese casi en frías y húmedas cenizas.

Rugió el trueno.

En un segundo se encontró en la puerta. Debía ver el relámpago. Llegó a vislumbrar la última sombra de la luz, pero sabía que vendría otro. No debía de haber transcurrido mucho tiempo desde el mediodía, ¿o había dormido todo el día? Pero con esos nubarrones grises y panzudos no podía saberlo. Bien podría ser casi la hora del crepúsculo. El aire parecía estremecerse por los relámpagos contenidos, a punto de descargar. Conocía esa sensación, sabía que el rayo caería cerca.

Miró hacia el establo del herrero para ver si seguía lleno de caballos. Así era. Las herraduras no estaban terminadas, el camino se volvería fangoso y el granjero y sus dos hijos que venían de West Fork tendrían que quedarse allí. No tenían la menor posibilidad de regresar con esa tormenta. Los rayos amenazaban con incendiar el bosque o arrojarles un árbol encima, o incluso abatirse sobre ellos mismos y dejarlos muertos en círculo, como aquellos cinco cuáqueros de quienes tanto se hablaba aún, y eso que había sucedido en el noventa, cuando llegaron los primeros blancos que se afincaron en el lugar. La gente seguía hablando del Círculo de los Cinco y todo eso, y algunos se preguntaban si Dios no los habría castigado desde arriba para cerrarles la boca a esos cuáqueros como nadie más podría haber hecho, y otros se preguntaban si Dios no se los habría llevado al cielo como al primer Lord Protector Oliver Cromwell, que murió fulminado por un rayo en el noventa y siete y desapareció.

No, ese granjero y sus muchachotes tendrían que quedarse otra noche. La pequeña Peggy era hija de un hostelero, ¿no? Los niños pieles rojas aprenden a cazar, los negritos aprenden a llevar la carga, los hijos de granjeros aprenden a leer el tiempo y la hija de un hostelero sabe cuándo se quedará alguien a pasar la noche, aun antes de que él mismo lo sepa.

Los caballos tascaban el freno en el establo, rebufaban y se ponían sobre aviso de la tormenta. En cada grupo de caballos, se imaginaba Peggy, debía haber uno muy sordo, de modo que los demás tenían que decirle todo lo que estaba sucediendo. Mala tormenta, comentaban. Nos empaparemos, si antes no nos cae un rayo encima. Y el sordo seguía relinchando y diciendo: ¿qué será ese ruido? ¿Qué será?

Y entonces el cielo se abrió y volcó sus aguas sobre la tierra. La lluvia cayó con tal fuerza que arrasó las hojas de los árboles. Y fue tan copiosa que durante un minuto la pequeña Peggy no pudo ver al herrero, y creyó que había ido a parar al arroyo. Abuelito le había contado que la corriente desembocaba en el río Hatrack, y que el Hatrack arrojaba sus aguas al Hio, y que el Hio atravesaba los bosques hasta llegar al Mizzipy, que daba al mar. Abuelito decía que el mar bebía tanta agua que se le indigestaba y lanzaba los regüeldos más impresionantes que uno pudiera escuchar, que subían convertidos en nubes. Eructos de mar, y ahora el herrero recorrería todo ese trayecto, sería tragado y eructado y algún día ella estaría pensando en sus propios asuntos y alguna nube se partiría y dejaría caer al herrero vivo y coleando, el viejo Pacífico Smith, todavía fastidiando con su clin, clin, clin. Luego la lluvia amainó un instante y vio que el herrero aún seguía allí. Pero no fue eso lo único que vio. No señor. Vio chispas de fuego a lo lejos, en el bosque, aguas abajo rumbo al Hatrack, donde estaba el vado. Pero ese día no había la menor posibilidad de *cruzar* el vado con semejante lluvia. Chispas, montones de chispas, y supo que eran personas. No tuvo que preguntarse si quería hacerlo: solo miró esos fuegos interiores, y los miró de cerca. Tal vez fueran del pasado, o del futuro. En el fuego interior convivían todas las visiones.

Y lo que vio entonces fue lo mismo en todos los corazones. Una carreta en medio del Hatrack, el agua que subía, y todo lo que tenían en el mundo, en esa carreta.

La pequeña Peggy no era muy habladora, pero todos sabían que era una tea, conque siempre que anunciaba problemas, la escuchaban con respeto.

Especialmente cuando se trataba de esa clase de problemas. Los asentamientos de la región ya tenían unos cuantos años, seguro. Más años que la misma Peggy, pero nadie había olvidado que una carreta atrapada en la crecida era una tragedia para todos.

Salió disparada por la colina tapizada de hierba, saltando madrigueras y esquivando los puntos escarpados. No habían pasado veinte segundos desde que viera esas chispas lejanas cuando ya estaba gritando delante de la tienda del herrero. Al principio el granjero de West Fork intentó detenerla hasta que dejara de contar sus historias de tormentas. Pero Pacífico conocía a la pequeña Peggy. La escuchó y ordenó a los jóvenes que ensillaran los caballos, con herraduras o sin ellas. Que había gente atrapada en el vado del Hatrack y que no había tiempo que perder con estupideces. La pequeña Peggy no tuvo ocasión de verlos partir. Pacífico la envió de inmediato a la casa grande a buscar a su padre y cuantos viajeros y peones hubiera. Hasta el último de ellos había puesto en una ocasión todo lo que tenía en este mundo sobre una carreta y la había arrastrado por caminos de montaña hasta estos espesos bosques del oeste. No había uno que no supiera lo que se siente cuando el río quiere apoderarse de una carreta y llevársela. Todos salieron como una exhalación. Así eran las cosas entonces. La gente advertía la desgracia ajena tan deprisa como si se tratara de la propia.

Capítulo 4 EL RÍO HATRACK

Vigor iba a la cabeza de los varones, tratando de empujar la carreta, mientras que Eleanor contenía los caballos. Alvin Miller llevaba a las niñas de una en una hasta la orilla opuesta, donde estuvieran seguras.

La corriente era un demonio que se ensañaba con él y le susurraba: me quedaré con tus hijas, con todas ellas, pero Alvin decía que no con cada músculo de su cuerpo. Mientras resistía el embate, rumbo a la orilla, fue diciendo que no, una y otra vez, hasta que todas sus hijas quedaron empapadas sobre tierra firme, mientras la lluvia les bañaba el rostro como si arrastrase consigo todas las lágrimas del mundo.

También habría llevado a Fe, con el niño en el vientre y todo, pero ella no pensaba ceder. Estaba sentada dentro de la carreta, aferrada a los muebles y petates mientras el carromato se mecía y bamboleaba. Los rayos crujían y las ramas caían. Una de ellas desgarró la lona y el agua empezó a entrar en la carreta, pero Fe siguió firme, con los nudillos blancos y los ojos desorbitados. Alvin leyó en sus ojos que nada podía hacer para persuadirla de que saliera. Había una única forma de hacer que Fe y el niño por nacer estuvieran fuera de ese río, y eso significaba sacar la carreta.

—Los caballos no están siendo de ningún provecho, Papá —gritó Vigor—. Se tambalean, y en cualquier momento acabarán con una pata quebrada.

—Bueno, pero no podemos tirar de la carreta sin los caballos...

—Los caballos son importantes, Papá. Si los dejamos aquí perderemos la carreta y además nos quedaremos sin ellos.

—Tu madre no saldrá de la carreta.

Vio que Vigor empezaba a comprender. Lo que había en el vehículo no merecía que nadie se arriesgara a morir para salvarlo. Pero Mamá sí valía la pena.

—Aun así —dijo Vigor—, desde la orilla podrían tirar con más fuerza. Aquí en el agua no sirven de nada.

—Que los chicos los desenganchen. Pero primero que tiendan una cuerda hasta el árbol para que sostenga la carreta.

En dos minutos los mellizos Moderación y Previsión estaban en la orilla atando una gruesa soga a un árbol robusto. David y Mesura pasaron otra cuerda por los aparejos que sujetaban a los caballos, mientras Calma cortaba las correas que los unían a la carreta. Buenos hijos. Hacían su trabajo con prontitud, mientras Vigor les daba instrucciones a gritos y Alvin miraba impotente desde la parte trasera del carro. Miraba el rostro de su esposa, que trataba de no parir al niño, miraba el río Hatrack, que trataba de llevárselos a todos al infierno.

No era gran cosa, había dicho Vigor, pero entonces las nubes se juntaron y la lluvia cayó, y el Hatrack sí fue una gran cosa. Aun así, cuando llegaron a él parecía fácil de cruzar. Los caballos pisaban firme y Alvin dijo a Calma, quien llevaba las riendas:

—Hagámoslo sin perder un minuto.

Y entonces el río enloqueció. La corriente se aceleró y cobró fuerza en un instante, y los caballos fueron presa del pánico y perdieron la dirección, para tironear cada uno por su cuenta. Los chicos se lanzaron al agua para tratar de conducirlos hacia la orilla, pero para entonces la carreta había perdido el impulso y las ruedas ya estaban atrapadas en el barro. Casi como si el río

hubiera sabido que iban hacia él y hubiera reservado su peor furia para cuando estuvieran en el centro y no pudieran regresar.

—¡Mirad, mirad allí! —grito Mesura desde la orilla.

Alvin levantó la vista hacia la corriente para ver qué plan diabólico preparaba el río, y distinguió un tronco inmenso que venía flotando sobre las aguas, de punta, como un ariete enfurecido, con la raíz dirigida al centro de la carreta, justo donde Fe estaba sentada con su hijo a punto de nacer. Alvin no supo hacer otra cosa que invocar el nombre de su esposa con todas sus fuerzas.

Tal vez íntimamente pensara que podía mantenerla con vida con sólo repetir su nombre, pero no había esperanza, ninguna esperanza.

Sólo que Vigor no lo sabía. El joven saltó cuando el árbol estaba a unos metros, y su cuerpo cayó precisamente sobre las raíces. El impulso del salto lo desvió ligeramente, y luego lo hizo rodar y alejarse de la carreta.

Naturalmente, Vigor rodó con él y fue arrastrado bajo las aguas, pero dio resultado. Las raíces del árbol esquivaron la carreta por completo, aunque el tronco la embistió de lado.

El árbol avanzó por la corriente y se estrelló contra un peñasco que había en la orilla. Alvin estaba a unos treinta metros, pero desde ese momento en su recuerdo siempre vio la escena como si hubiera estado en el mismo lugar. El árbol estrellándose contra la roca, y entre los restos, Vigor. Fue una fracción de segundo que duró una existencia. Los ojos de Vigor desorbitados por la sorpresa, la sangre que manaba a borbotones de su boca para salpicar el árbol que lo estaba matando. Y luego el río Hatrack arrastró el árbol corriente abajo. Vigor se hundió en las aguas: todo menos el brazo, que quedó enredado entre las raíces y tieso en el aire, como un invitado al despedirse tras una visita.

Alvin veía morir a su hijo con tal desesperación que apenas advertía lo que le sucedía a él mismo. El empujón del tronco había sido suficiente para desatascar las ruedas encajadas. La corriente arrastró consigo la carreta, aguas abajo, mientras Alvin se aferraba a la parte trasera, Fe gemía en su interior y Eleanor gritaba con todas sus fuerzas en el asiento del cochero. Desde la orilla, los chicos clamaban con desesperación:

—¡Aguanta! ¡Aguanta!

Y la soga aguantó. Un extremo la sujetaba a un árbol robusto, y el otro, a la carreta. El río no pudo llevársela, pero en cambio la proyectó contra la orilla del modo en que un niño podía haber lanzado una roca atada a una cuerda. Cuando se detuvo, el carromato quedó cerca de la ribera, con el frente mirando aguas arriba.

—¡Resistió! —gritaron los chicos. —Gracias a Dios... —gritó Eleanor. —El niño va a nacer —susurró Fe. Pero lo único que oía Alvin era el débil gemido que su primogénito había exhalado por última vez; no podía ver más que al joven aferrado al árbol mientras rodaba y rodaba sobre las aguas; no podía decir sino una sola palabra, una única orden:

—¡Vive! —murmuró. Vigor siempre le había obedecido antes. Había sido un compañero trabajador y voluntarioso. Más un hermano o un amigo que un hijo. Pero esta vez supo que le desobedecería. Y sin embargo, repitió a media voz—: Vive... —¿Estamos a salvo? —preguntó Fe, con voz temblorosa.

Alvin se volvió para mirarla y trató de ocultar la agonía que asomaba a su rostro. Para qué darle a conocer el precio que Vigor pagaba para que ella y el niño se salvaran. Ya tendría tiempo de saberlo una vez que el pequeño naciera.

—¿Puedes trepar para salir de la carreta? —¿Sucede algo malo? —preguntó Fe al ver su rostro.

—Me asusté mucho. El árbol pudo habernos matado. ¿Puedes trepar, ahora que estamos junto a la orilla?

Eleanor se inclinó desde la parte delantera de la carreta.

—David y Calma están allí para ayudarte a subir. La cuerda ha resistido, Mamá, pero no sabemos cuánto tiempo más lo hará.

—Vamos, Mamá, es sólo un paso —dijo Alvin—. Podremos arreglárnoslas mejor con la carreta si estás en tierra firme.

—El niño está naciendo... —comenzó Fe.

—Será mejor en la orilla que aquí —la cortó Alvin con brusquedad—. Baja. Ahora.

Fe se puso de pie y trepó torpemente hasta el pescante. Alvin venía tras ella para ayudarla si resbalaba. Hasta él podía advertir la forma en que el vientre había caído. El niño ya debía de estar asomando la cabecita para respirar.

Pero en la orilla ya no estaban sólo Calma y David. Había desconocidos, hombres corpulentos, y varios caballos. Incluso una pequeña carreta, lo cual fue una agradable visión. Alvin no tenía la menor idea de quiénes pudieran ser, ni de cómo habían llegado hasta allí en su ayuda, pero no era momento de entretenerse en presentaciones.

—¡Eh, gente! ¿Hay alguna comadrona en la posada?

—La posadera se las arregla con los partos —dijo uno grandote, de brazos que parecían patas de buey. Seguramente un herrero.

—¿Podéis llevar a mi esposa en la carreta? No podemos perder un solo instante.

Alvin sabía que era algo impúdico que los hombres hablaran tan abiertamente de un alumbramiento, delante de la misma mujer que iba a parir. Pero Fe no era tonta. Sabía qué cosas importaban, y conseguirle un lecho y una hábil partera era más importante que andarse con remilgos sobre la cuestión.

David y Calma ayudaron a su madre a descender de la carreta con suma cautela. Fe se partía de dolor. Desde luego una parturienta no tendría que andar saltando de una carreta para caminar hasta la orilla, seguro. Eleanor venía detrás de ella, tomando las riendas de todo, como si no fuera menor que sus hermanos varones, salvo los mellizos.

—¡Mesura! Que las niñas se reúnan. Ellas vendrán en la carreta con nosotras. Vosotros también, Previsión y Moderación. Sé que podríais ayudar a los chicos, pero os necesito para que cuidéis de las pequeñas mientras yo estoy con Mamá. —Con Eleanor no se jugaba, y la gravedad de la situación era tal que ni siquiera la llamaron Eleanor de Aquitania mientras la obedecían. Hasta las niñas más pequeñas dejaron de refunfuñar e hicieron lo que se les mandaba.

Eleanor se detuvo un momento en la orilla y miró hacia donde se encontraba su padre, sobre el asiento de la carreta. Sus ojos bajaron por la corriente y luego regresaron hasta su padre. Alvin comprendió la pregunta y meneó la cabeza en muda negativa. Fe no debía saber el sacrificio de Vigor. Las lágrimas asomaron ingratas a los ojos de Alvin, pero no a los de Eleanor. Tenía sólo catorce años, pero cuando no quería llorar, no lloraba.

Previsión azuzó los caballos y la pequeña carreta avanzó. Fe se retorció de dolor mientras las niñas la palmeaban y la lluvia caía. La mirada de Fe era opaca como la de una vaca e igualmente ausente. Miraba a su esposo, que aún permanecía en el río. En momentos como el de dar a luz, pensó Alvin, la mujer se convierte en una bestia atontada mientras el cuerpo se apodera de ella para cumplir su labor. ¿De qué otro modo podría soportar el dolor? Como si el alma de la tierra la poseyera, tal como posee las almas de las bestias, como si la hiciera parte de la vida de todo el mundo y la desligara de su familia, de su esposo, de todo vínculo con la raza humana y la condujera por ese valle de tiempos cumplidos, de cosecha, de siega y de muerte sangrienta.

—Ella ya está a salvo —indicó el herrero—. Y aquí hay caballos con que tirar de vuestra carreta...

—Está amainando —dijo Mesura—. La lluvia no es tan fuerte, ni la corriente tan poderosa.

—Comenzó a menguar apenas su esposa puso pie en tierra —aseguró otro con cara de labriego—. Puede darlo por seguro: dejará de llover.

—Lo peor pasó en el agua —señaló el herrero—. Pero ya estáis bien. Reponte, hombre. Hay trabajo que hacer.

Sólo entonces reparó Alvin en que estaba llorando. Sí, había trabajo que hacer, contrólate, Alvin Miller. No eres ningún blandengue para llorar como un niño. Otros hombres han perdido docenas de hijos y siguen adelante. Tú has tenido doce, y Vigor vivió hasta hacerse hombre, aunque no lo suficiente para casarse y tener sus propios hijos. Tal vez Alvin llorara porque su hijo había muerto de modo tan noble. O tan repentino...

David posó su mano sobre el brazo del herrero.

—Dejadlo un minuto —dijo suavemente—. Nuestro hermano mayor fue arrastrado por la corriente hace unos diez minutos. Quedó atrapado entre las raíces de un árbol que bajaba flotando.

—No quedó atrapado —intervino Alvin con brusquedad—. Saltó sobre ese árbol y salvó nuestra carreta, y salvó a tu madre que iba dentro de ella. El río se lo hizo pagar. Eso fue lo que pasó: el río lo castigó...

Calma habló con los hombres en tono sereno.

—La corriente lo estrelló contra ese peñasco. —Todos volvieron la vista. No se veía una sola traza de sangre sobre la roca. Parecía tan inocente...

—El Hatrack tiene una corriente difícil —manifestó el herrero—. Pero nunca antes lo había visto tan endemoniado. Lo siento por su hijo. Aguas abajo hay un banco donde iré a parar seguramente. Todo lo que el río se lleva termina por aparecer allí. Cuando la tormenta amaine iremos hasta allí a buscar el... a buscarlo.

Alvin se frotó los ojos con la manga, pero no sirvió de mucho porque tenía las ropas empapadas.

—Dadme un minuto más y luego me haré cargo de las cosas —pidió Alvin. Engancharon dos caballos más y las cuatro bestias no tuvieron dificultad en tirar de la carreta; la corriente ya no era la de antes. Cuando el carromato estuvo en tierra firme asomó un rayo de sol.

—Es cosa de no creer —dijo el herrero—, pero cuando a uno no le gusta el tiempo que hace por esta zona, basta con hacer algún conjuro para que cambie...

—Pero no esta vez —repuso Alvin—. Esta tormenta nos estaba esperando. El herrero posó su brazo sobre el hombro de Alvin y le habló con toda la suavidad de que fue capaz.

—No se ofenda, don, pero está diciendo tonterías...

Alvin se desembarazó del abrazo. —Esa tormenta y el río querían quedarse con nosotros.

—Papá —intervino David—, estás cansado y afligido. Será mejor que te tranquilices hasta que llegemos a la casa y veamos cómo está Mamá.

—Será un varón —aseguró Papá—. Ya lo veréis. Habría sido el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.

De inmediato el herrero y los demás lo miraron atentos. Todos sabían que un séptimo hijo varón tenía ciertos dones, pero no podía haber nacimiento más poderoso que el del séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.

—Eso cambia las cosas —calculó el herrero—.

Habría nacido hidromántico, sin duda, y el agua aborrece ese don. —Los demás asintieron con aire de entendidos.

—El agua se salió con la suya—dijo Alvin—. Se salió con la suya, qué le vamos a hacer. Habría matado a Fe y al niño, si hubiera podido. Pero como no pudo, mató a mi hijo Vigor. Y ahora cuando nazca el niño, será el sexto hijo varón, pues sólo habrá cinco con vida.

—Algunos dicen que no importa si los primeros seis están vivos o no —aventuró un granjero.

Alvin nada dijo, pero sabía que eso lo cambiaba todo. Había creído que ese niño sería un prodigio, pero el río se había ocupado de que no fuera así. Si el agua no te detiene en un sentido, lo hace en otro. No debía haber esperado un hijo milagroso. El precio había sido demasiado alto. Durante el viaje no pudo ver otra cosa que a Vigor, bamboleándose entre el abrazo de las raíces, volteado por la corriente como una hoja atrapada en un remolino de polvo diabólico, mientras la sangre manaba de su boca para saciar la abominable sed del Hatrack.

Capítulo 5 LA MEMBRANA

La pequeña Peggy estaba de pie ante la ventana, mirando la tormenta. Podía ver todas esas chispas, especialmente una, tan intensa que era como el mismo sol. Pero alrededor de todas ellas se extendía una negrura. No, no era una negrura. Era una nada, como si fuera una parte del universo que Dios hubiera dejado inconclusa, que se agitaba en torno de esas luces como para separarlas, arrastrarlas, devorarlas.

La pequeña Peggy sabía qué era esa nada. Cuando sus ojos veían los fuegos ardientes y amarillos, también percibían otros tres colores. El naranja oscuro y rico de la tierra. El sutil gris del aire. Y el vacío negro y hondo del agua. Era el agua lo que quería destruirlos.

Jamás había visto el río tan negro, tan poderoso, tan terrible. Y en la noche, qué diminutos eran esos fuegos...

—¿Qué ves, niña? —preguntó Abuelito.

—El río se los va a llevar —dijo la pequeña Peggy

— Ojalá que no.

La pequeña Peggy se echó a llorar.

— ¡Vamos niña! — la calmó Abuelito — . No siempre es algo bueno ver tantas cosas, tan lejanas, ¿verdad?

La niña sacudió la cabeza.

— Pero tal vez no todo sea tan malo como piensas...

En ese momento, vio que uno de los fuegos se separaba del resto y se revolcaba en la oscuridad.

— ¡Oh! — exclamó, tendiendo la mano como si pudiera coger la luz y devolverla a su sitio. Pero claro que no podía. Su visión era nítida y distante, pero sus brazos no llegaban muy lejos.

— ¿Se han perdido? — quiso saber Abuelito.

— Uno — murmuró Peggy.

— ¿No han llegado aún Pacífico y el resto?

— Ahora sí. La cuerda resistió. Están a salvo. Abuelito no le preguntó cómo lo sabía, ni qué veía. Sólo la palmeó en el hombro.

— Porque tú les avisaste. Recuerda eso, Margaret. Uno se perdió, pero si no los hubieras visto y no hubieras ido por ayuda, podrían haber muerto todos.

La niña sacudió la cabeza.

— Tendría que haberlos visto antes, Abuelito. Pero me quedé dormida.

— ¿Y te culpas por eso?

— Tendría que haber dejado que Mary la Mala me picoteara, y entonces Papá no se habría enfadado conmigo y no habría ido a la casa del manantial y no me habría dormido, y entonces los habría visto a tiempo.. .

— Ay, Maggie, todos sabemos fabricarnos rosarios de culpas como ése. No tiene sentido.

Pero ella sabía que sí lo tenía. No puede culparse a un ciego por no haberte avisado que había una serpiente ante tus pies, pero sí tiene culpa alguien que lo ve y no te dice una palabra. Sabía cuál era su deber desde la primera vez que tomó conciencia de que los demás no veían lo mismo que ella. Dios le había dado unos ojos distintos, conque más le valía ver y avisar o el diablo se llevaría su alma. El diablo o el profundo mar negro.

— No tiene sentido — murmuró Abuelito. Pero entonces, como si le hubieran clavado una cornamenta en el trasero, dio un respingo y exclamó — : ¡Pero claro! ¡La casa del manantial! — Se acercó — . Escúchame, pequeña Peggy. No fue culpa tuya, ésa es la verdad. La misma agua que corre por el Hatrack es

la que fluye por el arroyo de la casa del manantial. Es la misma agua que los quería muertos, y sabía que tú podías advertirlo e ir en busca de ayuda. Por eso te acunó y te arrulló hasta hacerte dormir.

Y a ella le pareció que aquello tenía sentido. Vaya si lo tenía.

— Pero, ¿cómo puede ser, Abuelito?

— Bueno, es propio de la naturaleza. Todo el universo se compone de cuatro elementos, pequeña Peggy, y cada uno quiere salirse con la suya — Peggy pensó en los cuatro colores que veía cuando ardían los fuegos interiores y supo cuáles eran antes de que Abuelito tuviera que nombrarlos — . El fuego hace que las cosas sean calientes y brillantes, y las consume. El aire hace que las cosas sean frescas y se introduce en todas partes. La tierra hace que las cosas sean sólidas y resistentes, para que duren. Pero el agua... el agua demuele las cosas, cae del cielo y arrastra consigo todo lo que puede, lo arrastra hasta el mar. Si el agua se saliera con la suya, todo el mundo sería suave, como un inmenso océano donde nada escaparía del alcance del agua. Todo muerto y suave. Por eso te dormiste. El agua quiere destruir a esos desconocidos, quienesquiera que sean. Arrastrarlos y matarlos. Es un milagro que llegaras a despertar...

—Me despertó el martillo del herrero —dijo la pequeña Peggy.

—Entonces es eso, ¿no lo ves? El herrero trabajaba con hierro, la más dura de las tierras, y con el furioso soplido de sus fuelles, y con un fuego tan caliente que quema la hierba que crece fuera de la chimenea. El agua no pudo tocarlo para que se quedara quieto.

La pequeña Peggy apenas podía creerlo, pero debía ser así. El herrero la había rescatado de su sueño de agua. El herrero la había ayudado. Pero vaya, era para echarse a reír, eso de saber que por una vez el herrero había sido su amigo.

Se escucharon gritos en el portal y puertas que se abrían y cerraban.

—Han llegado gentes —dijo Abuelito. La pequeña Peggy vio las chispas de fuego abajo y encontró la que sentía más miedo y dolor.

—Es la madre —dijo Peggy—. Está a punto de tener un hijo.

—Bueno, pero mirad lo que es la suerte. Perder uno y ya tener otro por nacer, para poner vida donde hubo muerte. —Abuelito se incorporó con dificultad y bajó para ofrecer su ayuda.

Pero la pequeña Peggy no se movió de allí y siguió mirando lo que veía en la distancia. Ese fuego perdido no estaba perdido del todo. Estaba bien segura de ello. Lo veía ardiendo a lo lejos, por mucho que la oscuridad del río tratara de sepultarlo. No había muerto. Sólo lo había arrastrado, y tal vez alguien pudiese ayudarlo. Salió corriendo, pasó junto a Abuelito como una exhalación y se abalanzó escaleras abajo.

Mamá la cogió de un brazo mientras corría hacia la sala principal.

—El niño va a nacer —dijo Mamá—, y te necesitaremos.

—¡Pero Mamá, el que se fue por el río... está vivo!

—Peggy, no tenemos tiempo para...

Dos niños con idéntico rostro se metieron en la conversación.

—¡El que se fue por el río...! —exclamó uno.

—¡Sigue con vida! —gritó el otro.

—¿Cómo lo sabes?

—No puede ser...

Hablaban uno por encima del otro, atropellándose de tal modo que Mamá tuvo que imponer silencio para poder escuchar lo que decían.

—Era Vigor, nuestro hermano mayor. Lo arrastró el río...

—Pues está con vida —dijo la pequeña Peggy—, pero el agua sigue aferrándolo.

Los mellizos miraron a Mamá como buscando confirmación.

—¿Sabe lo que se dice, buena posadera?

Mamá asintió, y los jóvenes partieron rumbo a la puerta, exclamando:

—¡Aún vive! ¡Aún vive!

—¿Estás segura? —preguntó Mamá con rudeza—. Sería una crueldad poner esperanzas en sus corazones de ese modo si no es cierto.

Los ojos centelleantes de Mamá asustaron a Peggy, que no sabía qué responder.

Pero entonces ya había llegado Abuelito.

—Oye, Peg —intervino—. ¿Cómo sabría que a uno se lo llevó el río si no lo hubiera visto de verdad?

—Tienes razón —reconoció Mamá—. Pero esta mujer ha estado reteniendo el niño demasiado tiempo, y me preocupa lo que pueda sucederle al pequeño. Ven, Peggy, y dime qué ves.

Condujo a la pequeña Peggy al dormitorio que había detrás de la cocina, donde dormían Papá y Mamá cuando había visitas. La mujer yacía sobre el lecho, oprimiendo la mano de una niña alta y de ojos profundos y graves. La pequeña Peggy no conocía sus rostros, pero reconoció sus fuegos, especialmente el temor y el dolor de la madre.

—Alguien gritaba... —susurró la mujer.

—Silencio ahora —conminó Mamá.

—... que seguía con vida...

La niña de ojos solemnes alzó la vista y enarcó las cejas, mirando a Mamá.

—¿Es cierto, buena posadera?

—Mi hija es una tea. Por eso la traje a esta habitación. Para que vea al niño.

—¿Ha visto a mi hijo Vigor? ¿Está vivo?

—Pensé que no se lo dirías, Eleanor —dijo Mamá.

La grave niña meneó la cabeza.

—Lo vio desde el carromato. ¿Está con vida?

—Díselo, Margaret—ordenó Mamá.

La pequeña Peggy se volvió y buscó ese fuego interior. Cuando se trataba de ver esas cosas no había pared que pudiera interponerse. Su llama seguía allí, aunque sabía que muy lejos. Esta vez, sin embargo, se inclinó de aquel modo tan peculiar suyo y aguzó la mirada.

—Está en el agua. Enredado en unas raíces.

—¡Vigor! —exclamó la madre desde la cama.

—El río quiere quedarse con él. Muere, muere, le dice.

Mamá tomó a la mujer del brazo.

—Los mellizos han partido para poner a los demás sobre aviso. Saldrá un grupo en su búsqueda.

—¡En la oscuridad...! —susurró la mujer con sorna.

La pequeña Peggy volvió a hablar.

—Está diciendo algo, una oración, creo. Dice... séptimo hijo.

—Séptimo hijo... —murmuró Eleanor.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Mamá.

—Si este niño es varón —explicó Eleanor— y si nace mientras Vigor aún está con vida, será el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, mientras todos los demás viven.

Mamá contuvo la respiración.

—Con razón el río... —dijo. No tuvo que completar su frase. En cambio, tomó la mano de la pequeña Peggy y la condujo hasta la parturienta—. Mira a este niño, y dime qué ves.

La pequeña Peggy ya había hecho lo mismo otras veces, desde luego. Era el principal uso que hacían de las teas: que miraran al niño por nacer justo antes

del alumbramiento. En parte para ver cómo estaba colocado en la matriz, pero también porque a veces la tea sabía decir quién era el niño, qué sería, y podía anunciar eventos del porvenir.

Aun antes de que tocara el vientre de la mujer, pudo ver el fuego interior del niño. Era el que ya había visto. Ardía con tal brillo y calor que era como el sol y la luna, comparado con el de su madre.

—Es un varón—anunció.

—Pues dejadme parir a este hijo —repuso la madre—. Dejadme parirlo mientras Vigor aún tenga aliento...

—¿Cómo está colocado el pequeño? —quiso saber Mamá.

—Bien —repuso la pequeña Peggy.

—¿Primero la cabeza? ¿Boca abajo?

La niña asintió.

—¿Y entonces por qué no sale? —exigió Mamá.

—Ella le estuvo diciendo que no naciera —dijo la pequeña Peggy, mirando a la madre.

—En la carreta... —comenzó la madre—. Ya estaba naciendo, y tuve que hacer un sortilegio.

—¡Pues habérmelo dicho antes! —dijo Mamá con aspereza—. Me pide que la ayude y ni siquiera me avisa que ha hecho un sortilegio. ¡Tú, niña!

Había un grupo de pequeñas de pie, cerca de la pared, con los ojos bien abiertos. No sabían a cuál de ellas se dirigía.

—Cualquiera... necesito esa llave de hierro que cuelga de la anilla, en la pared.

La más alta la tomó torpemente del gancho y se la extendió, con anilla y todo.

Mamá hizo oscilar el inmenso aro y la llave sobre el vientre de la madre, mientras invocaba suavemente:

He aquí el círculo, bien abierto, he aquí la llave que lo abre, sea hierro la tierra, sea justa la llama, deja las aguas y lánzate al aire.

La madre gritó de pronto, rota de dolor. Mamá soltó la llave, apartó las sábanas, levantó las rodillas de la mujer y con toda su rudeza ordenó a Peggy que viera.

La pequeña Peggy posó su mano sobre el vientre de la mujer. La mente del niño estaba vacía, salvo por cierta sensación de presión y frío que se agolpaba mientras emergía al aire. Pero la misma vacuidad de su mente le permitía ver cosas que ya nunca más sería capaz de volver a ver. Ante él se extendían los miles de millones de millones de caminos de su vida, aguardando sus primeras elecciones, ya que los primeros cambios en el mundo circundante eliminarían millones de futuros a cada segundo. Todos tenían ante sí el porvenir, como sombra vacilante que sólo por momentos lograba vislumbrar, y nunca con claridad, a través de los pensamientos del instante actual. Pero en ese caso, y durante unos inapreciables momentos, la pequeña Peggy los vio con toda nitidez.

Y lo que vio fue la muerte al final de cada camino. Ahogado, ahogado...

Todos los caminos de su futuro conducían al niño a una muerte por agua.

—¿Por qué lo odias tanto? —gritó la pequeña Peggy.

—¿Qué? —exigió Eleanor. —Silencio —impuso Mamá—. Dejadla que lo vea.

Dentro del niño, que aún no había nacido, el oscuro cúmulo de agua que rodeaba su fuego interior parecía tan terriblemente poderoso que la pequeña Peggy temió que el niño fuera devorado.

—¡Déjalo respirar! —aulló la pequeña Peggy.

Mamá tendió sus manos y, aunque causó un dolor atroz a la madre, aferró al niño por el cuello con sus fuertes dedos y tiró hacia afuera.

En ese momento, mientras el agua oscura se retiraba dentro de la mente del niño y justo antes de que respirara por vez primera, la pequeña Peggy vio que desaparecían diez millones de muertes por agua. Ahora, por fin, se abrían algunos caminos, que conducían a un futuro rutilante. Y todos los senderos que no terminaban en una muerte temprana tenían algo en común. En todos esos caminos, Peggy se vio a sí misma haciendo algo preciso. Y eso fue lo que hizo entonces. Retiró sus manos del vientre ya destensado y pasó por debajo del brazo de su madre. Acababa de asomar la cabeza del niño, y aún estaba cubierta por una membrana sanguinolenta, por un resto del saco de suave piel en el cual había flotado, dentro de la matriz de su madre. Tenía la boca abierta y la membrana se introducía en ella, pero no se rompía y le impedía respirar.

La pequeña Peggy hizo lo que se había visto hacer en el futuro del niño. Extendió la mano, tomó la membrana desde el mentón del pequeño y la apartó del rostro. Salió entera, en una tira húmeda, y en el mismo momento en que salió, la boca del niño quedó libre, tomó una gran bocanada de aire y lanzó al mundo ese maullido que para las madres es la música de la vida. La pequeña Peggy dobló la membrana. Su mente seguía abrumada por las visiones que había percibido en los senderos de la existencia de ese pequeño. No sabía aún qué significaban esas imágenes, pero en su mente formaban cuadros tan nítidos que supo que jamás podría olvidarlos. Le inspiraban temor: ¡cuánto dependería de ella y de cómo utilizara esa membrana que seguía palpitando en sus manos...!

—Varón —anunció Mamá. —¿Es séptimo hijo? —preguntó la madre en un suspiro.

Mamá estaba atando el cordón. No podía mirar a la pequeña Peggy.

—Mira—susurró. La niña buscó el fuego en el río distante.

—Sí—dijo, pues la llama seguía flameando.

Pero mientras miraba, vaciló y desapareció.

—Ahora se ha ido —manifestó la pequeña» Peggy.

La mujer lloró amargamente sobre el lecho. Su cuerpo se agitaba en convulsiones, transido por el dolor del parto.

—No se debe llorar cuando nace un hijo —sentenció Mamá.

—Calla —murmuró Eleanor a su madre—. Alégrate, o habrá siempre una sombra en la vida del niño.

—Vigor... —decía la mujer.

—Es mejor el silencio que las lágrimas —aseguró Mamá. Alzó al niño, que lloraba, y Eleanor, lo tomó con manos experimentadas. Se veía que ya había acunado antes a muchos otros. Mamá fue hasta la mesa que había en un rincón y tomó una, mantilla de lana ennegrecida, del color de la noche. a arrastró lentamente sobre el rostro de la mujer, empapado por el llanto, mientras decía:

—Duerme, madre, duerme...

Cuando retiró la mantilla, ya no había más llantos y la mujer dormía, exhaustas sus fuerzas.

—Sacad al niño de la habitación —ordenó Mamá.

—¿No debería dar la primera mamada? —preguntó Eleanor.

—Jamás dará el pecho a esta criatura —dijo Mamá—, a menos que querráis que se alimente de odio.

—Pero no puede odiarlo —adujo Eleanor—. La culpa no fue de él...

—Pero me figuro que la leche no lo sabe —repuso Mamá—. ¿Qué dices, Peggy? ¿De qué teta debe mamar el niño?

—De la de su madre —dijo la pequeña Peggy.

Mamá la miró con ojos penetrantes.

—¿Estás segura?

La niña asintió.

—Pues bien, entonces. Cuando despierte le traeremos el niño. De todas formas, la primera noche no hace falta que tome nada.

Eleanor llevó al niño a la sala grande, donde el fuego ardía para secar a los hombres, y ellos dejaron de intercambiar relatos de lluvias e inundaciones peores que ésta para contemplar al niño con admiración.

Pero dentro de la habitación, mamá tomó a la pequeña Peggy del mentón y la miró fijamente a los ojos.

—Margaret, me dirás la verdad. Es algo muy grave que un niño amamantado por su madre se alimente de odio.

—No lo odiará, Mamá —repuso la pequeña Peggy.

—¿Qué has visto?

La niña habría respondido, pero no conocía palabras con que decir casi todo lo que veía. Miró al suelo. La respiración jadeante de Mamá la avisaba que se acercaba uno de sus interrogatorios. Pero Mamá aguardó, y luego su mano acarició suavemente la mejilla de la pequeña.

—Ay, mi pequeña, qué día has tenido... El niño podía haber muerto si no me hubieras dicho que tirase de él. Hasta tendiste tu mano para abrirle la boca. Eso hiciste, ¿a que sí? La pequeña Peggy asintió. —Es suficiente para una niña. Es suficiente para un solo día. —Mamá se volvió hacia las demás niñas, que descansaban apoyadas contra la pared con los vestidos húmedos—. Y vosotras también habéis tenido un día agotador. Salid de aquí. Dejad descansar a vuestra madre e id a secaros junto al fuego. Os haré una buena cena, qué digo...

Pero Abuelito ya estaba en la cocina afanándose con la comida y no quiso saber nada de que Mamá moviera ni un dedo. Pronto estuvo fuera con el pequeño, mientras hacía a un lado a los hombres para poder acunarlo y le ofrecía un dedo para chupar.

Al cabo de un rato, la pequeña Peggy calculó que no la echarían de menos, de modo que trepó por los peldaños que conducían a la escalerilla del ático y subió hasta la diminuta y oscura estancia. Las arañas no la impresionaban mucho, y los gatos por lo general ahuyentaban a los ratones: no tenía miedo. Fue a horcajadas hasta su sitio secreto y tomó la caja de madera tallada que Abuelito le había regalado y que según dijo su propio padre había traído de Ulster al llegar a las colonias. Contenía las preciosas posesiones de la infancia: guijarros, cuerdas, botones... pero ahora sabía que no significaban nada comparadas con la tarea que tendría por delante para el resto de su vida. Vacío la caja de todo cuanto poseía y sopló en su interior para limpiar el polvo. Luego depositó allí la membrana plegada y cerró la tapa.

Sabía que en el futuro tendría que abrir esa caja docenas de docenas de veces. Que la llamaría, la despertaría de su sueño, la apartaría de sus amigos y la privaría de sus ilusiones. Y todo porque un niño que dormía abajo no tenía otro futuro que una oscura muerte entre las aguas a menos que ella utilizara esa membrana para mantenerlo a salvo, como ya lo había hecho en una ocasión dentro del vientre de su madre.

Durante un momento la enfureció ver que su vida cambiaba de ese modo. Era peor que cuando vino el herrero. Peor que Papá y la varita de almendro con que la zurraba. Peor que Mamá cuando la cólera asomaba a sus ojos. Todo sería distinto para siempre, y no era justo. Sólo por un niño a quien nadie había invitado, a quien nadie pidió que fuera hasta allí. ¿Qué le importaba a ella ese pequeño?

Extendió la mano y abrió la caja, pensando en tomar la membrana y arrojarla a algún rincón oscuro del ático. Pero aun en la oscuridad pudo ver un lugar

donde las sombras eran más densas todavía: alrededor de su propio fuego interior, el vacío del negro río se había dispuesto a hacer de ella una asesina. No conmigo, dijo al agua. No eres parte de mí. Sí que lo soy, musitó el agua. Estoy en todo tu cuerpo, y sin mí te secarías hasta morir.

Será. Pero, de todas formas, no eres mi amo, replicó.

Cerró la tapa de la caja y descendió por las escaleras, deslizándose sobre el trasero. Papá siempre decía que acabaría clavándose alguna astilla en las posaderas. Esta vez tuvo razón. Le dolía mucho, así que tuvo que ir hasta la cocina caminando de medio lado en busca de Abuelito. Y el bueno de Abuelito interrumpió sus guisos para quitarle las astillas una a una.

—Ya no tengo ojos para esto, Maggie—se quejó.

—Tienes vista de lince. Papá me lo dijo.

Abuelito contuvo la risa.

—Conque ahora dice eso...

—¿Qué hay de cena?

—Ah, Maggie... Esta cena sí te gustará...

La pequeña Peggy frunció la nariz.

—Huele a pollo.

—Así es.

—No me gusta la sopa de pollo.

—No es sólo sopa, Maggie. Es asado, menos el cogote y las alas.

—También odio el pollo asado.

—¿Alguna vez te ha mentado tu Abuelito?

—No.

—Entonces más vale que me creas cuando te digo que esta cena de pollo te hará feliz. ¿No se te ocurre de qué forma te haría feliz una cena a base de cierto pollo en particular?

La pequeña Peggy lo pensó un rato, y luego su rostro se iluminó.

—¿Mary la Mala?

Abuelito guiñó un ojo.

—Siempre dije que esa gallina había nacido para hacer de estofado.

La niña lo abrazó con tal furor que hizo toser a Abuelito por la asfixia. Y luego ambos se echaron a reír y veng a reír.

Esa noche, mucho después de que Peggy estuviera en su cama, trajeron a la casa el cuerpo de Vigor, y Papá y Pacífico le construyeron un cajón. Alvin Miller no parecía estar vivo, ni siquiera cuando Eleanor le mostró a la criatura. Hasta que dijo:

—Esa niña, la tea. Dice que este pequeño es el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.

Alvin miró a su alrededor buscando alguien que le confirmara la verdad.

—Oh , puede fiarse de ella —aseguró Mamá.

Las lágrimas inundaron los ojos de Alvin.

—El chico resistió —dijo—. Allí, en las aguas, resistió lo suficiente...

—Sabía lo importante que eso era para ti —atinó a decir Eleanor.

Entonces Alvin tomó al niño, lo aferró con todas sus fuerzas, lo miró a los ojos y dijo:

—¿Nadie te ha puesto nombre aún, verdad?

—Claro que no —repuso Eleanor—. Mamá dio nombre a todos los demás varones, pero tú siempre dijiste que el séptimo hijo tendría...

—Mi propio nombre. Alvin. Séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, con el mismo nombre que su padre. Alvin Júnior. —Miró a su alrededor, y luego volvió su rostro al río, que corría lejano por el bosque nocturno—. ¿Lo has escuchado, río Hatrack? Su nombre es Alvin, y no pudiste matarlo...

No tardaron en traer el cajón y tender en su interior el cuerpo de Vigor, rodeado de velas para evocar el fuego de la vida que lo había abandonado. Alvin sostuvo al niño sobre el ataúd.

—Mira a tu hermano —susurró al pequeño.

—El niño no puede ver nada aún, Papá —dijo David.

—Te equivocas, David —aseguró Alvin—. No sabe lo que ve, pero sus ojos ya saben mirar. Y cuando tenga edad suficiente para escuchar el relato de su nacimiento, le diré que con sus propios ojos vio a su hermano Vigor, el que dio su vida por el bien del pequeño.

Pasaron dos semanas antes de que Fe estuviera en condiciones de viajar.

Pero Alvin se encargó de que él y sus hijos trabajaran duramente para retribuir el hospedaje. Desbrozaron una buena franja de tierras, partieron leña para el invierno, cargaron bultos de carbón para Pacífico Smith y ensancharon el camino. También derribaron cuatro grandes árboles y construyeron un sólido puente a través del río Hatrack. Un puente cubierto para que aun en días de tormenta la gente pudiera cruzar ese río sin que una gota de agua cayera sobre ella.

La tumba de Vigor era la tercera que se cavaba en el lugar al lado de las sepulturas de las dos hermanitas de Peggy muertas. La familia ofreció sus respetos y oró la mañana en que se marcharon de allí. Luego, todos subieron a su carreta y partieron en dirección al oeste.

—Pero dejamos parte de nosotros aquí, para siempre —advirtió Fe, y Alvin asintió.

La pequeña Peggy los vio partir y luego corrió hacia el ático, abrió la caja y sostuvo la membrana de Alvin entre sus manos. No corría peligro. Por ahora, al menos. Por ahora estaría a salvo. Guardó la membrana y cerró la puerta. Más vale que llegues a ser alguien, niño Alvin, o habrás causado un sinfín de problemas para nada.

Capítulo 6 LA VIGA MAESTRA

Las hachas caían, los hombres entonaban himnos durante la labor y la nueva iglesia del reverendo Philadelphia Thrower se erigía imponente sobre la comunidad de la aldea de Vigor. Todo transcurría mucho más deprisa de lo que el reverendo Thrower podía haber sospechado. La primera pared de la construcción apenas había sido levantada uno o dos días atrás, cuando apareció ese piel roja ebrio y tuerto y fue bautizado, como si la sola visión de la iglesia le hubiese permitido ascender hacia la civilización y el Cristianismo. Si un piel roja ignorante como Lolla-Wossiky podía acercarse a Jesús, ¿qué otros milagros no podrían realizarse en estas tierras salvajes cuando el recinto sagrado estuviese concluido y su ministerio fuera firmemente encauzado? Pero el reverendo Thrower no estaba enteramente feliz. Había enemigos de la civilización más poderosos que la barbarie de los pieles rojas, y los signos no eran tan esperanzadores como cuando Lolla-Wossiky vistió ropas de hombre blanco por vez primera.

En particular, lo que oscurecía ese día tan diáfano era el hecho de que Alvin Miller no estuviera entre los trabajadores. Y su esposa ya había agotado toda excusa posible en su nombre. El viaje para dar con una piedra de molino apropiada ya había terminado; había tomado un día de descanso, y ahora le correspondía estar allí.

—¿Acaso está enfermo? —preguntó Thrower. La boca de Fe se endureció.

—Cuando le dije que no vendría, reverendo Thrower, no quise decir que no pudiera venir...

Esa respuesta confirmó las sospechas crecientes de Thrower.

—¿Le he ofendido en algo? Fe suspiró y apartó la vista para posarla sobre los postes y vigas de la iglesia.

—No es algo que usted mismo haya hecho, señor, como decirle... no tiene que ver con el trato que un hombre dispensa a otro, vea... —De pronto se mostró alarmada—. ¿Qué es eso?

Al lado del edificio, casi todos los hombres sujetaban cuerdas en la mitad posterior de la viga maestra para poder calzarla en su sitio.

Era un trabajo engorroso, que resultaba más difícil aún porque los niños se revolcaban en el suelo de tierra y pasaban por entre las piernas de los hombres. Los revoltosos eran objeto de su atención esta vez.

—¡Al! —exclamó Fe—. ¡Alvin Júnior, ya te me estás levantando de ahí! —Dio dos zancadas hacia la nube de polvo que daba cuenta de las luchas heroicas de los niños de seis años.

El reverendo Thrower no pensaba permitirle que terminara la conversación tan fácilmente.

—Señora Fe —comenzó con aspereza—. Alvin Miller es el primer hombre que se asentó en estas tierras, y la gente lo tiene en alta estima. Si está en contra de mí por alguna razón, perjudicará sumamente mi ministerio. Al menos puede decirme qué es lo que hice para que se sienta ofendido...

Fe lo miró a los ojos, como para ver si sería capaz de escuchar la verdad.

—Fue su estúpido sermón, señor... —dijo.

—¿Estúpido?

—Bueno, señor. La verdá es que usted tendría que saber que no es así, digo, viniendo de Inglaterra...

—De Escocia, señora Fe.

—Y digo, ¿no?, como lo educaron en colegios donde no saben mucho de...

—¡En la Universidad de Edimburgo! Si cree que no saben mucho de...
—De sortilegios, conjuros, hechizos y cosas por el estilo...
—Sé que quien sostiene usar tales poderes invisibles y oscuros en tierras que obedecen al Lord Protector, señora Fe, comete un delito fatal, si bien en su misericordia el Lord se limita a desterrar a aquellos que...
—Pero si ahí lo tiene, justamente —repuso ella triunfal—. No creo que en esa universidad le enseñen mucho sobre estas cosas, ¿o sí? Y sin embargo, aquí vivimos de ese modo, y llamarlo superstición...
—Yo lo llamé histeria... —Eso no cambia el hecho de que dé resultado.
—Entiendo que algunas personas creen que da resultado —dijo Thrower con paciencia—. Pero todo en el mundo es o bien ciencia o bien milagro. Los milagros fueron producidos por Dios en las épocas remotas. Pero esas épocas ya han concluido. Hoy, si queremos cambiar el mundo, debemos buscar las herramientas, no en la magia, sino en la ciencia.
Thrower observó su rostro y vio que no estaba causando mucha impresión.
—Ciencia...—repuso—.¿Como por ejemplo tocar los bultos que uno tiene en la cabeza?
No creyó que la mujer hubiera luchado mucho por contener su sorna.
—La frenología es una ciencia en pañales —dijo fríamente— y posee muchas deficiencias, pero pienso descubrir...
La mujer se echó a reír como una colegiala. No parecía haber dado a luz catorce hijos.
—Lo siento, reverendo Thrower, pero acabo de recordar que Mesura lo llamó «sesomancia», y se figuró que usted no tendría muy buena fortuna por estos lados...
Cierto es, pensó el reverendo Thrower, pero no se proponía admitirlo.
—Señora Fe, hablé como lo hice para que la gente comprendiera que hay formas superiores de pensamiento en el mundo actual y que ya no tenemos necesidad de apoyarnos en las ilusiones de...
Pero de nada sirvió. La paciencia de la mujer se había agotado.
—Mire, reverendo Thrower, tendrá que disculparme, pero si ese chico no deja de enredar con los otros, acabará recogiendo el primer sopapo que pase volando. —Y se marchó para caer como la ira del Señor sobre Alvin y Calvin, sus pequeños de seis y tres años. Nadie como ella para echar filípicas. Podía escucharla desde donde estaba, y eso que el viento soplabla en contra.
Qué ignorancia, dijo Thrower para sus adentros. No sólo se me necesita aquí como hombre de Dios entre salvajes, sino también como hombre de ciencia entre necios supersticiosos. Alguien pronuncia una maldición y luego, seis meses después, alguna desgracia le ocurre al maldecido. Siempre es así. Al menos dos veces al año algo malo ha de suceder a cualquiera. Y eso les da la absoluta certeza de que su maldición tuvo efecto maléfico. *Post hoc ergo propter hoc*.
En Gran Bretaña, los estudiantes aprenden a dejar de lado tales errores elementales de la lógica mientras aún estudian el *trivium*. He aquí un modo de vivir. El Lord Protector estaba en lo cierto al castigar a los practicantes de magia en Gran Bretaña, si bien Thrower prefería que lo hiciera sobre los cargos de estupidez y no de herejía. Tratar la magia de herejía le confería excesiva dignidad, como si fuera algo que temer y no que despreciar.
Tres años atrás, después de haber obtenido su título de doctor en Divinidad, Thrower vislumbró por vez primera el daño que el Lord Protector estaba cometiendo. Lo recordaba como un hito en su vida. ¿Acaso no fue también la primera vez que el Visitante se había presentado ante él? Fue en su pequeña sala de la rectoría de la iglesia de St. James, en Belfast, donde oficiaba de pastor asistente, su primer cargo desde que había sido ordenado. Estaba

observando un mapa de la Tierra cuando su mirada se posó sobre América, en el sitio donde Pensilvania se veía con nitidez, desde las colonias holandesas y suecas hacia el oeste, hasta que las líneas se desvanecían en la oscura región más allá del Mizzipy. Fue como si el mapa cobrara vida, y entonces vio el flujo de gente que arribaba al Nuevo Mundo. Los buenos puritanos, los hombres fieles a la iglesia y los sólidos empresarios marchaban a Nueva Inglaterra; los papistas, los realistas y los bribones iban a la región esclava y rebelde de Virginia, Carolina y Jacobia, a las llamadas Colonias de la Corona. Era la clase de gente que, cuando hallaba su sitio, se quedaba allí para siempre.

Pero a Pensilvania iba otra clase de personas. Los alemanes, holandeses, suecos y hugonotes huían de sus países y se dirigían a la colonia de Pensilvania para hacer de ella una escupidera, una ciénaga desbordante de la peor estofa humana del continente. Y lo peor es que no se quedarían allí. Estos oscuros campesinos recalarían en Pensilvania, descubrirían que las tierras pobladas —para Thrower no eran «civilizadas»— de Pensilvania estaban demasiado atiborradas para ellos y de inmediato partirían hacia el oeste, con dirección a la región de los pieles rojas para establecer sus granjas entre los bosques. ¿Qué importaba que el Lord protector les hubiese prohibido específicamente afincarse allí? ¿Qué les importaba la ley a estos paganos? Lo que querían era tierras, como si la mera posesión de una franja de polvo hiciera de un campesino un caballero.

Y entonces, la visión que Thrower tuvo de América ya no fue desoladora sino negra. Vio que en el nuevo siglo la guerra llegaría a América. En su visión, el rey de Francia enviaría a Canadá a ese molesto coronel corso, Bonaparte, y su gente agitaría a los pieles rojas desde el fuerte francés de Detroit. Los indios se abatirían sobre los colonos para destruirlos. Podían ser la peor escoria, pero fundamentalmente eran escoria inglesa, y la visión de la matanza piel roja puso a Thrower la piel de gallina.

Pero aun cuando ganasen los ingleses, el resultado sería el mismo. Al oeste de los Apalaches, América nunca sería tierra cristiana. Ora se quedarían con ella los condenados franceses y españoles papistas, ora los no menos malditos pieles rojas salvajes, o bien pulularían por doquier los ingleses más depravados, que se reían de Cristo y del Lord Protector por igual. Otro continente se perdería por entero al conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Era una visión tan espeluznante que Thrower lanzó un grito, creyendo que nadie lo escucharía en los confines de su diminuta sala.

Pero alguien sí lo escuchó.

—El hombre de Dios tiene por delante toda una vida de trabajo —dijo alguien a sus espaldas.

Thrower giró de inmediato, azorado. Pero era una voz suave y cálida, un rostro anciano y afable, y el temor de Thrower no duró más de un momento, pese a que la puerta y la ventana estaban firmemente cerradas y ningún hombre común podía haberse introducido en su recinto.

Thrower se dirigió a él reverentemente, creyendo que el hombre era sin duda parte de la manifestación que acababa de revelársele:

—Señor, quienquiera que seáis, he visto el futuro de Norteamérica, y me pareció ser la victoria de Satán.

—Satán vence —repuso el hombre— allí donde los hombres del Señor pierden las esperanzas y le abren paso.

Y luego, sin más, el hombre desapareció. En ese momento, Thrower comprendió cuál sería la labor de su vida. Llegar hasta las tierras indómitas de América, construir una iglesia de campo, y luchar contra el demonio en sus propias tierras. Le había llevado tres años conseguir el dinero y la anuencia de

sus superiores de la Iglesia de Escocia, pero ahora estaba allí, ante las vigas y postes de su templo a medio erigir, ante la madera blanca y desnuda, un claro reproche al oscuro bosque de barbarie del cual había sido arrancada. Desde luego, era de esperar que el diablo reparara en semejante empresa magnífica. Y era obvio que el principal discípulo del demonio en la aldea de Vigor era Alvin Miller. Aun cuando todos sus hijos se encontraban allí, ayudando a construir la iglesia, Thrower sabía que eso era obra de Fe. La mujer hasta había concedido que tal vez su corazón perteneciera a la Iglesia de Escocia, a pesar de haber nacido en Massachussets; su participación significaba que Thrower podía esperar formar una congregación, siempre y cuando Alvin Miller no lo estropeará todo.

Y vaya si podría estropear las cosas... Una cosa era que Alvin se hubiera ofendido por algo que Thrower dijera o hiciera inadvertidamente. Pero abrir el debate sobre la creencia en brujerías, desde el comienzo mismo, ah, no había modo de eludir el conflicto. El campo de batalla estaba trazado: Thrower ocupaba el lado del Cristianismo y la ciencia, y del otro, todos los poderes de la oscuridad y la superstición. Del otro lado estaba la naturaleza carnal y bestial del hombre, y Alvin Miller era su abanderado. Apenas he iniciado mi contienda en nombre del Señor, pensó Thrower. Si no puedo derrotar a este primer oponente, ninguna otra victoria me será posible.

—¡Pastor Thrower! —gritó el hijo mayor de Alvin, David—. ¡Estamos listos para izar la viga maestra!

Thrower avanzó con paso ligero y luego, recordando su dignidad, serenó su andar. Nada en los evangelios sugería que el Señor hubiese corrido alguna vez. Sólo caminó, como era propio de su elevada estatura. Desde luego, Pablo había hecho comentarios acerca de correr una larga distancia, pero eso era sólo una alegoría. Un ministro debía ser la sombra de Jesucristo, caminar como Él y representarlo ante el pueblo. Era lo más cerca que esta gente podía llegar a estar de la majestuosidad de Dios. El reverendo Thrower tenía el deber de refrenar la vitalidad de su juventud y caminar con el paso reverente de un anciano, aunque sólo tuviera veinticuatro años.

—¿Piensa bendecir la viga, verdad? —preguntó uno de los granjeros. Era Ole, un sueco proveniente de las orillas de Delaware y, por lo tanto, luterano de corazón. Pero estaba dispuesto a colaborar para construir una iglesia presbiteriana en el valle del Wobbish, considerando que fuera de ella el templo más cercano era la catedral papista de Detroit.

—Así es —repuso Thrower. Posó su mano sobre la viga pesada y cortada a golpes de hacha.

—Reverendo Thrower. —A sus espaldas oyó la voz de un niño. Sólo una voz infantil podía ser tan aguda y estridente—. ¿No sería una especie de hechizo bendecir un pedazo de madera?

Thrower se volvió y alcanzó a ver a Fe Miller imponiendo silencio al niño. Alvin Júnior sólo tenía seis años, pero obviamente acabaría causando tantos problemas como su padre. Tal vez más aún... Alvin, el padre, al menos había tenido la delicadeza de mantenerse al margen de la construcción de la iglesia.

—Usted siga adelante —dijo Fe—. No se moleste por él. Todavía no le he enseñado cuándo abrir la boca y cuándo callar...

Pero aunque la mano de la mujer oprimía fuertemente los labios del pequeño, la mirada tenaz del niño seguía posada sobre él. Y cuando Thrower volvió a su tarea, vio que todos los hombres lo miraban con expectación. La pregunta del niño era un desafío al que debía responder, pues de lo contrario pasaría por hipócrita o por tonto delante de los mismos hombres a quienes había venido a convertir.

—Si creen que mi bendición realmente hace algo por modificar la naturaleza de la viga maestra —convino—, entiendo que les resulte afín con una brujería. Pero lo cierto es que la viga en sí es sólo la ocasión. Lo que realmente estoy bendiciendo es la congregación de cristianos que se reunirá bajo este techo. Y en eso no hay nada de mágico. Lo que estamos pidiendo es el poder y el amor de Dios, no una cura para las verrugas ni un hechizo contra el mal de ojo.

—¡Qué lástima! —murmuró un hombre—. A mí me vendría bien una cura pa' las verrugas...

Todos se echaron a reír, pero el peligro había pasado. Cuando la viga maestra se elevara, su ascensión sería un acto cristiano y no pagano. Bendijo la viga maestra y tomó la precaución de cambiar la oración habitual por otra que específicamente no confiriera ninguna propiedad determinada a la viga misma. Luego los hombres ajustaron la cuerda y Thrower entonó «Gloria al Señor sobre el inmenso mar», con toda su espléndida voz de barítono, para que su labor hallara ritmo e inspiración.

Y sin embargo, todo el rato tenía una nítida conciencia del pequeño Alvin Júnior. No era sólo por el incómodo desafío que el niño le había lanzado poco antes. El pequeño era espontáneo y puro como todas las criaturas. Thrower no pensaba que cavilara intenciones siniestras. Lo que llamaba la atención del niño era algo totalmente distinto. No era ninguna propiedad del pequeño en sí, sino algo acerca de las personas que lo estuvieran mirando todo el tiempo. Eso sería una ocupación permanente, ya que no paraba de corretear un minuto. Pero siempre tenían conciencia de él, como el cocinero del colegio tenía siempre conciencia del perro de la cocina: jamás le hablaba, pero iba y venía a su alrededor sin detenerse en su trabajo.

No eran sólo sus familiares los que tanto lo cuidaban. Todos se comportaban del mismo modo: alemanes, escandinavos, ingleses, recién llegados y antiguos colonos. Como si la crianza del niño fuera un proyecto comunitario, al igual que la construcción de la iglesia o de un puente sobre el río.

—Espacio, espacio, espacio —gritaba Previsión, encaramado cerca de la cumbrera derecha para guiar hasta su sitio la pesada viga. Debía ser así, para que las alfardas se recostaran suavemente contra ella y formaran un sólido techo.

—No, no, os habéis pasado —gritó Mesura.

Estaba de pie sobre un andamio, en la viga transversal sobre la cual descansaba el corto poste que sostendría las dos vigas maestras allí donde los extremos de ambas encajaban uno en el otro. Precisamente esto era lo más importante para poder construir el techo, y también lo más engorroso. Debían colocar los extremos de dos pesadas vigas sobre la punta de un madero que apenas tenía medio metro de ancho. Por eso estaba allí Mesura, quien hacía justicia a su nombre por su buen ojo y cuidado.

—¡Va bien! —gritaba el joven—. ¡Más!

—¡Otra vez para mi lado! —exclamó Previsión.

—¡Quietos! —gritó Mesura.

—¡Listo! —se oyó la voz de Previsión.

Por fin también Mesura dio el alto, y los hombres que trabajaban desde el suelo aflojaron la tensión de las cuerdas. Y cuando las sogas cayeron laxas, todos lanzaron vivas, pues la viga maestra se extendía hasta la parte central de la iglesia. No sería una catedral, pero en esas tierras de ignorancia era una labor prodigiosa: la estructura más grande que alguien hubiera osado imaginar en miles de kilómetros a la redonda. El mero hecho de construirla era una declaración de que los colonos estaban decididos a quedarse, y que ni franceses, ni españoles, ni caballeros, ni yanquis, ni siquiera los salvajes

pieles rojas con sus flechas de fuego podrían conseguir que se marcharan de ese lugar.

Naturalmente, el reverendo Thrower entró junto con todos los demás para ver por primera vez el cielo quebrado por una viga de no menos de doce metros de largo. Y eso apenas era la mitad de lo que finalmente llegaría a ser.

Mi iglesia, pensó Thrower, y ya es más bella que casi todo lo que vi en Filadelfia.

Sobre la endeble estructura de tablas, Mesura embutía un tarugo de madera en la muesca que había al extremo de la viga maestra hasta introducirla en el orificio correspondiente de la cumbrera. Previsión hacía lo mismo por el otro lado. Los tarugos sostendrían la viga en su sitio hasta que colocaran las alfardas. Y cuando hubieran terminado, la viga maestra sería tan fuerte que hasta podrían quitar la viga transversal, de no ser porque la necesitaban para colgar el candelabro que iluminaría la iglesia de noche. De noche, para que los vidrios de colores refulgieran en la oscuridad. Tal era la grandeza del sitio que el reverendo Thrower concebía. Que sus mentes simples se postraran de admiración cuando vieran el lugar y que se maravillaran ante la majestuosidad del Señor.

Y en eso pensaba, cuando de pronto Mesura dejó escapar un alarido de terror, y todos vieron horrorizados que la cumbrera se había partido bajo el golpeteo del martillo del muchacho. La pesada e inmensa viga maestra brincó dos metros por los aires y se escapó de las manos de Previsión, quien la sostenía del otro lado, para quebrar el andamiaje como si fuese hojarasca. La viga maestra pareció quedarse suspendida en el aire por un momento, tan horizontal como uno pueda imaginar, y luego se desplomó como si el mismo Señor hubiese plantado sus pies sobre ella.

Y el reverendo Thrower no tenía que mirar para saber que directamente debajo de esa viga habría alguien cuando se estrellara contra la tierra. Lo supo porque tuvo conciencia del pequeño, supo que corría precisamente en la dirección equivocada, supo que su propio grito de «¡Alvin!» hizo que el niño se detuviera exactamente en el sitio indebido.

Y cuando miró, fue tal como supo que sería: allí estaba de pie el pequeño Al, mirando el tronco rebanado que lo enterraría en el suelo de la iglesia.

Ninguna otra cosa sufriría daños, pues la viga caería horizontal, perfectamente plana, y su impacto se transmitiría a todo el suelo. El niño era demasiado pequeño incluso para atenuar la caída del madero. Sería aplastado, machacado, y su sangre salpicaría la madera blanca del suelo de la iglesia. Jamás conseguiré limpiar esa mancha, pensó Thrower irracionalmente, pero uno no puede controlar sus pensamientos en presencia de la muerte.

Thrower vio el impacto como si se tratara de un relámpago cegador. Escuchó el estruendo de la madera sobre la madera. Escuchó los gritos. Luego sus ojos se aclararon y vio la viga maestra tendida. Un extremo, exactamente donde debía estar. El otro, también. Pero en el medio, la viga se había partido en dos, y entre ambas partes estaba el pequeño Alvin de pie, con el rostro pálido de terror. Ileso. El niño estaba ileso. Thrower no sabía alemán ni sueco, pero supo muy bien qué significaban los murmullos que oía a su alrededor. Pues que blasfemen, pensó Thrower. Yo debo comprender qué ha sucedido aquí. Fue hasta el niño y posó sus manos sobre la cabecita, buscando hallar algún daño. Pero ni un solo cabello estaba fuera de lugar. La cabeza del pequeño estaba caliente, muy caliente, como si hubiera estado ante un fuego. Luego Thrower se arrodilló y examinó la viga. El corte era de una suavidad tal que parecía que la madera había crecido de ese modo, justo con la anchura suficiente para esquivar la cabeza del niño por completo.

Y entonces llegó la madre de Al y alzó al niño entre llantos y sollozos de alivio. El pequeño Alvin también lloraba. Pero Thrower pensaba en otras cosas. Era un hombre de ciencia, después de todo, y lo que acababa de ver no era posible. Hizo que los hombres midieran a zancadas la longitud de la viga, una y otra vez. Yacía sobre el suelo, exactamente con el largo original. El extremo derecho distaba del izquierdo tal como debía ser. Y el fragmento del tamaño de la cabeza del niño sencillamente había desaparecido. Se había desvanecido en un momentáneo destello de fuego que dejó la cabeza de Alvin y ambas puntas de la viga ardiendo como brasas, pero sin marcas ni quemaduras de ninguna clase.

Y luego Mesura comenzó a aullar desde la viga transversal, de la cual pendía sujeto por los brazos. Había logrado asirse de ella al caer el andamio. Moderación y Calma treparon para ayudarlo a bajar sin que se lastimara. El reverendo Thrower no podía pensar en eso. Lo único que cabía en su mente era que un niño de seis años podía plantarse debajo de una viga que caía para que ésta se partiera en dos y le hiciera un lugar en el medio. Tal como el mar Rojo se abrió en dos para Moisés, a izquierda y derecha.

—El séptimo hijo... —murmuró Previsión. El joven se sentó sobre la viga caída, a la izquierda de la fractura.

—¿Qué? —preguntó el reverendo Thrower.

—Nada—repuso el joven.

—Has dicho «el séptimo hijo», pero el séptimo es Calvin...

Previsión meneó la cabeza.

—Teníamos otro hermano. Murió unos minutos después de que Al naciera. —Y volvió a menear la cabeza—. Es el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón.

—Pero eso le convierte en un engendro del diablo —dijo Thrower estupefacto. Previsión le miró con desprecio.

—Tal vez en Inglaterra penséis así, pero en estos lugares creemos que una persona así puede ser un sanador, tal vez, o un dotado, -pero sea lo que fuere lo hará con rectitud y bondad. —Luego un pensamiento asomó a los ojos de Previsión y le hizo sonreír—. Engendro del diablo —repitió, paladeando maliciosamente sus palabras—. A mí eso me suena a histeria. Furioso, Thrower se alejó de la iglesia a grandes zancadas.

Encontró a la señora Fe sentada sobre un banco, con Alvin en su regazo, meciéndolo mientras el pequeño seguía gimiendo. Lo regañaba suavemente.

—Te dije que no corrieras sin mirar. Siempre andas metido entre las piernas de los demás. No sabes quedarte quieto. Una tiene que andar como una loca buscándote de aquí para allá... —Entonces vio a Thrower de pie ante ella y guardó silencio—. No se aflija —dijo—. No lo volveré a traer por aquí. —Me alegro, por su seguridad —repuso Thrower—. Si pensara que mi iglesia debe construirse a costa de la vida de un niño preferiría predicar bajo el cielo abierto el resto de mis días.

La mujer lo escudriñó y supo que hablaba con sinceridad.

—Bueno, no es culpa de usted —dijo—. Siempre ha sido un niño torpe. Parece salir vivo de situaciones que matarían a cualquier niño normal.

—Quisiera... comprender lo que ha ocurrido aquí.

—La cubrera cedió, desde luego —dijo ella—. A veces suele pasar.

—Me refiero a... cómo fue que no lo tocó. La viga se partió... antes de tocarle la cabeza. Quisiera examinarlo, si me lo permite, para ver si...

—No tiene ni una marca —replicó.

—Lo sé. Quisiera tocarlo para ver si...

Miró hacia el cielo y murmuró:

—Ya sé. La sesomancia. —Pero al mismo tiempo apartó sus manos para que el hombre pudiera palpar el contorno de la cabeza.

Lentamente y con cuidado, Thrower trató de comprender el mapa del cráneo del niño, de leer los bordes y cantos, los relieves y las depresiones. No necesitaba consultar ningún libro. De todas formas, los libros no decían más que sandeces. No había tardado en descubrirlo. Sólo decían generalidades imbéciles, como por ejemplo: «los pieles rojas siempre tendrán una protuberancia sobre la oreja, lo cual indica salvajismo y canibalismo», cuando, desde luego, los pieles rojas tenían idénticas variaciones en sus cráneos que los blancos. No, Thrower no tenía confianza en esos libros, pero había aprendido un par de cosas sobre personas que poseían determinadas facultades y que tenían en común ciertas protuberancias. Había desarrollado cierto don para comprender los mapas de los cráneos humanos. Mientras sus manos se paseaban por la cabeza del niño, comprendía lo que estaba hallando.

Nada digno de mención, eso fue lo que encontró. Ningún rasgo que se destacara sobre los demás. Normal. Tanto como cualquiera podía serlo. Tan absolutamente normal que podía ser un ejemplo de normalidad de esos que vienen en los manuales, en caso de que hubiera algún manual que mereciera ser leído.

Retiró sus dedos, y el niño —que con su contacto había dejado de llorar— se retorció sobre el regazo de su madre para mirarlo.

—Reverendo Thrower —le indicó—, sus manos son tan frías que casi me hielo.

—Luego se escabulló de la falda de su madre y salió corriendo, llamando a uno de los niños alemanes, con quien antes había estado luchando tan ferozmente.

Fe se echó a reír con pesar.

—Ya ve qué rápido olvidan...

—Usted también —le señaló el reverendo Thrower.

La mujer sacudió la cabeza.

—Yo no —negó—. Yo no olvido nada.

—Ya está sonriendo...

—Yo sigo adelante, reverendo Thrower. Sigo adelante. No es lo mismo que olvidar.

Asintió.

—¿Y bien? ¿Qué ha encontrado?

—¿Qué he encontrado?

—Cuando le tocaba los chichones. La sesomancia. ¿Ha visto algo?

—Normal. Completamente normal. En su cabeza no hay una sola cosa que se salga de lo normal.

La mujer gruñó.

—¿Nada fuera de lo normal?

—Así es.

—Bueno, si quiere saber lo que pienso, aquí eso sí es algo fuera de lo normal. No tener nada de anormal... vaya rareza. —Tomó el banco y lo arrastró, llamando a Al y a Cally mientras andaba.

Al cabo de un rato, el reverendo Thrower comprendió que tenía *razón*. Nadie era tan perfectamente normal. Todos tenían algún rasgo más acusado que los demás. No era normal que Al fuera tan bien equilibrado. Que tuviera todas las características posibles que un cráneo pudiera exhibir y en las proporciones exactamente normales. Lejos de ser normal, el niño era extraordinario, si bien Thrower no tenía idea de lo que ello pudiera significar en la vida del niño. ¿Sería de los que saben un poco de todo y mucho de nada? ¿O de los que sobresalen en todo?

Superstición o no, Thrower se encontró pensando. Séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón... un cráneo sorprendente... y el milagro de la viga —no tenía otra palabra para aquello—. Ese día habría muerto cualquier otro niño común. Las leyes naturales lo determinaban. Pero algo o alguien protegía a ese niño, y las leyes naturales habían sido desoídas.

Cuando la conversación declinó, los hombres siguieron trabajando en el techo. La viga original era inservible, desde luego, y tuvieron que trasladar afuera ambos fragmentos. Después de lo ocurrido, no pensaban emplear los maderos para ninguna otra cosa. En cambio, pusieron manos a la obra y, a media tarde, lograron terminar otra viga nueva, reconstruyeron los andamios y para la noche ya estaba en su sitio el maderamen fundamental del techo. Nadie habló del incidente de la viga maestra, al menos en presencia de Thrower. Y cuando quiso encontrar la cumbrera resquebrajada, no logró hallarla en ninguna parte.

Capítulo 7

EL ALTAR

Cuando Alvin Júnior vio caer la viga no se asustó. Tampoco se asustó cuando se estrelló contra el suelo en dos partes.

Pero cuando los mayores comenzaron a comportarse como si fuera el día del Juicio Final, que si abrazo por aquí, que si murmullo por allá, entonces sí se asustó. Los mayores tenían la costumbre de hacer las cosas sin razón alguna. Igual que Papá, que estaba en el suelo frente al fuego, estudiando los fragmentos partidos de la cumbrera, el trozo de madera que saltó bajo el peso de la viga y la hizo desplomarse. Cuando Mamá era mamá, ni Papá ni nadie podía entrar en su casa astillas y restos de madera sucia. Pero hoy Mamá estaba tan loca como Papá, y cuando él apareció cargado de madera hasta la coronilla, sólo se inclinó, enrolló la alfombra y desapareció de la vista de Papá.

Bueno, nadie sería tan tonto como para quedarse delante de Papá, cuando éste traía semejante cara. David y Calma tenían suerte. Podían marcharse a su propia casa, en sus propias tierras, donde sus propias esposas los aguardaban con la comida en el fuego y donde podían decidir si querían volverse locos o no. Pero el resto no tenía tanta fortuna. Si Papá y Mamá estaban enloquecidos, a los demás no les quedaba otro remedio que enloquecer también. Ni una sola de las niñas reñía con las demás, y todas se afanaban por cocinar y limpiar sin decir esta boca es mía. Previsión y Moderación salieron por la tarde a partir leña y ordeñar las vacas sin siquiera pellizcarse el uno al otro en los brazos, por no hablar de enredarse en una lucha. Ello era sumamente desalentador para Alvin Júnior, puesto que a él le correspondía luchar con el perdedor, lo cual representaba la oportunidad de medirse en las mejores luchas a las que podía aspirar. Tenían dieciocho años, y eran todo un desafío, no como los niños con que habitualmente debía forcejear.

Y ahí estaba Mesura, sentado cerca del fogón, tallando un cucharón para el perol de Mamá sin levantar la vista. Ahí estaba, como los demás, esperando que Papá retornara a sus cabales y le pegara un berrido a alguien.

La única persona normal de la casa era Calvin, el pequeño de tres años. El problema era que, en Calvin, normal significaba andar pisándole los talones a Alvin Júnior como un gatito a la caza del ratón. Jamás se acercaba lo suficiente para jugar con Alvin Júnior, para tocarlo, hablar con él o cualquier cosa útil. Estaba allí, siempre al borde de todo.

Cuando Alvin levantaba la vista, Calvin apartaba la mirada, o alcanzaba a verle la camisa mientras desaparecía detrás de una puerta, o, a veces, en la penumbra de la noche, escuchaba una débil respiración más cerca de lo debido, y era Calvin, que no estaba en su cama sino de pie al lado del lecho de Alvin, mirando. Nadie parecía advertirlo. Ya había pasado un año desde la última vez que Alvin intentó disuadirlo. Si Alvin Júnior decía: Mamá, Cally me está molestando, Mamá se limitaba a responder: Al Júnior, no ha dicho una palabra, ni te ha tocado, y si no te gusta que se esté quieto como Dios manda, pues lo siento por ti, porque a mí me viene de perilla. Ojalá el resto de mis hijos supiera comportarse así. Alvin supuso que en realidad no era que Calvin fuese normal ese día, sino que el resto de la familia había alcanzado su nivel habitual de locura.

Y Papá, que no dejaba de mirar y remirar la madera partida. De vez en cuando unía los pedazos para formar la pieza entera. Una vez habló, en voz baja de verdad:

—Medura, ¿estás seguro de que reuniste todos los pedazos?

—Toditos, Pa —repuso Medura—. Con una escoba no habría podido juntar más. No habría juntado más si me hubiera puesto de rodillas a lamer el suelo como un perro.

Mamá estaba escuchando, naturalmente. Una vez Papá dijo que cuando Mamá prestaba atención a algo, podía oír el pedo de una ardilla en el bosque a un kilómetro de distancia en mitad de una tormenta, mientras las niñas lavaban los platos y los niños partían leña.

Alvin Júnior se preguntaba a veces si entonces Mamá no sabría más brujería de lo que dejaba entrever, ya que una vez él se había sentado en el bosque a unos metros de una ardilla durante más de una hora y jamás llegó a escuchar siquiera un eructo.

De todas formas, allí estaba en casa esa noche, conque desde luego escuchó lo que Papá preguntaba y lo que respondió Medura, y como estaba tan loca como Papá, soltó la lengua como si Medura hubiera jurado en nombre del Señor.

—Cuida tu boca, jovencito, porque el Señor dijo a Moisés en la montaña: honra a tu padre y a tu madre y tus días serán muchos sobre las tierras que el Señor tu Señor te ha dado, y cuando hablas como un impertinente a tu padre estás restando días y semanas y aun años a tu propia vida, y tu alma no se encuentra en situación de dar buena acogida a una visita prematura al recinto del Juicio Supremo para enfrentarte al Salvador y escucharle decidir tu suerte eterna.

A Medura no le preocupaba un comino su suerte eterna, pero sí la ira de Mamá. No intentó alegar que no estaba haciéndose el gracioso ni siendo impertinente. Sólo un tonto haría semejante cosa cuando Mamá echaba humo. Comenzó a poner cara de humilde y a suplicarle disculpas, por no hablar del perdón de Papá ni de la graciosa misericordia del Señor. Para cuando Mamá decidió terminar su filípica, el pobre Medura ya se había disculpado media docena de veces, por lo que ella gruñó un poco y siguió con su costura. Entonces Medura miró a Alvin Júnior y le guiñó un ojo.

—Te he visto —le espetó Mamá—, y si no te vas al infierno, Medura, elevaré una petición a San Pedro para que te envíe allí.

—Yo mismo firmaré esa petición —respondió Medura, que aparecía más dócil, que cachorro en penitencia.

—Sí. Eso tendrías que hacer —siguió Mamá— y firmarla con sangre, también, porque cuando acabe contigo tendrás tantas heridas que diez escribanos podrían mojar el plumín en rojo durante un año entero.

Alvin Júnior no pudo contenerse. Las tenebrosas amenazas le hicieron gracia. Y aunque sabía que podría costarle la vida, abrió la boca para reír. Sabía que si reía Mamá le partiría la cabeza, o le soltaría un sopapo en la oreja, o tal vez estamparía su piececito duro sobre el suyo descalzo, cosa que una vez hizo a David cuando éste le dijo que debería haber aprendido la palabra no antes de tener trece bocas que alimentar.

Esto era cuestión de vida o muerte. Mucho más pavoroso que lo de la viga, que después de todo ni lo había tocado, cosa que no podría decir de Mamá. De modo que atrapó la risa antes de que pudiera salir y la convirtió en lo primero que le vino a la mente.

—Mamá —dijo—, Medura no puede firmar ninguna petición con sangre porque ya estaría muerto, y los muertos no sangran.

Mamá lo miró a los ojos y habló lenta y cuidadosamente.

—Sí lo hacen cuando yo se lo ordeno.

Bueno, ahí ya no pudo más.

Alvin Júnior lanzó una risotada. Lo cual hizo que la mitad de las niñas se echaran a reír. Lo cual hizo que Mesura riera. Y finalmente, también Mamá rió. Todos rieron y rieron hasta casi llorar, y entonces Mamá comenzó a mandar a todo el mundo arriba a dormir, y también a Alvin Júnior.

Tanto jolgorio había despertado en Alvin un humor travieso, y todavía no había aprendido que a veces era mejor no pasarse de listo. Resultó que Matilda, quien bordeaba los dieciséis años y se creía ya una dama, venía subiendo la escalera delante de él. Todos aborrecían tener que caminar detrás de Matilda, pues solía andar con pasitos afectados de damisela. Mesura siempre decía que prefería caminar detrás de la luna, porque iría más rápido que ella. Y ahora el trasero de Matilda estaba precisamente delante del rostro de Al Júnior, balanceándose rítmicamente. Pensó en lo que Mesura había dicho sobre la luna y se le ocurrió que el trasero de Matilda era redondo como la luna, y entonces se le ocurrió preguntarse cómo sería tocar la luna... si sería dura como el lomo de un escarabajo o resbaladiza como una babosa. Y cuando un niño de seis años que ya está un poco animado piensa en algo así, no pasa medio segundo antes de que hunda su dedo unos centímetros en la delicada piel de su hermana. Matilda sí que sabía gritar. Al podía haber recibido una bofetada en ese mismo momento, de no haber estado Previsión y Moderación detrás de él. Vieron toda la escena y se rieron de Matilda con tal crudeza que la niña comenzó a llorar y salió disparada por las escaleras, saltando los peldaños de dos en dos, lo cual decididamente no era propio de una damisela. Previsión y Moderación alzaron a Alvin y le hicieron subir las escaleras entre ambos, tan alto que casi se mareó, mientras cantaban esa vieja canción sobre San Jorge matando al dragón. Sólo que en vez de San Jorge decían San Alvin, y allí donde la canción solía decir algo acerca de ensartar al dragón mil veces y que la espada no se le derretía en el fuego, cambiaron la palabra espada por dedo, y hasta Mesura echó a reír.

—¡Esa canción es una cochinado, una grosería! —gritó Mary, la niña de diez años, quien hacía guardia de pie ante la puerta del dormitorio de las niñas. —Mejor dejad de cantar esa canción—advirtió Mesura— antes de que os oiga Mamá.

Alvin Júnior nunca lograba entender por qué razón a Mamá no le agradaba esa canción. Pero lo cierto era que los chicos nunca la cantaban cuando ella podía escucharlos. Los mellizos dejaron de cantar y treparon por la escalera que conducía al altillo. En ese momento se abrió de golpe la puerta del dormitorio de las niñas mayores y Matilda asomó la cabeza, los ojos rojos del llanto, para gritar:

—¡Lo lamentaréis!

—¡Ohhh, lo lamento, lo lamento tanto! —exclamó Moderación con voz chillona. Sólo entonces recordó Alvin que cuando las niñas se disponían a tomar venganza, el principal damnificado solía ser él. Calvin aún seguía siendo el pequeñín, de modo que aún gozaba de cierta inmunidad, y los mellizos eran mayores y más fuertes, y además siempre iban juntos. Así, cuando las niñas se enfurecían, el primero sobre el cual caía su ira fatal era Alvin. Matilda tenía dieciséis años; Beatriz, quince; Elizabeth, catorce; Ana, doce; María, diez, y todas ellas preferían meterse con Alvin antes que cualquier otra recreación permitida por la Biblia. En una ocasión, Alvin fue torturado más allá de lo que cualquiera podría soportar, y sólo los fuertes brazos de Mesura pudieron evitar que muriera cruelmente atravesado por una horca para heno. Ese día, Mesura convino en que los tormentos del infierno consistían casi seguro en vivir en la misma casa con cinco mujeres que lo duplicaran a uno en tamaño. Desde entonces, Alvin jamás dejaba de preguntarse qué pecado habría cometido an-

tes de nacer para merecer semejante destino aciago ya desde el mismo parto.

Alvin entró en la pequeña habitación que compartía con Calvin y no se movió, esperando que Matilda irrumpiera para matarlo. Pero no vino y no vino, y Alvin comprendió entonces que probablemente estaría esperando a que apagarán las velas para que nadie supiera cuál de sus hermanas había sido la que acabó con él. El cielo sabía que en los dos últimos meses les había dado amplias razones para que quisieran verlo muerto. Trataba de adivinar si lo asfixiarían con la almohada de plumón de Matilda —sería la primera vez que le permitiera tocarla— o si moriría con las preciadas tijeras de costura de Beatriz clavadas en el corazón, cuando de pronto comprendió que si no iba al retrete en veinticinco segundos se lo haría en los pantalones.

El retrete estaba ocupado, por supuesto, y Alvin se quedó ante la puerta saltando y aullando durante tres minutos, pero nadie salió. Se le ocurrió que probablemente era una de las niñas, en cuyo caso ése era el plan más diabólico que jamás lograrían tramarse: dejarlo fuera del baño a altas horas de la noche, cuando tenía demasiado miedo para salir al bosque a aliviarse. Era una venganza atroz. Si se ensuciaba los pantalones pasaría tal vergüenza que probablemente tendría que cambiarse el nombre y escapar, y eso era mucho peor que un dedo en el trasero. Era algo tan injusto que enloqueció, como un búfalo seco de vientre.

Por último, su furia fue tal que lanzó una amenaza decisiva:

—Si no sales de ahí haré lo que tenga que hacer delante mismo de la puerta y tendrás que pisarlo para poder salir.

Aguardó, pero quienquiera que estuviese en el interior no dijo: si lo haces, tendrás que limpiarme los zapatos con la lengua, y dado que ésa solía ser la respuesta de rigor, Alvin comprendió por vez primera que la persona que ocupaba el excusado podía no ser una de sus hermanas, después de todo. Sin duda, tampoco era uno de los chicos. Lo cual dejaba sólo dos posibilidades, a cual peor. Alvin se enfadó tanto consigo mismo que descargó un puñetazo sobre su propia cabeza. Pero eso no le reparó ningún alivio. Papá probablemente le daría una zurra, pero Mamá sería aún más dura. Podía encasquetarle uno de sus sermones terribles, lo cual ya era malo de por sí, pero si estaba realmente disgustada lo miraría con esos ojos que sabía poner y le diría con voz muy suave:

—Alvin Júnior, tenía la esperanza de que al menos uno de mis hijos varones fuese un caballero de nacimiento, pero ahora veo que mi vida ha sido en vano. —Y eso bastaba para que se sintiera todo lo mal que podía llegar a sentirse alguien que aún conservaba la vida.

De modo que casi sintió alivio cuando la puerta se abrió y apareció Papá, todavía abotonándose los pantalones y no con cara de felicidad, precisamente.

—¿Puedo trasponer esta puerta sin peligro? —preguntó fríamente.

—Sss—repuso Alvin Júnior.

---¿Qué?

—Sí, señor.

—¿Estás seguro? Por aquí andan bestias salvajes que creen que está bien dejar sus desperdicios en el suelo, delante de la puerta de los retretes. Y te digo que si existe un animal semejante, le tenderé una trampa y lo atraparé por la cola una de estas noches. Y cuando lo encuentre por la mañana, le coseré el agujero por donde sale su inmundicia y lo soltaré para que se hinche hasta reventar y muera en el bosque.

—Lo siento, Papá.

Papá sacudió la cabeza y comenzó a andar hacia la casa.

—No sé qué ocurre con tu vientre, niño. Hace un minuto no necesitabas ir, y al minuto siguiente estás que te mueres...

—Bueno, si construyeras otro retrete no tendría ningún problema —masculló. Pero Papá no lo oyó, porque Alvin lo dijo cuando ya había cerrado la puerta del retrete y Papá estaba dentro de la casa. Y, además, tampoco lo había dicho en voz alta.

Alvin se entretuvo mucho rato lavándose las manos en la bomba de agua, pues temía lo que pudiera estar aguardándole en la casa. Pero entonces, afuera, en la oscuridad, comenzó a temer por otra razón. Todos decían que los hombres blancos no eran capaces de distinguir a un piel roja cuando caminaba por el bosque, y sus hermanos mayores se divertían de lo lindo diciendo a Alvin que cuando estuviera afuera, solo, especialmente de noche, habría pieles rojas en el bosque, observándolo, jugueteando con sus hachas de pedernal y ardiendo en deseos de arrancarle el cuero cabelludo. Bajo la luz del día, Alvin no les creía, pero de noche, con las manos frías por el agua, sentía que un escalofrío lo atravesaba y hasta creyó ver el punto desde el cual lo espiaba. Justo sobre su hombro, cerca del chiquero, y se movía tan suavemente que ni aun los cerdos gruñían. Ni aun los perros ladraban. Y encontrarían el cuerpo de Al, todo ensangrentado y sin cabello, y entonces sería demasiado tarde. Por muy malas que fuesen sus hermanas —y eso que eran malas— Al consideró que eran preferibles antes que morir de un hachazo en la cabeza a manos de un piel roja. Salió disparado hacia la casa y ni siquiera se volvió para ver si el indio realmente estaba allí.

Apenas hubo cerrado la puerta, olvidó sus temores sobre pieles rojas invisibles y silenciosos. En la casa todo estaba en calma, lo cual para empezar ya daba que pensar. Las niñas jamás guardaban silencio antes de que Papá les gritara tres veces cada noche. De modo que Alvin subió muy, pero que muy despacio, miró antes de pisar cada escalón y volvió la cabeza tantas veces que casi se le torció el cuello. Cuando finalmente estuvo en su habitación, con la puerta cerrada, temblaba tanto que casi deseó que hicieran de una vez lo que hubiesen tramado y acabar con el asunto.

Pero no lo hacían, no señor. Recorrió toda la habitación bajo la luz de la vela, revisó debajo de su cama, escudriñó cada rincón, pero nada. Calvin dormía con el pulgar en la boca, lo cual indicaba que si habían revuelto su habitación, de eso ya hacía largo rato. Comenzó a preguntarse si por azar las niñas habrían decidido por una vez dejarlo en paz o reservar sus sucios ardides para los mellizos. Para él sería una nueva vida si las niñas decidieran ser amables con él. Sería como si un ángel descendiera y lo rescatara de los infiernos.

Se quitó las ropas lo más rápido que pudo, las dobló y las dejó sobre el banco, al lado de su cama, para que por la mañana no estuvieran llenas de cucarachas. Había hecho una especie de pacto con las cucarachas: podían meterse donde quisieran mientras fuera en el suelo, pero no treparían al lecho de Calvin, ni al de Alvin, ni a su banco. Como retribución, Alvin jamás las pisoteaba. Y como resultado, la habitación de Alvin venía a ser el reducto de todas las cucarachas de la casa, pero ya que respetaban el pacto, él y Calvin eran los únicos que jamás despertaban gritando por culpa de cucarachas que hubieran trepado a sus camas.

Tomó su camisón de la percha y se lo puso por la cabeza.

Algo le picó debajo del brazo. El dolor le hizo gritar.

Algo le picó sobre el hombro. Sea lo que fuere, estaba dentro de su camisón, y mientras se lo quitaba a manotazos siguió agujijoneándole por todas partes. Finalmente cesó, y el niño quedó de pie, completamente desnudo, frotándose y palmeándose para quitarse del cuerpo los insectos o lo que fuere.

Luego extendió la mano y tomó el camisón con cuidado. No vio que nada se escabullera de su interior. Lo sacudió una y otra vez, pero ni un solo bicho cayó de él. En cambio, si cayó otra cosa. Títiló un segundo bajo la luz de la vela y al dar contra el suelo hizo un ruidito metálico.

Sólo entonces escuchó Alvin Júnior las risas contenidas del otro lado de la pared. Ay, se la hicieron, claro que se la hicieron. Se sentó sobre el borde de la cama, retirando alfileres de su camisón y clavándolos en la esquina inferior del colchón. Jamás pensó que pudieran estar tan enojadas como para arriesgarse a perder uno solo de los valiosos alfileres de Mamá con tal de vengarse de él. Pero ya lo sabía para otra vez. Las niñas jamás tenían en cuenta el deber de jugar limpio, como sí hacían los varones. Cuando un chico te arrojaba al suelo durante una pelea, o bien saltaba sobre ti o bien esperaba a que te pusieras nuevamente en pie, y en ambos casos ambos quedaban mano a mano. Pero Al había aprendido con sangre que las niñas te patean cuando estás en el suelo y se abalanzan sobre ti cada vez que se les presenta la ocasión. Cuando pelean, las anima el afán de concluir la contienda tan pronto les sea posible. Así no tenía gracia.

Como esa noche. No era un castigo justo. Él sólo le había enterrado un dedo en el trasero, y en cambio ellas lo llenaban de alfileres de pies a cabeza. En un par de lugares hasta lo habían dejado sangrando los alfileres de marras. Y Alvin se imaginaba que Matilda ni siquiera debía tener un morado, aunque bien deseó que lo tuviera.

Alvin no era ruin, no señor. Pero estaba sentado allí, a los pies de su cama, quitando alfileres de su camisón, y no pudo menos que reparar en las cucarachas que iban y venían por entre las hendidias del suelo. No pudo sino imaginarse qué podría pasar si a todas esas cucarachas se les ocurría ir de visita a determinada habitación llena de risitas.

De modo que se puso en cuclillas, dejó la vela en el suelo y comenzó a murmurar a las cucarachas, del mismo modo que lo había hecho ese día en que sellaron su pacto de paz. Comenzó a hablarles de suaves sábanas primorosas, y de piel suave y tersa sobre la cual trepar, y sobre todo de la funda de satén de Matilda, la que iba sobre la almohada de plumón. Pero no parecieron dar mucha importancia nada de eso. Hambre. Lo único que tienen es hambre, pensó Alvin. Sólo saben de comida. De comida y de miedo. Conque les habló de comida, de la comida más deliciosa que hubiesen probado jamás. Las cucarachas se congregaron para escuchar, pero ninguna trepó sobre él, lo cual se avenía a los términos del pacto. Toda la comida que deseáis, sobre esa suave piel rosada. Y será algo seguro. No hay nada que temer, nada de qué preocuparos, sólo tenéis que ir hasta allí y encontraréis la comida sobre esa suave piel tersa y rosada.

Y sí. Unas cucarachas comenzaron a deslizarse por debajo de la puerta de Alvin, y luego más y más, y finalmente salieron todas en tropel, como un ejército de caballería. Sus cuerpos lustrosos brillaban bajo la luz de la vela, guiados por su eterna hambre insaciable y sin temor porque Alvin les había dicho que no había de qué asustarse.

A los diez segundos escuchó el primer alboroto en la habitación vecina. Y al cabo de un minuto había tal batahola en toda la casa que cualquiera habría dicho que había un incendio. Las niñas gritaban, los chicos aullaban y, luego, las viejas botas impresionantes de Papá devoraban los escalones y pisoteaban cucarachas. Al estaba feliz como cerdo en el fango.

Finalmente, en el dormitorio contiguo las cosas se fueron aquietando. No tardarían en venir a fijarse en él y en Calvin, así que sopló la vela, se hundió bajo las sábanas y susurró a las cucarachas que se escondieran. Y, en efecto, ya se escuchaban los pasos de Mamá por el corredor de afuera. En el último

momento, Alvin recordó que no llevaba puesto su camisón. Sacó una mano fuera para buscarlo a tientas y lo introdujo dentro de las sábanas en el preciso momento en que se abría la puerta. Se concentró en respirar como corresponde a alguien que duerme.

Los escuchó apartar las mantas de Calvin para ver si había cucarachas y temió que hicieran lo mismo en su cama. Sería una vergüenza que lo vieran durmiendo sin nada encima. Pero las niñas sabían que no podía estar dormido tan pronto después de haber sido pinchado por tantos alfileres y naturalmente temían que Alvin le contara todo a Papá y Mamá, y fue así que se apresuraron a apartarlos fuera del dormitorio antes de que tuvieran tiempo más que para acercar una vela al rostro de Alvin. Éste mantuvo el rostro absolutamente inmóvil, sin mover un párpado. La vela se apagó y las puertas se cerraron suavemente.

Pero siguió aguardando y, dicho y hecho, la puerta volvió a abrirse. Escuchó los pies desnudos sobre el suelo. Y luego sintió contra el rostro el aliento de Ana y la oyó susurrar en su oído:

—No sabemos cómo lo hiciste, Alvin Júnior, pero sabemos que fuiste tú quien mandó las cucarachas a nuestra habitación.

Alvin simuló no escuchar. Hasta se atrevió a roncar un poco.

—No me engañas, Alvin Júnior. Más te valdrá no dormir esta noche, porque si te duermes, nunca despertarás. ¿Me has oído?

Fuera, Papá decía:

—¿Dónde se ha metido Ana?

Está aquí, Papá, intentando amenazarme, pensó Alvin. Pero por supuesto, no lo dijo en voz alta. De todas formas, sólo trataba de asustarlo.

—Haremos que parezca un accidente —reveló Ana—. Tú siempre tienes accidentes, de modo que nadie pensará en un asesinato.

Pero Alvin comenzaba a creer en sus palabras.

—Nos llevaremos tu cadáver y lo arrojaremos por el pozo del retrete, y todos creerán que fuiste a hacer tus necesidades y caíste dentro.

Eso daría resultado, calculó Alvin. Ana era perfectamente capaz de tramar algo tan diabólicamente ingenioso: nadie como ella para pellizcar en secreto a los demás y estar a diez pasos de distancia cuando las víctimas gritaban. Por eso siempre llevaba las uñas tan afiladas y largas. Incluso en ese momento, Alvin podía sentir una de esas uñas filosas arañándole la mejilla.

La puerta se abrió de par en par.

—Ana —murmuró Mamá—. Sal de esta habitación en este mismo instante.

La uña dejó de arañar.

—Estaba asegurándome de que el pequeño Alvin estuviera bien. —Sus pies desnudos se alejaron del dormitorio.

Pronto las puertas se cerraron y escuchó que Papá y Mamá descendían por las escaleras.

Supo que lo más lógico sería que estuviera muerto de miedo por las amenazas de Ana, pero no era así. Había ganado la batalla. Imaginó las cucarachas trepando por encima de las niñas y se echó a reír. Epa, no debía hacer eso. Tenía que contenerse y respirar lo más tranquilo posible. Todo su cuerpo se sacudió tratando de sofocar la risa.

Había alguien en la habitación.

No oía nada, y al abrir los ojos tampoco vio a nadie. Pero sabía que alguien estaba allí. No había entrado por la puerta, de modo que tenía que haberse introducido por la ventana. Qué tontería, se dijo Alvin. Aquí no hay un alma. Pero permaneció inmóvil, sin el menor asomo de risa, pues podía sentir que sí había alguien en su habitación. No, es una pesadilla. Sólo eso. Todavía

estoy asustado por lo de los pieles rojas que me persiguen, o por las amenazas de Ana, o a saber por qué. Si cierro los ojos, desaparecerá. La negrura de su interior tornó rosados sus párpados. En la habitación había luz. Luz brillante, como la del día. No había vela ni antorcha en el mundo que pudiera brillar así. Al abrió los ojos y todos sus temores se trocaron en pavor, pues veía ante sí lo que había temido que fuese realidad. A los pies de su cama había un hombre de pie. Un hombre que brillaba como si estuviese hecho de luz o de sol. La luz que iluminaba la habitación provenía de su piel, de su pecho, donde su camisa estaba abierta a jirones, de su rostro y de sus manos. Y en una de esas manos, un cuchillo, un afilado cuchillo de acero. Moriré, pensó Al Júnior. Como Ana me prometió, sólo que no había forma de que sus hermanas pudiesen conjurar una aparición tan espantosa como ésta. Este brillante Hombre Refulgente había venido por sus propios medios, de eso no cabía duda, y planeaba matar a Alvin Júnior por sus propios pecados y no porque nadie se lo hubiese encomendado. Entonces fue como si la luz del hombre atravesara la piel de Alvin y se internara dentro de él, y el temor desapareció. El Hombre Refulgente bien podía tener un cuchillo o haber entrado en la habitación sin siquiera abrir la puerta, pero no pensaba hacer daño a Alvin. Por lo que Alvin se serenó un tanto y decidió incorporarse en su cama hasta casi quedar sentado, con la espalda reclinada contra la pared, para mirar al Hombre Refulgente y ver qué haría con él.

El Hombre Refulgente tomó su brillante hoja de acero y la acercó a la otra palma de su mano. Cortó. Alvin vio que la ardiente sangre escarlata brotaba de la herida del Hombre Refulgente y corría por su brazo hasta llegar al codo, de donde comenzó a gotear hacia el suelo. Pero antes de que cayeran cuatro gotas, en su mente surgió una visión. Vio la habitación de sus hermanas, reconoció el lugar, pero esta vez había algo diferente. Las camas estaban elevadas y sus hermanas eran gigantescas, y lo único que distinguía con claridad eran pies y piernas. Luego entendió que estaba viendo la habitación con los ojos de una criatura diminuta. De una cucaracha. En su visión se arrastraba, devorado por el hambre, sin el menor temor, pues sabía que si trepaba por esos pies y esas piernas habría comida, toda la que pudiese desear. Así, subió, trepó, se arrastró, buscó. Pero no encontró nada que comer, ni una migaja. En cambio, unas manos inmensas se abalanzaron sobre él y lo barrieron de un golpe, y entonces apareció sobre su cuerpo una sombra enorme que le hizo sentir la agonía aplastante, dura, súbita de la muerte.

No una, sino muchas veces, docenas de veces, la esperanza de la comida, la confianza en que nadie le haría daño; y luego el desencanto —nada que comer, nada de nada—, y tras la desilusión, el terror, el dolor y la muerte. Cada vida diminuta albergando esperanzas, traicionada, aplastada, derribada. Y entonces, en su visión, él vivía y escapaba de las botas pesadas y mortíferas por debajo de las camas, por entre las rendijas de los muros. Huía de la sala de la muerte, pero ya no rumbo a la habitación segura de antaño, pues ya no era segura. De allí provenían las mentiras. Era el sitio del traidor, del mentiroso, del asesino que las había enviado a ese lugar a morir. Desde luego, en su visión no había palabras. No podía haberlas. Qué claridad podía esperarse en el cerebro de una cucaracha... Pero Al tenía palabras y pensamientos, y sabía más que cualquier cucaracha lo que ellas habían aprendido. Él les había prometido algo sobre el mundo, se lo había asegurado, pero era mentira. La muerte era algo temible, sí, mejor huir de esa habitación, pero en la otra sala había algo peor que la muerte. Allí el mundo había perdido toda compostura: era un sitio donde cualquier cosa

podía suceder, donde no podía confiarse en nada, donde nada era seguro. Un sitio atroz. El peor de los sitios.

La visión concluyó. Alvin estaba allí sentado, con las manos sobre los ojos, sollozando desesperadamente. Sufrieron, gemía en silencio, sufrieron y fue por mi culpa, yo las traicioné. Y el Hombre Refulgente ha venido a mostrármelo. Hice que las cucarachas confiaran en mí, y luego las engañé y las envié a la muerte. Soy un asesino.

¡No!, ¿cómo un asesino? ¿Quién había oído decir que pudiera asesinarsé a una cucaracha? Nadie podía referirse a una criatura así hablando de asesinato. Pero qué importaba lo que el resto de la gente pudiese pensar. Al lo sabía. El Hombre Refulgente había venido a demostrarle que un asesinato era un asesinato.

El Hombre Refulgente había desaparecido. La luz ya no estaba en la habitación, y cuando Al abrió los ojos, en el cuarto sólo estaba Cally, profundamente dormido. Era demasiado tarde ya para pedir perdón. En la congoja más absoluta, Al cerró los ojos y siguió llorando un rato más. ¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Unos segundos? ¿O acaso habría dormido sin notar el transcurso del tiempo? Pero de todas formas, la luz estaba allí otra vez. Volvió a sentirla dentro de él, no a través de sus ojos, sino horadándole el corazón. La luz le hablaba en susurros, le consolaba. Alvin volvió a abrir los ojos, miró el rostro del Hombre Refulgente y esperó a que dijera algo. Pero como no hablaba, Alvin pensó que era su turno de hacerlo, y pronunció las palabras en un balbuceo tan débil que apenas podía compararse con la intensidad de sus sentimientos.

—Lo siento, jamás volveré a hacerlo. Yo... Las palabras se atoraban en su garganta, lo sabía, y su aflicción era tal que no conseguía escucharse hablar. Pero la luz se hizo más poderosa durante un instante, y sintió que en su mente surgía una pregunta. Una pregunta sin palabras, por así decirlo, pero sabía que el Hombre Refulgente deseaba que dijera de qué se arrepentía. Y lo pensó, pero no sintió que hubiese hecho algo enteramente incorrecto. No debía serla muerte en sí... Si uno no mataba un cerdo de tanto en tanto, seguro que acabaría muerto de hambre. Y cuando una comadreja mataba algún roedor no podía decirse que hubiera asesinado, ¿verdad?

Luego la luz volvió a invadirlo y percibió otra visión. Esta vez no fueron cucarachas. Vio la imagen de un piel roja de rodillas ante una cierva, llamándola para que se acercara a morir, Y la cierva se acercaba, temblorosa y con ojos desorbitados, como hacen los ciervos cuando tienen miedo. Sabía que iba a morir. El piel roja lanzó una flecha que se hundió trémula en la grupa de la cierva. Sus piernas flaquearon. Cayó. Y Alvin supo que en esa visión no había pecado alguno, ya que morir y matar eran parte de la vida. El piel roja estaba haciendo algo correcto, y también la cierva. Ambos actuaban según su ley natural.

Pero, si el mal que había cometido no era la muerte de las cucarachas, ¿cuál era entonces? ¿Era su poder? ¿Su don de hacer que las cosas sucedieran tal como quería, de que se rompieran en el sitio preciso, de comprender cómo debían ser las cosas y ayudarlas a que sucedieran de ese modo? Había descubierto que le resultaba muy útil para hacer y reparar todo lo que es tarea de un niño en una casa de campo donde la vida es dura. Podía unir las dos mitades de un asa partida con tal fuerza que quedaban unidas para siempre sin cola ni tachuelas. O dos pedazos rotos de cuero sin dar una puntada. Cuando él hacía un nudo en una cuerda, jamás se soltaba. Era el mismo don que había empleado con las cucarachas. Les hacía comprender cómo debían ser las cosas, y luego hacían lo que él quería. ¿Acaso este don que tenía constituía un pecado?

El Hombre Refulgente escuchó su pregunta antes de que hallara palabras con qué expresarla. Y nuevamente sintió la oleada de luz y tuvo otra visión. Esta vez se vio oprimiendo sus manos contra la piedra, y la piedra se derretía bajo su contacto, como mantequilla, hasta adquirir la forma exacta que él deseaba, suave e íntegra. Y luego caía de la ladera de la montaña y echaba a rodar. Era una esfera perfecta, una bola perfecta que crecía y crecía hasta ser un mundo, de la forma que sus manos le habían dado, con árboles y hierba sobre su faz y animales que corrían y saltaban, volaban y nadaban y reptaban y se asomaban dentro y fuera de la bola de piedra que él había creado. No, no era un poder atroz sino glorioso, si sabía usarlo.

Bueno, pero si lo que hice de malo no fue el don ni la matanza, ¿en dónde erré entonces?

Esta vez el Hombre Refulgente no le mostró nada. Esta vez Alvin no vio ningún estallido de luz ni imagen alguna. En cambio, surgió la respuesta, no del Hombre Refulgente, sino de su propio ser. En un momento se sentía tan torpe que ni siquiera podía comprender su propia perversidad, y al instante siguiente lo vio todo, más claro imposible.

No fue que las cucarachas murieran, ni que el hubiera hecho que eso sucediera. Pero sí que las hubiese hecho morir por su propio placer. Les dijo que era por su bien, pero no era así. Sólo lo hizo e beneficio propio. Más que lastimar a las cucarachas había lastimado a sus hermanas, y todo para poder tenderse en la cama muerto de risa por haber podido vengarse... .

El Hombre Refulgente escuchó los pensamientos que surcaban el corazón de Alvin, sí señor, y Al Júnior vio que de su ojo centelleante saltaba una llamarada que le acertó en el pecho. Lo había adivinado. Era eso.

Entonces Alvin hizo la promesa más solemne de toda su vida, en ese mismo momento. Tenía un don, y lo usaría, pero debería acatar ciertas reglas que estaba dispuesto a seguir aun cuando en ello le fuera la vida.

—Jamás volveré a usarlo para mí mismo —juró Alvin Júnior. Y cuando habló, sus palabras fueron como un fuego en su corazón, de tanto que ardieron.

El Hombre Refulgente desapareció una vez más.

Alvin quedó tendido bajo las sábanas, exhausto de tanto llorar, muerto de alivio. Había hecho algo malo, sin duda. Pero mientras fuera fiel al juramento que acababa de pronunciar, mientras sólo empleara su don para ayudar a los demás y jamás lo usara para ayudarse a sí mismo, sería un buen niño y no tendría de qué avergonzarse. Se sintió ligero como cuando uno sale de una fiebre, y así debía ser, pues había sido curado de la perversidad que un hechizo había sembrado dentro de él. Recordó cómo se había reído al matar por su propio placer y sintió vergüenza, pero fue una vergüenza atenuada, atemperada, pues sabía que nunca más volvería a hacer nada semejante.

Y allí tendido, Alvin volvió a sentir que la luz se apoderaba de la habitación.

Pero esta vez no provenía de una sola fuente. Ni tampoco del Hombre Refulgente. Esta vez, al abrir los ojos comprendió que la luz partía de su propio cuerpo. Sus propias manos brillaban, su rostro debía estar brillando, como antes lo había hecho el Hombre Refulgente. Apartó las sábanas y vio que todo su cuerpo destellaba de luz, con tal resplandor que apenas podía tolerar el reflejo en los ojos, aunque en verdad casi no podía tolerar la visión de ninguna otra cosa. ¿Soy yo?, se preguntó.

No. No soy yo. Estoy brillando de este modo porque yo también debo hacer algo. Así como el Hombre Refulgente hizo algo por mí, también yo tengo algo que hacer. ¿Pero para quién debo actuar?

Y allí apareció el Hombre Refulgente, nuevamente a los pies de su cama, pero esta vez ya no brillaba. Al Júnior se dio cuenta de que el hombre le resultaba conocido. Era Lolla-Wossiky, ese indio tuerto y borracho que se

había hecho bautizar días atrás y que aún vestía las ropas de hombre blanco que le habían dado cuando se convirtió al Cristianismo. Ahora que la luz brillaba dentro de sí, Alvin lo veía de otro modo. Supo que no era el alcohol lo que envenenaba a ese pobre piel roja, y que no era la pérdida de su ojo lo que lo baldaba. Era algo mucho más oscuro, que crecía dentro de su cabeza como un túmulo enmohecido.

El piel roja dio tres pasos y se puso de rodillas al lado del lecho, con el rostro muy cerca de los ojos de Alvin. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué debo hacer?

Por primera vez, el hombre abrió los ojos y habló.

—Haz que todas las cosas sean íntegras y enteras —dijo.

Un segundo después, Al Júnior reparó en que el hombre había hablado en su idioma indio... en shaw-nee, según recordaba por lo que habían dicho los mayores cuando lo bautizaron. Pero Al lo comprendió al derecho y al revés como si lo hubiese dicho en el mismo inglés del Lord Protector. Haz que todas las cosas sean íntegras y enteras.

Pues bien, ése era el don de Al, ¿o no? Reparar cosas, dejar las cosas del modo en que cabía esperar que estuvieran. Pero, vaya problema, apenas comprendía cómo lo hacía y, sin duda alguna, no tenía idea de cómo arreglar algo vivo.

Aunque tal vez no fuese necesario comprender. Quizá sólo tuviera que actuar. Levantó la mano, la extendió con todo cuidado y la posó sobre la mejilla de Lolla-Wossiky, debajo del ojo inútil. No, no estaba bien. Levantó su dedo hasta que tocó el párpado hundido donde debía haber estado el otro ojo de piel roja. Sí, pensó. Integro y entero.

El aire estalló y saltaron chispas de luz. Al contuvo la respiración y apartó su mano.

La luz había desaparecido de la habitación. Sólo alumbraba el reflejo de la luna que entraba por la ventana. No quedaba el menor rastro del resplandor. Era como si despertara de un sueño, del sueño más poderoso que hubiese tenido en toda su vida.

Alvin tardó un minuto en enfocar los ojos hasta poder ver. Qué va, no era ningún sueño. Allí estaba el piel roja, el que antes fuera el Hombre Refulgente. Uno no está soñando cuando a los pies de la cama hay un piel roja de rodillas, llorando por el ojo sano, y con el otro ojo, el que uno tocó...

El párpado seguía caído, hundido. El ojo no se había curado.

—No dio resultado —murmuró Alvin—. Lo siento.

Era algo vergonzoso que el Hombre Refulgente lo hubiera salvado de la perversidad más abominable y él no hubiera podido retribuirle con nada. Pero el piel roja no dijo una sola palabra de reproche. En cambio, extendió sus manazas portentosas y acercó al pequeño tomándolo por los hombros, lo besó en la frente, con fuerza y vigor, como un padre besa a su hijo, como se besa a los hermanos o los amigos de verdad el día antes de morir. Y ese beso y lo que entrañaba... amor, perdón, esperanza... Que nunca me olvide de esto, se dijo Alvin.

Lolla-Wossiky se puso de pie de un salto. Era ligero como un niño. Ya no se tambaleaba como cualquier borracho. Había cambiado, había cambiado, y entonces Alvin pensó que acaso le hubiese curado algo, hubiese arreglado algo más profundo que sus ojos. Tal vez lo hubiese curado de la fiebre del alcohol.

Pero en ese caso, Alvin supo que no había sido él, sino esa luz que brilló fugazmente en su interior. Ese fuego que lo había calentado sin llama.

El indio se acercó a la ventana, salió a la cornisa, se colgó un instante de sus manos y luego desapareció. Alvin ni siquiera oyó que sus pies se posaran sobre la tierra, tan silencioso fue. Como los gatos del granero.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Horas y horas? Quizá pronto amaneciera. O tal vez sólo hubieran transcurrido unos segundos desde que Ana susurró en su oído y la familia se marchó a descansar...

Pero qué importaba. Alvin ya no podía dormir. No después de todo lo que había sucedido. ¿Por qué se había acercado a él ese piel roja? ¿Qué significaría esa luz que inundó primero al indio y luego a él? No podía quedarse allí, en la cama, con semejantes preguntas. Se levantó, se cubrió con el camión lo más rápido que pudo y se escurrió por la puerta entreabierta.

Ahora que estaba en el pasillo escuchó que alguien conversaba abajo. Mamá y Papá seguían despiertos. Al principio quiso bajar corriendo y contarles todo lo que le había pasado. Pero entonces advirtió el tono de sus voces. Irritación, miedo, preocupación. No era el mejor momento para aparecer con un relato increíble. Aunque Alvin supiera que no se trataba de un sueño, que era real, ellos lo tomarían como un sueño. Y ahora que lo pensaba bien, no podía decirles nada. ¿Qué? ¿Que había enviado las cucarachas al dormitorio de sus hermanas? ¿Les contaría lo de los alfileres, lo del dedo en el trasero, lo de las amenazas? Habría tenido que decírselo también, aunque a estas alturas Alvin sentía como si todo aquello hubiese sucedido hacía meses... años... Ahora nada de eso importaba, comparado con el juramento que había pronunciado y con lo que el futuro le depararía de allí en adelante. Pero sí les importaría a Papá y a Mamá.

Caminó de puntillas por el pasillo y bajó las escaleras sin hacer el menor ruido, hasta poder escuchar, hasta poder quedar oculto en un rincón donde no pudieran verlo.

Pero al cabo de unos minutos tampoco le importó quedar fuera de la vista. Siguió bajando, hasta poder mirar el interior de la sala. Papá estaba sentado sobre el suelo, rodeado de madera. Al se sorprendió de que Papá todavía estuviera con eso, después del lío de las cucarachas, después de tanto tiempo. Estaba inclinado, con el rostro enterrado entre las manos. Mamá estaba de rodillas ante él, y entre ambos, los fragmentos más grandes de madera.

—Alvin está con vida —dijo Mamá—. Todo lo demás no importa nada.

Papá levantó la cabeza y la miró.

—Fue agua lo que se filtró dentro del árbol, para congelarse y luego derretirse mucho antes siquiera de que lo taláramos. Y mira que casualidad, fuimos a cortarlo justo de tal forma que no advertimos la falla en la superficie. Pero adentro estaba partido por tres lugares, como si sólo esperara el peso de la viga. Fue obra del agua...

—Del agua... —repitió Mamá con un dejo de desdén en la voz.

—Ya van catorce veces que el agua trata de matarlo.

—Los niños siempre andan metiéndose en líos...

—La vez que resbalaste sobre el suelo mojado cuando lo tenías en brazos...

La vez que David volcó el caldero de agua hirviendo. La tercera, cuando se perdió y lo encontramos junto a la orilla del río. El invierno aquel que se rompió el hielo sobre el río Tippy-Canoe...

—¿Crees que es el primer niño que se cae al agua?

—Ese agua envenenada que lo hizo vomitar sangre. El búfalo aquel, todo embarrado, que lo embistió en el valle...

—Todo embarrado... Todo el mundo sabe que los búfalos siempre andan revolcándose como los cerdos. Qué tendrá eso que ver con el agua...

Papá plantó la mano de un golpe sobre el suelo. El estampido resonó por la casa como un disparo. Sorprendió a Mamá, que por supuesto dirigió la mirada hacia la escalera, donde los niños estarían durmiendo. Alvin Júnior se

escabulló fuera de la vista y aguardó a que lo enviaran de regreso a la cama. Pero no debía haberlo visto, porque no gritó y nadie vino ras él. Volvió a acercarse, y todavía seguían hablando de lo mismo, aunque esta vez en voz más baja.

Papá hablaba quedamente, pero los ojos le ardían como brasas.

—Si crees que esto no tiene nada que ver con el , la lunática eres tú.

Mamá estaba petrificada. Alvin Júnior conocía muy bien esa mirada de hielo. Era lo peor que le podía suceder a Mamá. En esos momentos no había cachetes ni sermones. Sólo frialdad y silencio, y cualquier niño que recibiera de ella semejante trato comenzaba a ansiar la muerte y los tormentos del infierno, pues al menos serían un poco más cálidos.

Con Papá no permaneció en silencio, pero su voz fue terriblemente fría.

—El mismo Salvador bebió agua de la fuente del samaritano.

—De todas formas, no recuerdo que Jesús se haya caído dentro de esa fuente

—fue el comentario de Papá.

Alvin Júnior recordó haberse metido en el cubo del aljibe, haber caído en la oscuridad, hasta que la cuerda se atoró en el malacate y el cubo se detuvo exactamente sobre el agua, donde sin duda habría muerto ahogado. Le habían dicho que aún no tenía dos años cuando eso sucedió, pero a veces seguía soñando con las piedras alineadas dentro del aljibe, cada vez más oscuras a medida que descendía. En sus sueños, el aljibe tenía kilómetros de profundidad y nunca terminaba de caer, hasta que por fin despertaba.

—Entonces piensa en esto, Alvin Miller, ya que crees conocer las escrituras.

Papá comenzó a protestar que no creía nada de eso.

—El diablo mismo dijo al Señor en el desierto que los ángeles cargarían a Jesús por los aires con tal de que no se lastimara el pie contra una roca.

—No veo que eso tenga que ver con el agua...

—Y, sí, evidentemente si me casé contigo por tus luces, caí como una tonta...

El rostro de Papá enrojeció.

—No me trates como a un simplón, Fe. Sé lo que sé y...

—Tiene un ángel guardián, Alvin Miller. Hay alguien que lo custodia...

—Tú y tus escrituras. Tú y tus ángeles.

—Dime entonces cómo es que tuvo catorce accidentes y ninguno pudo más que arañarle un brazo. ¿Cuántos niños llegan a los seis años sin un solo rasguño?

Entonces el rostro de Papá adquirió una expresión extraña, algo contraída, como si le resultara difícil hasta hablar.

—Sé lo que te digo: hay algo que quiere acabar con él. Lo sé.

—No sabes nada.

Papá habló con mayor lentitud aún, dejando salir las palabras como si cada una le produjese un hondo pesar.

—Lo se.

Le costó tanto hablar que Mamá siguió con sus palabras por encima de las de él.

—Si hay algún demonio conspirando para matarlo, y no es que yo lo diga, habrá un plan celestial más poderoso aún para salvarlo.

Entonces, de pronto, a Papá dejó de importarle hablar. Dejó de decir todas esas cosas difíciles y Alvin Júnior se sintió decepcionado, como cuando alguien dice fui yo antes de que lo acusen. Pero en el mismo momento en que lo pensó supo que su Papá no se rendiría tan fácilmente, a menos que una fuerza terrible le impidiera seguir hablando. Papá era un hombre fuerte. No tenía una pizca de cobarde. Y al ver a Papá tan hundido, el pequeño se asustó. Alvin sabía que Mamá y Papá hablaban de él, sabía que Papá estaba diciendo que alguien quería la muerte de Alvin Júnior y que, en el preciso

momento en que Papá se disponía a dar pruebas de ello, esa misma fuerza que le daba la certeza le había impedido hablar y lo había detenido. Alvin Júnior supo, sin que se dijera una palabra, que eso que detenía la lengua a Papá era el polo opuesto de la luz esplendorosa que lo había traspasado esa noche al igual que al Hombre Refulgente. Había algo que deseaba que Alvin fuera fuerte y bueno. Y había otra cosa que quería verlo muerto. Sea cual fuere esa cosa buena, producía visiones, podía mostrarle su pecado terrible y enseñarle cómo mantenerse apartado del mal para siempre. Pero la cosa mala tenía el poder de cerrar la boca a Papá, de derrotar al hombre más fuerte y bueno que Alvin hubiese conocido jamás. Y eso lo atemorizó.

Papá siguió argumentando, pero su séptimo hijo varón sabía que no estaba empleando las evidencias contundentes.

—No se trata de demonios ni ángeles —adujo Papá—. Son los elementos del universo. ¿No ves que es una ofensa contra la naturaleza? En él hay un poder tal que ni tú ni yo podemos calcularlo. Tal poder que no hay parte de la naturaleza capaz de tolerarlo. Tanto poder que él mismo se protege, aun cuando no se dé cuenta de ello.

—Si hay tanto poder en ser el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, Alvin Miller, ¿dónde está tu poder entonces? Tú también eres séptimo hijo varón. Supuestamente tendrías que tener lo tuyo, pero yo no veo que descubras manantiales, ni que... —Tú no sabes lo que yo sé hacer. —Sé lo que no sabes hacer. Sé lo que no crees... —Creo en todas las cosas verdaderas. —Lo que yo sé es que todos los demás hombres están allí construyendo la hermosa iglesia comunal. Todos menos tú.

—Ese predicador es un zángano. —¿No has pensado que acaso Dios esté valiéndose de tupreciado séptimo hijo para hacer que despiertes y que surja en ti el arrepentimiento?

—¿Conque ése es el Dios en el que crees? ¿Un dios que intenta asesinar pequeñuelos para que sus papas vayan al sermón?

—El Señor ha salvado a tu hijo, como señal de su naturaleza amorosa y misericordiosa.

—El mismo amor y la misma misericordia que dejaron morir a mi Vigor...

—Pero un día de éstos su paciencia se acabará...

—Y entonces matará a otro de mis hijos.

La mujer le estampó una bofetada en pleno rostro. Alvin Júnior lo vio con sus propios ojos. Y no fue el manotazo descuidado que sacudía a sus hijos cuando molestaban o se iban de la lengua. Fue un sopapo que casi le saca la cabeza y que lo hizo despatarrarse por el suelo.

—Pues esto es lo que te digo, Alvin Miller. —Su voz era tan fría que ardía—. Si esa iglesia se termina y en ella no hay un solo fruto de tu labor, dejarás de ser mi esposo y yo dejaré de ser tu esposa.

Si hubo más palabras, Alvin Júnior no las escuchó. Salió disparado y tembloroso rumbo a su cama, aterrorizado de que alguien pudiera pensar semejante cosa, y mucho más aún, que pudiera decirla en voz alta. Esa noche había pasado demasiados sustos, miedo al dolor, miedo a morir cuando Ana lo amenazó de muerte al oído, y sobre todo miedo cuando el Hombre Refulgente se acercó hasta él y le mostró su pecado. Pero esto era otra cosa. Esto era el fin de todo el universo, el fin de lo único seguro: su Mamá hablaba de dejar de estar con Papá. Quedó tendido sobre la cama, mientras toda clase de pensamientos bailoteaban en su mente con tal velocidad que no pudo asir ninguno de ellos y, finalmente, en medio de semejante confusión, no hubo otra cosa que hacer sino dormir.

Por la mañana pensó que tal vez hubiese sido un sueño. Que debía ser un sueño. Pero en el suelo de su habitación, a los pies de la cama, había nuevas manchas de sangre frescas, allí donde había chorreado la herida del Hombre Refulgente, de modo que no podía tratarse de un sueño. Y tampoco lo era la discusión de sus padres. Papá lo detuvo después del desayuno y le dijo:

—Hoy te quedas aquí conmigo, Al. La expresión del rostro de Mamá le dijo, más claro imposible, que todo lo de la noche anterior seguía en pie.

—Quiero ir a ayudar a la iglesia —dijo Alvin Júnior—. Y no tengo miedo de ninguna viga.

—Hoy te quedarás aquí conmigo. Me ayudarás a construir algo. —Papá engulló saliva y dejó de mirar a Mamá—. Esa iglesia necesitará un altar, y supongo que podremos armar uno bien bonito que vaya dentro apenas terminen el tejado y las paredes. —Papá dirigió a Mamá una sonrisa que le dio escalofríos al pequeño Alvin—. ¿Crees que a ese predicador le agrada?

Eso tomó a Mamá de sorpresa, no cabía duda. Pero ella no era de las que daban por concluida una pelea sólo porque el otro asestaba un buen golpe. Alvin Júnior lo sabía muy bien.

—¿Qué puede hacer el niño? —preguntó—. No es carpintero.

—Tiene buen ojo —aseguró Papá—. Si sabe remendar y repujar cuero podrá hacer algunas cruces sobre el altar. Le darán un bello aspecto.

—Medida es mejor tallador—intervino Mamá.

—Entonces haré que el niño grave las cruces a fuego. —Papá posó su mano sobre la cabeza del pequeño Alvin—. Aunque se quede sentado aquí todo el día a leer la Biblia, el niño no irá a esa iglesia hasta que esté puesto el último banco.

La voz de Papá fue tan dura que podía haber esculpido las palabras sobre la roca. Mamá miró a Alvin Júnior y luego a Alvin Sénior. Finalmente, les dio la espalda y comenzó a llenar la cesta con la comida para los que irían a la iglesia.

Alvin Júnior salió. Afuera, Medida enganchaba los caballos, y Previsión y Moderación cargaban en la carreta unos listones para el tejado de la iglesia.

—¿Piensas poner los pies en la iglesia otra vez? —preguntó Moderación.

—Podríamos arrojarte troncos a la cabeza para que los partas en dos —dijo Previsión. —No voy —repuso Alvin Júnior. Previsión y Moderación cambiaron una mirada que lo decía todo.

—Vaya, qué lástima —dijo Medida—. Pero cuando Mamá y Papá se tratan con frialdad es como si cayera una tormenta de nieve sobre todo el valle de Wobbish. —Hizo un guiño a Alvin al igual que la noche anterior, cuando se había metido en tantos problemas.

Ese guiño dio ánimos a Alvin para hacer una pregunta que normalmente jamás habría expresado en voz alta. Se acercó a Medida para que sus palabras no fueran escuchadas por los demás. Medida comprendió la intención del niño y se agachó al lado de la rueda de la carreta para poder oírlo.

—Medida... si Mamá cree en Dios y Papá no, ¿cómo sé cuál tiene razón?

—Creo que Papá cree en Dios —dijo Medida.

—Pero ¿y si no? Eso es lo que me pregunto. ¿Qué debo hacer cuando Mamá dice una cosa y Papá dice otra?

Medida comenzó a dar una respuesta para salir del paso, pero se detuvo. Alvin vio en su rostro que había resuelto hablar en serio. Algo verdadero, en lugar de algo fácil.

—Al, debo decírtelo: ojalá lo supiera. A veces me imagino que nadie sabe nada.

—Papá dice que uno sabe lo que ve con los ojos. Mamá dice que uno sabe lo que siente con el corazón.

—¿Y tú? ¿Qué dices? —¿Cómo saberlo? Sólo tengo seis años... —Yo tengo veintidós, Alvin. Soy un hombre y sigo sin saberlo. Me figuro que ni Ma ni Pa lo saben tampoco.

—Bueno, pero si no lo saben, ¿por qué se enfadan tanto entonces?

—Ah... eso es lo que significa estar casado. Uno pelea continuamente, pero nunca por lo que uno cree estar peleando.

—¿Y entonces por qué pelean en realidad? Esta vez, Alvin vio exactamente lo opuesto. Mesura pensó en decirle la verdad, pero cambió de idea. Se levantó cuan largo era y acarició el cabello de Alvin. Para el niño, eso era una señal segura de que algún mayor le diría una mentira, como siempre hacen con los pequeños, como si los niños no merecieran escuchar la verdad.

—Pues bien, calculo que pelean para escucharse hablar.

La mayoría de las veces Alvin escuchaba las mentiras de los mayores y no decía nada al respecto. Pero esta vez se trataba de Mesura, y no le agradaba que Mesura en particular le mintiera.

—¿Cuántos años tendré que tener para que me digas la verdad?

Los ojos de Mesura se encendieron de ira durante un instante. A nadie le agrada que le llamen mentiroso. Pero luego sonrió, con mirada penetrante y comprensiva.

—Te la diré cuando tengas edad suficiente para adivinarla por ti mismo

—repuso—, pero cuando seas joven todavía, de forma que pueda servirte de algo.

—¿Y eso cuándo será? —exigió Alvin—. Quiero que me digas la verdad ahora, siempre.

Mesura se acuclilló nuevamente.

—No siempre puedo hacerlo, Al, porque a veces podría dolerte. A veces tendría que explicarte cosas que no sé cómo explicar. A veces hay cosas que se saben a fuerza de vivir el tiempo suficiente...

Alvin se enfureció y no se molestó en ocultarlo.

—No te enfades tanto conmigo, hermanito. No puedo decirte ciertas cosas porque yo mismo no las sé, y eso no es mentir. Pero puedes estar seguro de esto. Si puedo decirte algo, lo haré, y si no puedo, te lo diré, y no fingiré delante de ti.

Eso era lo más justo que un mayor le hubiese dicho jamás, e hizo brillar la mirada de Alvin.

—¿Me das tu palabra, Mesura?

—Te doy mi palabra. O cumplo, o muero. Puedes estar seguro de eso.

—No lo olvidaré, tenlo en cuenta. —Alvin recordó el juramento que había hecho al Hombre Refulgente la noche anterior—. Yo también sé cumplir mis promesas.

Mesura se echó a reír y acercó a Alvin para estrecharlo contra sus hombros.

—Eres malo como Mamá —le dijo—. Nunca te das por vencido.

—No puedo ser de otra manera —repuso Alvin—. Si comienzo a creerte, ¿cómo sabré cuándo no hacerlo?

—Nunca dejes de creerme —respondió Mesura.

Entonces Calma apareció montado en su vieja yegua, Mamá salió con la cesta de la comida, y partieron todos los que debían partir. Papá llevó a Alvin al granero y, en menos de lo que canta un gallo, Alvin ya estaba ayudando a perforar tablones, y sus maderas quedaban tan bien unidas como las de Papá. A decir verdad, quedaban mejor que las de su padre, puesto que Al podía emplear en ello su don, ¿o no? Ese altar era de todos, así que podía *calzar las* tablas con tal firmeza que jamás se separaran, ni en las juntas ni en ninguna parte. Alvin incluso pensó en hacer que las uniones de Papá

quedaran firmes como las de él, pero cuando lo intentó, descubrió que Papá también tenía algo de ese don. La madera no se unía para formar una pieza continua, como sabía hacer Alvin, pero quedaba muy firme, sí señor, conque no había necesidad de reparar nada.

Papá no dijo mucho. No hacía falta. Ambos sabían que Al Júnior tenía el don de hacer que las cosas encajaran bien, al igual que su Papá. Hacia la hora del crepúsculo, el altar estaba construido y lustrado. Lo dejaron secar y se marcharon caminando hacia la casa, la mano de Papá firme sobre el hombro de Alvin. Andaban juntos como si ambos fueran parte del mismo cuerpo, tan suave y sereno era su andar, como si la mano de Papá hubiera crecido en el mismo cuello de Alvin. El niño sentía los latidos en los dedos de su padre y sabía que ambos pulsos latían al compás.

Cuando entraron, Mamá estaba preparando el fuego. Se volvió a contemplarlos.

—¿Cómo ha ido? —quiso saber.

—Es la caja más bien hecha que he visto en mi vida—repuso el pequeño.

—Hoy en la iglesia no hubo un solo accidente —comentó ella.

—Aquí también todo anduvo de perilla —dijo Papá.

Alvin Júnior no pudo explicarse por qué las palabras de Mamá parecieron decir no me iré a ninguna parte, y las de Papá, quédate conmigo para siempre.

Pero supo que no se equivocaba al sentir así, pues en ese mismo momento Mesura levantó la vista desde donde estaba, tumbado ante el fuego, y lanzó un guiño que sólo Alvin pudo ver.

Capítulo 8 EL VISITANTE

El reverendo Thrower se permitía pocos vicios, pero uno de ellos era el de comer con los Weaver los viernes por la noche. Cenar, sería más correcto decir, pues los Weaver eran comerciantes y artesanos, y no se detenían a mediodía más que para tomar apenas un bocadillo. Lo que hacía regresar a Thrower cada viernes no era la cantidad sino la calidad de la comida. Se decía que Eleanor Weaver podía tomar una vieja cepa de árbol y darle el sabor de un guisado de liebre. Y tampoco era sólo la comida; Soldado de Dios Weaver era un hombre conocedor de la Biblia, que frecuentaba la iglesia y con el cual podía conversarse a un nivel superior. No tan elevado como el de los clérigos instruidos, pero en esas tierras salvajes era lo mejor a que podía aspirar. Solían cenar en la trastienda de los Weaver, que era en parte cocina, en parte taller y en parte biblioteca. Eleanor revolvió el perol de vez en cuando, y el aroma del guiso de venado y del pan recién horneado se entremezclaba con el de la tinaja donde fabricaban jabón y el de la parafina con que hacían velas en ese mismo lugar.

—Verá, somos un poco de todo —había dicho Soldado de Dios la primera vez que el reverendo Thrower los visitó—. No hacemos nada que los demás granjeros de la zona no puedan hacer por sí mismos, pero lo hacemos mejor, y al comprarnos a nosotros se ahorran horas de trabajo que pueden emplear en roturar la tierra y cultivar mayores extensiones.

La tienda, en la parte anterior, estaba colmada de estantes hasta el techo, y los estantes rebosaban de productos variados traídos en carretas desde las localidades del este. Tela de algodón de las ruecas y los telares a vapor de Irrakwa, vajilla de peltre, cazos y ollas de hierro de las fundiciones de Pensilvania y Suskwahenny, fina cerámica y alacenas y cajas de los alfareros y carpinteros de Nueva Inglaterra, y hasta unos pocos sacos de valiosas especias traídas de Nueva Ámsterdam desde el Oriente.

Soldado de Dios Weaver había confesado una vez que la mercancía le había costado los ahorros de toda su vida y que no era muy probable que prosperara en esa tierra de escasa población. Pero el reverendo Thrower advertía que a su tienda iba y venía un flujo constante de carretas provenientes del Wobbish inferior y del Tippy-Canoe, y hasta algunas del oeste, de la región del río Ruidoso.

Ahora, mientras aguardaban a que Eleanor los llamara a comer el guisado de venado, el reverendo Thrower le formuló una pregunta que venía acosándolo desde hacía cierto tiempo.

—He visto lo que se llevan sus clientes —comenzó el reverendo Thrower— y no puedo atinar a responderme con qué le pagan. Nadie anda con dinero contante y sonante por este lugar, y no creo que puedan dar en trueque nada que después quieran comprarle a usted en el este...

—Me pagan con carbón y leña, con ceniza y buena madera, y desde luego, con comida para Eleanor y para mí... y para el que viene en camino. —Eleanor estaba más gruesa. Pronto daría a luz y sólo un tonto podía no darse cuenta—. Pero principalmente pagan con crédito —concluyó Soldado de Dios.

—¡Crédito! ¿A granjeros que pueden perder el cuero cabelludo a manos de cualquier piel roja, que lo cambiará por licor o mosquetes el próximo invierno en Fort Detroit?

—Se habla mucho más de estos cueros cabelludos de lo que hay en realidad —respondió Soldado de Dios—. Los pieles rojas de esta región no son idiotas. Saben lo que ocurrió en Irrakwa, saben que ahora tienen su sitio en el

Congreso de Filadelfia al lado de los hombres blancos, y que tienen mosquetes, caballos, granjas, campos y pueblos como los hay en Pensilvania, Suskwahenny o Nueva Oran-ge. Conocen a los cherricky de los Apalaches y saben que hoy cultivan la tierra y luchan del lado de los rebeldes blancos de Tom Jefferson para que su país sea independiente del rey y de los caballeros. —Tal vez también hayan reparado en el flujo constante de embarcaciones que llegan por el Hio y en las carretas que marchan hacia el oeste, y en los árboles derribados, y en las cabañas de troncos que se construyen...

—Admito que tiene parte de razón, reverendo —dijo Soldado de Dios—. Me figuro que los pieles rojas pueden optar por uno de los dos caminos. Por matarnos a todos, o por tratar de asentarse y vivir entre nosotros. Vivir junto a nosotros no les será fácil precisamente: no están acostumbrados a la vida de pueblo, que es el modo natural en que vivimos los hombres blancos. Pero luchar contra nosotros deberá resultarles peor, pues si lo hacen acabarán muertos. Tal vez piensen que si matan hombres blancos podrán disuadir a los demás de venir. No saben lo que ocurre en Europa, ni saben que el sueño de tener tierras propias hará que muchos hombres atraviesen millas y millas para trabajar más duro que nunca antes en su vida, y para enterrar hijos que podrían haber vivido en la tierra natal, y para arriesgarse a que un día un hacha les parta la cabeza y todo porque es mejor ser un hombre independiente que tener que servir a algún señor. Salvo a Nuestro Señor...

—¿Y eso es lo que ocurre con usted? —preguntó Thrower—. ¿Lo arriesga todo por tierras?

Soldado de Dios miró a su esposa Eleanor y sonrió. Thrower notó que la mujer no le devolvía la sonrisa, pero también advirtió que tenía unos ojos hermosos y profundos, como si conociera secretos que la obligaran a ser grave aun cuando en su corazón sintiera gozo.

—No tierras como las que quieren los granjeros. No soy campesino para que lo sepa. Hay otras formas de poseer tierras —repuso Soldado de Dios—. Verá, reverendo Thrower, les doy crédito ahora porque creo en este país. Cuando vienen a comerciar conmigo, hago que me digan los nombres de todos sus vecinos, y trazo mapas rudimentarios de las granjas y arroyos donde viven, y de los caminos y ríos que cruzan durante su trayecto hasta aquí. Hago que lleven las cartas que escriben otros, y escribo cartas para ellos y las embarco hacia el este, con destino a los que han dejado atrás. Sé dónde están todos, y sé todo lo que hay a lo largo de todo el Wobbish superior y de la región del río Ruidoso, y sé cómo llegar hasta allí. El reverendo Thrower sonrió. —En otras palabras, hermano Soldado de Dios, usted es el gobierno.

—Digamos que si llega el momento en que sea propicia la constitución de un gobierno, estaré dispuesto a servir —respondió el hombre—. Y en dos años, tres años, cuando lleguen más pobladores y haya quienes comiencen a fabricar otras cosas, como ladrillos, vajilla y herrajes, cajas y toneles, cerveza y queso y forraje, pues bien, ¿adonde cree usted que irán a vender o comprar? A la tienda que les dio crédito cuando sus esposas desesperaban por conseguir una tela con que hacerse un vestido de bonitos colores, o cuando necesitaban una olla de hierro o una estufa con que hacer frente al invierno.

Filadelfia Thrower prefirió no mencionar que él era más escéptico respecto a la gratitud o lealtad de la gente para con Soldado de Dios Weaver. Además, pensó Thrower, bien puedo equivocarme. ¿No dijo el Salvador que debíamos arrojar nuestro pan a las aguas? Y aun cuando Soldado de Dios no lograra todos sus sueños, habría hecho una buena obra y contribuido a que esta tierra fuese accesible para la civilización.

La comida estaba lista. Eleanor sirvió el guisado.

Cuando colocó ante él un delicado plato blanco, el reverendo Thrower no pudo evitar una sonrisa.

—Debe estar muy orgullosa de su esposo, y de todo lo que está haciendo. En lugar de sonreír con pudor, como Thrower esperaba, Eleanor casi se echó a reír abiertamente. Soldado de Dios no fue tan delicado. Lanzó una risotada sin disimulo.

—Reverendo Thrower, no se confunda —repuso—. Cuando yo tengo los brazos hundidos en parafina, Eleanor los tiene enterrados en jabón. Cuando escribo cartas para los pobladores y las hago embarcar, Eleanor está haciendo mapas y apuntando nombres para nuestro catastro. No hay nada que yo haga sin que ella esté a mi lado, y no hay nada que ella haga sin que yo esté acompañándola. Salvo tal vez su jardín de hierbas, al cual se dedica más que yo. Y la lectura de la Biblia, que me preocupa a mí más que a ella.

—Vaya, me alegro de que sea una compañera apropiada para su esposo —comentó el reverendo Thrower.

—Ambos somos compañeros, el uno del otro dijo Soldado de Dios—. Y no lo olvide.

Lo dijo con una sonrisa y Thrower le devolvió el gesto, pero el ministro se sintió algo decepcionado: su mujer lo dominaba de tal modo que tenía que admitir a boca de jarro que no estaba al frente de su propia tienda en su propia casa... Pero, ¿qué odia esperarse, si Eleanor había sido criada en esa extraña familia de los Miller? No podía esperarse que la hija mayor de Alvin y Fe Miller agachara la cabeza ante su esposo como Dios manda.

Con todo, en su vida había probado un venado tan delicioso.

—No está nada fuerte —dijo—. Nunca pensé que la carne de ciervo salvaje pudiera saber así...

—Le quita la grasa —explicó Soldado de Dios— y agrega algo de pollo.

—Ahora que lo menciona —dijo Thrower—, creo reconocerlo en el guisado.

—Y aprovechamos la grasa de venado para hacer jabón —continuó Soldado de Dios—. Jamás desperdiciamos nada, si le encontramos alguna utilidad.

—Tal como ordena el Señor —comentó Thrower. Y se lanzó a comer. Iba por su segundo plato de guisado y su tercera hogaza de pan cuando hizo un comentario que quería ser una jocosa alaban-Señora Weaver, su comida es tan deliciosa que un poco más y empiezo a creer en brujerías.

Como mucho, Thrower esperaba una risilla. En cambio, Eleanor clavó la vista en la mesa, avergonzada, como si la hubiera acusado de adulterio. Y Soldado de Dios se irguió tieso en su silla.

—Le agradecería que no mencionara ese tema en esta casa —dijo.

El reverendo Thrower trató de disculparse.

—No hablaba en serio —dijo—. Entre cristianos racionales, esta clase de cosas es objeto de chanzas, ¿no es verdad? No es más que una tonta superstición, y...

Eleanor se puso en pie y se marchó de la habitación.

—¿Qué he dicho ahora? —preguntó Thrower.

Soldado de Dios suspiró.

—Ay, usted no podía saberlo —comentó—. Es una pelea que se remonta a antes de que nos casáramos, cuando llegué a estas tierras. La conocí cuando vino con sus hermanos para ayudarme a construir mi primera choza... lo que hoy es el cobertizo donde hacemos el jabón. Comenzó a desparramar menta verde por el suelo y a pronunciar cierta clase de rima, y yo le grité que cerrara la boca y que se largara de mi casa. Cité la Biblia, donde dice: «No tolerarás a una bruja con vida.» No puedo decirle la media hora que pasamos después...

—¿La llamó bruja y se casó con usted?

—Verá, entre medias tuvimos algunas conversaciones...

—No seguirá creyendo en esas cosas, ¿verdad?

Soldado de Dios frunció las cejas.

—No es cuestión de creer, reverendo, sino de hacer. No lo hace más. No aquí, ni en ningún otro sitio. Y cuando usted casi la acusó de eso, bueno, se ofendió. Porque me lo prometió, sabe usted...

—Pero una vez que me disculpé, ¿por qué se...?

—Pues bien, ahí lo tiene. Usted tendrá su forma de pensar, pero no puede decirle que esos conjuros, hierbas y encantamientos no tengan poder, pues ella misma ha visto cosas que incluso para usted serían inexplicables.

—Sin duda, un hombre como usted, versado en las escrituras y conocedor del mundo, podrá convencer a su esposa de que abandone las supersticiones de su infancia.

Soldado de Dios posó su mano suavemente sobre la muñeca del reverendo Thrower.

—Reverendo, debo decirle algo que jamás pensé debería decir a un hombre adulto. Un buen cristiano se niega a permitir que en su vida intervengan esas cosas porque la única forma correcta de que en la vida de uno surjan poderes ocultos es por medio de la oración y la gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Pero no porque tales cosas no den resultado.

—Pero no dan resultado —insistió Thrower—. Los poderes del cielo son reales, y también lo son las visiones y apariciones de los ángeles, al igual que todos los milagros de los cuales dan fe las escrituras. Pero los poderes del cielo nada tienen que ver con que las parejitas se enamoren, ni con curarse de garrotillo, ni con hacer que las gallinas pongan huevos, ni con todas esas tonterías que hace la gente ignorante con sus llamados poderes ocultos. No hay nada que hagan esos conjuros, o dones, o como quiera que se llamen, que no pueda ser explicado por medio de la sencilla investigación científica.

Soldado de Dios permaneció en silencio un buen rato. El silencio incomodó un tanto a Thrower, y no obstante no halló qué decir. No se le había ocurrido pensar que Soldado de Dios pudiese llegar a creer en tales cosas. Era una perspectiva sorprendente. Una cosa era inhibirse de la brujería por tratarse de una insensatez y otra muy distinta creer en ella y abstenerse por ser algo incorrecto. A Thrower se le ocurrió que la última posición era tanto más enaltecedora: para el reverendo, desdeñar la brujería era cuestión de sentido común, mientras que para Soldado de Dios y Eleanor era algo así como un sacrificio.

Antes de que pudiera dar forma a sus pensamientos, Soldado de Dios se reclinó en su silla y cambió enteramente de tema.

—Tengo entendido que su iglesia casi está terminada...

El reverendo Thrower aceptó seguir por terreno más seguro.

—Ayer se terminó el techo y hoy pudieron fijar todas las tablas sobre las paredes. Mañana ya podrá resistir las lluvias, cuando pongamos celosías en las ventanas. Cuando estén las puertas y los vidrios, será sólida como un tambor.

—He hecho que traigan el vidrio en bote —dijo Soldado de Dios. Luego guiñó un ojo—. Resolví el problema de embarcar en Lago Erie.

—¿Cómo lo hizo? Los franceses están hundiendo uno de cada tres botes, hasta los que vienen de Irrakwa.

—Muy sencillo. Encargué el vidrio a Montreal...

— ¿Vidrio francés en las ventanas de una iglesia inglesa?

—De una iglesia americana... —corrigió Soldado de Dios—. Y Montreal también es una ciudad americana. De todas formas, los franceses quizás estén tratando de deshacerse de nosotros, pero hasta que lo consigan somos

mercado para sus productos manufacturados, así que el gobernador, el marqués de La Fayette, no pone reparos a que su pueblo obtenga algún provecho de nuestras compras en tanto estemos aquí. Lo embarcarán de un momento a otro por el lago Michigan y luego lo harán viajar por lanchón, por el St. Joseph y el Tippy-Canoe.

—¿Lo harán antes de que venga el mal tiempo?

—Supongo que sí —comentó Soldado de Dios—. De otro modo, no se les pagará...

—Es usted un hombre sorprendente —dijo Thrower—. Pero me extraña que guarde tan poca lealtad al Protectorado Británico.

—Pues bien, verá... Así es, en efecto. Usted creció bajo el Protectorado y sigue pensando como un inglés.

—Soy escocés, señor...

—Como británico, en cualquier caso. En su país, todo aquel que practica las artes ocultas, aunque sólo se sepa por rumores, es exiliado sin más, e incluso sin que primero se molesten en juzgarlo, ¿no es así?

—Tratamos de ser justos... pero las cortes eclesiásticas son rápidas y no hay apelación.

—Pues bien, piense en esto: si todo aquel que tenía el más mínimo don para las artes ocultas fue embarcado rumbo a las colonias americanas, ¿cómo podría haber visto el menor asomo de hechicería cuando era pequeño?

—No puedo haber visto algo que no existe... —En Gran Bretaña tal vez no exista. Pero es la maldición de los buenos cristianos de América, que estamos hasta la coronilla de teas, hidrománticos, conjuradores y dotados, y un niño no llega al metro de altura aquí sin toparse con alguien que lanza una maldición o sin cruzarse con los hechizos de algún bromista que le hacen decir lo primero que le viene a la cabeza y ofende a todo el mundo a diez kilómetros a la redonda.

—¡Las maldiciones de un bromista! Vea, hermano Soldado de Dios, convendrá usted conmigo en que una buena botella de vino produce el mismo efecto.

—... No en un niño de doce años que jamás ha tomado una gota de alcohol en toda su vida.

Era evidente que Soldado de Dios hablaba por propia experiencia, pero eso no cambiaba las cosas. —Siempre hay otra explicación. —Hay un sinnúmero de razones con que explicar lo que sucede —dijo Soldado de Dios—. Pero le diré esto. Puede usted predicar contra conjuros y seguirá teniendo una congregación. Pero si sigue diciendo que los conjuros no sirven de nada, bien... supongo que casi todos se preguntarán por qué han de recorrer semejante camino para acudir a una iglesia a escuchar la prédica de un tonto de remate.

—Debo decir la verdad tal como la veo —se defendió Thrower.

—Usted puede ver que un hombre es deshonesto en sus negocios, pero no por eso dirá su nombre desde el pulpito, ¿verdad? No, señor, pero sí dará un sermón sobre la honestidad y esperará que surta su efecto.

—Usted sugiere que adopte un enfoque distinto...

—Está usted construyendo una hermosa iglesia, reverendo Thrower, y no sería ni la mitad de bella si no fuese porque la alimenta su sueño de cómo debe llegar a ser. Pero los pobladores de esta región consideran que la iglesia es de ellos. Ellos cortaron la madera, ellos la construyeron y se encuentra erigida sobre tierras comunales. Y sería toda una lástima que su obstinación acabase por cansarlos y obligarlos a ofrecer el pulpito a otro predicador...

El reverendo Thrower contempló los restos de la cena durante un buen rato. Pensó en la iglesia, no en la estructura de madera sin pintar que hoy era, sino en el edificio terminado, con los bancos en su sitio, el pulpito en lo alto y el

recinto inundado por la clara luz del sol que penetraba por las ventanas prolijamente vidriadas. No es sólo el lugar, se dijo, sino lo que puedo lograr desde aquí. Estaría cumpliendo mal mis deberes de cristiano si permitiera que este sitio cayera bajo control de necios supersticiosos como Alvin Miller y, aparentemente, toda su familia. Si mi misión es destruir el mal y la superstición, debo habitar entre ignorantes y supersticiosos. Con el tiempo sembraré en ellos el conocimiento de la verdad. Y si no logro convencer a los padres, con más tiempo aún podré convertir a sus hijos. Mi ministerio es el trabajo de toda una vida. ¿Por qué entonces arriesgarlo con tal de decir la verdad unos pocos instantes?

—Es usted un hombre sabio, hermano Soldado de Dios.

—También usted, reverendo Thrower. A la larga, aun cuando podamos disentir aquí y allá, creo que ambos deseamos lo mismo. Queremos que todo este país sea civilizado y cristiano. Y a ninguno de los dos nos molestaría que la iglesia de Vigor se convirtiera en la ciudad de Vigor, y que la ciudad de Vigor pasara a ser la capital de todo el territorio de Wobbish. Hasta se habla en Filadelfia de invitar a Hio a unirse en calidad de estado, y sin duda no tardarán en hacer el mismo ofrecimiento a los Apalaches. ¿Por qué no Wobbish, algún día? ¿Por qué no un país que se extienda de mar a mar, de blancos y pieles rojas, donde cada uno de nosotros sea libre de votar el gobierno que desea para que haga las leyes que todos aceptaríamos obedecer de buen grado?

Era un bello sueño. Y Thrower podía verse en él. El hombre que tuviese el pulpito de la iglesia más grande, de la ciudad más grande del territorio sería el conductor espiritual de todo un pueblo. Durante unos minutos creyó en su sueño con tal intensidad que cuando gentilmente dio las gracias a Soldado de Dios por la comida y se marchó de la casa tuvo que contener la respiración al ver que el poblado de Vigor sólo consistía en la gran tienda de Weaver y sus dependencias, unas fincas cercadas con unas pocas cabezas de ganado pasciendo en ellas y el almacén de blanca madera de una gran iglesia nueva. Pero aun así, la iglesia era real. Casi estaba terminada, las paredes estaban allí y el techo estaba concluido. Thrower era un hombre racional. Debía ver algo sólido ante sus ojos para creer en su sueño, pero esa iglesia ya era suficientemente sólida, y entre él y Soldado de Dios bastaba para que el resto del sueño se tornase realidad. Atraer gente a este lugar, hacer de él el centro del territorio... Esta iglesia podía servir de local para las reuniones municipales, y no sólo para los sermones locales. ¿Y durante la semana? Estaría malgastando su educación si no abriera una escuela para los niños de la región. Les enseñaría a leer, a escribir, a calcular y, sobre todo, a pensar, a expulsar de sus mentes toda superstición y a no dejar en ellas más que el puro conocimiento y la fe en el Señor.

Y tan ensimismado iba por estos pensamientos que ni siquiera advirtió que no se dirigía a la granja de Peter McCoy, río abajo, donde lo aguardaba su lecho en la vieja cabaña de troncos. Estaba desandando el trayecto que lo llevaría a la iglesia. Sólo cuando encendió un par de velas comprendió que en realidad pensaba pasar la noche allí. Aquellas paredes desnudas de madera eran su hogar, más que ningún otro sitio del mundo. El olor a savia le exaltaba los sentidos, le daba deseos de entonar salmos que nunca antes había escuchado... Se sentó allí murmurando, recorriendo las páginas del Viejo Testamento sin notar siquiera que había palabras sobre el papel. Sólo oyó los pasos cuando resonaron sobre el suelo de madera. Entonces levantó la vista y allí, para su sorpresa, vio a la señora Fe llevando una linterna, seguida de los mellizos de dieciocho años, Moderación y Previsión. Entre ambos cargaban una pesada caja de madera. Tardó un momento en

comprender que la caja era un altar de madera. Que en realidad era un hermoso altar, de maderos tan bien armados, como los dejaría un maestro carpintero, y bellamente lustrado. Y grabadas a fuego, sobre las tablas que rodeaban la cubierta del altar, había dos hileras de cruces.

—¿Dónde quiere que lo pongamos? —preguntó Previsión.

—Papá dijo que lo trajéramos esta noche, cuando las paredes y el techo ya estuvieran terminados...

—¿Papá? —preguntó Thrower.

—Lo hizo especialmente para usted —dijo Previsión—. Y el pequeño Al grabó las cruces a fuego, al ver que ya no le permitían venir hasta aquí.

Thrower ya estaba junto a ellos, y veía que era un altar amorosamente construido. Era lo último que habría esperado de Alvin Miller. Y las cruces, perfectamente trazadas, no parecían obra de un niño de seis años.

—Aquí —dijo, señalando el sitio donde había imaginado su altar. Era lo único que había en el recinto, además del techo y las paredes, y como estaba lustrado, la madera era más oscura que la de la construcción. Era perfecto, e hizo asomar lágrimas a los ojos del reverendo Thrower—. Dígalos que es hermoso.

Fe y sus hijos sonrieron a más no poder. —Ya ve que no es su enemigo...

—repuso Fe, y Thrower no pudo sino estar de acuerdo.

—Tampoco yo soy su enemigo —advirtió. Y no agregó: «Me lo he de ganar con paciencia y amor, pero ganaré, y este altar es señal clara de que en su corazón secretamente desea que lo libere de la oscuridad de la ignorancia.»

No se quedaron más tiempo. Sin demora atravesaron la noche, de regreso a su hogar.

Thrower encendió el candelabro y lo posó sobre el suelo cerca del altar, pero no sobre éste, pues semejante cosa habría sido propia de un papista. Se puso de rodillas y pronunció una oración de gracias. La iglesia estaba casi terminada y ya había en ella un espléndido altar, construido por el hombre que más temía, y en él, cruces grabadas por ese extraño niño que tanto simbolizaba la superstición compulsiva de esa gente ignorante.

—Se te ve lleno de orgullo —indicó una voz a sus espaldas.

Se volvió, casi sonriendo, ya que siempre le alegraba la llegada del Visitante. Pero el Visitante no sonreía. —Lleno de orgullo...

—Perdonadme —solicitó Thrower—. Ya me he arrepentido de ello. Pero no puedo menos que regocijarme por la gran labor que ha comenzado aquí.

El Visitante tocó suavemente el altar, recorriendo las cruces con sus dedos.

—Él hizo esto, ¿verdad?

—Alvin Miller.

—¿Y el niño?

—Las cruces. Tenía tanto miedo de que fueran sirvientes del demonio...

El Visitante lo miró con aspereza.

—Y porque han construido un altar tú crees que no lo son.

Un escalofrío de terror lo recorrió de pies a cabeza. Thrower murmuro:

—No pensé que el demonio pudiera usar la señal de la cruz...

—Eres tan supersticioso como el resto —dijo el Visitante con frialdad—. Los papistas se persignan constantemente. ¿Acaso crees que es algún conjuro contra el demonio?

—Entonces, ¿cómo puedo estar seguro de nada? —se preguntó Thrower—. Si el diablo puede construir un altar y hacer la señal de la cruz...

—No, no, Thrower, mi querido hijo, no son diablos, ninguno de los dos. Sabrás reconocer al diablo cuando estés ante él. Allí donde los hombres llevan cabello sobre la cabeza, el diablo luce los cuernos de un toro. Donde los hombres tienen pies, el diablo tiene las pezuñas hendidas de una cabra. Allí donde los

hombres tienen manos, el demonio muestra las grandes zarpas de un oso. Y ten esto por seguro: cuando venga, no construiré altares para ti. —El Visitante posó ambas manos sobre el altar—. Éste es mi altar ahora —dijo—. No importa quién lo haya hecho, puedo emplearlo para mi propósito.

Thrower lloró de alivio.

—Ahora está consagrado, vos habéis hecho de él algo santo. —Y extendió una mano para tocar el altar.

—¡Detente! —susurró el Visitante. Aunque su voz casi era inaudible, tenía el poder de estremecer los muros—. Primero debes escucharme —ordenó.

—Siempre os escucho —dijo Thrower—. Aunque no alcanzo a comprender cómo es que habéis elegido un gusano tan indigno como yo.

—Hasta un gusano puede ser grande cuando es tocado por el dedo de Dios

—replicó el Visitante—. No, no me interpretes mal. No soy Dios. No me veneres.

Pero Thrower no pudo contenerse y lloró con devoción, de rodillas ante aquel ángel sabio y poderoso. Sí, ante aquel ángel. Thrower no tenía dudas de eso, aunque el Visitante no tenía alas y lucía un traje de los que a nadie extrañaría encontrar en el Parlamento.

—El hombre que construyó este altar está confundido, pero en su alma hay muerte, y si se le provoca lo suficiente, ésta aparecerá. Y el niño que hizo las cruces... es tan notable como supones. Pero aún no se ha consagrado al bien ni al mal. Ambos caminos yacen delante de él, y está abierto a una y otra influencia. ¿Me comprendes?

—¿Es ésa mi labor? —preguntó Thrower—. ¿Debo olvidar todo lo otro y dedicarme a guiar a esta criatura por el camino recto?

—Si muestras demasiado celo, sus padres te rechazarán. Debes llevar a cabo tu ministerio tal como lo habías planeado. Pero interiormente lo orientarás todo hacia este niño notable, con el afán de ganarlo para mi causa. Puesto que si no ha llegado a servirme a los catorce años, lo destruiré.

La mera imagen de Alvin Júnior herido o muerto resultó intolerable para Thrower. Le causó tal sensación de pérdida que no creyó que un padre o una madre pudieran sentirse peor que él.

—Haré cuanto esté en manos de un hombre débil para salvar a este niño —exclamó, y su voz fue casi un grito de angustia.

El Visitante asintió, lo obsequió con aquella espléndida y amorosa sonrisa y extendió su mano hacia Thrower.

—Confío en ti —dijo con dulzura. Sus palabras fueron como un bálsamo fresco sobre una herida ardiente—. Sé que lo harás bien. Y en lo que respecta al diablo, no debes sentir temor de él.

Thrower tomó la mano que se le ofrecía para cubrirla de besos, pero en lugar de tocar la carne, sus manos se cerraron sobre el aire. El Visitante había desaparecido.

Capítulo 9 TRUECACUENTOS

En otra época, recordaba Truecacuentos, podía trepar a un árbol por estos lares y pasear la vista sobre kilómetros y kilómetros de bosque ininterrumpido. En una época, los robles vivían cien años o más y sus troncos, cada vez más gruesos, formaban montañas de madera. En esa época, las hojas crecían tan frondosas sobre la tierra que había sitios desnudos a fuerza de no recibir la luz del sol.

Ahora, ese mundo de eterno crepúsculo se desvanecía. Todavía quedaban tramos de bosque primitivo donde los pieles rojas merodeaban silenciosos como ciervos y donde Truecacuentos se sentía como en la catedral del Dios más y mejor venerado. Pero esos sitios eran ya tan infrecuentes que, en su último año de viaje errante, Truecacuentos no había andado un solo día en que pudiese trepar a un árbol y ver la techumbre imperturbada del bosque. Entre el Hio y el Wobbish, todo el territorio estaba siendo poblado, en forma dispersa pero pareja, e incluso en ese momento, encaramado sobre un sauce en la cresta de un morón, Truecacuentos veía más de treinta chimeneas que arrojaban columnas de humo al aire frío del otoño. Y, en todas direcciones,; se habían despejado grandes retazos del bosque, donde la tierra se veía arada, sembrada, atendida, cosechada... Allí donde otrora los inmensos árboles ocultaban la tierra del ojo del cielo, hoy el suelo lleno de rastros se exponía desnudo, a la espera de que el invierno cubriera su desvergüenza. Truecacuentos recordó su visión de Noé borracho. La había grabado para una edición del Génesis para escuelas dominicales de rito escocés. Noé, desnudo, con la boca abierta y un jarro medio vacío pendiente de sus dedos cerrados; no lejos, Cam, riendo con desdén; y Jafet y Sem, caminando; hacia su padre para echar sobre él un manto con que cubrirlo de modo que no viesen lo que su padre había expuesto en su embriaguez.

Con excitación eléctrica, Truecacuentos comprendió que en esa visión profética estaba el germen de ese preciso instante: él, Truecacuentos, encaramado sobre un árbol, observaba con estupor la tierra desnuda, aguardando el púdico manto del invierno. Era una profecía hecha realidad. Algo que cabía desear mas no esperar durante la existencia de uno.

Pero tal vez la historia de Noé borracho no fuese la imagen de ese momento en absoluto. ¿Por qué no a la inversa? ¿Y si la tierra pelada fuese una imagen de Noé borracho?

Al llegar al suelo, Truecacuentos estaba de mal humor. Pensaba y pensaba, trata de abrir su mente para ver visiones, para ser un buen profeta. Pero cada vez que creía tener algo firme y seguro se le escurría y cambiaba. Un pensamiento se convertía en muchos, y toda la trama se deshacía, tan incierta como antes.

Al pie del árbol abrió su petate. Tomó el libro de cuentos que había iniciado para el viejo Ben allá por el 85. Con cuidado desató la parte sellada, cerró los ojos y pasó las páginas.

Abrió los ojos y vio que sus dedos descansaban sobre los Proverbios del Infierno. Desde luego, así tenía que ser en un momento semejante. Sus dedos tocaban dos proverbios, ambos escritos de su puño y letra. Uno no significaba nada, pero el otro parecía apropiado: «El tonto no ve el mismo árbol que el sabio.»

Pero cuanto más trataba de desentrañar el significado de ese proverbio en ese momento, menos relación hallaba, salvo que hacía mención de los

árboles. Conque prefirió dedicarse al primer proverbio: «El necio que persiste en su necedad acaba por ser sabio.»

Ah. Después de todo, eso iba para él. Era la voz de la profecía registrada cuando vivía en Filadelfia, antes aun de que iniciara su travesía, una noche en que el Libro de los Proverbios cobró vida para él y vio como en letras de fuego las palabras que deberían haber sido incluidas. Esa noche había permanecido en vela hasta que la luz del amanecer acabó con las llamaradas de la página. Cuando el viejo Ben subió las escaleras estruendosamente en busca de su desayuno, se detuvo a olisquear el aire.

—Humo —dijo—. ¿No habrás estado tratando de incendiar la casa, verdad, Bill?

—No, señor —respondió Truecacuentos—. Pero ví en una visión lo que Dios quiso que dijera el Libro de los Proverbios, y lo anoté todo.

—Las visiones te obsesionan —aseguró el viejo Ben—. La única visión verdadera no es la que proviene de Dios, sino de lo más recóndito de la mente humana. Escríbelo como proverbio, si eso deseas. Es demasiado agnóstico para que yo lo emplee en el Almanaque del Pobre Richard. —Mire —dijo Truecacuentos. El viejo Ben miró, y vio morir las últimas llamas. —Que me aspen, es el truco más ingenioso que he visto hacer con letras. Y dijiste que no eras brujo...

—No lo soy. Ha sido un obsequio divino. —¿Divino o diabólico? Cuando te rodee la luz, Bill, ¿cómo sabrás si es la gloria de Dios o las llamas del infierno?

—No lo sé —repuso Truecacuentos, cada vez más confundido. Era joven, entonces. No llegaba a los treinta años, y era fácil que se sintiera confundido en presencia del gran hombre.

—O tal vez tú mismo te hiciste el obsequio, ya que deseas la verdad con tal ardor... —El viejo Ben inclinó la cabeza para examinar las páginas de los Proverbios a través de la porción inferior de sus lentes bifocales—. Las letras han sido quemadas. Qué curioso, ¿verdad?, que me llamen mago a mí, que no lo soy, y que tú que lo eres te niegues a admitirlo.

—Soy un profeta... aspiro a serlo. —Si alguna de tus profecías se torna realidad, Bill Blake, te creeré, pero no antes de que eso ocurra.

En los años siguientes, Truecacuentos había ansiado el cumplimiento de una sola profecía siquiera. Pero cada vez que creía estar ante ese cumplimiento escuchaba la voz del viejo Ben en su mente, ofreciendo otra explicación válida, burlándose de él por creer que pudiera haber alguna otra relación entre la profecía y la realidad.

—No es verdadera—solía decir el viejo Ben—. Útil, sí. Eso ya es algo. Tu mente ha establecido una relación útil. Pero verdadera ya es otro cantar. Verdadera sería si tu relación existiera independientemente de que tú te percatases de ella, si existiera ya fuese que la descubrieses o no. Y debo decir que en toda mi vida no he hallado tal relación. A veces sospecho que no puede haberla. Que todos los lazos, conexiones, vínculos y semejanzas son criaturas de nuestro pensamiento y carecen de sustancia.

—Entonces, ¿por qué la tierra no se disuelve bajo nuestros pies? —preguntaba Truecacuentos. —Porque hemos conseguido convencerla de que no deje pasar nuestros cuerpos. Tal vez fue sir Isaac Newton. Era un tipo tan persuasivo...

Los seres humanos acaso duden de él, pero la tierra le cree, y por eso resiste.

—El viejo Ben se echaba a reír. Para él todo era motivo de broma. Ni siquiera podía llegar a tomar en serio su propio escepticismo.

Ahora, sentado al pie del árbol, con los ojos cerrados, Truecacuentos volvió a establecer relaciones: el relato de Noé con el viejo Ben. El viejo Ben era Cam, quien veía la verdad desnuda, vergonzosa y sin dobleces, y se reía de ella,

mientras los hijos leales de la Iglesia y la Universidad regresaban a cubrirla para que la tonta verdad no pudiese ser vista. Así, el mundo seguía pensando que la verdad era firme y orgullosa, sin haberla visto realmente siquiera un instante fugaz.

Esta relación es verdadera, pensó Truecacuentos. Ése es el significado de la historia. El cumplimiento de la profecía. La verdad es ridícula cuando se la ve, y si alguien quiere venerarla jamás debe permitirse verla.

En ese momento de revelación, Truecacuentos se puso en pie de un salto. Debía encontrar a alguien de inmediato. Alguien a quien contar su gran descubrimiento mientras todavía creyese en él. Como decía su propio proverbio: «La cisterna contiene, la fuente desborda.» Si no contaba su cuento, éste se volvería hediondo y putrefacto, se consumiría en su interior, mientras que al explicarlo haría que permaneciera fresco y virtuoso.

¿Hacia dónde? El camino del bosque, a tres pasos de él, conducía hacia una gran iglesia blanca con un campanario alto como un roble. La había visto desde la copa del árbol, a un kilómetro de distancia. Era el edificio más elevado que Truecacuentos veía desde la última vez que había estado en Filadelfia. Un recinto de semejantes dimensiones donde la gente pudiera reunirse significaba que los pobladores de esta región creían tener lugar de sobra para los recién llegados. Buena señal para un narrador de cuentos itinerante, ya que él vivía de la confianza ajena, de la fe de quien lo acogiera y lo alimentara cuando no tenía nada con qué pagar salvo su libro, sus recuerdos, dos brazos fuertes y un par de piernas firmes que lo habían aguantado durante diez mil kilómetros y aún servirían al menos para cinco mil más.

El camino se veía surcado por huellas de carretas, lo cual era indicio de que se usaba a menudo, y en los sitios bajos estaba reforzado con rieles que formaban un buen camino de rollizos para que las carretas no se hundieran en el suelo empapado por las lluvias. De modo que esto pensaba convertirse en un pueblo... La inmensa iglesia tal vez no hablara de un espíritu abierto, sino más bien de ambición. Ése era el peligro de juzgar las cosas, pensó Truecacuentos. Cada efecto tiene cientos de causas posibles, y cada causa, cientos de efectos posibles. Se le ocurrió anotar ese pensamiento, pero se decidió por lo contrario. No había más huellas en él que las de su propia alma. No había trazas del cielo ni del infierno. Y esto le permitió saber que no había sido un regalo. Era un pensamiento forzado por sí mismo. De modo que no podía tratarse de una profecía, ni tampoco ser cierto.

El camino terminaba en un ejido cercano a un río. Truecacuentos lo supo por el olor a agua presurosa. Tenía buen olfato. Alrededor del ejido había varias construcciones dispersas, la más grande de las cuales era un edificio enalado de dos pisos, con tinglado y un pequeño letrero que decía «Weaver's».

Ahora bien, cuando una casa tenía un cartel sobre su fachada, Truecacuentos lo sabía, por lo general era que su dueño deseaba que las gentes reconocieran el lugar aun cuando nadie les hubiera señalado el camino, lo cual es lo mismo que decir que la casa estaba abierta a los extraños. Truecacuentos se acercó sin vacilar y golpeó la puerta.

—¡Un minuto! —se escuchó un grito desde adentro.

Truecacuentos aguardó en el patio delantero. En un extremo había varias cestas colgantes, de las cuales pendían las largas hojas de diversas hierbas. Truecacuentos reconoció muchas de ellas: se empleaban en variadas artes, tales como la curación, el recuerdo, el hallazgo de cosas perdidas o para sellar recipientes. Y vio que las cestas estaban dispuestas de tal modo que, vistas desde un punto cercano a la base de la puerta, formaban un conjuro perfecto. En realidad, el efecto era tan pronunciado que Truecacuentos se puso en

cuclillas y finalmente se tendió sobre el patio para apreciarlo debidamente. Los colores pintarrajeados en las cestas, exactamente en los puntos apropiados, revelaban que no se trataba de una disposición accidental. Era un exquisito conjuro para la protección, orientado hacia la salida principal. Truecacuentos trató de pensar por qué razón alguien pondría un conjuro tan poderoso y a la vez buscaría ocultarlo. Pues Truecacuentos era probablemente la única persona capaz de sentir la oleada de poder que emitía algo tan pasivo como un conjuro y así detectarlo. Todavía estaba echado en el suelo, pensando en este enigma, cuando la puerta se abrió y asomó un hombre.

—Veo que está muy cansado, desconocido...

Truecacuentos se puso de pie de un salto.

—Admiraba la disposición de sus hierbas. Es un verdadero jardín aéreo, señor.

—Es de mi esposa —dijo el hombre—. Siempre anda ocupada con sus plantas. Tienen que estar de ese modo...

¿Se encontraba ante un mentiroso? No, decidió Truecacuentos. No trataba de ocultar el hecho de que las cestas formaban un conjuro y que las hojas colgantes se entrelazaban de determinada manera. Sencillamente lo ignoraba. Alguien... probablemente su esposa, si éste era su jardín, había erigido una protección para ese hogar, y el esposo ni siquiera lo sospechaba.

—Me parece muy bonito —comentó Truecacuentos.

—Me preguntaba cómo podía ser que alguien hubiese llegado hasta aquí sin que escuchara la carreta ni los caballos. Pero por lo que veo, ha venido a pie.

—Así es, señor —repuso Truecacuentos.

—Y en su petate no parece haber gran cosa para vender...

—No vendo cosas, señor.

—¿Qué entonces? ¿Qué puede venderse que no sea una cosa?

—Trabajo, por ejemplo —respondió Truecacuentos—. Trabajo a cambio de comida y albergue.

—Ya es usted mayorcito para andar vagabundeando.

—Nací en el cincuenta y siete, conque todavía me quedan diecisiete años hasta que se me acabe la cuerda. Además, tengo un par de dones...

De inmediato el hombre pareció alejarse. No físicamente, sino con la mirada. Dijo:

—Mi esposa y yo nos las arreglamos bien con nuestro propio trabajo aquí, dado que nuestros hijos son pequeños aún. No necesitamos ayuda.

Ahora, detrás de él había una mujer, una joven todavía fresca y de cutis terso, aunque a la vez grave. Tenía un pequeño en sus brazos. Le habló al marido:

—Soldado de Dios, tenemos suficiente para dar de comer a uno más esta noche...

Al oír eso, el rostro del hombre se obstinó.

—Mi esposa es más generosa que yo, desconocido. Se lo diré sin rodeos.

Usted habló de tener ciertos dones y, según mi experiencia, eso significa que cree ejercer poderes ocultos. Y no pienso albergar tales blasfemias en una casa cristiana.

Truecacuentos lo miró con dureza, y luego sus ojos se atemperaron al reposar sobre la mujer. Conque así eran las cosas en esa casa: la esposa haciendo todos los conjuros y hechizos que pudiera ocultar a su esposo y él rechazando de plano la menor señal de encantamientos. Truecacuentos se preguntó qué llegaría a suceder con la mujer si el marido se enteraba de la verdad. El hombre —¿Soldado de Dios? —no parecía ser de los capaces de asesinar, pero nunca podía saberse cuánta violencia podía bullir por las venas de un hombre cuando su ira se desbordaba.

—Comprendo su cautela, señor.

—Sé que usted mismo lleva protecciones —dijo Soldado—. ¿Un hombre solo, a pie todo el camino a través de la espesura? El hecho de que aún conserve el cabello sobre el cráneo da cuenta de que ha sabido ahuyentar a los pieles rojas...

Truecacuentos sonrió y se quitó el sombrero, para mostrar su calva coronilla.

—¿Es una verdadera protección cegarlos con el reflejo glorioso del sol?

—preguntó—. No cobrarán botín por esta calva.

—A decir verdad —comentó Soldado—, los pieles rojas de esta región son más pacíficos que los demás. Ese profeta tuerto ha construido una ciudad para ellos al otro lado del Wobbish, donde les enseña a no beber alcohol.

—Ése es buen consejo para cualquier hombre —dijo Truecacuentos. Y pensó: «Un piel roja que se hace llamar profeta...»—. Antes de marcharme de este sitio debo conocer a ese hombre y cambiar unas palabras con él.

—Pero él no hablará con usted —respondió Soldado—. No hasta que cambie el color de su piel. No ha hablado con un hombre blanco desde que tuvo su primera visión, años atrás.

—¿Me matará si lo intento?

—No creo. Enseña a su gente a no matar hombres blancos.

—Ése también es un buen consejo —estimó Truecacuentos.

—Será bueno para los blancos, pero no creo que dé el mejor resultado con los pieles rojas. Hay tipos como ese que se hace llamar gobernador Harrison, en Ciudad Cartago, que sólo busca perjudicar a los indios, sean pacíficos o no...

—La hostilidad no había desaparecido del rostro de Soldado, pero de todas formas siguió hablando, y con sinceridad, Truecacuentos tenía gran confianza en los hombres que abren su corazón a todos, hasta a los desconocidos, incluso a los enemigos—. De todas formas —prosiguió Soldado—, no todos los pieles rojas creen en el mensaje de paz del Profeta. Hay otros que siguen a Ta-Kumsaw y que están causando problemas en el Hio, y muchos pobladores no ven otra salida que trasladarse al norte, a la región superior del Wobbish. De modo que no le faltarán casas dispuestas a acoger a un mendigo.

También puede dar las gracias a los pieles rojas por eso.

—No soy ningún mendigo, señor —se defendió Truecacuentos—. Como le dije, deseo trabajar.

—Con dones y poderes ocultos, sin duda...

La hostilidad del hombre era claramente el extremo opuesto del aire gentil y acogedor de la esposa.

—¿Cuál es su don, señor? —preguntó ella—. A juzgar por su modo de hablar, usted es un hombre instruido. ¿No será maestro, verdad?

—Mi don está en mi nombre —dijo Truecacuentos—. Estoy dotado para contar cuentos...

—¿Para inventar cuentos? Aquí a esas personas las llamamos embusteras.

—Cuanto más trataba la mujer de mostrarse amigable con Truecacuentos, más frialdad dejaba traslucir el marido.

—Mi don es recordar historias. Pero sólo cuento las que creo verdaderas, señor. Y no es fácil convencerme. Si usted me cuenta su historia, yo le cuento la mía y ambos nos enriquecemos con el intercambio, puesto que ninguno pierde lo que tenía al comienzo.

—No tengo historias que contar—atajó Soldado de Dios, aunque ya había contado una sobre el Profeta y otra sobre Ta-Kumsaw.

—Qué mala noticia. Si es así, no he dado con la casa indicada.

—Truecacuentos veía que no era la casa apropiada para él, sin duda. Aunque Soldado cediera y lo dejara quedarse, estaría rodeado de sospechas y Truecacuentos no sabía vivir en un lugar donde la gente se empeñaba en ponerle mala cara—. Tengan ustedes buenos días.

Pero Soldado de Dios no pensaba dejarlo marchar tan fácilmente. Tomó las palabras de Truecuentos como un desafío.

—¿Por qué mala noticia? Llevo una vida común y tranquila.

—La vida de un hombre nunca es común para él mismo —dijo Truecuentos—. Y si dice que lo es, en ese caso es una historia de las que nunca he de repetir.

—¿Me está llamando mentiroso? —exigió saber Soldado.

—Le pregunto si conoce algún lugar donde mi don sea bien acogido.

Soldado de Dios no lo vio, pero Truecuentos sí: la mujer hizo un conjuro tranquilizador con los dedos de la mano derecha y con la izquierda tomó a su marido de la muñeca. Lo hizo con suavidad, y sin duda el esposo debía estar acostumbrado a ello, pues se relajó notoriamente mientras ella daba un paso adelante para responder.

—Amigo, si toma la senda que va por detrás de esa colina, la sigue hasta el final y cruza dos arroyos, ambos atravesados por puentes, llegará a la casa de Alvin Miller, y sé que allí lo aceptarán.

—Hum —dijo Soldado de Dios.

—Gracias —repuso Truecuentos—. Pero, ¿cómo puede estar tan segura?

—Le dejarán quedarse cuanto tiempo desee y jamás le rechazarán mientras usted se muestre dispuesto a colaborar.

—Dispuesto siempre estoy, señora —adujo Truecuentos.

—¿Siempre está dispuesto? —dijo Soldado—. Nadie está siempre dispuesto. Pensé que siempre decía la verdad.

—Siempre digo lo que creo. Si es verdad o no, no puedo saberlo más que cualquier otro hombre.

—Entonces, ¿por qué me llama «señor» si no soy caballero, y por qué le dice «señora» a ella, que es tan plebeya como yo?

—¿Por qué? Pues porque no creo en los señores que nombra el rey. Él nombra caballero a alguien porque le debe un favor, ya se trate de un verdadero señor o no. Y todas sus mujeres son llamadas «damas» por lo que hacen bajo las sábanas reales. Así se utilizan las palabras entre caballeros: la mitad de las veces son mentira. Pero su esposa, señor, se comportó como una verdadera dama, donosa y hospitalaria. Y usted, señor, como un verdadero caballero, al proteger su casa de los peligros que más teme.

Soldado de Dios se echó a reír en alta voz.

—Su charla es tan almibarada que apuesto a que debe llenarse el buche de sal cada media hora para quitarse de la boca el sabor dulce...

—Es mi don —dijo Truecuentos—. Pero puedo hablar de otros modos, no precisamente dulces, cuando corresponde. Buenas tardes a usted, y a su esposa, y a sus hijos, y a su casa cristiana.

Truecuentos caminó hacia el prado del ejido. Las vacas no repararon en él, porque de veras llevaba una protección, si bien no de la clase que Soldado podría haber reconocido. Truecuentos se sentó un rato al sol para calentarse los sesos y ver si le venía algún pensamiento. Pero no dio resultado. Casi nunca tenía un pensamiento que valiese la pena después de mediodía. Como decía el proverbio: «Piensa por la mañana, actúa al mediodía, come por la tarde, duerme por la noche.» Ya era demasiado tarde para pensar. Y demasiado temprano para comer.

Se encaminó hacia el sendero que conducía a la iglesia, que quedaba detrás del prado comunal, sobre una colina de considerables dimensiones. Si fuera un verdadero profeta, se dijo, ya sabría las cosas. Sabría si me he de quedar aquí un día, una semana o un mes. Sabría si Soldado será mi amigo, como espero, o mi enemigo, como temo. Sabría si su esposa se liberará algún día

para poder usar sus poderes abiertamente. Sabría si he de encontrarme con ese Profeta piel roja frente a frente.

Pero eran tonterías. Esa visión podía tenerla una tea. Había visto hacerlo antes, no pocas veces, y le llenaba de espanto, pues sabía que nunca era bueno para un hombre saber demasiado sobre lo que el futuro le deparaba. No, el don que él quería era el de la profecía. Ver, no las nimiedades de los hombres y mujeres ocultos en sus madrigueras del mundo, sino el gran flujo de acontecimientos dirigidos por Dios. O por Satán. Truecacuentos no se refería a uno u otro en particular, pues ambos tenían idea clara de lo que planeaban hacer en el mundo, y por ello cualquiera de los dos podía saber un par de cosas sobre el futuro. Desde luego, sería más agradable escuchar la palabra de Dios. Las señas del demonio que había conocido en su vida, hasta ese momento, habían sido todas dolo-rosas, cada una a su propio modo.

La puerta de la iglesia estaba abierta. Era un día templado, para ser otoño, y Truecacuentos entró acompañado por el zumbido de las moscas. Por dentro, la iglesia era tan bonita como por fuera. Sin duda debía de ser de rito escocés, pero así estaba mejor: un sitio luminoso y aireado, con paredes blancas y ventanas de vidrios coloreados. Hasta los bancos y el pulpito eran de madera clara. Lo único oscuro de todo el recinto era el altar. Naturalmente, su atención se dirigió hacia él. Y como tenía un don para ese tipo de cosas, vio huellas de un contacto líquido sobre su superficie.

Caminó lentamente hacia el altar. Hacia él, pues tenía que saberlo con certeza. Lentamente, pues en una iglesia cristiana no debía haber esa clase de cosas. Pero al acercarse no le quedaron dudas. Era la misma huella que había visto en el rostro de ese hombre de Dekane que torturó a sus hijos hasta que murieron y echó la culpa a los pieles rojas. La misma huella que había visto en la espada que decapitó a George Washington. Era como una delgada película de agua inmunda, invisible a menos que uno mirara desde cierto ángulo y bajo determinada luz. Pero para Truecacuentos siempre era visible: tenía ojo para eso.

Extendió su mano y posó el índice cuidadosamente sobre la huella más clara. Tuvo que valerse de todas sus fuerzas para dejar el dedo apoyado un instante, de tanto que ardía. El brazo le quedó temblando de dolor hasta el hombro.

—Sed bienvenido en la casa de Dios —dijo una voz.

Truecacuentos, chupándose el dedo quemado, se volvió para mirar de frente al hombre que había hablado. Llevaba el hábito que usaban los predicadores de rito escocés, que en América se llaman presbiterianos.

—¿No os habréis clavado una astilla, verdad? —preguntó el predicador.

Habría sido más fácil decir sí, me he clavado una astilla. Pero Truecacuentos sólo contaba las historias en las que creía.

—Predicador —dijo Truecacuentos—. El diablo ha puesto la mano encima de este altar.

De inmediato, la lúgubre sonrisa del predicador se desvaneció.

—¿Cómo reconocéis la huella del demonio?

—Es un don de Dios —aseguró el Truecacuentos—. Ver.

El predicador lo miró de cerca, sin saber si creerle o no.

—En ese caso también sabréis dónde han posado su mano los ángeles...

—Si han intervenido espíritus celestiales, creo que podría ver sus huellas. Ya he visto señales así con anterioridad.

El predicador se detuvo, como si quisiera hacer una pregunta importante pero temiese la respuesta. Luego se estremeció, el deseo de saber se alejó totalmente de él y habló con mucho desprecio.

—Tonterías. Podréis engañar a la gente simple, pero yo fui educado en Inglaterra y no me embaucaréis con discursos sobre poderes ocultos.

—Ah —exclamó Truecacuentos—. Sois un hombre instruido...

—Y a juzgar por vuestras palabras, también lo sois vos —indicó el predicador—. Diría que del sur de Inglaterra.

—De la Academia de Artes del Lord Protector —repuso Truecacuentos—. Me instruyeron como grabador. Puesto que vos pertenecéis al rito escocés, me temo que habréis visto mi obra en vuestro libro de la escuela dominicana.

—Jamás reparo en esas cosas —señaló el predicador—. Los grabados son un desperdicio de papel que bien podría emplearse en palabras verdaderas. A menos que ilustren cosas realmente vistas por el artista, como representaciones anatómicas. Pero lo que el artista concibe en su imaginación no resulta a mis ojos mejor que lo que imagino por mí mismo.

Truecacuentos siguió el concepto hasta su raíz.

—¿Y si el artista fuese también un profeta?

El predicador entornó los ojos.

—Han concluido los días de los profetas. A igual que ese salvaje piel roja apóstata, borracho y tuerto, todos los que hoy sostienen ser profetas no son más que charlatanes. Y no dudo que si Dios concediera el don de la profecía a un solo artista siquiera, pronto tendríamos toda una profusión de bocetistas e ilustradores deseando ser tenidos por profetas, especialmente si eso puede hacer que se les pague mejor.

Truecacuentos respondió suavemente, pero sin dejar pasar la acusación velada del predicador.

—Un hombre que predica la palabra de Dios y percibe un sueldo no debiera criticar a otros que buscan ganarse la vida revelando la verdad.

—Yo fui ordenado —se defendió el predicador—. Nadie ordena a los artistas. Ellos se ordenan solos.

Tal como Truecacuentos había esperado. El predicador se había refugiado en la autoridad tan pronto como empezó a temer que sus ideas pudiesen no sostenerse por sí mismas. Cuando la autoridad se erigía como arbitro, era imposible todo debate racional. Truecacuentos retornó al tema inmediato.

—El diablo ha puesto sus manos encima de este altar —aseveró Truecacuentos—. Al tocar ahí, me ha dejado el dedo ardiendo.

—A mí jamás me ha quemado los dedos... —aseguró el predicador.

—Me lo figuro —repuso Truecacuentos—. Vos habéis sido ordenado...

Truecacuentos no hizo esfuerzos por ocultar la sorna en su voz, lo cual encrespó al predicador. A Truecacuentos no le molestaba que la gente se enfadara con él. Al menos significaba que lo estaban escuchando, y que aunque fuera a medias, creían en él.

—Decidme entonces —lo desafió el predicador—, ya que tenéis una vista tan aguda... Decidme si alguna vez ha posado su mano sobre este altar un mensajero de Dios.

Sin duda, para el predicador se trataba de una especie de examen. Truecacuentos no tenía ni idea de cuál sería la respuesta que el hombre consideraría acertada. Pero no importaba. De todas formas, Truecacuentos habría respondido sinceramente.

—No —dijo.

Fue la respuesta equivocada. El predicador: sonrió con vanidad.

—¿Ah, sí? ¿Podéis asegurar que no?

Truecacuentos pensó por un instante que tal vez el predicador creyese que sus propias manos clericales habían dejado las marcas de la voluntad de Dios. Pero él no permitiría que lo siguiera creyendo.

—La mayoría de los predicadores no dejan huellas de luz sobre las cosas que tocan. Sólo unos pocos adquieren la santidad suficiente.

Pero no era en sí mismo en quien pensaba el predicador.

—Ya habéis dicho lo que teníais que decir —lo interrumpió el predicador—.

Ahora sé que sois un embustero. Fuera de mi iglesia.

—No soy ningún embustero —replicó Truecacuentos—. Puede ser que me equivoque, pero jamás miento.

—Y yo jamás creo en un hombre que dice que nunca miente.

—Un hombre siempre supone en los demás la misma virtud que él mismo cree tener —sentenció Truecacuentos.

El rostro del predicador se encendió de ira. —Fuera de aquí, de lo contrario os echaré por la fuerza.

—Me iré con gusto —repuso Truecacuentos. Se encaminó hacia la puerta con paso enérgico—. Espero no regresar nunca a una iglesia cuyo predicador no se sorprende al saber que Satán ha puesto las manos sobre su altar.

—No me sorprende porque no lo creo. —Me creéis —afirmó Truecacuentos—. También creéis que un ángel ha tocado este altar. Ésa es la historia que vos creéis cierta. Pero os aseguro que ningún ángel podría tocarlo sin dejar una huella que yo pudiera ver. Y allí yo veo una sola señal.

—¡Mentiroso! Vos mismo sois un enviado del demonio que intenta ejercer su necromancia aquí, en la casa de Dios. Fuera. ¡Atrás! ¡Os conjuro para que os marchéis!

—Creía que los clérigos como vos no practicaban conjuros.

—¡Largo de aquí! —El predicador lo dijo a voz en grito y con las venas del cuello a punto de estallar. Truecacuentos se caló el sombrero nuevamente y partió. Oyó que la puerta se cerraba de un golpe a sus espaldas. Caminó por un prado irregular cubierto de hierba amarillenta hasta dar con la senda que conducía a la casa de la cual le había hablado la mujer. La casa donde habían dicho que sería bien recibido.

Truecacuentos no estaba tan seguro. Nunca hacía más de tres visitas en un mismo lugar. Si al tercer intento no era acogido en ninguna casa, lo mejor era irse a otra parte. Esta vez, su primera posta había sido infrecuentemente aciaga, y la segunda, peor aún.

Pero su inquietud no provenía de la posibilidad de que le fuese mal. Aunque en este último sitio le besaran los pies, Truecacuentos era reacio a permanecer allí. Estaba en un pueblo tan cristiano que su principal poblador no estaba dispuesto a permitir la presencia de poderes ocultos en su casa. Y sin embargo, el mismo altar de la iglesia tenía las huellas del demonio. Lo peor era el engaño. Los poderes ocultos se usaban en las propias narices de Soldado de Dios, y quien lo hacía era la persona que más amaba y en la que más confiaba. Mientras que en la iglesia, el predicador estaba convencido de que el altar había sido consagrado por Dios y no por el diablo. ¿Que podía esperar Truecacuentos de esta región montañosa sino más locura, más engaños? La gente aviesa se mezcla con los de su clase. Truecacuentos lo sabía bien por propia experiencia.

La mujer tenía razón: los arroyos estaban franqueados por puentes. Pero ni siquiera esto era un buen augurio. Levantar puentes sobre los ríos era una necesidad; hacerlo en un arroyo ancho, una gentileza para con los viajeros. Pero, ¿para qué habrían levantado puentes tan elaborados sobre vados tan poco profundos que hasta un anciano como Truecacuentos podía saltar sin mojarse un pie? Eran puentes sólidos, que terminaban bien en tierra firme, y ambos tenían techos de factura cuidadosa. La gente paga dinero por alojarse en hosterías menos firmes y secas que estos puentes, pensó Truecacuentos.

Sin duda, esto significaba que la gente que vivía al otro lado de la senda era al menos tan extraña como los que hasta ahora había conocido. Sería mejor que diera la vuelta. La prudencia le exigía regresar.

Pero la prudencia no era precisamente el punto fuerte de Truecacuentos. Eso le había dicho el viejo Ben, años atrás.

—Un buen día entrarás en la misma boca del infierno, Bill, sólo para descubrir si el diablo tiene caries en los dientes.

Los puentes debían tener alguna razón, y Truecacuentos pensó que la historia podía valer la pena, una vez recogida en su libro.

Después de todo, era menos de un kilómetro. Cuando parecía que el sendero estaba a punto de perderse en la espesura impenetrable, giró abruptamente hacia el norte y desembocó en el rincón más bonito que Truecacuentos recordaba haber visitado. Ni siquiera había visto un sitio así en los plácidos poblados de Nueva Orange y Pensilvania. La casa era grande y hermosa, con troncos torneados para demostrar que su intención era que perdurase. Y había graneros, corrales, gallineros y cobertizos, lo cual hacía del paraje casi una aldea en sí mismo. A media milla se elevaba una columna de humo, lo que le indicaba que sus suposiciones eran acertadas. Había otra vivienda cerca, sobre el mismo sendero, muy probablemente la de algún familiar. Hijos casados, casi seguro, que cultivaban la tierra con el resto de la familia para provecho de todos. Eso era buena cosa, estimó Truecacuentos. Si los hermanos sabían crecer en armonía y tenerse afecto -suficiente para arar los campos del otro, era" buena cosa.

Truecacuentos se encaminó resueltamente hacia la casa. Era mejor anunciarse de una buena vez en lugar de andarse merodeando y exponerse a que lo tomaran a uno por ladrón. Pero en esa ocasión, en cuanto pensó en dirigirse a la casa se sintió extraviado de inmediato, incapaz de recordar su propósito. Era un embrujo tan poderoso que sólo advirtió su influencia cuando ya estaba a mitad de la colina, avanzando en dirección a un edificio de piedra que se alzaba junto al vado. Se detuvo bruscamente, despavorido. Nadie tenía poder suficiente para hacerle dar media vuelta sin que pudiera advertir lo que sucedía. Era un sitio tan extraño como los otros dos y no quería tener nada que ver con él.

Pero cuando trató de regresar por el mismo camino que había seguido volvió a sucederle la misma cosa. Se encontró yendo por la colina hacia la construcción de piedra.

Nuevamente hizo un alto, y esta vez murmuró:

—Quienquiera que seas, sea cual fuere tu deseo, iré por mi propia voluntad o no iré.

Y de inmediato una brisa lo empujó por detrás hacia el edificio. Pero sabía que si quería podría volver atrás. Contra la brisa, sí, pero podía hacerlo. Aquello lo serenó considerablemente. El embrujo que estaba actuando sobre él no pretendía esclavizarlo. Y eso, como bien sabía, era una de las señales de un buen hechizo. No las cadenas ocultas de un torturador.

El camino giraba un tanto hacia la izquierda, a lo largo del arroyo. Ya podía darse cuenta de que la construcción era un molino, puesto que tenía un saetín y cerca del flujo del agua se veía el marco de una inmensa rueda. Pero en el saetín no caía agua ese día, y supo por qué al acercarse más y mirar a través de la gigantesca puerta, más propia de un granero. No era que lo hubieran clausurado durante el invierno. Nunca lo habían usado como molino. Los engranajes estaban en su sitio, pero faltaba la inmensa piedra redonda de molino. Toda la estructura de palancas y cantos rodados aguardaba intacta. Y debía aguardar desde hacía largo tiempo. La construcción al menos databa de unos cinco años atrás, a juzgar por las enredaderas y el musgo que

cubrían las paredes. Habría llevado no poca labor construir semejante molino, y sin embargo lo usaban como depósito de heno.

Al otro lado de la gran puerta, una carreta se mecía a un lado y a otro mientras dos niños forcejeaban sobre el cargamento de heno. Era una riña amistosa. Obviamente, se trataba de dos hermanos, uno de unos doce años, y el otro acaso de nueve, y la única razón por la cual el menor no era lanzado fuera de la carreta era porque el mayor no podía contener la risa. Desde luego, no reparó en Truecacuentos.

Tampoco advirtieron al hombre que estaba de pie en el borde del altillo, horquilla en mano, mirándolos. Al principio Truecacuentos pensó que era una mirada de orgullo, propia de un padre. Pero luego se fijó en la forma en que tomaba la horquilla. Era como una jabalina, lista para ser lanzada. Durante un fugaz instante, Truecacuentos vio lo que sucedería: la horquilla arrojada, hundiéndose en la carne de uno de los niños, para matarlo sin duda, si no de inmediato, al cabo de poco tiempo, de gangrena o bien desangrado. Lo que Truecacuentos vio fue un asesinato.

—¡No!—gritó.

Corrió desde la puerta hacia la carreta, mirando al hombre que estaba en lo alto.

El hombre hundió la horquilla en el heno, a su lado, y lanzó el forraje por los aires a la carreta. Los niños casi quedaron sepultados bajo el heno.

—Os traje aquí para que trabajarais, cachorros, no para que os enzarzarais de ese modo. —El hombre sonreía y bromeaba. Hizo un guiño a Truecacuentos. Como si un segundo atrás la muerte no hubiera asomado a sus ojos.

—¿Cómo anda, joven amigo? —preguntó el hombre.

—No tan joven —repuso Truecacuentos. Se quitó el sombrero para dejar ver su cabeza rala.

Los niños asomaron por entre la paja.

—¿Por qué nos gritaba, señor? —preguntó el menor.

—Tuve miedo de que alguien saliera lastimado —respondió.

—Ah, pero si siempre estamos peleando así —dijo el mayor—. Venga esa mano, amigo. Me llamo Alvin, como Papá. —La sonrisa del pequeño era contagiosa. Había sido un día de mucho susto y muchas sombras y

Truecacuentos no halló otra opción que devolver la sonrisa y tomar la mano que se le ofrecía. Alvin Júnior daba la mano como un adulto. Era un joven muy fuerte. Truecacuentos lo comentó.

—Ah, le ha dado la mano de mantequilla. Cuando se pone a apretar fuerte le gusta estrujar la mano del otro como si fuera una fresa.

El menor también le dio la mano.

—Tengo siete años, y Al Júnior tiene diez.

Eran más pequeños que lo que parecía. Ambos tenían ese olor rancio y ácido que expelen los niños cuando juegan como potrillos. Pero a Truecacuentos eso no le molestaba. Quien lo intrigaba era el padre. ¿Había sido un capricho de su imaginación, o ese hombre había querido matar a sus hijos? ¿Qué hombre podía atacar con mano asesina a dos pequeños tan adorables?

El hombre había dejado la horquilla en el altillo y, tras descender por las escaleras, avanzaba hacia Truecacuentos como si quisiera abrazarlo.

—Bienvenido, desconocido —le saludó—. Soy Alvin Miller, y éstos son mis hijos menores, Alvin Júnior y Calvin.

—Cally —corrigió el menor.

—No le gusta como riman nuestros nombres —explicó Alvin Júnior—. Alvin y Calvin. Ya lo ve, le pusieron un nombre parecido al mío para que llegara a ser un ejemplar de hombre tan acabado como yo. Pero lástima que no dio resultado.

Calvin respondió con una mueca de burla.

—Según tengo entendido, él fue el primer intento, y cuando llegué yo, por fin sabían cómo se hacía...

—Casi siempre les llamamos Al y Cally —explicó el padre.

—Casi siempre nos llamáis «cállate» y «largo de aquí» —rectificó Cally.

Al Júnior le dio un empujón en el hombro y lo lanzó de cabeza al suelo. Tras lo cual el padre plantó una de sus botas sobre su trasero y lo hizo atravesar la puerta. Todo en broma. Nadie se había lastimado. ¿Cómo pude pensar que estaba a punto de cometerse un asesinato?

—¿Trae un mensaje? ¿Una carta? —preguntó Alvin Miller. Ahora que los niños jugaban afuera y se gritaban sobre la hierba, los hombres podían cambiar unas palabras.

—No. Lo siento —dijo Truecacuentos—. Soy sólo un viajero. Una damisela del pueblo me dijo que aquí podría encontrar sitio donde pasar la noche. A cambio de cualquier trabajo en que desee emplear mis brazos, por duro que sea.

Alvin Miller sonrió.

—Veamos cuánto trabajo son capaces de hacer esos brazos. —Extendió un brazo, pero no para estrecharle la mano a modo de saludo. Aferró a Truecacuentos por el antebrazo y apoyó su pie derecho contra el pie derecho de Truecacuentos—. ¿Cree que pueda arrojarme al suelo? —preguntó Alvin Miller.

—Antes de comenzar —dijo Truecacuentos—, dígame si me darán mejor cena en caso de que lo arroje, o qué pasará si no lo hago.

Alvin Miller echó la cabeza hacia atrás y aulló como un piel roja.

—¿Cuál es su nombre, extraño?

—Truecacuentos.

—Bueno, señor Truecacuentos, espero que le agrade el sabor del polvo, pues eso es lo que comerá antes que ninguna otra cosa en esta casa.

Truecacuentos sintió que la presión sobre su antebrazo se hacía más intensa. Tenía buenos brazos, pero no como los de este hombre. Sin embargo, en el forcejeo no todo era cuestión de fuerza. También intervenía la astucia, y eso a Truecacuentos no le faltaba. Se dejó vencer lentamente por el peso de Alvin Miller mucho antes de que éste se valiera de todas sus fuerzas. Entonces, de pronto, empujó con toda su energía en la misma dirección en que lo hacía su contrincante. Por lo general, eso bastaba para derribar al hombre más fuerte, haciendo uso de las propias fuerzas del adversario. Pero Alvin Miller estaba prevenido, empujó hacia el lado opuesto y arrojó a Truecacuentos tan lejos que éste fue a dar de bruces sobre los cantos rodados que formaban la base del molino inconcluso.

No había habido la menor malicia en ello, sino el puro placer de la contienda. Apenas Truecacuentos puso pie en tierra, ya estaba Miller a su lado ayudándolo, preguntándole si se había roto algo.

—Me alegro de que todavía no haya puesto la piedra de molino en su sitio

—dijo Truecacuentos—, pues de otro modo tendría que meterme los sesos de nuevo en la cabeza.

—¿Qué? Está en el territorio del Wobbish, hombre. ¡Aquí no se necesitan sesos!

—Pues bien. Me ha vencido. ¿Eso significa que no me he ganado la cama y la comida?

—¿Ganado? Claro que no se lo ha ganado. —Pero su sonrisa desmentía la severidad de sus palabras—. No, no, si quiere puede trabajar, que a un hombre le agrada sentir que paga por lo que recibe. Pero, la verdad... le permitiría quedarse aun cuando tuviera las dos piernas rotas y no pudiera ayudar un comino. Tenemos una cama para usted, al otro lado de la cocina, y

apuesto diez contra uno a que los niños ya han avisado a Fe para que ponga otro plato a la mesa esta noche.

—Es usted muy amable, señor.

—Qué va —repuso Alvin Miller—. ¿Seguro que no se ha roto nada? Vaya, si cayó justo sobre las piedras...

—En ese caso debería revisar las piedras para cerciorarse de que no se haya roto ninguna, señor.

Alvin volvió a reír, le palmeó la espalda y lo condujo rumbo a la casa.

Y qué casa... En el mismo infierno no podría haber más gritos y aullidos. Miller trató de presentarle a su familia. Las cuatro niñas mayores eran sus hijas, que se afanaban en un sinfín de labores distintas mientras discutían separadamente con cada una de sus hermanas a viva voz, de altercado en altercado a medida que el trabajo las llevaba de una sala a otra. El pequeñuelo que lloraba era un nieto, como también lo eran los cinco mocosos que jugaban a la cacería debajo de la mesa del comedor. La madre, Fe, parecía no prestar atención a lo que la rodeaba mientras trabajaba en la cocina. Ocasionalmente lanzaba algún moquete al niño que pasaba más cerca de ella, pero, si no, proseguía su tarea sin que nada la interrumpiera... o su constante retahíla de órdenes, amenazas, retos y quejas.

—¿Cómo consigue no volverse loca en medio de semejante desquicio? —le preguntó Truecacuentos.

—¿No volverme loca? —respondió ella con acritud—. ¿Cree que si todavía estuviera cuerda podría hacer frente a todo esto?

Miller lo condujo a su habitación. Así la llamó. «Su habitación, mientras guste quedarse.» Tenía una gran cama y una almohada de plumas, y frazadas también. Y la mitad de una de las paredes daba a la chimenea, de modo que era un sitio cálido. En toda su travesía, nadie había ofrecido a Truecacuentos una cama como ésa.

—Prométame que su nombre no es Procusto en realidad... —dijo.

Miller no comprendió la alusión, pero no fue problema, pues vio la expresión del rostro de Truecacuentos. Sin duda, no era la primera vez que veía esa expresión.

—No damos a nuestros huéspedes la peor habitación, Truecacuentos, sino la mejor. Y no se hable más del asunto.

—Entonces mañana deberá permitirme que trabaje para usted...

—Ah, si es bueno con las manos, hay mucho que hacer. Y si no le da vergüenza hacer labores de mujeres, mi esposa podría aprovechar su ayuda. Veremos mañana. —Alvin Miller se marchó de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El ruido de la casa apenas quedaba amortiguado por la puerta cerrada, pero no era música que molestase a Truecacuentos. Era media tarde, pero no pudo evitarlo: se libró de sus bultos, se quitó las botas y se tendió sobre el colchón. Oyó el ruido de la paja, pero sobre la paja había un colchón de plumas que hacía de la cama algo suave y mullido. Y la paja era fresca, y de las soleras pendían hierbas secas que olían a tomillo y romero. ¿Alguna vez dormí en una cama tan cómoda en Filadelfia? ¿O antes aun, en Inglaterra? No desde que dejé el vientre de mi madre, pensó.

En esa casa no había nada vergonzoso en el uso de poderes: en la puerta, a ojos vista, habían pintado un conjuro. Él supo reconocer el dibujo: era un conjuro pacificador, concebido para alejar toda violencia del alma que durmiera en esa casa. No era un conjuro de advertencia, ni de defensa. Ni estaba hecho para proteger la casa del huésped, ni al huésped de la casa. Era para dar comodidad, así de simple. Y estaba perfecta y exquisitamente dibujado con las proporciones debidas. No era fácil trazar con exactitud un

conjuro hecho de treses. Truecacuentos no podía recordar haber visto otro tan perfecto.

Por ello no le sorprendió que, al tenderse en la cama, sus músculos comenzaran a desanudarse, como si ese lecho y esa habitación pudieran diluir el cansancio de veinticinco años de peregrinaje. Pensó que sería bueno que su tumba fuese tan cómoda como esa cama.

Cuando Alvin Júnior lo sacudió para despertarlo, la casa olía a salvia y a pimienta, y a carne humeante.

—Tiene el tiempo justo para ir al excusado, lavarse y venir a comer —dijo el niño.

—Debo de haberme quedado dormido —aventuró Truecacuentos.

—Para eso hice el conjuro —respondió el pequeño—. Funciona bien, ¿verdad?

—Y luego salió de la habitación.

Casi de inmediato, Truecacuentos oyó a una de las niñas lanzar una retahíla de espeluznantes amenazas al niño. La riña prosiguió a todo volumen mientras Truecacuentos se dirigía al excusado, y cuando regresó todavía seguían peleando. Pero esta vez Truecacuentos creyó advertir que se trataba de una hermana distinta.

—Juro que esta noche, Al Júnior, te coseré un zorrillo a la planta de los pies.

—La distancia le impidió escuchar la réplica del niño, que provocó otro exabrupto. No era la primera vez que Truecacuentos oía gritos. A veces de amor, otras de odio. Cuando eran de odio, se marchaba tan pronto como se lo permitían sus piernas. Pero en esta casa podía quedarse.

Con las manos y el rostro limpio, Fe le permitió que llevara a la mesa las hogazas de pan, «siempre y cuando no permita que el pan toque esa camisa inmunda que lleva puesta». Y luego Truecacuentos ocupó su lugar en la hilera, plato en mano, y toda la familia se dirigió a la cocina en tropel y emergió con buena parte de un cerdo repartido entre todos sus miembros.

Fue Fe y no Miller quien ordenó a una de las niñas que rezara, y Truecacuentos notó que Miller ni siquiera cerraba los ojos, aunque todos los niños inclinaron la cabeza y unieron sus manos. Era como si tolerara la oración pero no la alentara. Sin tener que preguntar, Truecacuentos supo que Alvin Miller y el predicador de aquella bonita iglesia blanca no debían de llevarse muy bien. Truecacuentos se figuró que Alvin Miller podría apreciar uno de los proverbios de su libro: «Así como la oruga escoge las hojas más distantes para poner sus huevos, el sacerdote arroja su maldición sobre las satisfacciones más justas.»

Para sorpresa de Truecacuentos, a la hora de comer la casa fue un paraíso.

Cada niño informó en su momento de lo que había hecho ese día y todos escucharon, a veces aderezando el relato con alabanzas o consejos.

Finalmente, cuando el guisado desapareció y Truecacuentos limpiaba los últimos restos de su plato con una rebanada de pan, Miller se volvió a él, como si fuera uno más de la familia.

—¿Y su día, Truecacuentos? ¿Estuvo bien empleado?

—Anduve unas millas antes de mediodía y trepé a un árbol —dijo

Truecacuentos—. Vi un campanario, que me condujo a un pueblo. Allí un hombre cristiano temió mis poderes ocultos, si bien no vio ninguno de ellos, y lo mismo hizo un predicador, si bien dijo no creer que los tuviera. Pero yo andaba buscando una cama y algo que comer, y la oportunidad de trabajar para retribuir por ellos, y una mujer me dijo que los que vivían al final de cierta senda de carretas me acogerían.

—Ésa debió ser nuestra hija Eleanor —comentó Fe.

—Sí —asintió Truecacuentos—. Ahora veo que tiene los ojos de su madre, que siempre están serenos por mucho que suceda a su alrededor.

—No, amigo —contradijo Fe—. Es que estos ojos han visto tales épocas que desde entonces no ha sido fácil alarmarme.

—Espero que antes de marcharme me permita escuchar el relato de esas épocas —pidió Truecacuentos.

Fe apartó la mirada mientras depositaba sobre el pan de su nieto otra lonja de queso.

Truecacuentos prosiguió con la narración de su día, sin embargo, sin intención de que la mujer se diera cuenta de que él podía haberse incomodado por no obtener respuesta.

—Esa senda de carretas era de lo más extraña —explicó—. Había puentes cubiertos sobre vados que hasta un niño podría cruzar, y un hombre, saltar de orilla a orilla. Espero poder oír la historia de esos puentes antes de marcharme.

Una vez más, nadie enfrentó su mirada.

—Y cuando salí de la espesura, encontré un molino sin rueda, y dos niños luchando en una carreta, y un molinero que me dio el peor empujón de mi vida, y una familia que me acogió y me ofreció la mejor habitación de la casa a pesar de que yo era un desconocido y de que no sabían si yo era bueno o malo.

—Por supuesto, usted es bueno... —concedió Al Júnior.

—¿No le molesta que pregunte? He encontrado mucha gente hospitalaria en mi vida y he estado en muchos hogares felices, pero en ninguno tanto como éste, y en ninguno donde se alegraran tanto de tenerme.

Todos permanecieron inmóviles. Finalmente, Fe levantó la cabeza y le sonrió.

—Me satisface que nos encuentre felices —aseguró—. Pero todos recordamos también otras épocas, y tal vez nuestra actual felicidad sea más dulce por el recuerdo del dolor.

—¿Pero por qué han aceptado a un hombre como yo?

Miller fue quien respondió.

—Porque una vez también fuimos desconocidos, y una buena gente nos recibió.

—En una época viví en Filadelfia, y quisiera preguntar si sois de la Sociedad de Amigos.

Fe sacudió la cabeza.

—Yo soy presbiteriana. Al igual que muchos de mis hijos.

Truecacuentos miró a Miller.

—Yo no soy nada—respondió.

—Ser cristiano no es no ser nada —acotó Truecacuentos.

—Pero tampoco soy cristiano.

—Ah, deísta entonces, como Tom Jefferson. —Los niños murmuraron al escuchar el nombre del procer.

—Truecacuentos, soy un padre que ama a sus hijos, un esposo que ama a su mujer, un granjero que paga sus deudas y un molinero sin rueda de molino.

—Luego el hombre se levantó de la mesa y se alejó. Escucharon que se cerraba una puerta. Se había ido afuera.

Truecacuentos se dirigió a la mujer.

—Ay, señora, me temo que lamentaré mi llegada a esta casa...

—Usted hace demasiadas preguntas...

—Le he dicho mi nombre, y mi nombre es mi ocupación. Cada vez que percibo una historia, una historia de verdad, una historia que interesa, siento avidez de ella. Y si la escucho y la creo, la recuerdo para siempre y la vuelvo a contar dondequiera que esté.

—¿Así se gana la vida? —preguntó una de las niñas.

—Me gano la vida ayudando a reparar vagones y a cavar zanjas y a hilar y a cualquier otra cosa que haya que hacer. Pero la misión de mi vida es contar cuentos, y los voy trocando uno por uno. Tal vez en este momento penséis que no deseáis contarme ninguna de vuestras historias, y conmigo no hay problema, pues jamás tomé una historia que no me contaran voluntariamente. No soy ningún ladrón. Pero ya veis, he conseguido un relato: lo que hoy me sucedió. La gente más amable y la casa más cómoda entre el Mizzipy y el Alph.

—¿Dónde queda el Alph? ¿Es un río? —preguntó Cally.

—¿Qué? ¿Queréis una historia? —preguntó Truecacuentos.

Sí, clamaron los niños.

—Pero no sobre el río Alph —advirtió Al Júnior—. Ese sitio no existe.

Truecacuentos lo miró con genuina sorpresa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has leído la colección de Lord Byron sobre la poesía de Coleridge?

Al Júnior miró a los demás, desorientado.

—No tenemos muchos libros por aquí—señaló Fe—. El predicador les da lecciones sobre la Biblia para que puedan aprender a leer.

—¿En ese caso, cómo supiste que el río Alph no existe?

Al Júnior frunció el rostro, como si dijera: «No me pregunte cosas cuya respuesta ni yo mismo sé.»

—Quiero una historia sobre Jefferson. Usted dijo su nombre como si lo conociera.

—Oh, lo conocí. Y a Tom Paine, y a Patrick Henry, antes de que lo colgaran, y vi la espada que decapitó a George Washington. Hasta vi al rey Roberto II, antes de que los franceses hundieran su nave en un mal viaje y lo enviaran al fondo del mar.

—Donde siempre debió haber estado —murmuró Fe.

—Si no más hondo todavía —agregó una de las niñas mayores.

—A eso diré amén. En los Apalaches dicen que tenía tanta sangre en las manos que hasta sus huesos estaban teñidos, y que ningún pez quiso hincar un diente en ellos.

Los niños se echaron a reír.

—Más aún que Tom Jefferson —añadió Al Júnior—, quisiera un cuento sobre el más grande mago americano. Seguro que usted conoció a Ben Franklin.

Nuevamente, el pequeño lo sorprendió. ¿Cómo podía saber que, de todas sus historias, las que más le agradaba contar eran las de Ben Franklin?

—¿Si lo conocí? Hum... un poco —contestó Truecacuentos, sabiendo que en su forma de decirlo prometía todas las historias que ellos pudieran desear—. Viví con él sólo unos seis años, y todas las noches pasaba ocho horas sin estar a su lado, conque no creo que pueda decirnos gran cosa...

Al Júnior se inclinó sobre la mesa, con los ojos brillantes y sin pestañear.

—¿De veras fue un hacedor?

—Ay, ay, cada historia a su tiempo —requirió Truecacuentos—. Mientras vuestro padre y vuestra madre quieran tenerme por aquí, y mientras crean que puedo ser útil, me quedaré, y os contaré historias día y noche.

—Comenzando por Ben Franklin —insistió Alvin—. ¿Es cierto que sabía arrancar rayos del cielo?

Capítulo 10

VISIONES

Alvin Júnior despertó de la pesadilla empapado de sudor. Era tan real que jadeaba como si hubiese intentado escapar. Pero no se trataba de ninguna fuga, lo sabía bien.

Se recostó con los ojos cerrados y durante largo rato temió volver a abrirlos. Sabía que cuando lo hiciera, la pesadilla seguiría allí. Largo tiempo atrás, cuando aún era pequeño, solía gritar cada vez que tenía pesadillas. Pero cuando trataba de explicarlas a Papá y Mamá, siempre le respondían lo mismo:

—Pero hijo, si eso no es nada. ¿Cómo puedes asustarte tanto por nada? —Eso le enseñó a contenerse para no llorar cuando lo acosaban los sueños pavorosos.

Abrió los ojos y la pesadilla se replegó a los rincones de la habitación, donde no estaba obligado a tener que verla de frente. Bien. Quédate ahí y déjame en paz, dijo para sus adentros.

Entonces comprendió que ya era de día y que Mamá había sacado los pantalones de paño negro, la chaqueta y una camisa limpia. Era la ropa para la salida dominical. Casi prefería retornar a la pesadilla antes que despertar para hacer frente a la realidad.

Alvin Júnior odiaba los domingos por la mañana. Odiaba tener que emperifollarse: no podía tirarse al suelo, ni ponerse de rodillas sobre la hierba, ni siquiera inclinarse sin hacer algún desaguizado, tras lo cual venía la filípica de Mamá acerca de que no sabía respetar el día del Señor.

Odiaba tener que andar de puntillas por toda la casa durante la mañana, y todo porque era Sabbath, y en Sabbath no había que hacer ruido ni jugar. Y lo que más aborrecía de todo era tener que sentarse en un banco duro allí delante de todos y que el reverendo Thrower lo mirara a los ojos mientras predicaba sobre las llamas del infierno que aguardaban a los impíos que despreciaban la religión verdadera y depositaban su fe en el vulnerable entendimiento humano. Lo mismo cada domingo...

Pero en realidad no era que Alvin despreciara la religión. Sólo despreciaba al reverendo Thrower. Ahora que la cosecha había terminado, tenía que soportar todas esas horas de clase... Alvin Júnior leía bien y casi siempre obtenía buenas notas en las sumas. Pero eso no bastaba a Thrower. También tenía que enseñarle religión. Los demás niños —los suecos, los holandeses que venían del curso alto del río, los escoceses y los ingleses que venían desde aguas abajo— sólo recibían una zurra cuando se ponían insolentes o cuando hacían mal las cuentas. Pero Thrower descargaba su vara contra Alvin Júnior a la menor ocasión, tal como parecía, y no porque no aprendiera su lección, sino siempre por religión.

Desde luego, había algo que no ayudaba mucho, y era que, en los momentos más inoportunos, la Biblia resultaba algo de lo más cómico para Alvin. Eso es lo que le había dicho Mesura aquella vez que Alvin se escapó de la escuela y se escondió en casa de David hasta que Mesura dio con él a la hora de cenar.

—No te ganarías tantos azotes si no te echaras a reír cuando lee la Biblia. Pero era divertido. Cuando Jonatan arrojó todas esas flechas al cielo y erró. Cuando Jeroboam no disparó por su ventana las flechas suficientes. Cuando el Faraón inventaba triquiñuelas para impedir que los israelitas partieran. Cuando Sansón fue tan imbécil que le contó su secreto a Dalila, y eso que ella ya lo había traicionado dos veces.

—¿Cómo se puede contener la risa?

—Piensa en las ampollas que te aparecerán en el trasero —dijo Mesura—. Eso debería bastar para borrarte la sonrisa del rostro.

—Pero sólo me acuerdo de eso cuando acabo de reírme...

—En ese caso, probablemente no puedas sentarte en una silla hasta los quince años, porque Mamá nunca dejará que faltes a clase y el reverendo Thrower nunca aflojará las riendas contigo, y no podrás esconderte eternamente en casa de David.

—¿Por qué no?

—Porque esconderse del enemigo es lo mismo que dejarlo vencer.

Mesura no iba a protegerlo. Tuvo que regresar y hacer frente a la paliza de Papá, además, por haberlos asustado a todos con una desaparición tan prolongada. Pero, aun así, Mesura lo había ayudado. Para él era un alivio saber que había alguien más dispuesto a reconocer que Thrower era su enemigo. Todos los demás lo tenían hartos con lo maravilloso, educado y cristiano que era Thrower, y con lo amable que era al dejar que los niños abrevaran en su manantial de sabiduría. Tanto lo hartaban que a Alvin le daba ganas de vomitar.

Si bien Alvin ya había aprendido a controlar sus estallidos de risa durante las clases y recibía menos azotes, nada le obligaba a tantos esfuerzos como los domingos, porque tenía que estarse allí sentado, sobre aquel duro banco, escuchando a Thrower, la mitad de las veces a punto de partirse de risa y la otra mitad conteniendo las ganas de ponerse en pie y gritar: «Es la cosa más estúpida que he oído decir a una persona mayor.» Hasta tenía la impresión que Papá no lo zurraría mucho por decirle eso a Thrower, puesto que Papá no tenía al reverendo lo que se dice en un pedestal. Pero Mamá... jamás le perdonaría por blasfemar en la casa del Señor.

Decidió que los domingos por la mañana habían sido creados para que los pecadores tuvieran una muestra del primer día de la eternidad en el infierno. Probablemente Mamá ni siquiera permitiría que Truecacuentos contara la más mínima historia que no estuviese en la Biblia. Y considerando que Truecacuentos jamás contaba historias de la Biblia, Alvin Júnior aventuró que nada bueno sucedería ese día.

La voz de Mamá tronó por las escaleras.

—Alvin Júnior, estoy tan harta y cansada de que tardes tres horas en vestirme los domingos por la mañana que estoy a punto de llevarte desnudo a la iglesia.

—¡No estoy desnudo! —replicó Alvin a gritos. Pero, dado que todavía llevaba puesto el camisón, probablemente eso fuese peor que estar desnudo. Se quitó la ropa de dormir, la colgó de una percha y comenzó a vestirse a toda prisa.

Tenía gracia. Cualquier otro día sólo debía extender la mano sin pensar y allí aparecía la prenda que necesitaba. Camisa, pantalones, calcetines, zapatos. Siempre a mano, cada vez que los necesitaba. Pero los domingos por la mañana parecía que la ropa se escabullía de entre sus dedos. Buscaba la camisa y aparecían los pantalones. Buscaba un calcetín y venía un zapato, una y otra vez. Era como si las ropas no quisieran estar sobre su cuerpo, igual que él no deseaba que estuvieran.

De modo que cuando Mamá abrió la puerta de golpe, no era totalmente culpa de Alvin si todavía no se había puesto los pantalones.

—¡Te has perdido el desayuno! ¡Todavía estás a medio vestir! Si crees que por tu culpa toda la familia habrá de presentarse tarde a la iglesia, más vale...

—...que vayas pensando otra cosa—dijo Alvin.

No era culpa suya si ella siempre decía lo mismo. Pero se enfureció con él, como si todavía tuviera que hacerse el sorprendido al escucharla decir la misma cantinela por vigésima vez desde el verano. Ay, ya estaba por darle una buena zurra o llamar a Papá para que él lo hiciera, lo cual era peor. Pero entonces Truecacuentos apareció para salvarlo.

—Mi buena Fe —intervino Truecacuentos—. Si usted quisiera seguir adelante con los demás, me sentiría muy feliz de ocuparme de que él fuera a la iglesia.

Apenas habló Truecacuentos, Mamá se dio la vuelta e intentó ocultar lo furiosa que estaba. Y Alvin no perdió la oportunidad de hacer un conjuro para calmarla. Con la mano derecha, para que no lo viese, pues si llegaba a verlo haciendo un conjuro sobre ella le partiría el brazo, y en esa amenaza Alvin creía de verdad. Los conjuros para calmar no actúan tan bien sin tocar a la persona, pero esta vez funcionó por todo el afán que ella ponía en parecer serena delante de Truecacuentos.

—No quiero causarle ninguna molestia —se excusó Mamá.

—No es molestia, mi buena Fe —aseguró Truecacuentos—. Es poco comparado con todas las gentilezas que usted tiene para conmigo.

—¡Poco! —El tono áspero ya casi había desaparecido de su voz—. Mi esposo dice que usted hace el trabajo de dos hombres. Y cuando cuenta sus cuentos a los pequeños, esta casa está más tranquila que... que nunca, si me pongo a pensarlo. —Se volvió hacia Alvin, pero esta vez con ira más fingida que auténtica—. ¿Harás lo que te diga Truecacuentos e irás a la iglesia rápido como el rayo?...

—Sí, Mamá —repuso Alvin Júnior—. Todo lo rápido que pueda.

—Muy bien entonces. Gracias, Truecacuentos. Si puede hacer que este niño le obedezca, es más de lo que nadie ha podido conseguir desde que aprendió a hablar.

—Es un verdadero bribón —afirmó Mary, desde el pasillo.

—Y tú cierra la boca, Mary —ordenó Mamá—, o te meteré el labio en la nariz y lo atascaré allí para mantenerlo bien cerrado.

Alvin suspiró aliviado. Cuando Mamá formulaba amenazas imposibles era que ya no estaba tan enojada. Mary alzó la nariz, ofendida, y desapareció del corredor, pero Alvin ni siquiera pensó en ella. Sonrió a Truecacuentos y el hombre le devolvió la sonrisa.

—Veo que te cuesta vestirse para ir a la iglesia, ¿eh, hijo?

—Preferiría untarme de manteca y caminar entre una horda de osos hambrientos —repuso Alvin Júnior.

—Son más los que sobreviven a las iglesias que a los encuentros con osos...

—No lo creo.

No tardó en vestirse. Pero pudo persuadir a Truecacuentos de que tomaran por el atajo, lo cual significaba caminar por entre el bosque, sobre la colina que asomaba detrás de la casa, en lugar de ir por el camino. Como afuera hacía frío, no había llovido en varios días y no estaba por nevar, no habría barro y probablemente Mamá nunca se enterase. Y nada que Mamá no supiera podía hacerle daño.

—He notado —comentaba Truecacuentos mientras ascendían la ladera cubierta de hojarasca— que tu padre no va a la iglesia con tu madre, Cally y tus hermanas.

—No va a esa iglesia. Dice que el reverendo Thrower lo que tiene de reverendo lo tiene de imbécil. Claro que no lo dice cuando Mamá puede oírle.

—Me lo figuro —respondió Truecacuentos.

Se detuvieron en lo alto de la colina y miraron el valle abierto hacia la iglesia. La propia colina sobre la que se erigía la iglesia impedía que se viera el

pueblo de Vigor. La escarcha comenzaba a derretirse sobre la parda hierba del otoño; la iglesia parecía ser lo más blanco en un mundo de blancura y el sol refulgía sobre ella como si fuese otro astro.

Alvin veía las carretas que llegaban al lugar y los caballos que eran atados a los postes. Si se apresuraban, acaso estarían en sus asientos antes de que el reverendo Thrower comenzara el salmo.

Pero Truecacuentos no descendió por la colina. Se sentó sobre un tocón y comenzó a recitar un poema. Alvin lo escuchó inmóvil, pues por lo general los poemas de Truecacuentos solían ser especialmente bellos.

Fueron mis pasos al Jardín de Amor y vi allí lo que jamás antes viera: en la hierba de mis juegos más tiernos, una capilla vestida de nieblas.

Y en la capilla, las puertas cerradas; sobre ellas escrita una condena. Me volví entonces al Jardín de Amor, al jardín de las dulces flores frescas.

Y vi que estaba sembrado de tumbas y lápidas donde hubo flores frescas, mientras clérigos en procesión sombría cercenaban mis gozos y quimeras.

Vaya, Truecacuentos tenía un don, a ver si no, pues cuando recitaba, el mundo mismo cambiaba ante los ojos de Alvin. Los valles y árboles parecían el grito más estruendoso de la primavera, vivida en su verde dorado y en sus diez mil capullos, y la nivea capilla en la niebla ya no brillaba, no. En su lugar, huesos viejos y polvorientos, blancos como la tiza.

—Cercenando mis gozos y quimeras... —repitió Alvin—. Veo que no haces buenas migas con la religión.

—En cada aliento respiro religión —dijo Truecacuentos—. Anhele visiones, busco las huellas de la mano de Dios. Pero, en este mundo, antes veo huellas de otra mano. Es un hilo de baba brillante que me quema al tocarlo. Dios nos tiene medio olvidados en estos días, Al, pero al parecer Satán no teme hundirse en la ciénaga con la humanidad.

—Thrower dice que su iglesia es la casa de Dios...

Y Truecacuentos permaneció sentado, sin articular palabra durante largo rato. Finalmente, Alvin se lo preguntó sin rodeos:

—Dime, ¿alguna vez has visto señas del diablo en esa iglesia?

En los días que Truecacuentos llevaba con ellos, Alvin había notado que el hombre nunca mentía exactamente. Pero cuando no quería dar la respuesta verdadera, recitaba un poema. Esa vez lo hizo.

Oh, Rosa, enferma estás. La invisible larva que vuela en la noche, en la vil ráfaga, ha hallado tu lecho de dicha escarlata y su amor perverso con tu vida acaba.

Las respuestas enrevesadas impacientaban a Alvin.

—Para escuchar algo que no comprendo me basta con leer a Isaías...

—Ah, niño, que me compares con el más grande de los profetas suena a música celestial en mis oídos.

—No veo de qué sirve ser tan gran profeta si nadie entiende lo que dices...

—O tal vez lo que quiso es que todos fuéramos profetas.

—No me gustan los profetas —aseguró Alvin—. En mi opinión, acaban todos tan muertos como el que más. —Era algo que había oído decir a su padre.

—Todos acaban muriendo—dijo Truecacuentos—. Pero algunos sobreviven en sus palabras.

—Las palabras nunca son lo que deben ser —repuso el niño—. Pero cuando hago una cosa, es la cosa que he hecho. Como cuando hago una cesta: es una cesta. Cuando se rompe, es una cesta rota. Pero cuando digo palabras,

pueden mezclarse y confundirse. Thrower puede tomar mis propias palabras y darles la vuelta y hacer que digan lo contrario.

—Piénsalo de otro modo, Alvin. Cuando haces una cesta, no puede ser más que una cesta. Pero cuando dices palabras, pueden ser repetidas una y otra vez y llenar los corazones de los hombres a miles de kilómetros del sitio donde las pronunciaste. Las palabras tal vez magnifiquen, pero las cosas jamás son más que lo que son.

Alvin trató de imaginarlo y, mientras Truecacuentos lo decía, la imagen cobró vida en su mente. Palabras, invisibles como el aire, que salían de la boca de Truecacuentos y se transmitían de persona a persona. Creciendo y creciendo, pero siempre invisibles.

Entonces, de pronto, la visión cambió. Vio que las palabras salían de la boca del predicador como un temblor en el aire, se dispersaban, se introducían en todas las cosas... y entonces, inesperadamente la imagen se convirtió en su pesadilla, en ese sueño atroz que lo acosaba, dormido o despierto, y que le atravesaba el corazón hasta hacerle desear la muerte. El mundo se colmaba de una nada invisible y temblorosa que se introducía en todas partes y descomponía todo lo que existía. Alvin la veía rodar hacia él como una inmensa bola cada vez más grande. Había aprendido de las otras veces que, aunque apretara los puños, la nada se escurriría entre ellos y, aunque cerrara la boca y los ojos, se comprimiría contra su rostro y se filtraría por su nariz y por sus oídos...

Truecacuentos lo sacudió. Con fuerza. Alvin abrió los ojos. El aire trémulo se retiró hacia los confines de su vista. Allí era donde Alvin lo veía casi siempre, al acecho, apenas fuera de su ángulo de visión, alerta como una comadreja, dispuesto a invadir terreno apenas volviera la cabeza.

—¿Qué te ha sucedido, niño? —preguntó Truecacuentos. El temor asomaba en su rostro.

—Nada —respondió Alvin.

—No digas «nada» —repuso Truecacuentos—. De pronto he visto que el miedo se apoderaba de ti, como si estuvieras ante una terrible visión.

—No era una visión —dijo Alvin—. Una vez tuve una visión, y por eso lo sé.

—¿Eh? ¿Y cómo fue esa visión?

—Un Hombre Refulgente —confesó Alvin—. Jamás se lo he contado a nadie, y no pienso empezar ahora.

Truecacuentos no insistió.

—¿Y ahora, qué has visto? Si no era una visión... pues bien, ¿qué era?

—Nada. —Era una respuesta verdadera, pero también sabía que no era ninguna respuesta. Pero no quería decirlo. Cuando lo contaba a otros, siempre recibía burlas por armar tanto escándalo por nada.

Pero Truecacuentos no pensaba dejarle eludir su pregunta.

—He aguardado largo tiempo la hora de tener una visión verdadera. Y tú, Al Júnior, has visto una a plena luz del día, con los ojos bien abiertos. Has visto algo tan terrible que te ha dejado sin aliento, y ahora me dirás qué fue.

—Ya te lo he dicho. ¡Nada! —Y luego, en voz más baja—: Es nada, pero puedo verlo. El aire se pone turbulento por donde pasa...

—Es nada, pero no es invisible...

—Se filtra en todas las cosas. Se introduce en las rendijas más pequeñas y lo deshace todo. Se agita sin parar hasta que no queda más que polvo, y luego hace temblar el polvo, y yo trato de impedirlo, pero cada vez se vuelve más grande y echa a rodar por encima de todas las cosas, hasta que parece llenar el cielo y la tierra por entero. —Alvin no podía controlarse. Estaba temblando de frío, aun cuando estaba abrigado como un oso.

—¿Cuántas veces has visto esto antes?

—Desde que tengo memoria. Se me aparece cada tanto. La mayoría de las veces pienso en otra cosa y se retira.

—¿Adonde?

—Se retira. Se aleja de mi vista. —Alvin se puso de rodillas y finalmente se sentó, exhausto. Se sentó sobre el césped húmedo con sus pantalones de los domingos, pero ni siquiera reparó en ello—. Cuando hablaste de extenderse más y más vino a mi mente otra vez.

—Cuando un sueño vuelve sin cesar es que intenta decirte la verdad —dijo Truecacuentos.

El anciano estaba tan excitado con el asunto que Alvin se preguntó si realmente habría comprendido lo pavoroso que era.

—Esto no es una de tus historias, Truecacuentos.

—Lo será —repuso—en cuanto logre comprenderla.

Truecacuentos se sentó a su lado y pensó en silencio durante una eternidad. Alvin estaba a su lado, retorciendo la hierba entre sus dedos. Pero no tardó en impacientarse.

—Quizá no puedas comprender nada. Tal vez sea una locura propia de mí. Tal vez me hayan hechizado...

—Vale —comenzó Truecacuentos, sin siquiera pensar en lo que Alvin acababa de decir—. He pensado en un significado. Déjame que te lo cuente, a ver si creemos en él.

A Alvin no le gustaba que lo ignoraran.

—O quizá seas tú el hechizado. ¿Alguna vez lo has pensado, Truecacuentos? Truecacuentos apartó las dudas de Alvin de un manotazo.

—Todo el universo es un sueño de la mente de Dios, y mientras duerme, cree en él y las cosas siguen siendo reales. Lo que tú ves es que Dios comienza a despertar, y su vigilia se filtra por entre el sueño, deshace el universo, hasta que finalmente se sienta, se frota los ojos, y dice: «Caracoles, qué sueño. Ojalá pudiera recordar qué era», y en ese momento todos desaparecemos.

—Miró a Alvin con ansiedad—. ¿Qué te parece?

—Si tú crees eso, Truecacuentos, eres tonto de remate, como dice Soldado de Dios.

—Aja, conquese eso dice... —De pronto, Truecacuentos tomó la muñeca de Alvin de un zarpazo. Alvin se sorprendió tanto que dejó caer lo que tenía en la mano—. ¡No! Recógelo. Mira lo que estabas haciendo...

—Sólo jugueteaba, por todos los cielos.

Truecacuentos extendió su mano y recogió lo que Alvin había dejado caer. Era una cestilla diminuta, de menos de una pulgada de ancho, hecha de briznas de hierbas.

—Acabas de hacer esto.

—Supongo que sí —concedió Alvin.

—¿Por qué lo has hecho?

—Lo hice, eso es todo.

—¿Ni siquiera pensabas en lo que hacías?

—Bueno, a decir verdad, como canastilla no vale gran cosa. Solía hacérselas a Cally. De niño las llamaba cestas para bichos. Se deshacen con facilidad.

—Tuviste una visión de la nada y luego hiciste algo.

Alvin miró la cestilla.

—Supongo que sí.

—¿Siempre naces esto?

—Alvin pensó en las otras veces que había visto temblar el aire.

—Siempre estoy haciendo cosas —dijo—. No tiene significado. —Pero no te sientes bien nuevamente hasta que haces algo. Cuando se te presenta la visión de la nada, no logras serenarte hasta haber creado algo.

—Bueno, tal vez trabajando me tranquilice...

—Pero no se trata de trabajar, ¿verdad, niño? No creo que te serene cortar leña. Ni recoger huevos, ni bombear agua, ni cortar heno. Nada de eso te devuelve la paz.

Ahora Alvin comenzaba a ver la idea que había desarrollado Truecacuentos. Era cierto, por lo que podía recordar. Solía despertar de sus pesadillas por la noche y no podía dejar de dar vueltas hasta haber tejido algo, o armado una muñeca para las sobrinatas con vainas de maíz o construido algún almiar. Lo mismo cuando la visión lo perseguía de día: no podía hacer bien ningún quehacer hasta crear algo que no existiera antes, aunque no fuera más que una pila de piedras o parte de un muro de adoquines.

—Es cierto, ¿verdad? ¿Lo haces todas las veces?

—Casi siempre.

—Déjame que te diga el nombre de esa nada. Es el Deshacedor.

—Jamás oí hablar de él.

—Ni yo, hasta ahora. Eso es porque le gusta mantenerse oculto. Es el enemigo de todo lo que existe. Lo único que busca es deshacerlo todo en pedazos, y deshacer esos pedazos en pedazos, hasta que no queda nada.

—Si uno rompe algo en partes y rompe las partes en partes, no es la nada lo que obtiene... —razonó Alvin—. Lo que consigue es un montón de pedacitos.

—Calla y escucha la historia —dijo Truecacuentos.

Alvin estaba acostumbrado a oírle decir eso. A Alvin se lo decía con más frecuencia que a ningún otro, sobrinatos incluidos.

—No estoy hablando del bien y el mal —dijo Truecacuentos—. Hasta el mismo diablo no puede permitirse eso de andar deshaciéndolo todo, pues en ese caso él también dejaría de existir, como todo lo demás. Las criaturas más perversas no desean la destrucción de todo, sino sólo explotarlo en provecho propio.

Alvin nunca antes había oído la palabra «explotarlo», pero le pareció horrible.

—Por ello, en la gran guerra entre el Deshacedor y todo lo demás, Dios y el diablo deberían estar en el mismo bando. Pero el diablo no lo sabe, y por ello demasiado a menudo acaba sirviendo al Deshacedor.

—¿Quieres decir que el diablo va a acabar por derrotarse a sí mismo?

—Mi historia no se refiere al diablo —repuso Truecacuentos. Cuando se le ocurría contar una historia, era más tenaz que la lluvia—. En la gran guerra contra el Deshacedor de tu visión, todos los hombres y mujeres del mundo deberían ser aliados. Pero el gran enemigo se mantiene invisible, de modo que nadie advierte estar sirviéndole involuntariamente. Nadie comprende que la guerra es el aliado del Deshacedor, puesto que destruye todo lo que toca. Nadie comprende que el fuego, el crimen, la muerte, la concupiscencia y la codicia destruyen los frágiles lazos que convierten a los seres humanos en naciones, ciudades, familias, amigos y almas.

— Oye, debes de ser un profeta — dijo Alvin — , porque no entiendo nada de lo que dices.

— Profeta... — murmuró Truecacuentos — , pero fueron tus ojos los que lo vieron. Ahora conozco la agonía de Aarón: hablar con verdad, mas nunca ver la visión con los propios ojos.

— Estás exagerando con mis pesadillas. Truecacuentos permaneció en silencio, sentado en el suelo, con los codos sobre las rodillas y el mentón aplastado contra las palmas de las manos. Alvin trató de imaginar a qué se refería el hombre. Sin duda alguna, lo que él veía en sus sueños no era una cosa, eso seguro, por tanto, hablar del Deshacedor como si fuera una persona debía de ser una licencia poética. Pero tal vez fuese verdad y el Deshacedor no fuera una mera imaginación de su mente, sino algo real, y Al fuese el

único capaz de verlo. Tal vez el mundo entero estuviera en un terrible peligro y la misión de Alvin fuera combatirlo, mantener a raya a ese ser, forzarlo a replegarse. Cuando el sueño lo acosaba, así era por cierto: Alvin no podía tolerarlo, quería alejarlo. Pero nunca lograba adivinar cómo.

— Supongamos que te creo — concedió Al. Supongamos que existiera ese Deshacedor.

Yo no puedo hacer nada de nada. Una sonrisa asomó lentamente al rostro de Truecacuentos. Se inclinó un poco de lado para liberar su mano, y con ella fue hasta el suelo sin premura y recogió la cestilla de hierba que yacía sobre el suelo.

—¿Esto te parece nada de nada?

—No es más que un puñado de hierba.

—Era un puñado de hierba —dijo Truecacuentos—. Y si tú lo destruyeras volvería a serlo. Pero ahora, en este mismo instante, es algo más que eso.

—Es una cestilla para bichos.

—Es algo hecho por ti.

—Bueno, sí. Es verdad que la hierba no crece con esta forma...

—Y cuando lo hiciste, derrotaste al Deshacedor.

—No por mucho.

—No —negó Truecacuentos—. Por haber hecho una canastilla para bichos. Por haber hecho tan poco lo derrotaste.

Y entonces la mente de Alvin vio con claridad lo que Truecacuentos trataba de decirle. Alvin conocía toda clase de opuestos en el mundo: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, los libres y los esclavos, el amor y el odio... Pero por debajo de todos esos opuestos estaban el hacer y el deshacer. Tan profundamente que casi nadie advertía que era el oponente más formidable de todos. Pero él lo sabía, y eso hacía del Deshacedor su enemigo. Por eso el Deshacedor venía tras él en sueños. Después de todo, Alvin tenía sus dones. Tenía el don de poner las cosas en orden, de dar a las cosas la forma que debían tener.

—Creo que mi visión verdadera tenía que ver con eso mismo —comentó Alvin.

—No tienes que hablarme del Hombre Refulgente —lo detuvo Truecacuentos—. Nunca es mi intención fisgonear.

—¿Qué quieres decir? ¿Que fisgoneas por accidente?

Ésa era la clase de observaciones que en casa le valían un buen sopapo, pero Truecacuentos se contentó con echarse a reír.

—Hice algo malo sin saberlo siquiera —dijo Alvin—. Apareció el Hombre Refulgente y se detuvo a los pies de mi cama, y primero me mostró una visión de lo que había hecho, y así supe que había sido algo malo. Te digo que hasta lloré al saber que yo era tan pero tan malo. Pero luego me mostró para qué servía mi don, y ahora veo que es lo mismo de lo que tú hablas. Vi una piedra, la extraje de una montaña y era redonda como una bola, y al mirar de cerca vi que era el mundo entero, con bosques y animales, océanos y peces. Todo eso estaba allí. Y para eso sirve mi don: para intentar poner en orden las cosas.

Los ojos de Truecacuentos centelleaban.

—El Hombre Refulgente te mostró una visión... como la que yo daría la vida por poder ver.

—Todo porque había usado mi don para dañar a los demás por propio placer —explicó Alvin—. Entonces hice una promesa, mi juramento más solemne: que jamás usaría mi don en beneficio propio. Sólo para los demás.

—Una buena promesa —afirmó Truecacuentos—. Ojalá que todos los hombres y mujeres del mundo hicieran un juramento así y lo mantuvieran.

—De todas formas, por eso sé que el... Deshacedor no es una visión. El Hombre Refulgente tampoco era una visión. Sí lo fue lo que él me mostró, pero él, allí de pie... era bien real.

—¿Y el Deshacedor?

—También es real. No sólo lo veo en mi mente. Está allí.

Truecacuentos asintió, sin apartar la mirada del rostro de Alvin.

—Tengo cosas que hacer. Más rápido de lo que él las deshace.

—Nadie puede hacer cosas tan rápido —aseguró Truecacuentos—. Si todos los hombres del mundo convirtieran el planeta en millones de millones de millones de millones de ladrillos y construyeran un muro durante todos los días de su vida, el muro se desmoronaría más rápido de lo que tardarían en construirlo. Partes del muro incluso caerían antes de que llegaran a levantarlas.

—Oye, eso es una estupidez —manifestó Alvin—. Una pared no puede derrumbarse antes de que uno la construya.

—Si tardan el tiempo necesario, los ladrillos se convertirán en polvo cuando los alcen, y sus propias manos se pudrirán y se les caerán a pedazos hasta llegar a los huesos, hasta que carne, ladrillo y hueso se mezclen en un mismo polvo indiscernible. Y entonces el Deshacedor estornudará, y el polvo se dispersará infinitamente de tal forma que nunca más volverá a unirse. El universo será frío, inmóvil, silencioso, oscuro, y por fin el Deshacedor hallará la paz.

Alvin trató de encontrar sentido a las palabras de Truecacuentos. Era como cuando Thrower hablaba de religión en la escuela, de modo que Alvin pensó que estaba haciendo algo peligroso. Pero no podía contenerse, no podía dejar de hacer preguntas, aun cuando eso enloqueciera a la gente que lo rodeaba.

—Si las cosas se deshacen más de prisa que lo que tardan en hacerse, ¿cómo es que todavía queda algo? ¿Cómo es que el Deshacedor no ha ganado?

¿Qué estamos haciendo aquí?

Pero Truecacuentos no era el reverendo Thrower. Las preguntas de Alvin no lo irritaban. Sólo frunció las cejas y sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tienes razón. No podemos estar aquí. Nuestra existencia es imposible...

—Bueno, por si aún no te has dado cuenta, estamos aquí —dijo Alvin—. Es un cuento bastante estúpido, yo diría: nos basta con mirarnos para saber que no es cierto...

—Reconozco que tiene sus problemas...

—Pensaba que sólo contabas historias en las que creías.

—Creía en ella cuando la conté.

Truecacuentos se veía tan acongojado que Alvin le puso la mano sobre el hombro, aunque su abrigo era tan grueso y la mano del niño tan pequeña que no supo si Truecacuentos había sentido su contacto.

—Yo también creí en ella. Al menos en parte. Y por un instante.

—Entonces hay verdad en ella. Tal vez no mucha, pero algo es algo.

—Truecacuentos se mostró más aliviado.

Pero Alvin no se conformaba con tan poco. —El hecho de que creas en algo no hace que sea así...

Los ojos de Truecacuentos se abrieron desmesuradamente. Ahora sí que la he hecho buena, pensó Alvin. Lo he enfurecido, como enfurezco a Thrower. Como hago con todos los demás. Por eso no se sorprendió cuando Truecacuentos extendió ambos brazos hacia él, tomó su rostro entre las manos y habló con tal fuerza que parecía estar introduciendo las palabras en la misma frente de Alvin.

—Todo lo que puede ser creído es imagen de la verdad.

Y las palabras lo atravesaron y las comprendió, aunque no podría haber dicho con palabras lo que llegó a comprender. Todo lo que puede ser creído es imagen de la verdad. Si me parece cierto, debe haber algo cierto en él, aunque no todo sea verdad. Y si lo analizo, tal vez pueda descubrir qué partes son ciertas y qué partes son falsas, y...

Y Alvin comprendió algo más. Que todas sus disputas con Thrower se reducían a eso: que si algo no tenía sentido para Alvin, no podía creer en ello, por mucho que el otro citara la Biblia con el afán de convencerlo. Ahora Truecacuentos le decía que tenía razón al negarse a creer en algo que carecía de sentido.

—Truecacuentos... ¿eso significa que aquello en lo que no creo no puede ser cierto?

Truecacuentos enarcó las cejas y salió con otro proverbio.

—La verdad jamás puede decirse de tal forma que pueda entenderse y no creerse.

Alvin ya estaba hasta la coronilla de proverbios.

—¡Haz el favor de hablar claro!

—El proverbio es la verdad lisa y llana, niño. Me niego a retorcerlo para que quepa en una mente confundida.

—Bueno, pero si mi mente está confundida es por tu culpa. Tanto charlar, que si ladrillos que se deshacen antes de que la pared se construya...

—¿Acaso no creíste en eso?

—Bueno, puede que sí. Supongo que si me pongo a trenzar toda la hierba de este prado para hacer cestillas, antes de que llegue al otro lado del valle la hierba se habrá marchitado hasta quedar reducida a la nada. Supongo que si me pongo a construir graneros con todos los troncos que hay desde aquí hasta el río Ruidoso, los árboles habrán muerto y caído antes de que llegue al último de ellos. Y no se construye una casa con troncos podridos.

—Iba a decir: «Los hombres no pueden construir cosas duraderas con elementos perecederos.» Ésa es la ley. Pero lo que tú has dicho es el proverbio de la ley: «No se construye una casa con troncos podridos.»

—¿He dicho un proverbio?

—Y cuando regresemos a la casa, lo anotaré en mi libro.

—¿En la parte sellada? —preguntó Alvin. Y entonces recordó que sólo había visto ese libro un día que había fisgoneado por una rendija del suelo, cuando Truecacuentos escribía a la luz de una vela en la habitación de abajo.

Truecacuentos lo miró con severidad. —Espero que nunca intentes hacer un conjuro para abrir ese sello...

Alvin se sintió ofendido. Podía curiosear por una rendija, pero jamás hurgar.

—Sólo saber que no quieres que lea esa parte es mejor que cualquier sello, y si no sabes eso no eres mi amigo. No hurgaría en tus secretos.

—¿Mis secretos? —rió Truecacuentos—. Sello esa parte porque es donde van mis propios escritos y sencillamente no quiero que nadie más escriba en ese lugar del libro.

—¿En la parte de delante escribe otra gente?

—Así es.

—Dime: ¿qué escriben? ¿Puedo escribir yo allí?

—Escriben una frase sobre lo más importante que hayan hecho o visto con sus propios ojos. Esa sola frase es todo lo que necesito para recordar su historia. Y cuando visito otra ciudad, otra casa, puedo abrir el libro, leer la frase y contar el cuento.

Alvin pensó en una posibilidad prodigiosa. Truecacuentos había vivido con Ben Franklin,

¿o no?

—¿Ben Franklin escribió en tu libro?
—De todas las frases, él escribió la primera.
—¿Escribió lo más importante que hizo en su vida?
—En efecto.
—¿Y bien? ¿Qué fue?
Truecacuentos se puso de pie.
—Regresa a casa conmigo, hijo, y te lo mostraré. Y en el camino te contaré la historia para que entiendas lo que escribí.
Alvin se levantó como impulsado por un resorte. Tomó al anciano de la gruesa manga y prácticamente lo arrastró por el sendero que conducía a la casa.
—¡Pues vamos, entonces!
Alvin no sabía si Truecacuentos había decidido no ir a la iglesia, o si había olvidado que eso era lo que en teoría debían hacer. Sea cual fuere la razón, Alvin se mostró encantado con el resultado. Un domingo sin iglesia era un domingo que merecía la pena vivir. Agréguese a eso los relatos de Truecacuentos y la escritura de puño y letra de Ben el Hacedor y, bueno... casi era un día perfecto.
—No hay prisa, niño. No he de morir antes del mediodía, ni tú tampoco, y narrar un cuento lleva su tiempo.
—¿Fue algo que hizo? ¿Lo más importante que hizo?
—En realidad, sí.
—¡Lo sabía! ¿Los lentes bifocales? ¿La estufa?
—La gente solía decirle: Ben, tú sí que eres un Hacedor. Pero él siempre lo negaba. Como negaba ser un brujo. No tengo el don de los poderes ocultos, decía. Sólo tomo fragmentos de cosas y los ordeno de un modo mejor. Antes de que yo hiciera la estufa ya había otras. Había lentes antes que los míos. En realidad, jamás hice nada en mi vida, del modo en que lo haría un verdadero Hacedor. Yo puedo darte un par de lentes bifocales, pero un Hacedor te daría un par de ojos nuevos.
—¿Decía que nunca había hecho nada?
—Un día le pregunté eso mismo. El mismo día que empecé mi libro. Le dije, Ben, ¿qué es lo más importante que has hecho en tu vida? Y comenzó a contarme lo que acabo de decirte: que nunca había hecho nada realmente. Y entonces le contesté, Ben, no puedes creer eso, ni yo tampoco lo creo. Y entonces dijo, Bill, me has cogido. Sí he hecho una cosa, y es lo más importante que he hecho y he visto en toda mi vida.
Truecacuentos se sumió en el silencio. Sólo se oía el murmullo de las hojas bajo sus pies al descendieron la ladera.
—¿Y bien? ¿Qué era?
—¿No prefieres esperar a que lleguemos y leerlo con tus propios ojos?
Alvin se enfureció al punto. Se enfureció más de lo que quería.
—Si hay algo que odio es que la gente sepa algo y no lo diga.
—No tienes que encabritarte así, pequeño. Te lo diré. Escribió: «La única cosa que realmente he hecho en toda mi vida es americanos.»
—Eso no tiene sentido. Los americanos nacen, nadie los hace.
—Verás, Alvin, no es exactamente así. Los que nacen son los niños, en Inglaterra igual que en América. No es el hecho de nacer lo que hace que sean americanos.
Alvin lo pensó unos instantes.
—Es el hecho de nacer en América...
—Sí. Es cierto. Pero cincuenta años atrás, a un niño nacido en Filadelfia nadie lo llamaba americano. Era un niño de Pensilvania. Y los niños nacidos en Nueva Ámsterdam eran holandesitos, y los nacidos en Boston eran yanquis, y

los nacidos en Charleston eran jacobinos o caballeros, o algún nombre semejante.

—Siguen siéndolo —puntualizó Alvin.

—Sí, niño, siguen siéndolo. Pero también son algo más. Todos esos nombres, como lo entendió el viejo Ben, nos dividían en virginianos y oranginos, en blancos, negros y pieles rojas, en cuáqueros y papistas, puritanos y presbiterianos, en suecos, holandeses, franceses e ingleses. El viejo Ben vio que un virginiano nunca podría confiar en un hombre de Netticut, y que un hombre blanco jamás confiaría en un piel roja, porque eran diferentes. Y entonces se dijo, si hay tantos nombres que nos separan, ¿por qué no un nombre que nos una? Y pensó en los muchos nombres que ya existían. Colonos, por ejemplo. Pero no quería que nos llamásemos colonos, porque eso nos haría volver siempre los ojos a Europa, y además los pieles rojas no son colonos, ¿o sí? Ni tampoco los negros, que vinieron como esclavos. ¿Ves el problema?

—Quería un nombre que todos pudiéramos compartir por igual—dijo Alvin.

—Así es. Había algo que todos teníamos en común. Vivíamos en el mismo continente. Norteamérica. Entonces pensó que nos podríamos llamar norteamericanos. Pero era demasiado largo. Y pensó en... —Americanos.

—He aquí un nombre que pertenece al pescador que vive sobre la costa escarpada de West Anglia tanto como al barón que ejerce la esclavitud al sur de Dryden. Pertenece tanto al jefe Mohawk de Irrakwa como al comerciante de Nueva Amsterdam llegado de Holanda. El viejo Ben sabía que cuando pudiéramos comenzar a pensar en nosotros como americanos, nos convertiríamos en una nación. No un mero resto de algún viejo y exhausto país europeo, sino una nueva nación en una nueva tierra. Y comenzó a utilizar la palabra en todo lo que escribía. El Almanaque del Pobre Richard estaba lleno de americanos por aquí y americanos por allá. Y el viejo Ben escribía cartas a todo el mundo diciendo, por ejemplo: «El conflicto sobre la legitimidad de las tierras es un problema que los americanos debemos resolver juntos. Los europeos no pueden comprender qué necesitamos los americanos para sobrevivir. ¿Por qué tendríamos que morir los americanos por guerras europeas? ¿Por qué deberíamos ser juzgados en nuestros tribunales según la jurisprudencia europea?» En cinco años no quedó una sola persona, desde Nueva Inglaterra a Jacobia, que no pensara en sí mismo, al menos en parte, como americano. —Es sólo un nombre. —Pero así es como nos llamamos. Y eso incluye a todo aquel que en este continente esté dispuesto a aceptarlo. El viejo Ben trabajó mucho para cerciorarse de que ese nombre incluyera a toda la gente posible. Sin ejercer ningún cargo público, salvo el de empleado de correos, por sí solo forjó una nación a partir de un nombre. Con el rey gobernando a los caballeros al sur y el Lord Protector gobernando Nueva Inglaterra al norte, no veía para el futuro más que guerra y caos y, en medio de todo, Pensilvania. Quería impedir esa guerra, y para ahuyentarla se valió del nombre de americanos. Hizo que uno de Nueva Inglaterra temiera ofender a otro de Pensilvania, y que los caballeros inclinaran la cabeza para conquistar el apoyo de esta región. El fue quien se movilizó para que el Congreso Americano estableciera políticas de intercambio y leyes uniformes sobre las tierras. Y finalmente —prosiguió Truecacuentos—, antes de invitarme a venir desde Inglaterra, escribió el Pacto Americano e hizo que lo firmaran las siete colonias originales. No fue fácil, sabes. Incluso el número de estados fue el resultado de grandes luchas. Los holandeses veían que casi todos los inmigrantes de América eran ingleses, escoceses e irlandeses, y no querían ser aplastados. De modo que el viejo Ben les permitió que dividieran Nueva Holanda en tres colonias para tener más votos en el Congreso. Y cuando

Suskwahenny se dividió de las tierras reclamadas por Nueva Suecia y Pensilvania, se puso fin a otro litigio.

—Eso hace un total de seis estados... —calculó Alvin.

—El viejo Ben se negó a permitir que nadie firmara el Pacto hasta que Irrakwa fuera incluida como séptimo estado, con límites precisos y con un gobierno autónomo en manos de los propios pieles rojas. Había muchos que querían una nación de hombres blancos, pero el viejo Ben no quería ni oír hablar de ello. La única forma de tener paz, dijo, era que todos los americanos se unieran de igual a igual. Por eso su Pacto no permite la esclavitud ni la servidumbre. Por eso su Pacto no permite que ninguna religión predomine sobre otra. Por eso su Pacto no permite que el gobierno clausure un periódico o silencie un discurso. Blancos, negros y pieles rojas; papistas, puritanos y presbiterianos; ricos, pobres, mendigos y ladrones... todos vivimos bajo las mismas leyes. Una nación creada a partir de una sola palabra. —Americanos.

—¿Ahora ves por qué la llamó su obra más importante?

—¿Pero cómo es que el Pacto no fue más importante?

—El Pacto sólo fue un conjunto de palabras. Pero el nombre americanos fue la idea que dio lugar a las palabras.

—Pero todavía no incluye a los yanquis ni a los caballeros. Ni ha detenido la guerra, porque la gente de los Apalaches sigue luchando contra el rey.

—Pero sí incluye a toda esa gente, Alvin. ¿Recuerdas la historia de George Washington en She-nandoah? En esa época era Lord Potomac y dirigía el más grande ejército del rey Roberto contra esa pobre banda de pelagatos que había dejado Ben Arnold. Era evidente que, a la mañana siguiente, los caballeros de Lord Potomac destruirían el fuertecito y sentenciarían la rebelión libertadora de Tom Jefferson. Pero Lord Potomac había luchado al lado de esos hombres de montaña en las guerras contra los franceses. Y Tom Jefferson había sido su amigo en aquellos días lejanos. Su corazón no podía soportar pensar siquiera en la batalla que les depararía la jornada siguiente. ¿Quién era ese rey Roberto para que se derramara tanta sangre en su nombre? Lo único que querían esos rebeldes era ser dueños de su tierra y verse libres de los barones que les enviaba el Rey, y de los tributos extenuantes que les imponía y que los hacía tan esclavos como a cualquier negro de las Colonias de la Corona. Esa noche no pegó ojo.

—Estuvo rezando.

—Bueno, eso es lo que cuenta Thrower —dijo Truecacuentos secamente—.

Pero quién sabe. Y cuando a la mañana siguiente se dirigió a sus tropas, no dijo una sola palabra acerca de haber orado. Pero sí habló de la palabra que forjó Ben Franklin. Escribió una carta al Rey, renunciando a su cargo de oficial y rechazando sus títulos y tierras. Y no la firmó Lord Potomac, sino George Washington. Y luego se presentó ante los soldados del Rey, de uniforme azul, y les dijo lo que había hecho y les explicó que eran libres de elegir. Obedecían a sus oficiales y se lanzaban a la carga, o bien marchaban en defensa de la gran Declaración de Libertad de Tom Jefferson. Les dijo: «Sois libres de elegir, pero en lo que a mí respecta...»

Alvin conocía las palabras de memoria, como cada hombre, mujer y niño del continente.

Ahora las palabras significaban mucho más para él las gritó a voz en cuello: «... mi espada americana jamás derramará una gota de sangre americana».

—Y entonces —prosiguió Truecacuentos—, y entonces, una vez que el grueso de su ejército se hubo marchado para unirse a los rebeldes de los Apalaches, llevando consigo armas y pólvora, carretas y guarniciones, ordenó al oficial de más alto rango leal al rey que lo arrestara. «He roto mi juramento al rey

—proclamó—. Fue por el bien de una causa superior, pero aun así he roto mi juramento, y pagaré el precio de mi traición.» Y lo pagó, sí señor, con una espada en el cuello. ¿Pero cuántos fuera de la corte del rey creyeron realmente que aquello fue una traición? —Ni uno —dijo Alvin.

—¿Y ha podido el rey librar una sola batalla contra los rebeldes de los Apalaches desde ese día?

—Ni una.

—Ni uno solo de esos soldados de Shenandoah era ciudadano de los Estados Unidos. Ni uno solo de ellos vivía según las leyes del Pacto Americano. Y sin embargo, cuando George Washington habló de espadas americanas y sangre americana, todos comprendieron que esa palabra se refería a ellos. Y ahora dime, Alvin Júnior, ¿se equivocó el viejo Ben al decir que lo más grande que había hecho en toda su vida era una palabra?

Alvin habría respondido, pero justo en ese momento llegaron al porche de la casa, y antes de que llegaran a la puerta, ésta se abrió de par en par y ante sus ojos apareció Mamá. La expresión de su rostro indicó a Alvin que se hallaba en problemas, y sabía por qué.

—¡Pensaba ir a la iglesia, Mamá...!

—Mucha gente muerta piensa ir al cielo —respondió ella—, pero nunca llegan tampoco.

—Ha sido culpa mía, señora Fe —intervino Truecacuentos.

—No, seguro que no, Truecacuentos —afirmó Mamá.

—Nos pusimos a conversar, mi buena Fe, y temo que distraje al niño...

—El niño nació distraído —manifestó Mamá, sin apartar los ojos de Alvin—. Va por el mismo camino de su padre. Si uno no lo embrida, lo pone en la montura y lo arrastra a la iglesia, jamás logra que ponga un pie en ella, y una vez dentro hay que clavarle los pies al suelo para que no esté en la puerta antes de un minuto. Un niño de diez años que odia al Señor, basta para que su madre desee que nunca hubiese nacido.

Las palabras resonaron profundamente en el corazón del pequeño.

—Es terrible desear algo así... —comentó Truecacuentos. Su voz era muy serena.

Finalmente, Mamá levantó la vista y miró el rostro del anciano.

—No lo deseo realmente —dijo por fin.

—Lo siento, Mamá—se disculpó Alvin Júnior.

—Entrad —ordenó Mamá—. Me fui de la iglesia para salir a buscarte, y ya no hay tiempo para regresar antes de que concluya el sermón.

—Estuvimos hablando de muchísimas cosas, Mamá —explicó Alvin—. De mis sueños, de Ben Franklin y de...

—La única historia que deseo escuchar de ti —dijo Mamá— es la letra de los salmos. Ya que no has ido a la iglesia, te sentarás conmigo en la cocina y cantarás salmos mientras preparo la comida.

Y fue así como Alvin no pudo ver la frase del viejo Ben en el libro de Truecacuentos durante varias horas.

Mamá lo tuvo cantando hasta la hora de comer, y después de la comida, Papá, los chicos mayores y Truecacuentos se sentaron a planear la expedición del día siguiente para traer una rueda de molino desde la montaña de granito.

—Lo hago por usted —señaló Papá a Truecacuentos—, conque más vale que también venga.

—Jamás le pedí que trajera una piedra de molino...

—Desde que ha llegado aquí no ha pasado día sin que hiciera algún comentario sobre qué lástima que un molino tan bello sólo se use como cobertizo para el heno, cuando la gente del lugar necesita harina. —Si mal no

recuerdo, sólo lo he dicho una vez. —Bueno, será —admitió Papá—. Pero cada vez que lo veo pienso en la rueda del molino.

—Ah, pero eso es porque sigue deseando que la rueda hubiese estado allí cuando me arrojó al suelo. —¡No puede desear eso —intervino Cally—, porque entonces usted estaría muerto!

Truecacuentos se limitó a sonreír, y Papá le devolvió la sonrisa. Y siguieron hablando de esto y de lo otro.

Entonces las cuñadas trajeron a los sobrinos y nietos para la cena del domingo y pidieron a Truecacuentos que les cantara la canción de la risa tantas veces que Alvin se dijo que gritaría si volvía a escuchar una vez más otro estribillo de «Ja, ja, jiii». Sólo después de la cena, una vez que los sobrinos y nietos se hubieron marchado, Truecacuentos apareció con su libro.

—Me preguntaba si alguna vez abriría ese libro —dijo Papá.

—Sólo aguardaba el momento oportuno. —Truecacuentos procedió a explicar cómo era que la gente escribía allí sus hechos más importantes.

—No pretenderá que yo escriba ahí —dijo Papá.

—¡Oh, eso es algo que no permitiría! No aún. Todavía no me ha contado su hecho más importante. —La voz de Truecacuentos se hizo más tenue—. Tal vez todavía no haya hecho su acción más importante...

Entonces Papá se enfadó un poco, o tal vez era un poco de miedo. Sea lo que fuere, se puso de pie y se acercó.

—Muéstreme qué hay en ese libro que los demás creen tan condenadamente importante.

—Mm—dijo Truecacuentos—. ¿Sabe leer?

—Pues sepa usted que recibí una educación yanqui en Massachussets antes de casarme y asentarme como molinero en West Hampshire, mucho antes de llegar aquí. Tal vez no pueda compararse con una educación londinense como la de usted, Truecacuentos, pero no sabrá escribir la palabra que yo no pueda leer, a menos que sea en latín...

Truecacuentos no respondió. Simplemente abrió el libro. Papá leyó la primera oración. «La única cosa que hice realmente en toda mi vida fue americanos.» Papá miró a Truecacuentos.

—¿Quién escribió eso?

—El viejo Ben Franklin.

—Según contaron, el único americano que lizo fue ilegítimo.

—Tal vez Al Júnior se lo explique más tarde —dijo Truecacuentos.

Y mientras conversaban, Alvin se abrió paso entre ellos para poder contemplar la escritura del viejo Ben. No era diferente de la del resto de los hombres.

Alvin se sintió algo decepcionado, aunque no supo decir qué había esperado.

¿Acaso letras de oro? Desde luego que no. No había razón por la cual las palabras de un gran hombre debieran, sobre la página, ser distintas de las de un tonto.

Pero no podía librarse de la decepción sufrida al ver que las palabras eran tan simples. Extendió la mano y volvió la página, y volvió muchas páginas, tocándolas con el dedo. Todas eran iguales. Grises sobre papel amarillento. Del libro saltó un destello de luz que lo cegó por un instante.

—No juegues así con las hojas —le reconvino Papá—. Las romperás.

Alvin dio la vuelta para contemplar a Truecacuentos.

— ¿Qué es esa página con luz? —preguntó—. ¿Qué dice allí?

—¿Con luz?

Entonces Alvin supo que sólo él la había visto.

—Encuentra la página y muéstramela —pidió Truecacuentos.

—La romperá —advirtió Papá.

—Sabrá tener cuidado.

Pero la voz de Papá parecía enfadada.

—Te digo que te apartes de ese libro, Alvin Júnior.

Alvin comenzó a obedecer, pero en ese momento sintió sobre su hombro la mano del Truecacuentos, escuchó su voz serena y sintió que los dedos del anciano se movían para hacer un conjuro de resguardo.

—El niño vio algo en el libro —dijo Truecacuentos— y quiero que vuelva a encontrarlo para mí.

Y, para sorpresa de Alvin, Papá cedió.

—Si no le importa que su libro quede hecho jirones en manos de ese mocoso atolondrado... —murmuró, y luego guardó silencio.

Alvin volvió al libro y fue pasando las páginas una a una. Finalmente se detuvo en una, y de ella brotaba una luz que al principio lo cegó y luego fue atenuándose paulatinamente hasta rodear una única frase, escrita con letras de fuego.

—¿No ve cómo arden? —preguntó Alvin.

—No —dijo Truecacuentos—, pero huelo el humo. Toca las palabras que ves arder...

Alvin tendió la mano y cautelosamente tocó el comienzo de la oración.

La llama, para su asombro, no lo quemó, si bien le resultó cálida. El calor le llegó hasta el hueso. Y mientras el último frío del otoño se alejaba de su cuerpo, se estremeció. Y sonrió, tal era el brillo que sentía en su interior. Pero apenas posó su dedo sobre ella, la llama se extinguió, se enfrió, se acabó.

—¿Qué dice? —preguntó Mamá. Se había acercado hasta plantarse al otro lado de la mesa. No leía demasiado bien, y las palabras quedaban patas arriba para ella.

Truecacuentos leyó.

—Nace un Hacedor.

—No ha habido otro Hacedor —dijo Mamá— desde aquel que convirtió el agua en vino.

—Tal vez no —replicó Truecacuentos—, pero es lo que ella escribió...

—¿Quién lo escribió? —exigió Mamá.

—Una niña. Hace unos cinco años.

—¿Y cuál es la historia que acompaña la frase? —quiso saber Alvin.

Truecacuentos sacudió la cabeza.

—Pero usted dijo que nunca permitía escribir a la gente a menos que supiera su historia.

—Lo escribió mientras yo no miraba —dijo Truecacuentos—. Me di cuenta en mi siguiente parada.

—Entonces, ¿cómo sabe que fue ella? —preguntó Alvin.

—Fue ella —repuso Truecacuentos—. Era la única persona en ese lugar que pudo haber abierto el conjuro que por esos días yo mantenía sobre el libro.

—Es decir, que no sabe lo que significa. ¿Puede decirme al menos por qué ardían las letras para mí?

Truecacuentos sacudió la cabeza.

—Era la hija de una posadera, si mal no recuerdo. Hablaba muy poco, y cuando lo hacía, cada una de sus palabras era estrictamente veraz. Jamás mentía, ni siquiera para ser gentil. La consideraban una fierecilla, pero ya lo dice el proverbio: «El malo esquiva a quien siempre habla con sinceridad.» O algo así.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Mamá. Alvin la miró sorprendido. Mamá no había visto arder las letras. ¿Por qué estaba tan ansiosa por saber quién las había escrito?

—Lo siento —dijo Truecacuentos—. No recuerdo su nombre en este momento. Y si lo recordara tampoco lo diría. Ni su nombre ni el sitio donde vive. No

quiero que nadie vaya en su búsqueda ni la moleste pidiéndole respuestas que acaso no quiera dar. Pero diré esto. Era una tea, y veía con ojos veraces. De modo que si escribió que había nacido un Hacedor, yo lo creo, y por eso dejé que sus palabras quedaran en mi libro.

—Algún día me gustaría conocer su historia —dijo Alvin—. Quiero saber por qué las letras brillaban tanto.

Levantó la vista. Mamá y Truecacuentos se miraban fijamente.

Y entonces, en los confines de su propia visión, allí donde casi no podía ver, percibió al Deshacedor, tembloroso, invisible, aguardando la ocasión de desmigajar el mundo.

Sin darse cuenta, Alvin sacó de los pantalones los faldones de su camisa y anudó ambos extremos. El Deshacedor vaciló, y luego se retiró para desaparecer de su vista.

Capítulo 11 LA RUEDA DE MOLINO

Truecacuentos despertó. Alguien lo estaba sacudiendo. Afuera todo estaba en sombras, pero ya era hora de ponerse en marcha.

Se sentó, se desperezó un rato y se regocijó al notar los pocos nudos y achaques que tenía en esos días, después de dormir en un lecho mullido.

Podría acostumbrarme a esto, pensó. Podría gustarme vivir aquí.

El tocino era tan graso que desde allí podía oírlo crepitando en la cocina.

Iba a ponerse las botas cuando Mary llamó a la puerta.

—Estoy más o menos presentable —respondió él.

La joven entró, llevando dos pares de calcetines largos y gruesos.

—Yo misma los tejí —explicó. —Ni en Filadelfia podría comprar calcetines tan gruesos... —comentó Truecacuentos.

—Aquí, en la región del Wobbish, el invierno es muy frío, y... —no concluyó. Se ruborizó, hundió la cabeza y desapareció de la habitación.

Truecacuentos se puso los calcetines, sobre ellos las botas, y sonrió. No le molestaba aceptar pequeños obsequios como ése. Trabajaba tanto como el que más, y había dedicado muchos esfuerzos a preparar la granja para el invierno. Era bueno reparando tejados: le gustaba trepar y no se mareaba. Con sus propias manos había comprobado que casa, graneros, gallinero y cobertizos estuvieran firmes y secos.

Y sin que nadie lo decidiera había preparado el molino para que recibiera una nueva rueda. El mismo había cargado íntegramente el heno del suelo del molino. Cinco carretas llenas. Y los mellizos, que todavía no tenían granja propia, puesto que se habían casado ese verano, se ocuparon de cargarlo todo en el granero grande. Y sin que Miller tuviera que tocar una sola horquilla. Truecacuentos se ocupó de ello, sin llamar la atención de nadie, y Miller no insistió.

Pero no todo marchaba tan bien, Ta-Kumsaw y sus pieles rojas shaw-nee espantaban a tantos pobladores a lo largo del camino a Ciudad Cartago que todos estaban con los nervios de punta. Estaba bien que el Profeta tuviera su gran ciudad con miles de pieles rojas al otro lado del río, y que hablaran de que nunca levantarían sus manos en son de guerra por ningún motivo. Pero había muchos pieles rojas que sentían, como Ta-Kumsaw, que había que empujar a los blancos hasta las costas del Atlántico y obligarlos a retornar a Europa, con o sin barcos. Se hablaba de guerra y se aseguraba que, allí en Cartago, Bill Harrison era feliz avivando esta particular llama, por no hablar de los franceses de Detroit, que siempre alentaban a los indios para que atacaran a los colonos americanos sobre las tierras que, según los franceses, pertenecían a Canadá.

En la aldea de Iglesia de Vigor todos hablaban de eso, pero Truecacuentos sabía que Miller no lo tomaba muy en serio. Pensaba que los pieles rojas sólo eran payasos autóctonos y que todo lo que querían era engullir todo el whisky que pudiesen encontrar. Truecacuentos había visto esta actitud anteriormente, pero sólo en Nueva Inglaterra. Los yanquis, al parecer, no advertían que todos los pieles rojas de Nueva Inglaterra que tenían dos dedos de frente se habían trasladado al estado de Irrakwa. Sin duda a los yanquis les abriría los ojos saber que los de Irrakwa trabajaban duramente con sus máquinas de vapor compradas directamente a Inglaterra, y que en la región de los lagos un blanco llamado Eli Whitney los ayudaba a construir una fábrica capaz de producir armas veinte veces más rápido que nunca antes. Un día de éstos, los

yanquis despertarían y descubrirían que no todos los pieles rojas eran borrachos sin remedio. Más de un blanco tendría que darse prisa para poder alcanzarlos.

Pero mientras tanto, Miller no tomaba muy en serio la chachara sobre la guerra.

—Todos sabemos que hay pieles rojas en los bosques. No se puede impedir que anden merodeando, pero a mí jamás me faltó ni un pollo. Por ahora, no veo que sean un problema...

—¿Más tocino? —preguntó Miller. Empujó la tabla con el tocino sobre la mesa, hacia Truecacuentos.

—No estoy acostumbrado a comer tanto por las mañanas —dijo Truecacuentos—. Desde que estoy aquí, en cada comida me he embuchado más de lo que antes comía en todo un día.

—Estaba en los huesos... —comentó Fe. Le acercó un par de bollos calientes untados con miel.

—No puedo dar un solo bocado más —se disculpó Truecacuentos.

Los bollos desaparecieron del plato de Truecacuentos.

—Pues ya son míos —intervino Al Júnior.

—No te abalances así sobre la mesa —lo reconvino Miller—. Y además, no podrás comerte esos dos bollos.

Pero en tiempo relativamente corto, Alvin se encargó de demostrar que su padre se equivocaba. Luego se limpiaron la miel de las manos, se calzaron los guantes y partieron hacia la carreta. Y mientras Calma y David se acercaban cabalgando desde el pueblo, asomó la primera luz de la alborada. Al Júnior trepó por la parte trasera de la carreta, junto con las herramientas, sogas, tiendas y provisiones. Tardarían unos días en regresar.

—¿Esperamos a los mellizos y a Mesura? —preguntó Truecacuentos.

Miller subió de un salto al asiento de la carreta.

—Mesura ya está en camino, derribando troncos para construir el trineo de carga. Y Previsión y Moderación se quedarán aquí, para turnarse de casa en casa. —Sonrió—. No podemos dejar indefensas a las mujeres con todo lo que se rumorea sobre los salvajes pieles rojas, ¿verdad?

Truecacuentos le devolvió la sonrisa. Era bueno saber que Miller no era tan confiado como parecía.

El trecho hasta la cantera era bastante largo. Durante la marcha dejaron atrás los restos de una carreta con una rueda de molino partida en el mismo centro.

—Ése fue nuestro primer intento —explicó Miller—. Pero al bajar por esta colina escarpada se partió un eje y toda la carreta cayó bajo el peso de la piedra.

Se acercaron a un arroyo de buen caudal, y Miller contó que en dos ocasiones habían tratado de llevar las ruedas de molino flotando sobre una balsa, pero que las dos veces la balsa se hundió.

—Hemos tenido mala suerte —dijo Miller, pero en su rostro se veía que para él era algo personal, como si alguien se hubiera esforzado para que las cosas resultaran un fracaso.

—Por eso esta vez usaremos un trineo y rodillos —explicó Alvin Júnior desde la parte de atrás—. Nada puede caerse, nada puede romperse, y aunque así fuera sólo serán troncos, y podremos conseguir con qué reemplazarlos.

—Mientras no llueva —dijo Miller—. Ni nieve...

—El cielo se ve despejado —comentó Truecacuentos.

—El cielo es un embustero —dijo Miller—. Siempre que quiero hacer algo, el agua se interpone en mi camino...

Llegaron a la cantera cuando el sol estaba en lo alto, pero aún lejos del mediodía. Desde luego, el viaje de regreso sería mucho más prolongado. Mesura ya había derribado seis gruesos troncos jóvenes y unos veinte más

pequeños. David y Calma pusieron manos a la obra y se dedicaron a arrancarles las ramas y dejarlos lo más lisos posible. Para sorpresa de Truecacuentos, fue Al Júnior quien tomó el saco con las herramientas de cantero y se encaminó hacia las rocas.

—¿Dónde vas? —le preguntó.

—Ah, tengo que encontrar un buen sitio donde cortar—fue la respuesta del pequeño.

—Tiene ojo para la piedra —comentó Miller. Pero sabía más de lo que decía.

—Y cuando encuentres la piedra, ¿qué harás? —preguntó Truecacuentos.

—Pues la cortaré. —Alvin avanzó por el camino con la arrogancia del niño que se sabe capaz de hacer la tarea de un hombre.

—Es que también tiene mano para la piedra —agregó Miller.

—Sólo tiene diez años —le recordó Truecacuentos.

—Su primera rueda la cortó a los seis —repuso el padre.

—¿Me está diciendo que se trata de un don?

—No estoy diciendo nada.

—¿Me responderá a esto, Alvin Miller? Dígame si por casualidad es usted séptimo hijo varón.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Los que saben de estas cosas dicen que el séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón nace sabiendo cómo se ven las cosas por debajo de la superficie. Por eso son tan buenos para descubrir manantiales.

—¿Eso dicen?

Mesura se acercó, se plantó frente a su padre, se puso las manos en las caderas y no ocultó su exasperación.

—Papá, ¿qué hay de malo en decírselo? En toda la región no hay nadie que no lo sepa...

—Quizá piense que Truecacuentos ya sabe más de lo que me gustaría que supiera por ahora...

—Eso es muy poco amable, Pa. ¿Cómo puede decir eso a un hombre que ha demostrado ser todo un amigo en más de una ocasión...?

—No tiene que decirme nada que no quiera que sepa —le detuvo Truecacuentos.

—Pues entonces seré yo quien se lo diga —dijo Mesura—. Papá es séptimo hijo varón. Ahílo tiene.

—Como Al Júnior. ¿O me equivoco? —aventuró Truecacuentos—Jamás lo habéis dicho, pero imagino que cuando un hombre da su propio nombre a un hijo que no es su primogénito es porque ha de ser el séptimo varón.

—Nuestro hermano mayor, Vigor, murió en el río Hatrack minutos después de que Alvin naciera —dijo Mesura.

—Hatrack... —repitió Truecacuentos.

—¿Conoce el lugar? —preguntó Mesura. —Conozco todos los lugares. Pero por alguna razón ese nombre me hace pensar que tendría que haberlo recordado antes, y no sé por qué. Séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón. ¿Extrae la rueda de molino de la roca con un conjuro? —Nadie diría eso... —repuso Mesura. —La corta —dijo Miller—. Como cualquier tallador de piedra.

—Es un niño corpulento, pero sigue siendo un niño, de todas formas

—comentó Truecacuentos.

—Digamos —intervino Mesura— que cuando él corta la piedra es más blanda que cuando lo hago yo.

—Le agradecería que se quedara aquí y ayudara con las muescas y los troncos. Necesitaremos un trineo bien firme y rodillos lisos de verdad. —Lo que no dijo, pero Truecacuentos entendió tan claro como el día, fue: quédese aquí y no haga demasiadas preguntas sobre Al.

Y así, Truecacuentos trabajó con David, Mesura y Calma toda la mañana y buena parte de la tarde. Y mientras tanto, todo el tiempo oía el repiqueteo del hierro sobre la piedra. El trabajo de Alvin Júnior sobre la roca marcaba a los demás el ritmo de la labor, si bien nadie lo comentó.

Pero Truecacuentos no era de los que saben trabajar en silencio. Ya que los demás al principio no se mostraban muy inclinados a conversar, fue él quien contó historias todo el rato. Y como no eran niños sino adultos, no les contó sólo historias de aventuras, héroes y muertes trágicas.

De hecho, dedicó casi toda la tarde a contar la saga de John Adams: cómo fue que una muchedumbre de Boston quemó su casa después de que hubiera logrado la absolución de diez mujeres acusadas de brujería. Cómo Alex Hamilton lo invitó a la isla de Manhattan, donde ambos se dedicaron al ejercicio del Derecho. Cómo en diez años se las ingeniaron para que el gobierno holandés tuviera que permitir la inmigración ilimitada de gentes que no hablaran el holandés, hasta que en Nueva Amsterdam y Nueva Orange los ingleses, escoceses, galeses e irlandeses fueron mayoría, y en Nueva Holanda, la principal minoría. Cómo lograron que en 1780 el inglés fuera declarado segunda lengua oficial, justo a tiempo para que las colonias holandesas se convirtieran en tres de los siete estados originales que firmaron el Pacto Americano.

—Apuesto a que por aquel entonces los holandeses debían odiar a esos tipos —dijo David.

—Bueno. No creas que eran tan malos políticos —repuso Truecacuentos—. Los dos aprendieron a hablar holandés mejor que muchos nativos, e hicieron que sus hijos se educaran hablando holandés en colegios holandeses. Eran holandeses hasta el tuétano, hijos, hasta el punto que cuando Alex Hamilton se presentó a gobernador de Nueva Amsterdam, y John Adams, para presidente de los Estados Unidos, ambos obtuvieron más votos entre los holandeses de Nueva Holanda que entre los escoceses e irlandeses.

—Es decir, que si me presento a alcalde podría conseguir que los suecos y los holandeses que hay sobre el río me votaran —dijo David.

—Ni yo te votaría —repuso Calma.

—Pues yo sí—afirmó Mesura—. Y espero que algún día te presentes de verdad...

—No puede hacerlo —indicó Calma—. Éste ni siquiera es un pueblo como Dios manda...

—Lo será —aseguró Truecacuentos—. Lo he visto antes. Cuando este molino se ponga en marcha, no pasará mucho tiempo antes de que haya trescientas familias viviendo entre vuestro molino y la iglesia de Vigor.

—¿Lo cree usted así?

—Ahora ya hay nuevos viajeros que se acercan a la tienda de Soldado de Dios tres o cuatro veces al año —dijo Truecacuentos—. Pero cuando puedan comprar harina vendrán mucho más a menudo. Durante algún tiempo preferirán vuestro molino a cualquier otro que se instale aquí, puesto que tenéis un camino llano y buenos puentes.

—Si el molino da dinero —dijo Mesura—, Papá encargará seguro a Francia una piedra Buhr. Teníamos una en West Hampshire, antes de que la inundación rompiera el molino. Y una piedra Buhr significa harina blanca y fina.

—Y harina blanca significa buenos negocios —agregó David—. Nosotros, los mayores, nos acordamos. —Sonrió con aire de conecedor—. Allí casi fuimos ricos...

—Así —prosiguió Truecacuentos—, con semejante tráfico, no sólo habrá una tienda, una iglesia y un molino. Sobre el Wobbish hay buena arcilla blanca.

Seguramente algún alfarero se instalará y fabricará vasijas para todo el territorio.

—Ojalá se dieran prisa con eso —dijo Calma—. Mi esposa me tiene enfermo con todo lo que le fastidia tener que servir la comida en platos de latón.

—Así es como crece un pueblo —sentenció Truecacuentos—. Una buena tienda, una iglesia, luego un molino y entonces una alfarería. Y también ladrillos, para el caso. Y cuando esto sea un pueblo...

—David podrá ser alcalde —concluyó Mesura.

—Yo no —dijo David—. Para mí es demasiado todo ese asunto de la política. Ésas son las aspiraciones de Soldado de Dios...

—La aspiración de Soldado es ser rey —comentó Calma.

—No seas descortés —repuso David.

—Es la verdá —insistió Calma—. Si pensara que el puesto está vacante, también trataría de ser Dios.

Mesura se explicó a Truecacuentos:

—Calma y Soldado de Dios no hacen buenas migas.

—No es buen marido quien llama bruja a su mujer —dijo Calma con acritud.

—¿Y por qué habría de hacer semejante cosa? —preguntó Truecacuentos.

—Bueno, sin duda ya no lo hace —intervino Mesura—. Ella le prometió no hacerlo más. Utiliza sus dones en la cocina. Es una vergüenza obligar a una mujer a que lleve adelante su hogar con sólo sus dos manos.

—Es suficiente —dijo David. Truecacuentos alcanzó a ver su mirada alerta por el rabillo del ojo.

Obviamente, no confiaban aún en Truecacuentos para dejarle saber la verdad. De modo que el anciano confesó estar en posesión del secreto.

—A mí me parece que ella emplea más que lo que Soldado sospecha... —dijo Truecacuentos—. En el porche de su casa hay un ingenioso conjuro hecho de cestas. Y ante mis propios ojos hizo un conjuro de tranquilidad el día que llegué al pueblo.

Entonces el trabajo se interrumpió un instante. Nadie lo miró, pero durante un segundo tampoco se hizo nada. Sólo pensaron en que Truecacuentos sabía el secreto de Eleanor y que no lo había contado a ningún extraño. Ni a Soldado de Dios Weaver. Pero una cosa era que él lo supiera y otra que ellos se lo confirmaran. De modo que no dijeron una sola palabra y regresaron a las muescas y a los troncos.

Truecacuentos rompió el silencio retornando al asunto principal.

—No pasará mucho tiempo antes de que estas tierras occidentales tengan población suficiente para llamarse estados, y de que soliciten unirse al Pacto Americano. Cuando eso suceda, hará falta gente honesta que ocupe los cargos.

—Aquí en las tierras inhóspitas no encontrará ningún Hamilton, ni Adams ni Jefferson... —comentó David.

—Tal vez no —dijo Truecacuentos—, pero si vosotros, los jóvenes del lugar, no establecéis vuestro propio gobierno, podéis apostar a que habrá un sinfín de hombres de la ciudad deseosos de hacerlo por vosotros. Así fue como Aaron Burr llegó a ser gobernador de Suskwahenny antes de que Daniel Boone lo matara de un disparo en el noventa y nueve...

—Tal como lo dice usted —juzgó Mesura—, parece un asesinato. Pero fue un duelo justo.

—Tal como yo lo veo —repuso Truecacuentos—, un duelo no es más que dos asesinos que convienen en turnarse para tratar de asesinar al otro.

—No cuando uno de ellos es un justo hombre de tierra adentro y el otro es un embustero advenedizo de la ciudad—dijo Mesura.

—No quiero que ningún Aaron Burr trate de ser gobernador del territorio de Wobbish —dijo David—. Y si hay alguien como él, es ese Bill Harrison, allá en Ciudad Cartago. Antes que votarle a él votaría a Soldado de Dios.

—Y antes que votar a Soldado de Dios yo te votaría a ti —aseguró Truecacuentos.

David gruñó. Siguió pasando cuerdas por entre las muescas de los troncos del trineo para ajustarlos entre sí. Truecacuentos hacía lo mismo del otro lado. Cuando llegó al sitio donde debía hacer los nudos, Truecacuentos se dispuso a atar ambos extremos de la cuerda.

—Aguarde —lo interrumpió Mesura—. Iré a buscar a Al Júnior. —Mesura subió al trote la ladera de la colina.

Truecacuentos dejó caer los extremos de la cuerda.

—¿Alvin ata los nudos? Habría pensado que unos hombres como vosotros podríais hacerlo mejor...

David sonrió.

—Tiene un don...

—¿Y vosotros no tenéis ningún don?

—Algunos.

—David tiene cierto don con las damas... —dijo Calma.

—Calma tiene pies de bailarín en los rodeos. Y nadie toca el violín como él, tampoco —dijo David—. No siempre afina, pero hay que ver cómo le da al arco...

—Mesura, donde pone el ojo pone la bala —opinó Calma—. Ve las cosas a mucha más distancia que cualquiera de nosotros.

—Todos tenemos lo nuestro —agregó David—. Los mellizos tienen el don de saber dónde van a surgir los problemas y el de estar allí justo a tiempo.

—Y Papá sabe unir cosas. Cuando hay que hacer muebles, le pedimos a él que se ocupe de las juntas de madera.

—Y las mujeres tienen dones de mujer...

—Pero, con todo —concluyó Calma—, no hay otro como Alvin Júnior.

David asintió gravemente.

—La verdad, Truecacuentos, es que parece no darse cuenta de ello. Lo que quiero decir es que siempre que algo le sale bien se muestra sorprendido. Cuando le encargamos alguna labor, no sabe cómo ocultar su agrado. Jamás le he visto avasallar a nadie por tener más dones que él.

—Es un buen niño —afirmó Calma.

—Algo torpe... —agregó David.

—No es torpe —le corrigió Calma—. Las más de las veces no es culpa suya...

—Digamos que a su alrededor suceden accidentes con más frecuencia de lo normal.

—Yo no diría que le hayan echado un mal de ojo, ni nada de eso... —se apresuró a añadir Calma.

—No, yo tampoco diría eso del mal de ojo...

Truecacuentos advirtió que ambos lo habían dicho efectivamente, pero no comentó su indiscreción. Después de todo, era la tercera voz la que hacía que la mala suerte se hiciera realidad. Su silencio sería la mejor cura para la indiscreción. Y los demás no tardaron en notarlo. Nadie habló.

Al cabo de un rato, Mesura apareció junto a Alvin Júnior. Truecacuentos no se atrevió a ser la tercera voz, ya que él había intervenido en la conversación anterior. Y peor sería que a continuación hablase Alvin, ya que él había sido relacionado con el mal de ojo. Conque Truecacuentos miró a Mesura y enarcó las cejas para indicarle que él debía hablar.

Mesura respondió aquello que creyó le preguntaba Truecacuentos.

—Ah, Papá se quedará al lado de la roca. Para vigilarla.

Truecacuentos oyó cómo David y Calma suspiraban de alivio. La tercera voz no pensaba en la mala suerte, de modo que Alvin Júnior estaba a salvo. Ahora Truecacuentos era libre de preguntar por qué razón Miller había creído conveniente quedarse vigilando en la cantera.

—¿Qué podría sucederle a una roca? Jamás he oído decir que los pieles rojas robaran rocas...

Mesura guiñó un ojo.

—A veces ocurren sucesos extraños y poderosos. Especialmente cuando se trata de ruedas de molino...

Alvin bromeaba con Calma y Mesura, mientras anudaba los cabos. Se esforzaba por atarlos con todas sus fuerzas, aunque Truecacuentos vio que su don no se revelaba en el nudo en sí.

Cuando Alvin tiraba de las cuerdas, éstas parecían retorcerse y morder la madera en cada muesca y hacer que todo el trineo quedara firmemente unido. Era algo sutil, y si Truecacuentos no hubiese estado mirando no lo habría notado. Pero era real. Lo que Al Júnior ataba quedaba firmemente unido.

—Está tan firme que podría ser una balsa —dijo Alvin con orgullo, retrocediendo para admirar su obra.

—Bueno, pero esta vez habrá de flotar sobre tierra —dijo Mesura—. Papá dice que nunca más meará siquiera sobre el agua.

El sol ya se estaba poniendo por el oeste. Se dispusieron a encender el fuego. El trabajo los había mantenido en calor durante el día, pero por la noche necesitarían del fuego para mantener alejados los insectos y el frío del otoño. Miller no se acercó, ni siquiera para comer, y cuando Calma se puso de pie con intenciones de llevar alimentos a su padre hasta el pie de la colina, Truecacuentos se ofreció para ir.

—No sé —lo pensó Calma—. No es necesario.

—Quisiera ir...

—A Papá... no le agrada que haya mucha gente alrededor de la roca en ocasiones como ésta. —Calma parecía un poco avergonzado—. Es molinero, y se trata de su rueda...

—Yo no soy mucha gente —arguyó Truecacuentos. Calma no agregó nada.

Dejó que Truecacuentos lo siguiera por la senda entre las rocas.

Durante el camino pasaron por dos lugares donde se veían recientes cortes en la roca. Los restos de piedra cortada habían sido empleados para formar una suave rampa desde la ladera del risco hasta el nivel del suelo. Los cortes eran casi perfectamente redondos. Truecacuentos había visto muchísimas canteras, pero jamás un corte así: perfectamente redondo, y sobre la misma pared de roca. Casi siempre se cortaba una laja entera y se la redondeaba en tierra. Eran muchas las razones para hacerlo de este modo, pero la mejor de todas era que no había cómo cortar la cara trasera de la rueda a menos que uno tallara la laja primero. Calma no aminoró el paso, por lo que Truecacuentos no tuvo oportunidad de examinarlas más de cerca, pero hasta donde se atrevía a opinar, no había forma posible de que el cantero pudiese tallar el revés de la piedra en esa cantera.

En el nuevo emplazamiento ocurría lo mismo. Miller estaba formando una rampa frente a la piedra de molino con restos de roca caída. Truecacuentos retrocedió unos pasos y, bajo los últimos fulgores del día, estudió la faz rocosa. En una sola jornada, trabajando solo, Al Júnior había pulido el frente de la rueda de molino y tallado toda la circunferencia. La rueda estaba prácticamente lijada, y eso que aún seguía adherida a la superficie de la roca. Y no sólo eso, sino que además había cortado el orificio central donde iría el eje principal del mecanismo de molienda. Estaba completamente cortado. Y

no había forma en el mundo en que nadie pudiera situar el cincel en una posición que le permitiera cortar la faz trasera.

—Vaya don que tiene el niño... —comentó Truecacuentos. Miller asintió con un gruñido.

—Oí decir que pensaba pasar aquí la noche.

—Oyó bien.

—¿Le molesta si lo acompaño?

Calma se encogió imperceptiblemente.

Pero al cabo de un rato, Miller se encogió de hombros.

—Allá usted.

Calma miró a Truecacuentos con los ojos desorbitados y las cejas en alto, como si dijera: nunca dejará de haber milagros.

Calma se retiró una vez servida la comida del molinero. Miller hizo a un lado el rastrillo.

—¿Ya ha comido?

—Iré a coger leña para el fuego —anunció Truecacuentos—. Antes de que anochezca. Coma usted.

—Cuidado con las víboras —lo previno Miller—. Casi todas están escondidas por el invierno, pero quién sabe...

Truecacuentos se mantuvo alerta, pero no vio ninguna serpiente. Y no tardaron en tener un buen fuego, encendido con un grueso tronco que ardería toda la noche.

Se acurrucaron a la luz del fuego, envueltos en mantas. Truecacuentos pensó que Miller bien podía haber elegido un terreno más llano, a unos metros de la cantera, pero aparentemente era más importante no quitar el ojo de la rueda de molino.

Truecacuentos comenzó a hablar. Lenta pero firmemente, comentó lo difícil que debía ser para un padre ver crecer a sus hijos, tan lleno de anhelos pero sin saber nunca cuándo podía la muerte venir a llevarse a alguno de ellos.

Dijo las palabras precisas, pues pronto fue Alvin Miller quien siguió la conversación. Le contó el relato de la muerte de su primogénito Vigor en el río Hatrack, pocos minutos después del alumbramiento de Alvin Júnior. Y de allí pasó a contar las docenas de formas en que casi había muerto el pequeño.

—Siempre es el agua —dijo Miller por fin—. Nadie me cree, pero es así.

Siempre agua...

—La pregunta —dijo Truecacuentos— es: ¿Se trata de un agua mala, que trata de destruir a un buen niño? ¿O se trata de un agua buena que busca destruir un poder maligno?

Era una pregunta capaz de enfurecer a más de un hombre, pero Truecacuentos había renunciado a la tarea de adivinar cuándo sobrevendría la ira de Miller. Esta vez no lo hizo.

—Eso mismo me he preguntado yo —admitió—. Lo he observado atentamente, Truecacuentos. Desde luego, tiene el don de hacer que la gente lo quiera. Incluso sus hermanas. Las ha atormentado sin piedá desde que tuvo edad suficiente para escupir en la comida. Pero no hay una de ellas que no se desviva por hacerle algo especial, y no sólo en Navidad. Le cosen la abertura de los calcetines para que no pueda ponérselos, o ensucian con hollín el asiento del retrete antes de que lo use, o le llenan de alfileres el camisón, pero también darían la vida por él.

—He descubierto —dijo Truecacuentos— que ciertas personas tienen el don de hacerse acreedores del amor ajeno incluso sin ganárselo...

—Yo también temía eso —respondió Miller—, pero el niño no sabe que posee dicho don. No induse a la gente con trucos para que hagan lo que él quiere. Cuando se equivoca, me deja que lo castigue. Y si quisiera podría detenerme.

—¿Cómo?

—Porque sabe que a veces, cuando lo veo, también veo a mi hijo Vigor, a mi primogénito, y entonces no puedo hacerle ningún daño, aun cuando sea por su bien.

Tal vez fuera una razón cierta en parte, pensó Truecacuentos. Pero no era toda la verdad. De eso estaba seguro.

Poco más tarde, Truecacuentos atizó el fuego para que el tronco prendiera bien. Y Miller le contó la historia que Truecacuentos había venido a buscar.

—Tengo una historia —comenzó— que podría figurar en su libro.

—A ver...

—Pero no me sucedió a mí. —Tiene que ser algo que usted haya visto —dijo Truecacuentos—. He escuchado las historias más insensatas que alguien oyó contar sobre un amigo de su amigo...

—Ah, pero yo lo vi suceder. Ya hace años de esto, y he tenido ciertas conversaciones con el sujeto en cuestión. Es uno de los suecos que viven sobre el río, y habla inglés tan bien como yo. Lo ayudamos a levantar su choza y su granero nada más llegar aquí, unos años después de nosotros. Y desde entonces que lo vengo observando. Tiene un niño, sabe. Un rubito, ya sabe cómo son... —¿Esos de cabello casi blanco? —Como la escarcha de la mañana, así de blanco y sedoso. Un primor de niño.

—Me lo imagino como si lo viera —dijo Truecacuentos.

—Y el padre adoraba al pequeño. Más que a su vida. ¿Conoce esa historia de la Biblia, del padre que dio a su hijo un abrigo de muchos colores? —He oído hablar de ella. —Bueno. Así amaba al niño este hombre. Pero yo los vi caminando por la orilla del río, y el padre, de buenas a primeras, se agazapó, dio un empujón a la criatura y lo lanzó de cabeza al Wobbish. Hete aquí que el niño se cogió a un madero, y entre su padre y yo lo ayudamos a salir de las aguas, pero era algo espeluznante pensar que el padre pudiese haber matado a su propio hijo tan amado. No adrede, ya sabe, pero eso no habría significado que el hijo estuviera menos muerto ni que el padre fuera menos culpable.

—Creo que ese padre jamás se habría repuesto de algo semejante.

—Bueno, desde luego que no... Pero poco después lo vi un par de veces más. Partía leña, y manejaba el hacha con tal imprudencia que si el niño hubiese resbalado y caído en ese preciso momento, el filo se habría hundido en su misma cabecita, y nunca vi que alguien sobreviviera a un golpe así.

—Ni yo.

—Y traté de imaginarme qué podía estar sucediendo. Qué debía de pensar el padre. Conque un día me le acerqué y le dije: Neis, debe tener más cuidado con ese niño. Un día de éstos le sacaré la cabeza si sigue manejando el hacha con tal imprudencia.

»¿Y sabe qué me contesta ese Neis? Me dice: Señor Miller, no fue ningún accidente. Bueno, me quedé que me podrían haber tumbado con el eructo de un niño de pecho. ¿Cómo que no había sido un accidente? Y entonces me dice: No se imagina lo terrible que es. Creo que debo estar embrujado, o que el diablo debe de haberse apoderado de mí. Sin embargo, estoy trabajando, pensando en cómo quiero a este niño, y de pronto siento el deseo de matarlo. La primera vez fue cuando aún lo amamantaba su madre. Estaba en lo alto de las escaleras, con él en los brazos, y dentro de mi cabeza sentí que una voz me decía arrójalo, y quise haserlo, aunque al mismo tiempo sabía que sería lo más atroz del mundo. Estaba desesperado por arrojarlo, como se pone un niño cuando quiere aplastar un insecto con una piedra. Quería ver su cabeza partida contra el suelo...

»Y bien, luché contra ese sentimiento, me lo tragué, y sostuve al niño con tal fuerza que casi lo estrujo. Finalmente, cuando lo posé sobre su cuna, supe que desde ese día nunca más volvería a llevarlo conmigo por las escaleras. »Pero no podía abandonarlo, ¿se da cuenta? Era mi hijo, y crecía tan radiante, tan bueno y tan hermoso que no pude menos que amarlo. Si me mantenía apartado, el pequeño lloraba porque su padre no jugaba con él. Pero si me quedaba con él, volvían esos sentimientos, una y otra vez. No todos los días, sino varias veces al día, y a veces con tal velocidad que me encontraba haciendo cosas antes de poder pensarlo siquiera. Como ese día en que lo arrojé al río. Pisé mal y lo empujé, pero incluso mientras daba ese paso sabía que sería un tropezón y que lo empujaría. Lo sabía, pero no tuve tiempo de detenerme. Y un día sé que no podré detenerme, que no querré hacerlo, y que cuando el niño esté en mis manos acabaré por matarlo.

Truecuentos vio que el brazo de Miller se movía, como si quisiera enjugar las lágrimas de sus mejillas.

—¿No es de lo más extraño? —preguntó Miller—. Que un hombre tenga esa clase de sentimientos hacia su propio hijo.

—¿Tiene otros hijos ese hombre?

—Algunos más. ¿Por qué?

—Me preguntaba si también tendría deseos de matar a los demás...

—Nunca. Ni gota. En verdad yo también se lo pregunté. Y me dijo que en absoluto.

—Y bien, señor Miller... ¿Qué le dijo usted?

Miller suspiró un par de veces.

—No sabía qué decirle. Hay cosas demasiado grandes para que pueda comprenderlas un hombre como yo. Me refiero a la forma en que el agua intenta matar a mi hijo Alvin. Y luego este sueco y su hijo. Tal vez haya niños que nunca deban llegar a mayores. ¿Lo cree usted, Truecuentos?

—Creo que hay niños tan importantes que alguien... alguna fuerza del mundo... tal vez desee su muerte. Pero siempre habrá otras fuerzas, acaso más poderosas, que los deseen vivos.

—¿Y entonces por qué no se dan a conocer, Truecuentos? ¿Por qué no aparece ese poder del cielo y dice... por qué no se le aparece a ese sueco y le dise no tema más, que su hijo está a salvo, incluso de usted?

—Tal vez esas fuerzas no hablen en voz alta. Acaso sólo muestren sus efectos...

—La única fuerza que se muestra en este mundo es la que mata.

—Nada sé sobre ese niño sueco —dijo Truecuentos—, pero me atrevo a decir que sí hay una protección especial sobre su hijo. A juzgar por lo que usted dice, es un milagro que no haya muerto diez veces.

—Es sierto.

—Creo que alguien lo custodia.

—No lo suficiente.

—El agua nunca se lo llevó, ¿verdad?

—Pero estuvo tan cerca, Truecuentos...

Y en lo que respecta a ese suequito, sé que alguien lo guarda.

—¿Quién? —preguntó Miller.

—Pues su propio padre.

—Su padre es el enemigo —lo corrigió Miller.

—No lo creo —dijo Truecuentos—. ¿Sabe usted cuántos padres matan a sus hijos por accidente? Van de cacería y un tiro se escapa. O una carreta aplasta al niño, o éste se cae. Sucede muy a menudo. Quizás esos padres no vieron lo que sucedía. Pero este sueco está alerta y ve lo que sucede, y se observa a sí mismo y se contiene a tiempo.

Miller dejó entrever algo de esperanza.

—Tal como usted lo dice, parece como si el padre no fuera tan malo.

—Si lo fuera, señor Miller, el hijo estaría muerto desde hace mucho tiempo...

—Tal vez. Tal vez.

Miller lo pensó un tiempo. Tanto tiempo, en realidad, que Truecacuentos se durmió. Despertó al escuchar las palabras de Miller.

—... y cada vez es peor. Se le hace más y más difícil luchar contra esos sentimientos. No hace mucho estaba en el altillo de su... de su granero, apilando heno. Y allí abajo estaba su hijo, y todo era cuestión de arrojar la horquilla, lo más fácil del mundo, y podía decir que la horquilla se le escapó, y quién se enteraría. Sólo dejarla caer y atravesar al niño. Iba a haserlo, ¿me entiende? Le era tan difícil luchar contra esos sentimientos, más difícil que nunca, y fue así que bajó los brazos. Decidió dejar de luchar y ceder a sus impulsos. Y en ese mismo momento, en ese mismísimo instante, apareció un desconocido en la puerta y gritó: ¡No!, y entonces bajé la horquilla, es lo que dije, bajé la horquilla, pero temblaba tanto que no podía apenas caminar, sabiendo que el desconocido había visto el crimen en mis ojos, debe pensar que soy el hombre más terrible del mundo para querer matar a mi propio hijo, sin sospechar todo lo que he estado luchando durante tantos años...

—Tal vez el desconocido supiera algo acerca de los poderes que obran en el corazón de un hombre —dijo Truecacuentos.

—¿Lo cree usted así?

—Hum, no puedo asegurarlo, pero tal vez ese desconocido también viera cuánto amaba ese padre al niño. Acaso el desconocido haya estado confundido cierto tiempo, pero finalmente comenzara a darse cuenta de que el niño era extraordinario y que tenía enemigos poderosos. Y entonces quizá llegara a comprender que por muchos enemigos que el pequeño tuviera, su padre no se contaba entre ellos. Que no era un enemigo. Y acaso quisiera decirle algo a ese padre...

—¿Qué querría decirle? —Miller se enjugó las lágrimas nuevamente con su manga—. ¿Qué cree que podría querer decirle ese desconocido?

—Quizá quisiera decirle: ha hecho usted todo lo que ha podido: y ahora esto se ha convertido en algo demasiado poderoso para usted. Debiera enviar al niño a otro lugar. Al este, con sus parientes, o como aprendiz a algún pueblo. Sería muy duro para el padre, ya que ama tanto a su niño, pero lo haría porque sabe que el verdadero amor es el que pone a salvo al hijo de todo peligro.

—Sí—dijo Miller.

—Ya que hablamos de esto —dijo Truecacuentos—. Acaso usted deba hacer lo mismo con su propio hijo, Alvin.

—Quizá...

—¿No dijo usted que estaba en peligro cerca de las aguas en este lugar? Alguien o algo está protegiéndolo. Pero tal vez si Alvin no viviera aquí...

—Algunos de los peligros desaparecerían—concluyó Miller.

—Piénselo —dijo Truecacuentos.

—Es algo terrible tener que enviar a un hijo a un sitio lejano a que viva con extraños...

—Pero es peor sepultarlo...

—Sí. No hay nada que pueda ser peor que sepultarlo.

No hablaron más y, al cabo de un rato, ambos se quedaron dormidos.

La mañana estaba fría y la escarcha era espesa, pero Miller no dejó que Al se acercara a la roca hasta que el sol derritió la helada por completo. En lugar de eso, pasaron la mañana preparando el terreno desde la ladera de roca hasta el trineo para que la piedra pudiera rodar por la pendiente.

A estas alturas, Truecacuentos estaba seguro que Al Júnior se valía de un poder oculto para soltar la rueda de la superficie rocosa, aun cuando él mismo no se diera cuenta. Truecacuentos era curioso. Quería ver cuan portentoso era ese poder para comprender mejor su naturaleza. Y puesto que Al Júnior no sabía lo que hacía, el experimento de Truecacuentos debía ser sutil.

—¿Qué talla usa para la piedra? —preguntó.

Miller se encogió de hombros.

—Antes usaba una piedra Buhr. Todas vienen con talla de hoz.

—¿Podría enseñármelo? —solicitó Truecacuentos.

Con el extremo del rastrillo, Miller dibujó un círculo sobre la escarcha. Luego trazó una serie de arcos que partían del centro del círculo en dirección al borde. Entre cada par de arcos trazó un arco más corto, que comenzaba sobre la circunferencia pero sin acercarse nunca a más de dos tercios del trayecto hacia el centro.

—Como ésa —indicó Miller.

—Casi todas las ruedas de molino de Pensilvania y Suskwahenny tienen talla de un cuarto —dijo Truecacuentos—. ¿Conoce ese corte?

—Muéstremelo.

Y Truecacuentos trazó otro círculo. No quedó tan visible, pues la escarcha ya se estaba derritiendo, pero fue suficiente. En lugar de hacer líneas curvas desde el centro hasta el borde, trazó rectas, y desde estas líneas largas hizo otras más cortas que partían directamente hacia la circunferencia.

—A algunos molineros, éstas les agradan más, ya que pueden mantenerse afiladas más tiempo. Como todas las líneas son rectas, se obtiene un trazado liso cuando uno trabaja sobre la piedra.

—Ya veo —dijo Miller—. Pero no sé... Estoy acostumbrado a las líneas curvas.

—Ah, como le parezca. Nunca fui molinero, de modo que no sé. Sólo le cuento lo que he visto.

—Oh, no me molesta su comentario. No me molesta en absoluto...

Al Júnior estaba de pie, estudiando ambos círculos.

—Si llegamos a casa con esta piedra —repuso Miller—, intentaré la talla de un cuarto. Me parece que será más fácil hacer una molienda fina con ella...

Finalmente, el suelo quedó seco y Al Júnior caminó hasta la superficie de la roca. Los demás estaban abajo, levantando el campamento o trayendo los caballos a la cantera. Sólo Miller y Truecacuentos observaron a Al mientras llevaba su martillo hasta la roca. Para que el círculo adquiriera toda su profundidad a lo largo de la circunferencia entera, aún debía hacer unos cortes más.

Para sorpresa de Truecacuentos, cuando Al Júnior posó el cincel y descargó un golpe de martillo, de la superficie de piedra saltó un gran fragmento de unos doce centímetros y fue a dar en tierra.

—Pero esa roca es blanda como el carbón —observó Truecacuentos—. ¿Qué clase de rueda de molino puede hacerse con algo tan poco resistente?

Miller sonrió y sacudió la cabeza.

Al Júnior dio un paso atrás.

—Ah, Truecacuentos, es piedra dura, a menos que sepas el sitio exacto donde dar el golpe. Prueba y lo verás.

Truecacuentos tomó el martillo y el cincel de las manos del niño y se aproximó a la roca. Cuidadosamente, posó el cincel sobre la piedra, en un ángulo ligeramente oblicuo. Luego, tras unos golpes de prueba, descargó un fuerte mazazo.

El cincel saltó prácticamente de su mano izquierda, y el impacto fue tan grande que dejó caer el martillo.

—Lo siento —dijo—; no es la primera vez que lo hago, pero debo haber perdido la destreza...

—Descuide, es la roca... —indicó Al—. Es algo temperamental. Sólo le gusta ceder en determinadas direcciones.

Truecacuentos inspeccionó el lugar donde había intentado penetrar. Pero no pudo dar con él. Su poderosa descarga no había hecho la menor mella.

Al Júnior recogió las herramientas y posó el cincel sobre la roca. Y Truecacuentos estuvo seguro de que lo estaba haciendo en el mismo lugar donde antes lo había hecho él. Pero Al actuó como si lo hubiera situado de una manera enteramente distinta.

—¿Ve? Hay que saber encontrar el ángulo. Así...

Descargó el martillo, el hierro resonó, se escuchó un crujido de roca y una vez más la piedra se desmoronó sobre la tierra.

—Ahora veo por qué lo manda a él hacer los cortes...

—Párese ser la mejor forma —repuso Miller.

En minutos apenas, la piedra quedó totalmente recortada en círculo.

Truecacuentos no abrió la boca. Se limitó a observar al niño.

Al dejó sus herramientas en el suelo, caminó hasta la rueda de molino y la abrazó. Su mano derecha se curvó alrededor del reborde. Su mano izquierda se hundió en el corte del lado opuesto. La mejilla de Alvin se posó sobre la piedra. Tenía los ojos cerrados. Parecía como si estuviese escuchando la roca, por ridícula que fuese la idea.

Comenzó a murmurar suavemente. Un sonido monótono e impreciso. Movié las manos. Cambió de posición. Escuchó con el otro oído.

—Vaya... —dijo Alvin—. Casi no puedo creerlo...

—¿Creer qué? —preguntó su padre.

—Esos últimos golpes deben haber hecho temblar la piedra. El dorso casi se ha desprendido.

—¿Quieres decir que la rueda de molino está suelta? —preguntó Truecacuentos.

—Creo que ya podemos ir sacándola —dijo Alvin—. Llevará un poco de trabajo de cuerdas, pero lo podremos hacer sin demasiados problemas.

Sus hermanos trajeron las cuerdas y los caballos. Alvin pasó una soga por detrás de la piedra. No había dado un solo golpe contra el dorso, pero la cuerda se deslizó fácilmente en su sitio. Luego otra cuerda, y otra más, y pronto todos estuvieron tirando, primero a la izquierda, luego a la derecha, para quitar lentamente la pesada piedra de su lecho de roca.

—Si no lo hubiera visto... —dijo Truecacuentos.

—Pero lo ha visto —repuso Miller.

La habían separado unos centímetros cuando cambiaron las cuerdas, pasaron cuatro cabos por el orificio central y los sujetaron a dos caballos, que aguardaban arriba de la pendiente.

—Rodará cuesta abajo de lo más bien —explicó Miller a Truecacuentos—. Los caballos están como contrapeso, pá tirar en contra.

—Parece pesada...

—Bueno. En ese caso no se ponga delante de ella —aconsejó Miller.

Comenzaron a hacerla rodar, muy lentamente. Miller tomó a Alvin del hombro y mantuvo al pequeño lejos de la piedra, y más arriba de la ladera.

Truecacuentos ayudó con los caballos, de modo que no pudo examinar bien el dorso de la piedra hasta que estuvo posada sobre el suelo junto al trineo.

Era suave como la piel de un recién nacido. Plana como un espejo de aguas heladas. Y estaba tallada según un esquema de talla de un cuarto. Las líneas rectas partían del orificio central hacia el reborde de la piedra.

Alvin se acercó a su lado.

—¿Lo hice bien?

—Sí—repuso Truecacuentos.

—Fue una suerte —comentó Alvin—. Sentí que la piedra estaba por partirse justo por donde ve las líneas. Se quería partir por allí, más fácil imposible. Truecacuentos extendió la mano y pasó el dedo suavemente por el borde de uno de los cortes. Le dolió. Se llevó el dedo a la boca y sintió el sabor a sangre.

—La rueda saca un lindo filo, ¿eh? —comentó Mesura, como si se tratara de algo totalmente cotidiano. Pero Truecacuentos advirtió el asombro en sus ojos.

—Buen corte —dijo Calma.

—El mejor hasta ahora —aseguró David.

Entonces, mientras los caballos se afanaban por no caer, la pusieron de lado para apoyarla sobre el trineo, con los cortes hacia arriba.

—¿Me hará un favor, Truecacuentos? —preguntó Miller.

—Si puedo...

—Lleve a Alvin de regreso a casa. Su tarea ha terminado.

—¡No, Papá! —exclamó el pequeño. Corrió hasta su padre—. No puedes enviarme a casa ahora...

—No necesitamos niños que se anden por entre las piernas mientras manipulamos una piedra de mesejante tamaño —dijo su padre.

—Pero debo vigilar la rueda para asegurarme de que no se parta o se melle, Pa...

Los hijos mayores observaban a su padre, a la espera. Truecacuentos se preguntó qué estarían esperando. Eran demasiado mayores para sentir celos del amor que su padre deparaba a este séptimo hijo. También debían de querer que el pequeño estuviera a salvo de todo daño. Pero para todos era muy importante que la rueda llegara sana y sin roturas para que comenzara a cumplir sus funciones en el molino. Nadie dudaba de que Alvin tenía la facultad de conservarla intacta.

Finalmente, Miller habló:

—Podrás cabalgar junto a nosotros hasta que se ponga el sol. Entonces estaremos serca, y tú y Truecacuentos podréis adelantaros y pasar la noche en una buena cama.

—Por mí no hay problema —dijo Truecacuentos.

Era evidente que esto no satisfacía a Alvin pero el niño no respondió.

Antes del mediodía, el trineo ya estaba en marcha. Dos caballos delante y dos a la zaga, para hacer de freno, iban atados directamente a la piedra, que descansaba sobre las maderas del trineo. Y éste iba sobre siete u ocho rodillos pequeños. El trineo avanzaba y se deslizaba sobre los troncos dispuestos por delante. Y a medida que los rodillos de atrás quedaban libres, uno de los jóvenes lo quitaba por debajo de las cuerdas que iban hacia las bestias y corría hacia el frente para situarlo detrás del par que tiraba. Es decir, que por cada kilómetro que avanzaba la roca, los hombres corrían cinco.

Truecacuentos quiso hacer su parte, pero ni Calma ni Mesura ni David estuvieron dispuestos a permitirselo. Terminó ocupándose de los caballos de retaguardia. Alvin iba montado sobre el lomo de uno de ellos. Miller conducía el par de delante, y cada tanto regresaba a cerciorarse de que no iba demasiado deprisa para los jóvenes.

Y así avanzaron, hora tras hora. Miller propuso que se detuvieran para descansar, pero al parecer no sentían fatiga, y Truecacuentos se asombraba de la resistencia de los rodillos. Ni uno solo partido contra la roca o vencido por el peso de la piedra. Sólo se mellaban ligeramente.

Y cuando el sol se hundía dos dedos por debajo del horizonte, desdibujado entre las nubes encendidas por el ocaso, Truecuentos reconoció el valle que se abría ante ellos. Habían hecho toda la travesía en una sola tarde.

—Creo que tengo los hermanos más fuertes de todo el mundo —murmuró Alvin.

No me cabe la menor duda, dijo Truecuentos para sus adentros. Si tú puedes cortar una roca de la montaña sin manos, sólo porque «encuentras» las fracturas precisas en la piedra, no me sorprende que tus hermanos hallen en sí mismos exactamente tantas fuerzas como crees que tienen.

Truecuentos intentó, como tantas veces antes, dilucidar la naturaleza de los poderes ocultos. Sin duda debía de haber alguna ley natural que rigiera su uso. El viejo Ben siempre solía decirlo. Y sin embargo, aquí estaba este niño, que por mera creencia y deseo podía cortar la roca como mantequilla e infundir fortaleza a sus hermanos. Había una teoría según la cual el poder oculto provenía de la afinidad con cierto elemento natural en especial. ¿Pero cuál podía hacer todo lo que Alvin sabía? ¿La tierra? ¿El aire? ¿El fuego? Sin duda no se trataba de agua, pues Truecuentos sabía que las historias de Miller eran ciertas. ¿Cómo podía ser que Alvin deseara algo y la tierra misma cediera a su voluntad, mientras que otros podían desear cosas sin lograr que soplara la más mínima brisa?

Cuando llegaron al molino necesitaron encender antorchas para iluminar el recorrido de la rueda a través de las puertas.

— Más vale dejarla puesta esta noche — dijo Miller.

Truecuentos imaginó los temores que azotaban la mente del hombre. Si dejaba la rueda erecta, seguramente rodaría por la mañana y aplastaría a cierto niño mientras inocentemente cargaba agua hasta la casa. Puesto que la rueda había venido milagrosamente desde la montaña en un solo día, sería tonto dejarla en cualquier sitio que no fuera el adecuado: sobre la base de tierra apisonada y cantos rodados del molino.

Trajeron un par de caballos al interior del recinto y ataron la rueda a las bestias, como habían hecho cuando la hicieron descender sobre el trineo. Y mientras el peso de la rueda iba descargándose sobre la base, los animales harían de contrapeso.

Pero en ese momento la roca descansaba sobre la tierra que había alrededor de la base de cantos rodados. Mesura y Calma estaban pasando unas palancas por debajo del borde exterior para aplicar fuerza y conseguir que cayera sobre el sitio preciso. Mientras trabajaban, la rueda se bamboleó ligeramente. David sostenía los caballos. Sería una tragedia que tiraran demasiado pronto y que impulsaran la piedra en sentido contrario para que el lado tallado cayera sobre el suelo de tierra.

Truecuentos, a un lado, observaba a Miller dirigir la labor de sus hijos con inútiles advertencias.

— Cuidado allí. Ahora quietos... — Desde que habían traído la roca al interior del molino, Alvin había permanecido a su lado. Uno de los caballos se encabritó. Miller reaccionó de inmediato — . Calma, ayuda a tu hermano con los animales. — El mismo Miller dio un paso hacia ellos.

En ese momento, Truecuentos advirtió que Alvin no estaba a su lado como creía. Llevaba una escoba y caminaba a paso raudo hacia la rueda de molino. Tal vez hubiera visto algún canto suelto sobre la base. Tenía que apartarlo, ¿verdad? Los caballos retrocedieron y las cuerdas se aflojaron. Justo cuando Alvin se detenía detrás de la roca, Truecuentos advirtió que nada podría impedir que el peso cayera sobre él, si, ahora que las cuerdas no estaban tensas, la roca se inclinaba.

Lo más razonable era que no cayese. Pero Truecacuentos ya había aprendido que no había que confiar en lo razonable. Alvin Júnior tenía un enemigo invisible y poderoso, que no perdería una oportunidad como ésta.

Truecacuentos avanzó unos pasos. Cuando llegó a la altura de la piedra, sintió que la tierra cedía bajo sus pies, que se desmoronaba. No mucho, sólo unos centímetros, pero suficiente para que el borde inferior de la rueda se inclinara apenas y provocara un impulso imposible de detener en lo alto de la inmensa rueda. La roca caería sobre el sitio correcto, sobre la base de cantos rodados, y debajo de ella quedaría el pequeño Alvin, triturado como los granos de la molienda.

Con un grito, Truecacuentos tomó a Alvin del brazo y dio un tirón para alejarlo de la roca. Sólo entonces vio Alvin que la piedra caería sobre él. El movimiento de Truecacuentos tuvo fuerza suficiente para hacer que el niño retrocediera unos pasos, pero no bastó. Las piernas del pequeño quedaron bajo la sombra de la roca. Y ésta caía deprisa, muy deprisa. Truecacuentos no pudo reaccionar a tiempo, no pudo hacer otra cosa, más que mirar cómo aplastaba las piernas de Alvin. Sabía que era un daño igual a la muerte, pero más prolongado. Había fracasado.

En ese momento en que observaba la caída asesina de la piedra, vio aparecer una grieta sobre su superficie y, en menos de un instante, la rueda quedó partida en dos mitades perfectas. Cada una caería a un lado de las piernas de Alvin, sin tocarlo.

Apenas vio Truecacuentos el haz de luz por entre ambos fragmentos de la piedra, oyó que Alvin gritaba:

—¡Noo!

Cualquiera habría pensado que el niño gritaba por su muerte inminente bajo el peso de la roca. Pero Truecacuentos estaba sobre el suelo, a su lado, iluminado por la luz mortecina de las antorchas que se filtraba a través de la rajadura. Y para él, el grito fue algo más. Inconsciente del propio peligro, como era propio de los niños, Alvin gritaba porque la piedra se rompía en dos. Después de todo su trabajo y del esfuerzo de traer la roca a casa, no podía soportar verla destruirse.

Y como no pudo soportarlo, no sucedió. Las mitades de la rueda volvieron a unirse como una aguja se adhiere a un imán, y la roca cayó intacta.

La sombra de la piedra había exagerado su huella sobre el suelo. No aplastó ambas piernas del niño. Su pierna izquierda, en realidad, quedó fuera de la rueda, pero la derecha estaba tendida de tal forma que el borde de la piedra le mordió la pantorrilla unos centímetros en la parte más ancha. Como Alvin estaba apartando las piernas, el impulso dirigió la rueda aún más en la dirección que llevaba. Y la rueda de piedra desgarró la piel y el músculo, hasta el hueso, pero la pierna no quedó aplastada bajo el peso de la roca. Ni siquiera se habría roto, de no ser porque la escoba yacía atravesada debajo de ella. La rueda empujó la pierna de Alvin hacia abajo contra el mango de la escoba, con fuerza suficiente para partir por la mitad ambos huesos de la extremidad inferior. Las puntas rotas de los huesos perforaron la piel y quedaron a ambos lados del mango de la escoba, sujetándolo firmemente como una prensa de tornillo. Pero la pierna no había quedado bajo la piedra, y los huesos se habían partido en un corte limpio, sin que la roca los redujera a polvo.

El aire estaba atravesado por el estruendo de la roca sobre la roca, por los gritos roncocos de los hombres azorados por el dolor, y sobre todo por la agonía hiriente de un niño que nunca como entonces había sido tan pequeño y vulnerable.

Cuando todos estuvieron allí, Truecacuentos ya había visto que ambas piernas de Alvin habían quedado libres. Alvin trató de sentarse para observar su herida. Tal vez la visión fuese demasiado para él, o acaso fuera el dolor. Lo cierto es que se desmayó. Entonces, su padre lo alzó. No había sido el más próximo, pero se había acercado más rápido que los hermanos de Alvin. Truecacuentos trató de tranquilizarlo, pues la pierna no parecía rota, ya que ambos huesos estaban aferrados al mango de la escoba. Miller levantó a su hijo, pero la pierna no cedió y, aun en la inconsciencia, el dolor arrancó un cruel quejido al pequeño. Fue Mesura quien tuvo agallas para tirar de la pierna y liberarla del mango de la escoba.

Antorcha en mano, David iba delante de su padre, alumbrando el camino mientras éste llevaba en sus brazos al niño. Mesura y Calma los habrían seguido, pero Truecacuentos los detuvo.

—Allí ya están las mujeres, David y vuestro padre —les señaló—. Alguien tiene que ocuparse de esto.

—Tiene razón —concedió Calma—. Padre no querrá acercarse por aquí durante un tiempo.

Los jóvenes emplearon palancas para levantar la rueda de forma que Truecacuentos pudiera retirar el mango de la escoba y las cuerdas que seguían atadas a los caballos. Los tres retiraron las herramientas del molino y luego encerraron los animales en el establo y guardaron todos los instrumentos. Sólo entonces regresó Truecacuentos a la casa. Alvin dormía en la cama del anciano.

—Esperó que no se moleste —dijo Ana con ansiedad.

—Pues claro que no —repuso Truecacuentos.

Las demás niñas y Cally estaban recogiendo los platos de la cena. En la habitación que fuera de Truecacuentos, Fe y Miller estaban sentados sobre la cama, mudos y con el rostro del color de la ceniza. Alvin yacía con la pierna entablillada y vendada.

David estaba de pie, cerca de la puerta.

—Ha sido una fractura limpia —murmuró a Truecacuentos—. Pero las heridas... tememos que haya infección. Ha perdido toda la piel de delante de la pantorrilla. No sé si podrá curar así el hueso desnudo...

—¿Volvieron a ponerle la piel en su lugar? —preguntó Truecacuentos.

—Toda la que quedó la prensamos contra el lugar, y Mamá la cosió en su sitio.

—Bien hecho.

Fe levantó el rostro.

—¿Sabe algo de medicina, Truecacuentos?

—Uno aprende, después de años de intentar hacer lo que esté en sus manos para ayudar a quienes saben tan poco como uno...

—¿Cómo puede ser que esto haya ocurrido? —preguntó Miller—. ¿Por qué esta vez, cuando tantas otras nada le sucedió? —Miró de frente a Truecacuentos—. Había llegado a pensar que el niño tenía un protector...

—Lo tiene...

—Entonces el protector fracasó.

—No —lo corrigió Truecacuentos—. Durante un momento mientras la rueda caía, vi que se partía en dos y que entre ambas mitades quedaba el espacio suficiente para no tocarlo.

—Como la viga... —recordó Fe.

—Yo también creí verlo, Padre —intervino David—. Pero cuando cayó entera, pensé que había visto una esperanza, y no la realidad.

—Pero ahora no hay ninguna grieta... —manifestó Miller.

—Así es —convino Truecacuentos—. Alvin se negó a dejar que se partiera.

—¿Está disiendo que la volvió a unir? ¿Para que cayera sobre él y le aplastara la pierna?

—Estoy diciendo que no pensó siquiera en su pierna. Sólo en la rueda.

—Ay, mi niño. Mi buen niño... —murmuraba su madre, acariciando tiernamente el brazo que se extendía hacia ella instintivamente. Mientras ella movía los dedos del niño, éstos cedían laxos para luego volver a caer.

—¿Es posible? —se preguntó David—. ¿Es posible que la rueda se haya partido y vuelto a unir con tanta rapidez?

—Debe de serlo —concluyó Truecacuentos—, pues así sucedió.

Fe volvió a mover los dedos de su hijo, pero esta vez no cayeron flácidos. Se extendieron aún más, luego se cerraron y finalmente volvieron a extenderse.

—Está despierto —dijo su padre.

—Iré a buscar algo de ron para el niño —indicó David—. Para calmarle el dolor. Soldado de Dios ha de tener algo en su tienda.

—No —musitó Alvin.

—El niño dice que no —repitió Truecacuentos.

—¿Qué sabe él, en medio de tanto dolor?

—Tanto como pueda, debe mantenerse consciente—explicó Truecacuentos. Se acuclilló al lado de la cama a la derecha de Fe, para estar bien cerca del rostro del pequeño—. Alvin... ¿me oyes?

Alvin gruñó, como diciendo que sí.

—Entonces escúchame. Tu pierna está gravemente herida. Los huesos están rotos, pero han sido puestos en su lugar. Se curarán. Pero la piel ha sido desgarrada, y a pesar de que tu madre la ha cosido, hay posibilidades de que el tejido muera y se gangrene. Y de que eso acabe con tu vida. Cualquier cirujano te cortaría la pierna para salvarte la vida.

Alvin echó atrás la cabeza, intentando gritar. Dejó escapar un gemido:

—¡No, no! ¡No!

—Está empeorando las cosas —dijo Fe con ofuscación.

Truecacuentos miró al padre. Buscaba permiso para poder proseguir.

—No atormente al niño —lo previno Miller.

—Un proverbio dice —sentenció Truecacuentos—: «El manzano nunca pregunta al haya cómo ha de crecer, ni el león al caballo cómo ha de cazar su presa.»

—¿Y eso qué significa? —preguntó Fe.

—Significa que no me incumbe tratar de enseñarle a él a usar poderes que apenas comienzo a comprender. Pero ya que no sabe cómo hacerlo por sí solo, debo intentarlo, ¿verdad?

Miller lo pensó un momento.

—Adelante, Truecacuentos. Es mejor que sepa lo mal que está, ya sea que pueda curarse o no.

Truecacuentos tomó suavemente la mano del niño entre las suyas.

—Alvin, ¿quieres conservar tu pierna, verdad? Entonces tienes que pensar en tu pierna tal como pensaste en la roca. Tienes que pensar que la piel de tu pierna vuelve a crecer y se adhiere al hueso como debiera. Tienes que pensar en ello. Dispones de tiempo de sobra, aquí en la cama. No pienses en el dolor. Piensa en la pierna como debe ser. Otra vez entera y fuerte.

Alvin yacía con los ojos cerrados contra el dolor.

—¿Lo estás haciendo, Alvin? ¿Puedes intentarlo?

—No —repuso Alvin.

—Debes luchar contra el dolor, para poder emplear tu don y hacer lo correcto.

—Jamás lo haré —dijo el niño.

—¿Por qué no? —exclamó Fe.

—El Hombre Refulgente... —respondió Alvin—. Se lo prometí.

Truecacuentos recordó la promesa que Alvin había hecho al Hombre Refulgente, y su corazón se abatió con pesar.

—¿Qué es el Hombre Refulgente? —quiso saber Miller.

—Es... una aparición que tuvo el niño —explicó Truecacuentos.

—¿Cómo es que no nos hemos enterado de ello? —preguntó Miller.

—Fue la noche en que se partió la viga —agregó Truecacuentos—. Alvin prometió al Hombre Refulgente que jamás utilizaría sus poderes para su propio beneficio.

—Pero Alvin —dijo Fe—. Esto no es para que te enriquezcas ni nada... Es para salvar tu vida.

El niño se limitó a fruncir el ceño de dolor y a sacudir la cabeza.

—¿Me dejarían con él? —pidió Truecacuentos— Sólo unos minutos, para poder hablar con Alvin.

Antes de que Truecacuentos pudiera terminar la frase, Miller ya estaba llevándose a su mujer de la habitación.

—Alvin —comenzó—. Debes escucharme. Con suma atención. Sabes que no te mentaría. Una promesa es algo importantísimo, y nunca aconsejaría a un hombre que rompiera su palabra, aun para salvar su propia vida. De modo que no te pediré que te valgas de tu poder en tu propio beneficio. ¿Me has oído?

Alvin asintió.

—Pero piensa. Piensa en el Deshacedor que recorre el mundo. Nadie lo ve mientras realiza su labor, mientras destruye y desmigaja las cosas. Nadie, salvo un niño solitario. ¿Quién es ese niño, Alvin?

Los labios de Alvin formaron la palabra, si bien de ellos no salió ningún sonido. Yo.

—Y a ese niño le ha sido dado un poder que ni siquiera puede comenzar a comprender. El poder de construir allí donde el enemigo destruye. Y más que eso, Alvin. El deseo de construir... Un niño que, haciendo, responde a cada imagen que percibe del Deshacedor. Ahora dime, Alvin. ¿Los que ayudan al Deshacedor son amigos o enemigos de la humanidad?

Enemigos, dijeron los labios de Alvin.

—De modo que si ayudas al Deshacedor a destruir a su enemigo más peligroso tú también eres un enemigo de la humanidad, ¿verdad?

La angustia hizo hablar al pequeño.

—Lo estás retorciendo todo...

—Lo estoy poniendo claro —repuso Truecacuentos—. Tu juramento fue no usar nunca el poder en tu propio beneficio. Pero si mueres, sólo el Deshacedor se beneficia, y si vives, si esa pierna se cura, es para el bien de toda la humanidad. No, Alvin, es para beneficio del mundo entero y de todo lo que existe en él.

Alvin gimió. Más le dolía la mente que el cuerpo.

—Pero tu juramento fue claro, ¿no es así? Jamás en tu propio beneficio. ¿Por qué no satisfacer un juramento con otro, Alvin? Haz otro juramento: que consagrarás toda tu vida, tu vida, a construir contra el Deshacedor. Si cumples con ese juramento, y lo harás, pues eres un niño que tiene palabra, si mantienes ese juramento, salvar tu vida es una acción en beneficio de los demás, y no en tu provecho personal.

Truecacuentos aguardó, aguardó, hasta que por fin Alvin asintió ligeramente.

—Alvin Júnior: ¿juras que dedicarás toda tu vida a derrotar al Deshacedor, a hacer que las cosas sean íntegras, buenas y correctas?

—Sí—murmuró el niño.

—Entonces te digo, en los términos de tu propia promesa, que debes curarte a ti mismo.

Alvin aferró el brazo de Truecacuentos.

—¿Cómo? —musitó.

—Eso no lo sé, niño —repuso Truecacuentos—. Tendrás que hallar en ti mismo la forma de emplear tu propio poder. Sólo puedo decirte que debes intentarlo, pues si no el enemigo logrará la victoria y tendré que terminar tu relato diciendo que tu cuerpo fue arrojado bajo tierra.

Para sorpresa de Truecacuentos, Alvin sonrió. Entonces el anciano comprendió la chanza. Su relato terminaría con la tumba hiciera lo que hiciera ese día.

—De acuerdo, niño —dijo Truecacuentos—. Pero me gustaría escribir unas páginas más sobre ti antes de dar fin al Libro de Alvin...

—Lo intentaré —prometió Alvin.

Si lo intentaba, sin duda lo lograría. El protector de Alvin no lo había hecho llegar hasta allí sólo para dejarlo morir. Truecacuentos estaba seguro de que Alvin tenía poder suficiente para curarse a sí mismo, si conseguía descubrir cómo. Su propio cuerpo era mucho más complicado que la roca. Pero si pensaba sobrevivir, debía aprender los senderos de su propia carne y reparar las fisuras de sus huesos.

Fuera, en la sala grande, prepararon una cama para Truecacuentos. Se ofreció a dormir sobre el suelo, al lado del lecho de Alvin, pero Miller sacudió la cabeza y respondió:

—Ése es mi lugar.

Pero a Truecacuentos le fue difícil conciliar el sueño. En mitad de la noche finalmente se dio por vencido, encendió una antorcha con un fósforo, se envolvió en su abrigo y salió afuera.

El viento soplabla cruelmente. Se avecinaba una tormenta, y a juzgar por el olor del aire, habría nieve. Los animales no hallaban sosiego en el corral. A Truecacuentos se le ocurrió que esa noche tal vez no estuviera solo a la intemperie. Podía haber pieles rojas en las sombras, o incluso merodeando por entre las dependencias de la granja, observándolo. Se estremeció y luego ahuyentó su propio temor. Era una noche muy fría. Aun los cree-eks o choc-taws más sanguinarios y enemigos del hombre blanco, que acechaban desde el sur, eran demasiado listos para salir con semejante tormenta en puertas. La nieve no tardaría en caer. La primera de la temporada. Pero no sería una simple nevisca; Truecacuentos podía sentir que nevaría todo el día siguiente. Detrás de la tormenta, el aire sería todavía más frío, ese aire helado que vuelve la nieve seca y esponjosa, que la hace apilarse cada vez más, hora tras hora. Si Alvin no los hubiese apresurado durante el regreso, y si no hubieran cargado la rueda de molino en una sola jornada, habrían tenido que arrastrar el trineo bajo la nevada. Y el trayecto habría sido resbaladizo...

Podría haber sucedido algo peor aún.

Truecacuentos se encontró en el molino, contemplando la rueda. Se veía tan sólida. Era difícil imaginar que alguien pudiese moverla. Sus dedos acariciaron los cortes sobre la superficie por los cuales se recogería la harina cuando la gran rueda de madera arrastrada por las aguas hiciera girar el eje y la piedra de moler diera vueltas y vueltas alrededor de esta laja, con la firmeza con que la Tierra gira alrededor del Sol año tras año, convirtiendo el tiempo en polvo, así como el molino convierte los granos en harina...

Echó un vistazo al suelo, al sitio donde la tierra había cedido apenas bajo la rueda de molino, hasta hacerla caer sobre el niño. Bajo la luz de la antorcha brilló el fondo de la depresión. Truecacuentos se agachó y hundió el dedo en un centímetro de agua. Debía de haberse juntado allí, empapando el suelo, hasta ablandarlo. No tanto como para ser una humedad visible. Sólo para ceder bajo un gran peso.

Ay, Deshacedor, pensó Truecacuentos, muéstrate ante mí y construiré un edificio tal que quedarás allí cautivo para siempre. Pero por mucho que lo intentó, no pudo hacer que sus ojos vieran temblar el aire como podía hacer el séptimo hijo varón de Alvin Miller. Finalmente, Truecacuentos levantó su antorcha y abandonó el molino. Ya caían los primeros copos. El viento casi había muerto. La nieve se precipitaba más y más rápido, bailando una danza bajo la luz de su antorcha. Cuando llegó a la casa, el suelo ya estaba gris de nieve y el bosque era invisible en la distancia. Se refugió en el interior, se tendió en el suelo sin quitarse las botas siquiera y cayó dormido.

Capítulo 12

EL LIBRO

Noche y día mantenían tres troncos en el fogón, y casi se veía arder las piedras de las paredes y el aire de su habitación se mantenía siempre seco. Alvin yacía inmóvil en su lecho. Su pierna derecha, pesada de tantas férulas y vendajes, lo hundía en la cama como si fuera un ancla que dejaba flotar el resto del cuerpo, a la deriva, rodando, meciéndose. Se sentía mareado y algo asqueado.

Pero casi no notaba el peso de la pierna, ni la sensación de mareo. El dolor era su enemigo. Le lanzaba puñaladas y pinchazos que le impedían abocar la mente a la tarea que le había encomendado Truecacuentos: curarse.

Pero el dolor también era su amigo. Construía un muro a su alrededor, de modo que apenas advertía que estaba en una casa, en una habitación, en un lecho.

El mundo exterior podía arder y reducirse a cenizas, que él no lo notaría. Lo que ahora exploraba era su mundo interior.

Truecacuentos no tenía idea de lo que se decía. No era cuestión de formarse imágenes en la mente. Su pierna no se compondría con sólo simular que estaba curada. Pero aun así, Truecacuentos estaba en el camino correcto.

Si Alvin podía descubrir senderos dentro de la roca, si podía detectar los sitios fuertes y débiles y enseñarles dónde romperse y dónde resistir, ¿por qué no habría de hacer lo mismo con su piel y sus huesos?

Pero había un problema: piel y huesos se confundían en una masa informe.

La roca era siempre más o menos igual en todos lados, pero la piel cambiaba en cada capa y no era fácil imaginarse adonde iba cada cosa. Allí estaba, tendido, con los ojos cerrados, escrutando por primera vez su propia carne.

Al principio trató de seguir el dolor, pero eso no lo condujo a ninguna parte: sólo a donde todo se confundía aplastado y sajado, y no lograba distinguir lo de arriba de lo de abajo. Al cabo de un largo tiempo intentó una táctica distinta. Escuchó los latidos de su corazón. Al principio, el dolor siguió obstruyendo su labor, pero no tardó en concentrarse en el sonido. Si en el mundo exterior había ruidos, él no lo sabía, el dolor le impedía notarlo. Y el ritmo de los latidos de su corazón dejaba afuera el dolor, o al menos casi era así.

Siguió la senda de su propia sangre, la corriente inmensa y poderosa, y las más pequeñas. A veces se perdía. A veces irrumpía una punzada de dolor procedente de su pierna que exigía ser escuchada.

Pero, paso a paso, halló la ruta hasta la piel sana y el hueso entero de la otra pierna. Allí la sangre no era ni la mitad de impetuosa, pero lo condujo adonde deseaba ir. Descubrió todas las capas, como si la pierna fuera una cebolla.

Aprendió el orden en que se disponían, vio cómo se unían los músculos, cómo se bifurcaban las pequeñas venas, cómo la piel se extendía tensa y firme.

Sólo entonces se encaminó hacia la pierna enferma. El retal de piel que Mamá le había cosido estaba casi muerto y comenzaba a pudrirse. Alvin supo lo que necesitaría para que cada parte pudiera sobrevivir. Encontró los extremos de las arterias alrededor de la herida y comenzó a inducirlos a que crecieran, así como hacía que las grietas viajaran a través de la piedra. Comparada con eso, la roca era asunto sencillo. Había que hacer una fisura, dejarla correr, y eso era todo. Con la carne viva era demasiado lento para su impaciencia, y no tardó en dejar de lado toda otra cosa que no fuera la arteria principal.

Comenzó a ver que se valía de fragmentos y pedazos de aquí y de allá para poder construir. Mucho de lo que sucedía era tan rápido, diminuto y complejo

que excedía la capacidad de comprensión de Alvin. Pero pudo hacer que su cuerpo liberara lo que necesitaba la arteria para crecer. Podía enviarlo donde hacía falta, y al cabo de un rato logró enlazar la arteria con el tejido descompuesto. Le llevó su trabajo, pero finalmente dio con el extremo de una arteria cercenada y unió ambas partes para que la sangre fluyera al parche cosido.

Demasiado pronto, demasiado deprisa. Sintió calor en la pierna: la sangre se abalanzaba sobre la carne muerta, se derramaba por una docena de sitios. No podía contener tanta sangre como le enviaba. Más despacio, con calma...

Siguió nuevamente el curso de la sangre y, esta vez, en lugar de dejarla manar a chorros, lo hizo gota a gota, y nuevamente se dedicó a ligar venas y arterias, tratando de que se parecieran al máximo a lo que había visto en la otra pierna.

Finalmente lo logró, más o menos. Ya podía contener el flujo normal de la sangre. Muchas partes del parche de piel revivieron a medida que la sangre comenzó a recorrerlo. Otras permanecieron inertes. Alvin siguió yendo y viniendo con la sangre, apartando las partes putrefactas y deshaciéndolas en fragmentos tan pequeños que casi no pudo reconocerlos. Pero sí reconocía las partes sanas, las ponía en funcionamiento y las hacía actuar. Por donde Alvin exploraba, la carne *crecía*.

Hasta que su mente se cansó de tanto pensar y trabajar y cayó dormido, muy a su pesar.

—No quiero despertarlo.

—No hay forma de cambiarle el vendaje sin tocarlo, Fe.

—Pues así sea. Ay, ten cuidado, Alvin. No, déjame a mí...

—He hecho esto antes...

—En terneros, Alvin, no en niños...

Al sintió que algo hacía presión sobre su pierna. Algo tironeaba allí de la piel. El dolor no era tan intenso como el día anterior. Pero era tal su cansancio que ni siquiera podía abrir los ojos. O hacer el menor ruido que permitiera saber a los otros que estaba despierto y que podía escucharlos.

—Santo cielo, Fe, debe de haber sangrado muchísimo durante la noche...

—Mamá, Mary dice que tengo que...

—¡A callar y a volar de aquí, Cally! ¿No ves que tu madre está preocupada con...?

—No hace falta gritarle al pequeño, Alvin. Sólo tiene siete años.

—Siete años son suficientes para que mantenga cerrada la boca y deje en paz a los mayores cuando tienen cosas que... oh, mira eso...

—No puedo creerlo.

—Pensé que veríamos salir el pus como crema de la ubre...

—Más limpia imposible...

—¿Y quieres ver esto? La piel está comenzando a crecer. Tu costura debe haber prendido.

—Ni siquiera me atrevía a pensar que esa piel pudiese sobrevivir.

—Casi no se le ve el hueso por debajo.

—El señor nos está bendiciendo. Recé toda la noche, Alvin, y mira lo que ha hecho Dios.

—Bueno, tendrías que haber orado más fuerte y haber hecho que se curase de una vez. Necesito al niño para unas cuantas tareas.

—No empieces a blasfemar conmigo, Alvin Miller.

—Si hay algo que me saca de quicio es la forma que tiene Dios de andar siempre metiéndose en todo para llevarse los honores. Quizá Alvin sea un buen sanador. ¿No se te había ocurrido?

—Mira. Tus necedades están despertando al niño.

—Ve si quiere un vaso de agua.
—Pues se la pienso dar la quiera o no.
Alvin deseaba agua con todo su ser. Su cuerpo estaba seco, no sólo su boca. Necesitaba reponer lo que había perdido en sangre. Tragó toda la que pudo, de un jarro de latón que le acercaron a los labios. Buena parte del agua le corrió por el cuello y el rostro, pero ni siquiera lo notó. Lo que importaba era el agua que entraba en su vientre. Se recostó y trató de descubrir desde su interior cómo se encontraba la herida. Pero regresar allí era algo demasiado arduo, le era muy difícil concentrarse. Desistió a mitad de camino. Volvió a despertar y pensó que debía de ser de noche, o que habían corrido las cortinas. No podía saberlo porque le era imposible abrir los ojos, y el dolor había regresado. Otra vez lo atenazaba igual que antes, o incluso más. La herida le picaba y casi no podía contener las ganas de rascarse. Pero al cabo de un tiempo pudo descubrir la herida y ayudar nuevamente a que las capas crecieran. Para cuando cayó dormido, había logrado formar una capa delgada y completa de piel sobre la herida. Por debajo, el cuerpo seguía trabajando para renovar los músculos desgarrados y soldar los huesos quebrados. Pero no habría más hemorragias ni heridas abiertas que pudieran infectarse.
—Mire esto, Truecacuentos. ¿Alguna vez ha visto algo así?
—Como la piel de un recién nacido...
—Tal vez esté loco, pero salvo por la tablilla no veo rasón para dejar vendada la pierna ya.
—No se ve ni rastro de la herida. Las vendas ya no hacen falta...
—Quizá mi esposa tenga razón, Truecacuentos. Acaso Dios haya hecho un milagro con mi hijo...
—Eso no demuestra nada. Cuando el niño despierte, tal vez sepa algo acerca de lo sucedido.
—Ni pensarlo. No ha abierto los ojos ni una sola vez.
—Hay algo seguro, señor Miller. El niño no ha de morir. Eso es más de lo que cabía pensar ayer.
—Yo ya pensaba en haser un cajón para enterrarlo, eso pensaba. No veía posibilidad de que siguiera con vida. ¿Y ahora quiere usted ver lo sano que está? Quisiera saber qué o quién está protegiéndolo...
—Sea lo que fuere, señor Miller, el niño es más fuerte. Eso es algo en lo que merece la pena pensar. Su protector partió la rueda en dos, pero Al la devolvió a su forma original y su protector no pudo hacer nada al respecto.
—¿Sabría lo que estaba haciendo?
—Debe de tener cierta noción de sus poderes. Sabía lo que podía hacer con la piedra...
—Jamás oí hablar de un don como ése, para decírselo de una vez. Le conté a Fe lo que hizo con la piedra, cómo la talló sobre el dorso sin poner siquiera la herramienta sobre él, y ella me empesó a leer el Libro de Daniel y a exclamar que se está cumpliendo la profecía. Quería entrar corriendo en la habitación a advertir al niño sobre los pies de barro. ¿No es el colmo? La religión las vuelve locas. No conozco una sola mujer que no se haya vuelto loca con la religión... La puerta se abrió.
—¡Largo de aquí! ¿Eres sordo o tendré que decírtelo veinte veces, Cally? ¿Dónde está su madre que no puede mantener a un mocoso de siete años fuera de...?
—Tenga paciencia con el niño, Miller. Se ha ido, de todas formas.
—No sé qué pasa con él. Desde que Al ha caído en cama veo su rostro por donde quiera que mire. Parece un sepulturero a la espera de un cliente.
—Tal vez le resulte extraño esto de que Alvin se haya herido.
—Con todas las veces que Alvin ha estado a punto de morir...

—Pero jamás se lastimó.
Se hizo un largo silencio.
—Truecacuentos...
—Diga, señor Miller.
—Aquí ha sido usted un amigo para nosotros, a veces a nuestro pesar. Pero me figuro que sigue siendo un viajero...
—Eso soy, señor Miller.
—Lo que quiero desirle... sin prisas, compréndame, pero si en los tiempos próximos piensa viajar más o menos con dirección este, ¿cree que podría llevar una carta por mí?
—Con mucho gusto. Y sin paga. Ni a usted ni a quien la reciba.
—Es muy gentil de su parte. Estuve pensando en lo que dijo. Eso de que un niño necesita ser alejado de ciertos peligros. Y pensé, ¿dónde puede haber gentes a quienes pueda confiarles el niño? No tenemos parientes que valgan la pena en Nueva Inglaterra... Y en cualquier caso, tampoco quiero que al niño me lo críen como un puritano al borde del infierno.
—Me alegra oír eso, señor Miller, porque no tengo muchos deseos de volver a pisar Nueva Inglaterra.
—Si sigue el camino que hisimos al venir del oeste, tarde o temprano llegará a un sitio sobre el río Hatrack, unos cincuenta kilómetros al norte de Hio, no muy lejos de Fort Dekane. Allí hay una posada, o al menos la había, y fuera hay una sepultura donde se lee: «Vigor, quien murió para salvar a los suyos.»
—¿Quiere que lleve al niño?
—No, no. Nunca lo enviaría ahora que ha comensado a nevar. El agua...
—Comprendo.
—Allí hay un herrero, pensé que el niño podría trabajar de aprendiz. Alvin es joven, pero para su edá es corpulento, y calculo que a ese hombre le será de utilidá.
—¿Como aprendiz?
—Bueno, no voy a entregarlo como esclavo. Y no tengo dinero pá pagarle una escuela...
—Llevaré la carta. Pero espero poder quedarme hasta que el niño despierte y despedirme...
—No pensaba enviarlo hoy por la noche. Ni mañana, con semejante nieve de locos...
—No creía que se hubiese dado cuenta del tiempo que hace.
—Jamás dejo de darme cuenta cuando tengo agua bajo los pies. —Rió tristemente y se marchó de la habitación.
Alvin Júnior yacía en la cama, tratando de imaginar por qué *razón* Papá podría querer enviarlo a otro lugar. ¿Acaso no había dado lo mejor de sí durante toda su vida? ¿No había tratado de ayudar cuanto le había sido posible? ¿No había ido a la escuela del reverendo Thrower, aun cuando el predicador lo enfureciera o lo hiciera pasar por estúpido? Y lo principal de todo, ¿acaso no había extraído de la montaña una rueda de molino perfecta, conservándola intacta todo el tiempo y enseñándola por dónde debía ir, y finalmente arriesgando su propia pierna para que no se rompiera? Y ahora querían llevarlo lejos...
¡Aprendiz! ¡De herrero! Hasta ese día no había visto un sólo herrero en su vida. Tenían que cabalgar tres días para llegar a la herrería más cercana, y Papá nunca lo dejaba ir. En toda su vida jamás había estado a más de quince kilómetros de su hogar.
En realidad, cuanto más lo pensaba, más se enfurecía. Mira que les había pedido a Papá y Mamá que lo dejaran andar por el bosque solo, pero ellos, nada. Siempre tenía que ir alguien con él, como si fuera un cautivo o un

esclavo que pensara escapar. Si tardaba más de cinco minutos en regresar de algún lado, ya estaban todos buscándolo. Jamás podía hacer viajes largos. Lo más lejos que había llegado era a la cantera, un par de veces. Y ahora, después de tenerlo encerrado toda su vida como un pavo *de* Navidad, se disponían a llevárselo al fin del mundo.

Era algo tan endiabladamente injusto que las lágrimas se le escaparon de los ojos y le rodaron por las mejillas hasta metérsele en los oídos, lo cual le hizo sentirse tan tonto que no le quedó más remedio que echarse a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Cally. Alvin no le había oído entrar. —¿Estás mejor ahora? Ya no te sangra por ningún lado, Al.

Cally le tocó la mejilla. —¿Lloras porque te duele mucho? Alvin probablemente podría habérselo contado, pero le pareció un esfuerzo imposible abrir la boca y empujar las palabras, de modo que meneó la cabeza suave y lentamente.

—¿Te vas a morir, Alvin? —preguntó Cally. Volvió a sacudir la cabeza. —Ah...

—dijo el pequeño. Parecía tan desilusionado que Alvin se sintió irritado. Lo suficiente como para abrir la boca después de todo.

—Lo siento —gruñó.

—No es justo —dijo Cally—. Yo no quería que te murieras, pero todos desían que ibas a morir. Y entonces pensé cómo sería si yo fuese de pronto el que todos cuidaban. Todos están siempre preocupados por ti, vigilándote, y cada vez que yo digo una palabra se ponen con que sal de aquí, Cally, cierra la boca, Cally, nadie te llamó, Cally, ¿no tendrías que estar en la cama, Cally? No les importa nada de lo que hago. Salvo cuando me pongo a pelear contigo, y entonces dicen: Cally, basta de peleas.

—Para ser un ratón de campo peleas realmente bien —quiso decir Alvin, pero no supo bien si había llegado a mover los labios.

—¿Sabes lo que hice una vez cuando tenía seis años? Me fui. Me perdí en el bosque. Caminé y caminé. Hasta cerré los ojos y di varias vueltas para estar seguro de perder la orientación. Debo haber estado perdido medio día.

¿Alguien vino por mí? Finalmente tuve que dar la vuelta y descubrir solo el camino de regreso. Nadie dijo: ¿dónde has estado todo el día, Cally? Lo único que dijo Mamá fue: tienes las manos susias como el trasero de un caballo flojo de vientre, ve a lavarte.

Alvin volvió a reír, y la risa silenciosa le hizo estremecer el pecho.

—Será divertido para ti. Todos te cuidan...

Esta vez Alvin se esforzó por emitir la voz.

—¿Quieres que me marche?

Cally tardó un buen rato en responder.

—No. ¿Con quién jugaría entonces? Con los zánganos de los primos. Entre ellos no hay uno solo que sepa luchar como se debe.

—Me marchó —susurró Alvin.

—De eso nada. Eres el séptimo hijo varón y jamás te dejarán partir.

—Me marchó...

—Claro que tal como hago las cuentas, el número siete vengo a ser yo. David, Calma, Mesura, previsión, Moderación, Alvin Júnior, que eres tú, y luego yo, es decir, siete.

—Y Vigor...

—Está muerto. Se murió hace mucho tiempo. Alguien tendría que decírselo a Ma y Pa.

Alvin yacía casi exhausto de las pocas palabras que había logrado articular.

Cally no añadió mucho más después de aquello. Se quedó allí sentado, quietecito. Sosteniendo muy fuerte la mano de Alvin. Éste comenzó a perder la conciencia, de modo que no supo bien si Cally había hablado de verdad o si fue un sueño. Pero le oyó decir:

—No quiero que mueras nunca, Alvin. —Y luego agregar—: Ojalá yo fuera tú.
—Pero de todas formas Alvin se perdió en sueños, y cuando volvió a despertar, no había nadie con él y la casa estaba en silencio. Sólo oía los sonidos de la noche: el viento entre las persianas, el tronco crepitando en la chimenea, los maderos encogiéndose de frío.

Una vez más, Alvin se internó en su cuerpo y se abrió paso hasta la herida. Pero en esta ocasión no había mucho que hacer con la piel y los músculos. Tuvo que trabajar sobre los huesos. Le sorprendió que fuera una masa tan esponjosa, cubierta de orificios y no sólida como la piedra de molino. Pero pronto aprendió a andar entre la masa del hueso para poder soldarlo. Y sin embargo, algo no marchaba bien con ese hueso... Algo en la pierna enferma no lograba quedar igual que en la pierna sana. Pero era tan pequeño que no alcanzaba a distinguirlo. Sabía que eso, sea lo que fuere, estaba descomponiendo el hueso.

Era una diminuta zona enferma, pero no podía imaginarse cómo curarla. Era como tratar de recoger copos de nieve del suelo. Cada vez que uno creía haber cogido algo, se convertía en nada, o era tan pequeño que ni se veía. Tal vez se vaya solo, pensó. Tal vez si todo lo demás se cura, ese sitio enfermo del hueso llegue a sanar por sí solo.

Eleanor se demoró en regresar de la casa de su madre. Soldado creía que una esposa debía tener fuertes lazos con su familia, pero llegar a casa al anochecer le parecía demasiado arriesgado.

—Se habla de que hay indios salvajes del sur —dijo Soldado de Dios—. Y tú paseándote por la oscuridad...

—Vine de prisa —se disculpó—. Y conozco el camino en la oscuridad...

—No es cuestión de conocer el camino —le dijo con severidad—. Los franceses ya han empezado a entregar armas de fuego a cambio de cabelleras de blancos. No tentarán a la gente del Profeta, pero habrá más de un choc-taw deseoso de llegarse hasta Fort Detroit y hacerse con algunas cabezas durante el trayecto.

—Alvin no va a morir —dijo Eleanor.

Soldado aborrecía su forma de cambiar de tema. Pero era tal noticia que no podía dejar de preguntar sobre ello.

—Entonces, ¿decidieron cortarles la pierna?

—He visto la pierna. Está mucho mejor. Y esta tarde Alvin Júnior estaba despierto. Hablé un rato con él.

—Me alegro de que haya despertado, Elly, de verdad. Pero no esperarás que esa pierna sane. Una herida tan importante puede que parezca en vías de curación durante un tiempo, pero no tardará en pudrirse.

—Esta vez no creo que eso suceda —comentó ella—. ¿Te preparo la cena?

—Debo haber comido dos panes enteros mientras iba de aquí para allá pensando a qué hora regresaría a casa.

—No es bueno que un hombre eche panza...

—Pues yo tengo la mía, y pide comida como la de cualquiera.

—Mamá me dio un queso. —Lo puso sobre la mesa.

Soldado de Dios tenía sus dudas. Pensaba que los quesos de Fe Miller resultaban tan buenos en gran parte porque debía de hacerle algo a la leche. En realidad, sobre las riberas del Wobbish, sobre Tippy-Canoe y sobre el Creek no había quesos mejores que los de ella.

Lo sacaba de quicio verse haciendo concesiones con la brujería. Y cuando estaba fuera de quicio, no podía dejar que nadie mintiera, aun cuando se daba cuenta de que Elly no quería hablar del tema.

—¿Por qué crees que la pierna no se pudrirá? —Se está curando muy deprisa —repuso ella.

— ¿Cuan deprisa?

—Hum... está casi curada.

—¿Casi?

La mujer se dio la vuelta, levantó los ojos al cielo y comenzó a cortar una manzana para comer con el queso.

—¿Qué quiere decir «casi»? ¿Cuan curada está?

—Ya está curada.

—¿Hace dos días que una rueda de molino le arranca la mitad delantera de la pierna y ya está curada?

—¿Sólo dos días? A mí me parece una semana...

—El calendario dice que han transcurrido dos días —reiteró Soldado de Dios—. Lo cual indica que allí han estado haciendo brujerías.

—Tal como yo leo en los evangelios, el que curaba a la gente no era ningún brujo, precisamente.

—¿Quién ha sido? No me digas que tu padre o tu madre de pronto fueron capaces de hacer algo tan poderoso. ¿Conjuraron a algún demonio?

Ella dio la vuelta, con el cuchillo en la mano, listo para cortar. Sus ojos relampaguearon.

—Papá no será de los que van muy a menudo a la iglesia, pero el diablo jamás ha puesto un pie en nuestra casa.

Eso no era lo que decía el reverendo Thrower, pero Soldado sabía que no debía sacar el tema a conversación.

—Entonces fue ese mendigo...

—Trabaja para ganarse su lecho y su comida. Tan duro como cualquiera.

—Dicen que conocía a ese brujo de Ben Franklin. Y a ese ateo de los Apalaches, Tom Jefferson.

—Cuenta buenas historias. Y tampoco él curó al niño.

—Pues bien, alguien lo hizo...

—Tal vez se curó él solo. De todas formas, la pierna aún está quebrada. De modo que no es un milagro ni nada de eso. Sólo se está curando deprisa.

—Aja. Tal vez se cure deprisa porque el diablo se ocupa de cuidar a los suyos...

Ella dio la vuelta y el hombre vio la expresión de sus ojos. Casi deseó no haberlo dicho. Pero, caracoles, el reverendo Thrower decía que el pequeño era más malo que la bestia del Apocalipsis.

Bestia o niño, seguía siendo el hermano de Elly, y aunque fuera la mujer más tranquila del mundo casi todo el rato, cuando se encolerizaba podía resultar terrorífica.

—Retira eso —dijo.

—Pero vaya tontería. ¿Cómo voy a retirar algo que ya he dicho?

—Diciendo que sabes que no es así.

—No sé, si es así o no es así. Dije tal vez, y si un hombre no puede decirle algún tal vez a su mujer cuando le viene en gana, más vale estar muerto.

—Sí, estoy de acuerdo en eso —replicó—. Y si no retiras lo que dijiste, desearás estar muerto. —Y comenzó a acercarse a él con dos mitades de manzana, una en cada mano.

Aun enfurecida de verdad, casi siempre que ella iba tras él de ese modo, si él la dejaba que lo persiguiera, terminaba riendo. Pero no esa vez. Le aplastó una parte de la manzana en el cabello y le arrojó la otra al cuerpo. Y luego se sentó en la habitación de arriba, llorando a moco tendido.

No era de las que lloran, por lo que Soldado entendió que se le había ido la mano.

—Retiro lo dicho, Elly —dijo—. Es un buen chico, lo sé.

—Ah, no me importa lo que pienses —se lamentó—. De todas formas, tú no sabes nada de nada.

No había muchos maridos que permitieran hablar de ese modo a sus mujeres sin cruzarles la cara de un revés. Soldado de Dios deseaba a veces que su esposa Elly agradeciera la ventaja de tener un marido cristiano.

—Sé un par de cosas, mujer —le respondió.

—Lo enviarán a otro lugar —contó Eleanor—. Cuando llegue la primavera, lo mandarán de aprendiz. No está muy contento, puedo asegurarlo, pero no se ha opuesto. Sólo está tendido en la cama, hablando en voz muy baja, pero mirándome a mí y a todos como si estuviese despidiéndose sin parar.

—¿Por qué quieren enviarlo a otro sitio?

—Ya te lo he dicho. Para que haga de aprendiz.

—Por la forma en que consienten a ese niño, apenas puedo creer que lo pierdan de vista...

—No hablan de nada cercano. Al otro lado del territorio del Hio, cerca de Fort Dekane, bien al este. A mitad de camino rumbo al océano...

—Sabes... si uno lo piensa, tiene sentido...

—¿Eso crees?

—Ahora que surgen problemas con los pieles rojas, quieren que desaparezca. Los demás pueden exponerse a recibir un flechazo en pleno rostro, pero nunca Alvin Júnior...

Ella lo miró con desprecio.

—A veces eres tan suspicaz que me dan ganas de vomitar, Soldado de Dios.

—Decir las cosas tal como son no es ser suspicaz.

—Tú no sabes distinguir una cosa real de una rutabaga...

—¿Vas a limpiar esta manzana con que me has embadurnado el pelo o tendré que hacer que me la laves con la lengua?

—Supongo que algo tendré que hacer con ella, o me ensuciarás todas las sábanas limpias.

Truecacuentos se sentía casi como un ladrón por llevarse tantas cosas consigo al partir. Dos pares de calcetines gruesos. Una manta nueva. Un abrigo de piel. Queso y cecina. Una buena piedra de afilar.

Y otras cosas que ellos ni siquiera imaginaban haberle dado. Un cuerpo descansado, libre de dolores y magulladuras. Un paso vivaz. El recuerdo de unos rostros sanos. Y relatos. Relatos atesorados en la parte sellada de su libro, que él mismo escribió. E historias verídicas penosamente escritas con sus propias manos.

Pero él los retribuyó con justicia. O se esforzó por hacerlo. Tejados reparados para el invierno y otros trabajos aquí y allá. Y más importante aún: habían visto un libro con la escritura del propio Ben Franklin, con frases de Tom Jefferson, Ben Arnold, Pat Henry, John Adams, Alex Hamilton. Hasta de Aaron Burr, de antes del duelo, y de Daniel Boone, de después. Antes de que llegara Truecacuentos, eran parte de su familia y parte del territorio del Wobbish y nada más. Ahora pertenecían a historias mucho más amplias. La guerra de la independencia de los Apalaches. El Pacto Americano. Vieron su propio periplo a través de la espesura como una huella entre muchas, y sintieron el vigor de la trama que formaban tantas hebras entretrejidas. No era un tapiz, sino una alfombra. Una buena alfombra, sólida, gruesa, sobre la cual podrían transitar generaciones enteras de americanos que vendrían tras ellos. Allí había un poema; alguna vez se ocuparía de dar forma a ese poema.

Les dejó algunas cosas más. Un hijo amado que él mismo había apartado de una rueda de molino que caía. Un padre que ahora tenía fuerzas para alejar a su hijo antes de acabar con él. Un nombre para la pesadilla de un joven, para

que pudiera comprender que su enemigo era real. Un aliento hecho susurro para que un niño herido se curara.

Y un único dibujo, grabado a fuego en una fina placa de roble con la punta de un cuchillo al rojo. Tendría que haber trabajado con cera y ácido sobre metal, pero en ese lugar no disponía de nada semejante. De modo que grabó las líneas sobre la madera e hizo lo que pudo. Era la imagen de un joven sorprendido en mitad del río durante una tormenta, atrapado entre las raíces de un árbol a la deriva, luchando por respirar, mirando la muerte de frente y sin temor. En la Academia de Artes de Lord Protector no habría ganado más que burlas, tal era su sencillez. Pero al verlo, la buena de Fe se echó a llorar y lo estrechó entre sus brazos, y sobre él derramó sus lágrimas como las últimas gotas que caen de los aleros después de la llovizna. Y Alvin padre al verlo, asintió y dijo:

—Ésta es su visión, Truecacuentos. Jamás lo ha visto, y sin embargo la expresión de su rostro fue exactamente ésta. Es Vigor. Es mi hijo... —Y luego también rompió a llorar.

Lo pusieron sobre la chimenea. Tal vez no fuera una obra de arte, pensó Truecacuentos, pero era verdad, y para estas gentes significaba más de lo que cualquier retrato representaría para un viejo lord o un parlamentario barrigudo de Londres, Camelot, París o Viena.

—La mañana está ya avanzada —dijo la buena de Fe—. Debe marcharse bastante antes de que oscurezca.

—No podéis culparme por no querer irme. Pero estoy feliz de que me hayáis confiado esta misión, y no os defraudaré. Se palmeó el bolsillo, donde llevaba la carta destinada al herrero del río Hatrack.

—No puede irse sin despedirse del niño —aseveró Miller.

Lo había postergado todo lo que le fue posible. Asintió una vez y luego se levantó de la cómoda silla que lo retenía junto al calor del hogar, para ir hacia la habitación donde había dormido los mejores sueños de su vida. Era bueno ver los ojos de Alvin Júnior bien abiertos y el rostro tan vivaz. Ya no tenía la expresión alicaída y desencajada de dolor que antes le viera. Pero el dolor seguía allí. Truecacuentos lo sabía.

—¿Te marchas? —le preguntó el pequeño.

—Ya me he ido. Sólo me faltaba decirte adiós.

Alvin parecía algo enfadado.

—¿Conque no piensas dejarme escribir en tu libro?

—Sabes bien que no todos lo hacen...

—Papá lo hizo. Y también Mamá.

—Y Cally.

—Apuesto a que debe ser gracioso —dijo Alvin—. Escribe como un... como un...

—Como un niño de siete años. —Era una reprimenda, pero Alvin no tenía intención de mostrarse rebelde con el hombre.

—¿Y entonces? ¿Por qué yo no? ¿Por qué sí Cally y yo no?

—Porque sólo dejo que los demás escriban lo más importante que han hecho o visto con sus propios ojos. ¿Qué habrías escrito tú?

—No lo sé. Tal vez habría contado lo de la piedra de molino.

Truecacuentos hizo un gesto elocuente.

—Entonces quizá contaría mi visión. Eso es importante. Tú mismo lo dijiste.

—Y eso ya está escrito en otra parte del libro...

—Quiero escribir en el libro —dijo—. Quiero que allí esté mi frase, junto con la de Ben el Hacedor...

—Todavía no —rehusó Truecacuentos.

—¿Cuándo?

—Cuando hayas derrotado a ese Deshacedor, niño. Entonces te dejaré escribir en mi libro.

—¿Y si nunca lo derroto?

—Ah... En ese caso no creo que este libro sirva de mucho...

Los ojos de Alvin se llenaron de lágrimas.

—¿Y si muero?

Truecacuentos sintió un escalofrío de miedo.

—¿Cómo va tu pierna?

El niño se encogió de hombros. Parpadeó y las lágrimas desaparecieron.

—Eso no es una respuesta, niño.

—No dejará de doler.

—Así será hasta que el hueso termine de soldar.

Alvin sonrió lánguidamente.

—El hueso ya está soldado.

—¿Y entonces por qué no caminas?

—Me duele, Truecacuentos. El dolor jamás se va. En el hueso ha quedado un sitio malo, y no he podido descubrir cómo curarlo,

—Encontrarás la forma.

—Todavía no la he encontrado.

—Un viejo cazador de pieles me dijo una vez: «No importa si uno empieza por el esternón o por el trasero; cualquier forma de desollar a una pantera está bien.»

—¿Es un proverbio?

—Casi. Encontrarás una forma, aun cuando no sea la que esperas.

—Nada es lo que espero —dijo el niño—. Nada resulta como lo imaginé.

—Tienes diez años, amigo. ¿Ya estás cansado del mundo?

Alvin no cesaba de enroscar sábanas y frazadas entre los dedos.

—Truecacuentos, voy a morir...

Truecacuentos estudió su rostro, tratando de hallar en él la muerte. Pero no la encontró.

—No lo creo.

—Ese sitio malo en la pierna... Está creciendo. Lentamente, pero está creciendo. Es invisible, y va comiendo las partes duras del hueso. Dentro de un tiempo lo hará más rápido y más rápido y...

—Y te Deshará.

Alvin comenzó a llorar, y esta vez de verdad. Sus manos temblaban.

—Tengo miedo de morir, Truecacuentos, pero lo tengo dentro y no puedo hacer que se vaya...

Truecacuentos posó su mano sobre la del niño para acallar su temblor.

—Encontrarás el modo. Tienes mucho por hacer en este mundo para morir tan pronto.

—Es la idiotez más grande que he oído este año. Porque alguien tenga que hacer muchas cosas no se salvará de morir...

—Pero eso significa que no moriré de buena gana.

—Yo no tengo ganas de morir.

—Por eso hallarás la manera de vivir.

Alvin permaneció en silencio unos instantes.

—He estado pensando. En qué haré si sobrevivo. Como lo que he hecho para que mi pierna se compusiera. Puedo hacerlo por los demás, ¿no puedo posar mis manos sobre ellos y sentir cómo son por dentro, y *arreglar lo* que esté mal. ¿No sería algo bueno?

—Todos aquellos a quienes curaras te adorarían por ello.

—Supongo que la primera vez habrá sido la más difícil. Y cuando lo hice no estaba precisamente en forma. Seguro que puedo hacerlo más rápido con los demás...

—Tal vez. Pero aun cuando cures a cien enfermos por día, y vayas al pueblo vecino y cures a otros cien, habrá diez mil que morirán detrás de ti, y diez mil más adelante, y para cuando mueras, también lo habrán hecho casi todos los que curaste. Alvin apartó la mirada.

—Si sé cómo curarlos, Truecacuentos, debo hacerlo.

—Debes curar a quienes puedas sanar. Pero ésa no ha de ser la labor de tu vida. Ladrillos del muro, Alvin, eso es lo que serán. Nunca llegarás a tiempo si piensas reparar los ladrillos en ruinas. Cura a los que se crucen en tu camino, pero la labor de tu vida es mucho más profunda que ésa.

—Sé cómo curar a la gente. Pero no sé como derrotar al Des... al Deshacedor. Ni siquiera sé lo que es.

—Aun así, mientras seas el único capaz de verlo, también serás el único que pueda tener esperanzas de vencerlo.

—Tal vez.

Se hizo otro largo silencio. Truecacuentos sabía que era el momento de marcharse.

—Espera...

—Debo irme ya.

Alvin lo aferró de la manga.

—Todavía no.

—Ya es hora.

—Al menos... al menos déjame leer lo que han escrito los demás.

Truecacuentos tomó su morral y extrajo el estuche con el libro.

—No puedo prometerte explicar lo que han querido decir—le previno, mientras sacaba el libro de la cubierta que lo protegía de la humedad.

Alvin no tardó en encontrar las frases más recientes.

Con la letra de su madre: «Vigor empuja un tronco y no muere asta que el niño nació.»

Con la escritura de David: «Una piedra de molino se habré en dos y luego estaba hunida otra vez sin una sola raja.»

Con los trazos de Cally: «Un sétimo ijo.»

Alvin levantó la vista.

—No está hablando de mí, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Truecacuentos.

Alvin volvió a posar los ojos sobre el libro. Y con letra de su padre: «No mata a un ninio porque un estraño yega a tiempo.»

—¿De qué habla Papá? —preguntó Alvin.

Truecacuentos tomó el libro en sus manos y lo cerró.

—Encuentra la forma de curar esa pierna —le dijo. Hay muchas más almas que tú que necesitan que esté bien fuerte. No es por tu propio bien, ¿recuerdas?

Se inclinó y besó al niño en la frente. Alvin extendió sus brazos y lo aferró con todas sus fuerzas, y se colgó de él con tal desesperación que Truecacuentos no pudo incorporarse sin levantar al niño consigo. Al cabo de un tiempo, tuvo que separar los brazos del pequeño de su cuello. En su mejilla sintió la humedad de las lágrimas de Alvin. pero no se limpió el rostro. Dejó que la brisa las secara mientras avanzaba lentamente por el sendero yermo y helado, a izquierda y derecha del cual se extendían campos de nieve medio derretida.

Se detuvo un instante sobre el segundo puente cubierto. El tiempo preciso para preguntarse si alguna vez volvería a este lugar, o si los vería nueva-

mente. O si podría incluir en su libro la frase de Alvin Júnior. Si fuera profeta lo sabría. Pero no tenía la más mínima idea.
Echó a andar, y sus pies se encaminaron hacia la montaña.

Capítulo 13 CIRUGÍA

El Visitante se sentó cómodamente sobre el altar, reclinándose informalmente sobre su brazo derecho. Su cuerpo adquirió una garbosa expresión. El reverendo Thrower había visto una pose así de desenvuelta en un libertino de Camelot, un lujurioso que claramente despreciaba todo aquello que representaban las iglesias puritanas de Inglaterra y Escocia. Thrower se sintió bastante incómodo al ver que el Visitante adoptaba una pose tan irreverente. —¿Por qué? —preguntó el Visitante—. El hecho de que tú sólo puedas controlar tus pasiones carnales sentándote erguido en una silla, con las rodillas juntas y las manos delicadamente dispuestas sobre el regazo, con los dedos firmemente entrelazados, no significa que yo deba hacer lo mismo. Thrower se sintió incómodo.

—No es justo castigarme por mis pensamientos.

—Lo es, cuando tus pensamientos pretenden juzgarme por mis acciones. Ten cuidado con la arrogancia, amigo mío. No te creas tan recto como para poder juzgar los actos de los ángeles...

Era la primera vez que el Visitante se llamaba a sí mismo ángel.

—No me he llamado nada —dijo el Visitante—. Debes aprender a controlar tus pensamientos, Thrower. Extraes conclusiones con demasiada facilidad.

—¿Qué motiva tu aparición?

—Tiene que ver con el que ha hecho este altar —comenzó el Visitante. Palmeó una de las cruces que Alvin Júnior había grabado a fuego sobre la madera.

—He hecho cuanto he podido, pero el niño es ingobernable. Duda de todo y contesta a todas las cuestiones de teología como si tuviera que satisfacer las mismas pruebas de lógica y consistencia que prevalecen en el mundo de la ciencia.

—En otras palabras, espera que tus doctrinas tengan sentido.

—No está dispuesto a aceptar la idea de que algunas cosas son misterios, sólo comprensibles a la mente de Dios. La ambigüedad lo vuelve insolente y la paradoja provoca una franca rebelión.

—Es un niño molesto...

—De lo peor que he visto —manifestó Thrower.

Los ojos del Visitante relampaguearon. Thrower sintió una punzada en el corazón.

—Lo he intentado —dijo Thrower—. He intentado convertirlo para que sirviera al Señor. Pero la influencia de su padre...

—Es propio del débil culpar de sus fracasos a la fortaleza de los demás.

—¡Aún no he fracasado! —atajó Thrower—. Me dijiste que tenía tiempo hasta que el niño tuviera catorce años...

—No. Te dije que yo tenía tiempo hasta que él tuviera catorce años. Tú sólo lo tendrás mientras él viva aquí.

—No he sabido que los Miller se mudaran. Acaban de poner en su sitio una rueda de molino y comenzaran la molienda en primavera. No se marcharían sin...

El Visitante se puso de pié.

—Permíteme presentarte un caso, reverendo Thrower. Puramente hipotético. Supongamos que estuvieras en una habitación con el peor enemigo de todos los que tengo. Supongamos que él estuviera enfermo y que yaciera indefenso en cama. Si se recuperara, sería puesto fuera de tu alcance, y de ese modo podría destruir todo lo que tú y yo amamos en este mundo. Pero si muriera, nuestra gran causa estaría a salvo. Ahora supón que alguien pusiera un

cuchillo en tu mano y te suplicara que efectuaras una delicada operación de cirugía sobre el niño. Y supón que tu pulso fallara, siquiera una pizca, y tu cuchillo cortara una arteria importante. Y supón que si tan sólo te demoraras unos instantes, perdería sangre con tanta prisa que moriría en cuestión de minutos. En ese caso, reverendo Thrower, ¿cuál sería tu misión?

Thrower no podía creerlo. Toda su vida se había preparado para enseñar, persuadir, exhortar, exponer. Jamás para llevar a cabo un acto sanguinario del calibre del que le sugería el Visitante.

—No estoy hecho para estas cosas —aseguró.

—¿Estás hecho para el reino de Dios? — preguntó el Visitante.

—Pero el Señor ha dicho «No matarás».

—¿Ah, sí? ¿Eso es lo que dijo a Josué cuando lo envió a la tierra prometida?

¿Es eso lo que dijo a Saúl cuando lo envió contra los amalecitas?

Thrower pensó en esos oscuros pasajes del Viejo Testamento, y tembló de miedo, sólo de pensar en intervenir en semejantes actos.

Pero el Visitante no cedió.

—El sacerdote Samuel ordenó al rey Saúl que matara a todos los amalecitas, hombres o mujeres, y a todos los niños. Pero Saúl no tuvo agallas para eso. Salvó al rey de los amalecitas y lo trajo con vida. Y por ese crimen de desobediencia, ¿qué hizo el Señor?

—Escogió a David para que reinara en su lugar.

El Visitante se acercó a Thrower, horadándolo con el fuego de su mirada.

—Y entonces Samuel, el gran sacerdote, el dulce siervo de Dios, ¿qué hizo?

—Llamó a Agag, rey de los amalecitas, e hizo que lo trajeran ante él.

Pero el Visitante no pensaba ceder.

—¿Y qué más hizo Samuel?

—Lo mató —murmuró Thrower.

—¿Qué dicen las escrituras que hizo? —rugió el Visitante. Las paredes de la iglesia temblaron y el vidrio de las ventanas se estremeció.

Thrower lloró de miedo, pero pronunció las palabras que le exigía el Visitante:

—Samuel cortó en pedazos a Agag... en presencia del Señor.

Ahora el único sonido en toda la iglesia era la propia respiración entrecortada de Thrower, que trataba de controlar sus sollozos histéricos. El Visitante le sonreía con ojos desbordantes de amor y perdón. Y luego desapareció.

Thrower se postró de rodillas ante el altar y oró. Oh, Padre, moriría por Ti, pero no me pidas que mate. Aparta este cáliz de mis labios. Soy demasiado débil, soy indigno, no deposites este peso sobre mis hombros.

Sus lágrimas cayeron sobre el altar. Escuchó un siseo y se alejó de él de un salto, sorprendido. Sus lágrimas corrieron por la superficie del altar como agua sobre una plancha al rojo, hasta que finalmente se evaporaron.

«El Señor me ha repudiado —pensó—. Juré servirlo como me lo pidiese, y ahora que me encomienda algo difícil, que me ordena ser tan fuerte como los grandes profetas de la antigüedad, me descubro siendo una vasija rota en manos del Señor. No puedo contener el destino que Él ha querido verter en mí.»

La puerta de la iglesia se abrió. Una ráfaga de viento helado se deslizó presurosa sobre el suelo y al llegar al cuerpo del reverendo lo hizo estremecer.

Levantó la vista, temiendo que fuese un ángel enviado para depararle su castigo.

Pero no era ningún ángel. Sólo Soldado de Dios Weaver.

—No quería interrumpir su plegaria... —se disculpó Soldado.

—Pase —dijo Thrower—. Cierre la puerta. ¿Qué puedo hacer por usted?

—No se trata de mí.

—Venga. Siéntese aquí. Cuénteme.

Thrower esperaba que acaso la llegada de Soldado de Dios en ese preciso momento fuese una señal de Dios. Un miembro de la congregación que llegase a ayudarlo justo después de orar... seguramente el Señor le hacía saber que, después de todo, lo había aceptado. ,

—Se trata del hermano de mi mujer —comenzó Soldado de Dios—. El niño, Alvin Júnior.

Thrower sintió que un escalofrío de temor lo atravesaba hasta los huesos.

—Lo conozco. ¿Qué sucede con él?

—Sabe que se aplastó una pierna...

—Algo oí decir.

—¿Por casualidad no fue a visitarlo para verlo antes de que curase?

—He llegado a pensar que no soy bien recibido en esa casa.

—Bueno, permítame que le cuente. Fue un feo accidente. Se le desprendió una zona muy grande de piel. Se le fracturaron los huesos. Pero dos días más tarde estaba totalmente curado. Ni siquiera podía verse la cicatriz. Tres días más tarde ya caminaba...

—No debe haber sido tan malo como usted lo cuenta.

—Se lo estoy diciendo: se le rompió la pierna, y la herida fue grave. Toda la familia creyó que el niño moriría. Me pidieron que comprara clavos para hacer un ataúd. Y estaban tan afligidos que yo creía que también habría que enterrar al padre y a la madre.

—Entonces no puede estar tan sano como usted dice...

—Bueno, no está totalmente curado, y por eso he venido a verlo a usted. Sé que no cree en estas cosas, pero le digo que de algún modo tienen que haber embrujado al niño para que sanara. Elly dice que el mismo niño fue quien se embrujó. Estuvo caminando algunos días, sin andar con muletas siquiera. Pero el dolor nunca se le fue. Ahora dice que en el hueso hay un sitio enfermo. También tiene fiebre.

—Todo tiene una explicación perfectamente natural —dijo Thrower.

—Bueno, sea como fuere, tal como yo lo veo, el niño ha invitado al demonio con sus brujerías y ahora el demonio lo está devorando por dentro en vida. Y como usted es un ministro ordenado de Dios, pensé que tal vez pudiera expulsar de él a ese diablo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

Las supersticiones y las brujerías eran una insensatez, desde luego, pero ahora que Soldado traía la posibilidad de que un diablo habitara dentro del niño, aquello le parecía razonable y coherente con lo que le había dicho el Visitante. Tal vez el Señor quisiera que exorcizara al pequeño, que expulsara al diablo que había en él, y no que lo matara. Era una oportunidad de redimirse de la falta de voluntad demostrada minutos atrás. cuenta...

—Iré —dijo—, Buscó una pesada capa y la extendió sobre sus hombros.

—Más vale que se lo advierta: nadie me pidió que fuera a buscarlo...

—Estoy preparado para hacer frente a la ira de los infieles. Lo que me preocupa es la víctima del diablo, y no esa familia necia y supersticiosa.

Alvin yacía en cama, ardiendo de fiebre. A plena luz del día, mantenían cerradas las celosías para que la luz no le hiriera en los ojos. Pero de noche las hacía abrir para que entrara algo de aire fresco, que respiraba con alivio. Durante los pocos días que había podido caminar había visto la nieve que cubría el valle. Trataba de imaginarse enterrado bajo ese manto de blancura. Sería un reposo para el fuego abrasador que consumía su cuerpo.

No podía ver cosas tan diminutas en su interior. Lo que hacía con los huesos, con los haces de músculos y capas de piel era más difícil que hallar las grietas

de la cantera de piedra. Pero podía sentir las rutas que surcaban el laberinto de su cuerpo, hallar las grandes heridas, ayudarlas a que se cerraran. Pero casi todo lo que sucedía era demasiado pequeño y rápido para que pudiera comprenderlo. Veía el resultado, pero no podía ver las piezas, no podía descubrir cómo sucedía.

Así ocurría con ese punto malo que tenía en el hueso. Era una zona diminuta que se estaba pudriendo, debilitando. Podía sentir la diferencia entre el lugar malo y el hueso sano, podía descubrir los límites de la enfermedad. Pero no era capaz de ver lo que sucedía en realidad. No sabía repararlo. Iba a morir. No estaba solo en la habitación. Lo sabía. Siempre había alguien sentado junto a él. Abría los ojos y veía a Mamá, o a Papá, o a alguna de las niñas. A veces era alguno de sus hermanos, aunque ello significara dejar a su esposa y sus quehaceres. Para Alvin era un alivio, pero también una carga. Pensaba que debía apresurarse a morir para que todos pudieran retornar a sus vidas habituales.

Esa tarde era Mesura quien lo acompañaba. Alvin le dijo qué tal cuando entró, pero no había mucho de qué hablar. ¿Qué tal? Bien, gracias, me estoy muriendo, ¿y tú? Era un poco difícil mantener una conversación.

Mesura le contaba cómo él y los mellizos habían tratado de cortar una piedra de moler. Escogieron una piedra más blanda que la otra con que Alvin solía trabajar, pero así y todo les llevó un trabajo de mil demonios.

—Por último, tuvimos que desistir —confesó—. Tendrá que esperar hasta que puedas subir a la montaña y cortar una piedra para nosotros...

Alvin no respondió, y después de eso nadie dijo una palabra.

Alvin permaneció allí tendido, sudando, sintiendo cómo *crecía* la descomposición de su hueso en forma lenta pero inexorable. Su hermano le tomaba la mano, sentado cerca de su lecho.

Mesura comenzó a silbar.

El sonido sorprendió a Alvin. Estaba tan inmerso dentro de sí que le pareció que provenía de una gran distancia y que debía viajar mucho para descubrir de dónde surgía esa música.

—Mesura... —gritó, pero su voz apenas fue un susurro.

El silbido cesó.

—Lo siento —se disculpó Mesura—. ¿Te molesta?

—No —dijo Alvin.

Mesura volvió a silbar. Era una melodía extraña, que Alvin no recordaba haber oído antes. En realidad, no parecía ninguna melodía. Nunca se repetía, cada vez seguía con notas distintas, como si Mesura la estuviera inventando sobre la marcha. Y mientras Alvin yacía y escuchaba, la melodía se le antojó como una especie de mapa que serpenteaba por entre la espesura. Comenzó a seguirla. No es que viera nada, como podría hacer con un mapa de verdad. Pero sí le mostraba siempre el centro de las cosas, y todo lo que pensaba, lo pensaba como si estuviera de pie en ese lugar. Casi podía ver todo lo que había pensado antes, mientras trataba de descubrir alguna forma de enmendar ese sitio descompuesto en su hueso, sólo que ahora lo hacía desde una gran distancia, tal vez desde lo alto de una montaña o un claro, desde donde podía ver mejor.

Esta vez pensó en algo que nunca antes se le había ocurrido. Cuando la pierna se quebró y la piel se le cayó, todos veían lo mal que estaba, pero nadie podía ayudarlo, estaba solo. Tuvo que arreglarlo todo desde dentro.

Ahora, en cambio, nadie podía ver la herida que lo estaba matando. Y aun cuando él sí la veía, no había nada que la mejorase.

Así, quizás esta vez algún otro pudiera sanarlo, pero no por medio de ningún poder oculto. Sólo mediante la vieja y cruenta cirugía.

—Medura —murmuró.
—Aquí estoy —le respondió su hermano.
—Sé de qué forma puede curarse la pierna —dijo.
Medura se le acercó. No abrió los ojos, pero sintió su aliento contra la mejilla.
—Ese sitio malo que hay dentro del hueso está creciendo, pero aún no se ha extendido mucho. No puedo mejorarlo, pero calculo que si alguien corta esa parte del hueso y la extirpa de la pierna, yo podría curar el resto.
—¿Cortarla?
—Esa sierra que usa Papá para cortar la carne... Creo que con eso podría hacerse el truco que estoy pensando...
—Pero no hay un solo cirujano en cientos de kilómetros a la redonda...
—En ese caso, más vale que alguien aprenda deprisa, o si no me veréis muerto.
Ahora Medura respiraba con ansiedad.
—¿Crees que cortándote el hueso podríamos salvarte la vida?
—Es lo mejor que se me ocurre.
—Pero podría estropearle la pierna de verdad... —sopesó el hermano.
—Qué me importará eso si me muero. Y si vivo, valdrá la pena arriesgarme a tener una pierna estropeada.
—Voy a buscar a Papá. —Medura apartó la silla y salió de la habitación a grandes zancadas.
Thrower dejó que Soldado de Dios fuera por delante al llegar al patio de los Miller. No les sería tan fácil rechazar al esposo de la hija. Pero sus temores fueron infundados. La buena de Fe abrió la puerta, y no su esposo pagano.
—Pero reverendo Thrower, ¿cómo es que ha sido tan gentil de detenerse en nuestra casa? —le dijo.
El regocijo de su tono era ficticio, si su rostro compungido decía la verdad. Últimamente no debían de haber dormido muy bien en esa casa.
—Lo he traído conmigo, Mamá Fe —manifestó Soldado—. Sólo ha venido porque se lo pedí.
—El pastor de nuestra iglesia es bien acogido en esta casa cuando quiera que le plazca pasar por aquí —declamó la mujer.
Los condujo a la sala grande. Un grupo de niñas que hacía labores cerca de la chimenea levantó la mirada para contemplarlo. El más pequeño, Cally, hacía sus deberes sobre una pizarra, y escribía con un tizón chamuscado;
—Me alegra verte haciendo tus tareas —le dijo Thrower.
Cally se limitó a mirarlo. Había un dejo de hostilidad en sus ojos. Aparentemente, al pequeño le molestaba que su maestro juzgara sus quehaceres también en casa, sitio que supuestamente era como una especie de santuario.
—Lo estás haciendo muy bien —le animó Thrower, tratando de tranquilizar al niño. Cally no respondió. Se limitó a fijar la vista en su trabajo nuevamente y siguió garabateando palabras.
Soldado de Dios expuso el motivo de la visita sin más preámbulos.
—Mamá Fe, hemos venido por Alvin. Sabe cómo pienso con respecto a las brujerías, pero nunca he dicho una sola palabra en contra de lo que pudierais hacer dentro de vuestra propia casa. Siempre pensé que se trataba de vuestros propios asuntos, y no de los míos. Pero ese niño está pagando el precio de las malas influencias que habéis dejado actuar en esta casa. Ha embrujado su pierna y ahora hay un demonio dentro de él, matándolo, y he traído al reverendo Thrower para que expulse a ese diablo de su interior. La buena de Fe se mostró extrañada.
—En esta casa no hay ningún demonio...

Ay, pobre mujer, pensó Thrower. Si supieras cuánto hace que el diablo mora en este lugar...

—Es posible acostumbrarse hasta tal punto a la presencia del diablo que resulta difícil reconocer que está presente...

Se abrió una puerta cerca de las escaleras y el señor Miller entró en la sala.

—No seré yo —decía—. No acercaré un cuchillo a la pierna del niño.

Cally dio un salto al escuchar la voz de su padre y salió corriendo hacia él.

—Soldado trajo a Thrower, Papá, para que matara al diablo.

El señor Miller dio la vuelta, con el rostro surcado por emociones imposibles de precisar, y miró a los visitantes como si apenas los reconociera.

—En esta casa he puesto eficaces conjuros... —dijo la buena de Fe.

—Esos conjuros son una convocatoria al demonio —repuso Soldado de Dios—.

Usted cree que protegen su casa, pero en realidad alejan al Señor.

—Jamás ha entrado ningún diablo en este lugar —insistió ella.

—No por sí mismo —explicó Soldado—. Usted lo llamó con tanto conjuro de aquí y de allá. Usted obligó al Espíritu Santo a abandonar esta casa con sus hechizos y su idolatría, y al haber desterrado el bien de su hogar, naturalmente los diablos lo ocuparon. Siempre intervienen cuando ven la menor oportunidad de hacer maldades.

Thrower se preocupó un poco. Soldado de Dios hablaba demasiado de cosas de las que en realidad sabía muy poco. Habría sido mejor que simplemente pidiera permiso para que Thrower orase por el niño al lado de su lecho. Ahora Soldado de Dios estaba delimitando un campo de batalla allí donde nunca debía haberlo habido.

Y sea lo que fuere aquello que ocupaba los pensamientos de Miller en ese momento, sin duda no era la mejor ocasión para provocarlo. Avanzó lentamente hacia Soldado de Dios.

—¿Me estás diciendo que lo que irrumpe en casa de un hombre para provocar maldades es el diablo?

—Lo tengo como alguien que ama a Nuestro Señor Jesucristo... —comenzó Soldado, pero antes de poder proseguir con su testimonio, Miller ya lo había cogido por la hombrera de la chaqueta y la cintura del pantalón para encaminarlo hacia la puerta.

—¡Más vale que alguien abra esa puerta! —rugió Miller—. O en medio de ella quedará un agujero de esos que no se olvidan.

—¿Qué crees que estás haciendo, Alvin Miller? —gritó su esposa.

—¡Expulsando a los demonios! —explotó Miller. Cally ya había abierto la puerta de par en par. Miller llevó a su yerno hasta la salida y lo echó volando de un empujón. El grito furioso de Soldado de Dios quedó ahogado por la nieve que había sobre el suelo, pero después de eso no hubo ocasión de seguir oyendo sus improperios, pues Miller cerró la puerta y puso la tranca.

—¿Te crees tan gran hombre —preguntó la buena de Fe— para arrojar de tu casa al esposo de tu propia hija?

—Sólo hice lo que, según él, deseaba el Señor —dijo Miller.

Y luego se volvió hacia el pastor.

—Soldado de Dios no habló por mí —lo atajó Thrower.

—Si llegas a poner una mano sobre un hombre de la iglesia —advirtió la buena de Fe—, dormirás en una cama fría por el resto de tus días.

—Jamás pensaría en tocar a este hombre —dijo Miller—. Pero tal como yo lo entiendo, igual que yo me mantengo fuera de sus dominios, él debiera permanecer alejado de los míos.

—Tal vez usted no crea en el poder de la oración —aventuró Thrower.

—Supongo que depende de quién eleve las plegarias y quién las escuche

—repuso Miller.

—Aun así —prosiguió Thrower—, su esposa cree en la religión de Jesucristo, en la cual he sido ordenado ministro. Es su creencia, y la mía, que el hecho de que pueda rezar al lado del niño podría ser expeditivo para su curación.

—Si usa mesejantes palabras en sus oraciones —observó Miller—, ya es un milagro que el mismo Señor sepa de lo que habla.

—Aunque usted no crea que esa oración pueda ser de ayuda —argumentó Thrower—, por cierto que daño no ha de hacer, ¿verdad?

Miller pasó la mirada de Thrower a su esposa, y de ésta a aquél. Thrower no tenía la menor duda de que si Fe no hubiera estado allí, él habría terminado masticando nieve al lado de Soldado de Dios. Pero Fe estaba allí, y ya había pronunciado la amenaza de Lisístrata. Un hombre no llega a tener catorce hijos si el lecho de su esposa no le resulta atractivo. Miller cedió.

—Entre, pero no fastidie mucho al pequeño.

Thrower asintió graciosamente.

—Serán sólo unas horas.

—¡Minutos! —insistió Miller. Pero Thrower ya se había dirigido hacia la puerta que daba a las escaleras y Miller no hizo nada por detenerlo. Podía quedarse horas con el niño, si eso era lo que quería.

Cerró la puerta tras él. No tenía sentido que interfiriera ningún pagano.

—Alvin—dijo.

El niño estaba tendido bajo una manta, con la frente perlada de sudor. Los ojos, cerrados. Al cabo de un rato, abrió apenas la boca.

—Reverendo Thrower —musitó.

—El mismo —respondió Thrower—. Alvin, he venido a rezar por ti, para que el Señor libere tu cuerpo del dominio que está enfermándote.

Nuevamente se hizo una pausa, como si las palabras de Thrower tardaran en llegar hasta Alvin y la respuesta del niño se demorara en volver. —No hay ningún diablo... —repuso Alvin.

—No puede esperarse que un niño esté versado en asuntos de religión

—comenzó Thrower—. Pero debo decirte que la curación sólo tiene lugar en aquellos que tienen fe en que serán curados. —Luego dedicó varios minutos en recordar la historia de la hija del centurión y el relato de la mujer que perdía sangre y sólo tocó las vestiduras del Salvador—. ¿Recuerdas lo que él le dijo? Tu fe te ha hecho sanar. Así, Alvin Miller, tu fe debe ser poderosa para que el Señor pueda curarte.

El niño no replicó. Ya que Thrower había empleado su considerable elocuencia en el relato de ambas historias, le ofendió un tanto que el niño pudiera haberse dormido. Extendió uno de sus largos dedos y lo hundió en el hombro de Alvin. El pequeño se apartó. —Ya le he oído —dijo. No era bueno que el niño pudiera seguir mostrándose hosco después de oír la palabra esclarecedora del Señor.

—¿Y bien? —preguntó Thrower—. ¿Crees?

—¿En qué? —murmuró el niño.

—¡En los evangelios! En el Dios que te curaría si tan sólo abrieras tu corazón...

—Creo —susurró— en Dios.

Eso debiera haber bastado. Pero Thrower conocía demasiado bien la historia de la religión como para no insistir en más detalles. No era suficiente confesar fe en una deidad. Había muchas deidades, y todas eran falsas menos una.

—¿En qué Dios crees, Al Júnior?

—En Dios —repuso el pequeño.

—Hasta el moro salvaje ora hacia la Piedra Negra de la Meca y la llama Dios. ¿Crees en el Dios verdadero, y crees en Él correctamente? No... Entiendo que estás demasiado débil y febril para explicar tu fe. Te ayudaré, joven Alvin. Te haré preguntas y tú me dirás sí o no, según sea lo que creas.

Alvin permaneció a la espera.

—Alvin Miller, ¿crees en un Dios sin cuerpo, partes ni pasiones? ¿En el Creador inengendrado, cuyo centro está en todas partes, pero cuya circunferencia jamás puede ser hallada?

El niño pareció sopesar la cuestión un rato antes de hablar.

—Para mí eso no tiene ni pizca de sentido —repuso.

—No se supone que Él deba tener sentido para la mente carnal —dijo Thrower—. Sólo te pregunto ¿si crees en Aquel que ocupa el Trono sin Sitial, en el Ser que existe por sí mismo y que es tan vasto que colma el universo, pero tan ubicuo que mora hasta en tu corazón?

—¿Cómo puede estar sentado encima de algo que no tiene dónde apoyarse?

—preguntó el niño—. ¿Cómo puede entrar en mi corazón algo tan grande?

Obviamente, el pequeño era demasiado poco instruido y simple para aprehender las complejas paradojas teológicas. Pero allí había en juego algo más que una vida o un alma. El Visitante había dicho que si no lograba convertirlo a la fe verdadera, este niño echaría a perder todas las almas.

—He ahí su belleza —dijo Thrower, dejando que la emoción invadiera su voz—. Dios está más allá de nuestra comprensión, pero, en su infinito amor, El condesciende a salvarnos, a pesar de nuestra ignorancia y necesidad.

—¿No es una pasión el amor? —razonó Alvin.

—Si te causa problema la idea de Dios —dijo Thrower—, permíteme plantearte otra pregunta, que tal vez sea más pertinente. ¿Crees en el abismo sin final del infierno, donde los perversos se retuercen entre las llamas, sin consumirse jamás? ¿Crees en Satán, enemigo de Dios, que desea apoderarse de tu alma y llevarte cautivo a su reino, para atormentarte por toda la eternidad?

El niño pareció incorporarse un poco, y volver la cabeza hacia Thrower, aunque tampoco esta vez abrió los ojos.

—Podría creer en algo así—reconoció.

Ah, sí, pensó Thrower. El niño tiene cierta experiencia con el diablo.

—¿Lo has visto, pequeño?

—¿Qué aspecto tiene su diablo? —susurró Alvin.

—No es mi diablo —repuso Thrower—. Y si hubieras prestado atención a los sermones lo sabrías, pues lo he descrito muchas veces. Allí donde el hombre tiene cabello sobre la cabeza, el diablo tiene los cuernos de un toro. Donde un hombre tiene manos, el diablo tiene las garras de un oso. Posee las pezuñas de una cabra y su voz es como el rugido de un león enfurecido.

Para azoramiento de Thrower, el niño sonrió y su pecho se sacudió en una risa silenciosa.

—Y usted nos llama supersticiosos a nosotros...—dijo.

Thrower jamás habría creído cuan firme podía ser el dominio del diablo sobre el alma de un niño si no hubiera visto a Alvin reír de placer al escuchar la descripción del monstruo Lucifer. Esa risa debía ser acallada. ¡Era una ofensa contra Dios!

Thrower plantó la Biblia sobre el pecho del pequeño, lo cual lo dejó sin respiración. Entonces, con la mano firmemente posada sobre el libro, el mismo Thrower se sintió insuflado de palabras inspiradas y clamó con más pasión que nunca antes en su vida:

—¡Satán, en nombre del Señor, te condeno! Te ordeno que abandones a este niño, que te marches de esta habitación y de esta casa para siempre. Nunca vuelvas a intentar apoderarte de alma alguna en este sitio, o el poder de Dios sembrará la destrucción en los más profundos confines del infierno.

Luego, el silencio. Salvo por la respiración del niño, que parecía trabajosa. Había tanta paz en la habitación, tanta rectitud extenuada en el propio

corazón de Thrower, que se sintió convencido de que el diablo había obedecido su perorata y que se había retirado.

—Reverendo Thrower... —dijo el niño.

—¿Sí, hijo mío?

—¿Puede ya sacarme la Biblia del pecho? Calculo que si había algún diablo allí ya debe haberse ahogado.

Y luego el pequeño echó a reír nuevamente, haciendo que la Biblia se balanceara bajo la mano de Thrower.

En ese momento, la exaltación de Thrower se tornó franca desilusión.

Ciertamente, el hecho de que el niño pudiera reír tan diabólicamente mientras la mismísima Biblia reposaba sobre su pecho era prueba de que ningún poder podría expulsar el mal de su interior. El Visitante tenía razón. Thrower nunca tendría que haber rehusado desempeñar la labor titánica que el Visitante había puesto en sus manos. Había tenido el poder de ser quien acabara con la Bestia del Apocalipsis, y él se había mostrado demasiado débil, demasiado sentimental para aceptar el llamamiento divino. Podría haber sido un Samuel y dar muerte al enemigo de Dios. En cambio, soy un Saúl, un débil, incapaz de matar aquello que debe morir según el mandamiento del Señor, Ahora veré cómo este niño crece con el poder de Satán dentro de sí, y sabré que si se extienden sus demonios, sólo habrá sido por mi debilidad.

La habitación estaba demasiado caldeada y lo asfixiaba. No se había dado cuenta hasta entonces de que sus ropas estaban empapadas de sudor. Era difícil respirar. ¿Pero qué debía esperar? En esa habitación se notaba el sofocante hálito del infierno. Boqueando, tomó la Biblia, la interpuso entre él y ese niño satánico que yacía riendo febrilmente bajo las frazadas y huyó. Se detuvo en la sala principal, respirando pesadamente. Había interrumpido una conversación, pero apenas lo había notado. ¿Qué importaba la conversación de esa gente ignorante comparada con lo que acababa de experimentar? He estado en presencia del esbirro de Satán, enmascarado tras la imagen de un niño; pero sus blasfemias lo han revelado a mis ojos. Debería haber comprendido quién era este niño hace muchos años, cuando posé mis manos sobre su cabeza y la encontré tan perfectamente equilibrada. Sólo un impostor podría ser tan perfecto. El niño nunca fue real. Ah, si tuviera la fortaleza de los grandes profetas de la antigüedad para poder derrotar al enemigo y llevar el trofeo ante mi Señor...

Alguien tironeaba de su manga.

—¿Está usted bien, reverendo?

Era la buena de Fe, pero el reverendo Thrower no pensó en responderle. Su insistencia le hizo darse la vuelta y volver el rostro hacia la chimenea. Allí, sobre la piedra, vio una imagen tallada, y en su estado de confusión no pudo determinar de inmediato de qué se trataba. Parecía el rostro de un alma atormentada, rodeada por tentáculos que se retorcían. Llamas, pensó. Eso debe ser, es un alma hundiéndose en el azufre, ardiendo en las llamaradas del infierno. La imagen le resultaba una tortura, pero a la vez lo reconfortaba, pues su presencia en la casa demostraba los estrechos lazos que la familia guardaba con el infierno. Estaba entre enemigos. A su mente vino una frase del Salmista: «Fuertes toros de Basan me han cercado. Abrieron sobre mí su boca, como león rampante y rugiente. Heme escurrido como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

—Venga —dijo la buena de Fe—. Siéntese.

—¿El niño se encuentra bien? —preguntó Miller.

—¿El niño? —repitió Thrower. Las palabras apenas podían salir de su boca. El niño es una arpía de Sheol, y usted me pregunta cómo se encuentra...—. Tan bien como cabría esperar—repuso.

Luego volvieron a la conversación. Al poco rato empezó a comprender de qué estaban hablando. Al parecer, Alvin quería que alguien cortase la parte enferma del hueso. Mesura había traído una sierra de dientes finos del cobertizo que servía de matadero. La discusión era entre Mesura y Fe, puesto que la mujer no quería que nadie cortara a su hijo, y entre Miller y los dos, pues Miller se negaba a hacerlo y Fe sólo consentiría si era el padre de Alvin quien hacía la operación.

—Si crees que debe hacerse —decía Fe—, no veo por qué prefieres que lo haga cualquiera menos tú.

—No lo haré yo —fue la respuesta de Miller.

A Thrower le sorprendió que el hombre tuviera miedo. De alzar el cuchillo contra la carne de su propio hijo.

—Pidió que fueras tú, Papá. Dijo que él dibujaría las marcas sobre la pierna para que hicieras bien los cortes. Sólo cortarás una capa de piel y la retirarás hacia atrás, y allí debajo estará el hueso. Tienes que hacer una cuña y extirpar la parte enferma...

—No soy de las que se desmayan —afirmó Fe—, pero siento que la cabeza me empieza a dar vueltas...

—Si Al Júnior dice que hay que hacerlo, pues se hará—dijo Miller—. Pero no seré yo quien lo haga.

Entonces, como si un rayo de luz iluminara la habitación oscurecida, el reverendo Thrower vio su salvación. El Señor le ofrecía claramente la oportunidad exacta que el Visitante había profetizado. Una oportunidad de tener un cuchillo en sus manos, de cortar la pierna del niño y de seccionar accidentalmente una arteria y dejar manar la sangre hasta que la vida se extinguiera. Lo que antes había sido renuente a hacer en la iglesia, pensando que Alvin era sólo una criatura, ahora lo haría con gusto, después de haber visto que el mal se ocultaba tras el disfraz de un niño.

—Yo estoy aquí—dijo.

Los demás lo miraron.

—No soy cirujano, pero tengo ciertos conocimientos de anatomía. Soy científico.

—Sesomántico... —recordó Miller.

—¿Ha troceado usted alguna vez vacas o cerdos? —preguntó Mesura.

—¡Mesura! —exclamó su madre horrorizada—. Tu hermano no es ninguna bestia...

—Sólo quería saber si no vomitaría cuando viera salir sangre.

—Ya he visto sangre —dijo Thrower —y no tengo miedo, cuando la cirugía es para salvar a alguien.

—¡Ay, reverendo Thrower, sería pedirle demasiado...! —exclamó la buena de Fe.

—Ahora veo que tal vez fue la inspiración lo que me hizo venir hoy, después de tanto tiempo lejos de esta casa.

—Lo que lo hizo venir fue el zopenco de mi yerno —dijo Miller.

—Bueno, fue una idea que se me ocurrió —comentó Thrower—. Veo que no queréis que lo haga, y no os culpo por ello. Aun cuando signifique salvar la vida de un hijo, es algo arriesgado dejar que un extraño realice una operación quirúrgica sobre su cuerpo...

—Usted no es ningún extraño —intervino Fe Miller.

—¿Y si algo no marchara bien? Podría fallarme el pulso. Su herida podría haber modificado el curso de ciertas arterias. Tal vez cortase alguna acci-

dentalmente; la muerte sería entonces cuestión de segundos. Y yo tendría en mis manos la sangre de vuestro hijo...

—Reverendo Thrower —dijo Fe—, no podemos culparlo por una fatalidad. Lo único que nos queda es intentarlo.

—Lo cierto es que si no hacemos algo morirá —intervino Mesura—. Dice que tenemos que cortar ahora mismo, antes de que el mal se extienda.

—Tal vez uno de sus hijos mayores... —sugirió Thrower.

—No hay tiempo para ir a buscarlos —exclamó Fe—. Ay, Alvin, tú has escogido que este niño llevara tu nombre. ¿Lo dejarás morir por no permitir que el predicador esté aquí?

Miller sacudió la cabeza con pesar.

—Hágalo, pues.

—Él prefiere que seas tú, Papá —dijo Mesura.

—¡No! —rehusó Miller con vehemencia—. Cualquiera será mejor que yo.

Incluso él será mejor que yo.

Thrower vio desencanto y hasta desprecio en el rostro de Mesura. Se puso de pie y fue hasta donde estaba Mesura, que sostenía entre sus manos una sierra y un cuchillo...

—Joven —le dijo— no juzgues nunca a un hombre como un cobarde. No puedes saber qué razones alberga en su corazón.

Thrower se volvió a Miller y reconoció en su rostro una mirada de sorpresa y gratitud.

—Dadle las herramientas —ordenó Miller.

Mesura le tendió el cuchillo y la sierra. Thrower sacó un pañuelo y puso sobre él los instrumentos que Mesura le alcanzaba.

Qué fácil había sido todo... En unos instantes todos estaban pidiéndole que aceptara el cuchillo y lo absolvían por anticipado de cualquier accidente que pudiese ocurrir. Hasta había ganado el primer asomo de amistad por parte de Alvin Miller. Ah, los he engañado a todos, se dijo triunfal. Estoy a la altura de vuestro amo, el demonio. He burlado al gran burlador, y antes de una hora habré enviado de regreso al infierno a su corrupta prole.

—¿Quién sostendrá al niño? —preguntó Thrower—. Aunque le deis vino, el dolor lo hará saltar a menos que alguien lo sujete.

—Yo lo haré —se ofreció Mesura. —Pero no tomará vino —informó Fe—. Dise que tiene que estar despierto.

—Es un niño de diez años —advirtió Thrower—. Si vosotros insistís en que lo beba, no tendrá más remedio que obedeceros. Fe sacudió la cabeza.

—Él sabe lo que le conviene. Sabe soportar muy bien el dolor. Es de lo más sufrido. Lo nunca I visto.

Me lo imagino, dijo Thrower para sus adentros. El diablo que habita dentro del niño se regodea sin duda en el dolor y no desea que el vino atenúe su orgía.

—Muy bien, entonces —dijo—. No hay razón para demorarnos más. —Fue hasta la habitación delante de los demás y apartó resueltamente las frazadas del cuerpo de Alvin. El niño comenzó de inmediato a temblar de frío, aun cuando seguía sudando de fiebre.

—¿Habéis dicho que ha marcado el lugar dónde cortar?

—Al —anunció Mesura—. El reverendo Thrower está aquí para cortarte...

—Papá —dijo Alvin.

—No sirve de nada que se lo pidamos —confesó Mesura—. No lo hará.

—¿Estás seguro de que no quieres beber algo de vino? —propuso Fe.

Alvin comenzó a llorar.

—No —insistió—. Estaré bien si Papá me sostiene.

—Eso es —dijo Fe—. Que no haga el corte, pero estará aquí con el niño o lo incrustaré en la chimenea. O lo uno o lo otro. —Salió en tromba de la habitación.

—Dijo usted que el niño marcaría el lugar... —recordó Thrower.

—Oye, Al. Déjame sentarte un poco. Tengo un poco de carbón. Marca la pierna en el sitio exacto donde quieres que levanten la capa de piel...

Alvin gimió mientras Mesura lo incorporaba, pero al marcar un gran rectángulo de su pantorrilla, el pulso no le tembló.

—Corte desde abajo, y deje pegada la parte de arriba —dijo. Tenía la voz pastosa y opaca, y cada palabra le representaba un gran esfuerzo—. Mesura, tú sostendrás la capa de piel apartada mientras él corta.

—Eso tendrá que hacerlo Ma —dijo Mesura—. Yo he de aguantarte para que no saltes de dolor.

—No saltaré —aseguró Alvin— si Papá me sostiene.

Miller se introdujo lentamente en la habitación, escoltado por su esposa.

—Yo te sostendré —anunció. Tomó el lugar de Mesura, y se sentó detrás del niño con los brazos a su alrededor—. Te estoy abrazando —dijo.

—Muy bien, entonces —intervino Thrower. Y esperó el paso siguiente.

Esperó un buen rato...

—¿No olvida usted algo, reverendo? —preguntó Mesura.

—¿Qué cosa? —dijo Thrower.

—El cuchillo y la sierra —respondió.

Thrower miró su pañuelo, que yacía en su mano izquierda. Vacío.

—Pero si estaban aquí...

—Los dejó sobre la mesa cuando veníamos comentó Mesura.

—Iré a buscarlos —dijo la buena de Fe. Y salió e la habitación a toda prisa.

Aguardaron y aguardaron y aguardaron. Finalmente, Mesura se puso de pie.

—No puedo entender por qué no regresa.

Thrower fue tras él. Hallaron a Fe en la sala principal, remendando una colcha con las niñas.

—Mamá —dijo Mesura—. ¿Y el cuchillo y la sierra?

—Santo Cielo —exclamó Fe—. No sé qué me ha pasado. Ya no me acordaba para qué había venido hasta aquí. —Tomó el cuchillo y la sierra y regresó a la habitación de Alvin. Mesura se encogió de hombros ante Thrower y ambos la siguieron. Ahora, pensó Thrower. Ahora haré todo lo que el Señor espera de mí. El Visitante verá que soy un fiel amigo de mi Salvador, y mi sitio en el paraíso estará asegurado. No como este pobre, miserable pecador, que vivirá atrapado en la hoguera del infierno.

—Reverendo... —dijo Mesura—. ¿Qué hace?

—Este dibujo... —comentó Thrower.

—¿Qué le pasa?

Thrower examinó de cerca el grabado que había sobre la chimenea. No era un alma en el infierno. Era una representación del hijo mayor de la familia, Vigor, ahogándose. Había oído la historia al menos una docena de veces. ¿Pero por qué estaba allí, mirándolo, cuando tenía una misión tan grandiosa e importante que cumplir en la otra habitación?

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —respondió Thrower—. Sólo necesitaba un instante de oración silenciosa y un poco de meditación antes de emprender esta tarea...

Avanzó resueltamente hasta la habitación y se sentó en la silla, al lado del lecho donde yacía trémulo el hijo de Satán, a la espera del cuchillo. Thrower buscó los instrumentos del crimen sagrado. No estaban por ninguna parte.

—¿Y el cuchillo?—preguntó.

Fe miró a Mesura.

—¿No trajiste las cosas contigo? —le dijo.
—Eras tú quien las traía —le recordó Mesura.
—Pero cuando saliste a buscar al predicador, ¿no las cogiste?
—¿Yo hice eso? —Mesura parecía confundido—. Debo de haberlas dejado allí abajo... —Se puso de pie y abandonó la habitación.
Thrower comenzó a notar que allí estaba sucediendo algo extraño, aunque no podía determinar qué. Fue hasta la puerta a esperar el regreso de Mesura. Allí estaba Cally de pie, sosteniendo su pizarra y mirando al ministro.
—¿Va a matar a mi hermano? —le preguntó.
—Ni siquiera pienses en algo semejante —le reconvino Thrower.
Mesura le entregó los instrumentos con aire amoscado.
—No puedo creer que haya dejado las herramientas sobre la solera de esa manera... —Y luego el joven hizo a un lado a Thrower y entró en el dormitorio...
Instantes después, Thrower lo siguió y ocupó su lugar al lado de la pierna expuesta, donde se veía el rectángulo tiznado de negro.
—Bueno, ¿dónde están? —preguntó Fe.
Thrower advirtió que no tenía el cuchillo ni la sierra. Estaba totalmente confundido. Mesura se los había entregado al otro lado de la puerta. ¿Cómo podía ser que los hubiese perdido?
Cally asomó por la puerta.
—¿Para qué quiero yo todo esto? —preguntó. En sus manos mostraba ambas herramientas.
—Buena pregunta —dijo Mesura, mirando al pastor con el ceño fruncido—. ¿Por qué se las ha dado a él?
—Pues yo no he sido —se defendió Thrower—. Se las habrás dado tú...
—Pero si las puse en sus manos...
—Me las dio el predicador —dijo el pequeño.
—Bueno, tráelas aquí—ordenó su madre.
Cally entró obedientemente en la habitación, blandiendo las hojas como si fueran trofeos de guerra. Como el ataque de un gran ejército. Ah, sí, de un gran ejército... Como el ejército de israelitas que Josué condujo a la tierra prometida. Así llevaban sus armas, en alto, por encima de sus cabezas, mientras marchaban alrededor de la ciudad de Jericó. Marchaban y marchaban. Marchaban y marchaban. Y al séptimo día se detuvieron, e hicieron tronar sus trompetas y dieron un grito estruendoso, y los muros se derribaron, y alzaron las espadas y los cuchillos por encima de sus cabezas y embistieron contra la ciudad, despedazando hombres, mujeres y niños, todos enemigos de Dios, para que la tierra prometida se viera libre de su inmundicia y se preparara para recibir al pueblo del Señor. Y al final del día todos yacían tendidos sobre el lecho de sangre, y Josué se detuvo entre ellos, el gran profeta de Dios, sosteniendo una espada sangrienta sobre su cabeza, y gritó. ¿Qué había gritado? No puedo recordar qué fue lo que exclamó. Si pudiera recordar cuáles fueron sus palabras, comprendería por qué estoy aquí de pie en el camino, rodeado por árboles cubiertos de nieve...
El reverendo Thrower miró sus manos y miró los árboles. Había caminado casi un kilómetro desde la casa de los Miller. Ni siquiera llevaba puesta su capa. Entonces vio claramente la verdad. No había engañado al diablo en absoluto. Satán lo había llevado hasta allí, en menos de lo que canta un gallo, para impedirle acabar con la Bestia. Thrower había fracasado en su única oportunidad de grandeza. Se inclinó contra un tronco negro y frío y lloró amargamente.

Cally avanzó hacia la habitación, llevando las herramientas sobre la cabeza. Mesura se dispuso a aferrar la pierna, cuando de pronto, Thrower se puso de pie y salió de la habitación con tal prisa que parecía encaminarse al excusado.

—Reverendo Thrower —exclamó Mamá—. ¿Adonde va usted?

Pero Mesura ya lo había comprendido todo.

—Déjalo que se marche, Mamá.

Oyeron que se abría la puerta principal y oyeron los pasos pesados del ministro sobre el patio.

—Cally, ve a cerrar la puerta —ordenó Mesura.

Y por una vez, Cally obedeció sin decir esta boca es mía. Mamá miró a Mesura, luego a Papá y luego otra vez a Mesura.

—No comprendo por qué se ha ido de ese modo —dijo.

Mesura le sonrió ligeramente y miró a Papá.

—Tú sí lo sabes, ¿verdad, Papá?

—Quizá... —repuso Miller.

Mesura se explicó ante su madre.

—Los cuchillos y ese predicador no pueden estar en esta habitación con Alvin Júnior al mismo Tiempo...

—¿Por qué no? —preguntó ella—. Si iba a hacer la operación...

—Bueno, ten por cierto que ya no la hará —concluyó Mesura.

El cuchillo y la sierra aguardaban sobre la manta.

—Papá... —anunció Mesura.

—Yo no —se negó Papá.

—Mamá...—prosiguió Mesura.

—No puedo... —se disculpó la mujer.

—Pues bien entonces... —dijo Mesura—. Supongo que acabo de convertirme en cirujano. —Miró a Alvin.

El rostro del niño tenía una palidez peor que el tono mortecino de la fiebre.

Pero se las arregló para esbozar una sonrisa y susurrar:

—Supongo que sí.

—Mamá, tendrás que sostener el colgajo de piel.

Fe asintió.

Mesura levantó el cuchillo y apoyó la hoja sobre la línea inferior.

—Mesura... —musitó el niño.

—Sí, Alvin... —respondió Mesura.

—Podré soportar el dolor y quedarme quieto si tú silbas.

—Pero si al mismo tiempo pretendo cortar derecho, no podré seguir ninguna melodía...

—No te pido ninguna melodía —dijo Alvin.

Mesura miró al niño a los ojos y no tuvo más remedio que hacer lo que le pedía. Era la pierna de Al, después de todo, y si quería una operación silbada, pues la tendría. Mesura se llenó los pulmones de aire y comenzó a silbar, sin seguir ninguna tonada en particular. Sólo silbar notas. Volvió a posar la hoja sobre la línea negra y cortó. Al principio fue un corte superficial, pero oyó que Al contenía la respiración.

—Sigue silbando —murmuró Alvin—. Y corta hasta el hueso.

Mesura silbó otra vez e hizo un tajo hondo y rápido. Hasta el hueso, en mitad de la línea. Dos cortes profundos a ambos lados, y luego deslizó el cuchillo por debajo de ambas esquinas y tiró atrás para separar la piel y el músculo.

Al principio sangró bastante, pero la hemorragia cesó casi de inmediato.

Mesura supuso que debía ser algo que Alvin estaba haciendo desde su interior, pues si no no entendía cómo la sangre podía dejar de manar de ese modo.

—Fe... —dijo Papá.

Mamá extendió su mano y la colocó bajo el trozo sangriento. Al acercó una mano temblorosa y dibujó una cuña sobre el hueso teñido de rojo, en su propia pierna. Mesura dejó el cuchillo a un lado y tomó la sierra. Se oyó un sonido espeluznante y horroroso. Pero Mesura siguió silbando y cortando, cortando y silbando. Y pronto, mostró en las manos una cuña de hueso. No parecía distinta del resto de la pierna.

—¿Estás seguro de que era el sitio correcto? —preguntó.

Al asintió lentamente.

—¿Lo he sacado todo? —preguntó Mesura.

Al permaneció unos segundos en silencio y luego volvió a asentir.

—¿Quieres que Mamá vuelva a coserte esto? —propuso su hermano.

Al no respondió.

—Se ha desmayado —señaló Papá.

La sangre comenzó a fluir nuevamente, muy despacio, manando de la herida. Mamá tenía hilo y aguja en el alfiletero que llevaba alrededor del cuello. En un santiamén había cosido en su sitio el colgajo de carne, con puntadas finas y firmes.

—Tú sigue silbando, Mesura —dijo ella.

Y Mesura silbó mientras ella cosía, hasta que la herida estuvo completamente vendada y Alvin quedó dormido de espaldas, como un recién nacido. Se pusieron en pie para marcharse. Papá posó su mano sobre la frente del pequeño, con toda la suavidad de que fue capaz.

—Creo que se le ha ido la fiebre —dijo.

La tonada de Mesura se volvió más vivaz mientras desaparecían tras la puerta.

Capítulo 14 EL CASTIGO

Elly lo vio y fue a recibirlo convertida en la dulzura en persona. Le sacudió la nieve, lo ayudó con su capa y en ningún momento le preguntó qué había sucedido.

Pero su gentileza no sirvió para nada. Había sido humillado ante su propia esposa, pues tarde o temprano ella sabría la verdad por boca de alguno de los crios. Y la historia no tardaría en circular de norte a sur del Wobbish. Cómo Soldado de Dios Weaver, comerciante de toda la región occidental, futuro gobernador, fue echado a patadas hasta dar de bruces sobre la nieve por su propio suegro. Se reirían a sus espaldas, vaya si no. Se reirían de él vergonzosamente. No en la cara, claro que no, pues no había una sola persona entre el lago Canadá y el río Ruidoso que no le debiera dinero o necesitara de sus mapas para demostrar la propiedad de sus tierras.

Y llegaría el día en que la región del Wobbish fuese un estado, y contarían la historia en todos los rincones. Quizá les gustara el hombre que motivaba sus burlas, pero no le tendrían respeto y nadie votaría por él.

Era la muerte de sus proyectos, y su esposa se parecía demasiado a los Miller. Era bonita, para ser una mujer de las fronteras, pero qué le importaba a él la belleza en ese momento. Qué le importaban las dulces noches y las serenas mañanas. Qué le importaba que trabajara a su lado en la tienda, codo con codo. Lo único que importaba era su furia y su vergüenza.

—No hagas eso.

—Debes quitarte esa camisa húmeda. ¿Cómo es que te ha llegado la nieve hasta la camisa?

—¡He dicho que me quites las manos de encima!

Ella retrocedió un paso, sorprendida.

—Sólo estaba...

—Sé muy bien lo que «sólo estabas». Pobre Soldadito de Dios, sólo tienes que consolarlo como a un niño y ya se sentirá mejor.

—Podrías morir de un resfri...

—Díselo a tu padre. Si dejo los bofes de tanto toser, puedes decirle qué significa arrojar un hombre a la nieve.

—¡Oh, no! —gritó—. ¡No puedo creer que Papá haya...!

—¿Has visto? Ni siquiera crees en tu propio esposo...

—Te creo, pero me parece imposible que Papá...

—Sí, señora. ¡Tu padre es como el mismo diablo, eso es! ¡Es lo que se respira en cada rincón de su casa! ¡El espíritu del mal! Y cuando un cristiano intenta pronunciar la palabra de Dios en ese lugar, lo arrojan a la nieve.

—¿Qué hacías tú allí?

—Trataba de salvar la vida de tu hermano. Sin duda debe de estar muerto a estás alturas...

—¿Y cómo podrías salvarlo tú?

Puede que ella no quisiera mostrarse tan despectiva. Daba igual. El sabía lo que había querido decir. Que como él no tenía ningún poder oculto, no podía hacer nada para ayudar a nadie. Después de dos años de casados, ella depositaba su fe en la brujería, igual que los suyos. No había podido cambiarla en lo más mínimo.

—Eres como ellos —le dijo—. El mal está tan arraigado en ti que no puedo erradicarlo con *oraciones*, no puedo erradicarlo con *prédicas*, con *amor*, ni con *gritos*. —Y cuando dijo «con oraciones», la sacudió un poco para subrayar la idea. Cuando dijo «con prédicas», la sacudió un poco más y la mujer dio un

paso atrás. Cuando dijo «con amor», le dio tal sacudida por los hombros que el cabello, que estaba recogido en un rodete, salió volando por los aires alrededor de su cabeza. Y cuando dijo «con gritos», la empujó tanto que Eleanor fue a dar al suelo.

Al verla caer, aun antes de que se golpeará, sintió tal vergüenza que fue peor que cuando su suegro lo arrojó a la nieve.

Un hombre fuerte me hace sentir débil, de modo que vuelvo a casa y golpeo a mi esposa para sentirme poderoso. Hasta aquí he sido un cristiano que jamás puso la mano sobre ningún hombre o mujer, y ahora golpeo a mi propia esposa, carne de mi carne, hasta hacerla caer al suelo.

Eso pensaba, y estaba por caer de rodillas y balbucear como un niño y pedirle perdón. Y lo habría hecho, pero cuando ella vio la expresión de su rostro, deformado por la vergüenza y la ira, no supo que el enojo de su marido era consigo mismo. Sólo supo que la estaba lastimando, e hizo lo que era natural en toda mujer que hubiera sido criada como ella: movió los dedos para hacer un conjuro de protección y murmuró una palabra para detenerlo.

No podía caer de rodillas delante de ella. No podía dar un solo paso hacia su mujer. Ni siquiera podía pensar en acercársele. Su conjuro era tan poderoso que se tambaleó hacia atrás, se encaminó hacia la puerta, la abrió y salió corriendo en mangas de camisa. Ese día se había hecho realidad aquello que más temía. Probablemente su futuro en política estuviese destruido, pero eso no era nada comparado con aquello otro: su propia esposa hacía brujerías en su propio hogar, y además en contra de él, y lo peor era que no había podido defenderse de sus conjuros. Era una bruja. Una bruja. Y su casa había quedado mancillada.

Hacía frío. No llevaba chaqueta. Ni siquiera chaleco. La camisa ya estaba húmeda desde antes, pero ahora se le pegaba a la piel y el frío le calaba hasta los huesos. Debía refugiarse en algún lado, pero no se atrevía a llamar a las puertas de nadie.

Había un sollo lugar donde podía ir: a la iglesia, sobre la colina. Thrower debía de tener encendido el fuego, y al menos no pasaría frío. En la iglesia podría orar y tratar de comprender por qué el Señor no lo había ayudado.

—¿Acaso no te he servido bien, Señor?

El reverendo Thrower abrió la puerta de la iglesia y entró con paso lento y temeroso. No podía soportar la idea de enfrentarse con el Visitante, sabiendo que había fracasado. Había sido su propia falta. Ahora lo sabía. Satán no debería tener poder sobre él para apartarlo de la casa de ese modo. Era un ministro, había sido ordenado, actuaba como emisario del Señor, seguía instrucciones dictadas por un ángel... Satán no debería poder arrojarlo así de esa casa, antes de que tuviera tiempo de enterarse siquiera de lo que estaba sucediendo con él.

Se quitó el manto. La iglesia estaba muy caliente. El fuego debía de haber estado ardiendo mucho tiempo en la chimenea. O acaso fuera el bochorno de la vergüenza.

No podía ser que Satán fuera más poderoso que el Señor. La única explicación posible era que el mismo Thrower fuese demasiado débil. Que su propia fe hubiese vacilado.

Thrower se arrodilló ante el altar y pronunció el nombre del Señor.

—¡Perdonadme por mi falta de fe! —gritó—. Tuve el cuchillo en mis manos, pero Satán se interpuso y no tuve fuerzas. —Recitó una letanía de autoflagelación y repasó todos sus fracasos de la jornada, hasta que por fin cayó exhausto.

Sólo entonces, con los ojos hinchados por el llanto, con la voz ronca y débil, comprendió en qué momento su fe había sido socavada. Fue cuando estaba

de pie en la habitación de Alvin, pidiendo al niño que confesara su fe, y el pequeño se mofó de los misterios de Dios. «¿Cómo puede sentarse encima de algo que no tiene dónde apoyarse?» Si bien Thrower había rechazado el argumento como resultado de la ignorancia y el mal, la pregunta había penetrado no obstante en su corazón hasta perforar la médula de su convicción. Certezas que había sostenido durante toda su vida eran ahora vulneradas por las preguntas de un niño ignorante.

—Me robó la fe —dijo Thrower—. Entré en esa habitación como hombre de Dios y salí presa de la duda.

—Realmente... —dijo a sus espaldas una voz. Una voz que conocía.

Una voz que ahora, en ese momento de fracaso, deseaba y temía. Oh, mi Visitante, mi amigo, consuélame y perdóname. Pero no dejes también de castigarme con la ira formidable de un Dios celoso.

—¿Castigarte? —le preguntó el Visitante—. ¿Cómo podría castigar a semejante espécimen glorioso de la humanidad?

—No soy glorioso —dijo Thrower con pesar.

—Bueno, para el caso, eres apenas humano —repuso el Visitante—. ¿A semejanza de quién fuiste hecho? Te envié a transmitir mi palabra a esa casa, y en cambio casi te han convertido. ¿Cómo he de llamarte ahora? ¿Hereje? ¿O sólo escéptico?

—¡Cristiano! —exclamó Thrower—. Perdóname y llámame cristiano una vez más.

—Tuviste el cuchillo en tus manos, pero lo apartaste.

—No quise hacerlo...

—Débil, débil, débil, débil, débil... —Cada vez que el Visitante repetía la palabra, la estiraba más y más, hasta que al fin cada repetición fue un canto en sí misma. Y mientras cantaba, empezó a caminar alrededor de la iglesia. No corría: caminaba deprisa. Con más premura de la que cualquier hombre podía ser capaz—. Débil... débil... —Se movía tan rápido que Thrower debía girar constantemente para no perderlo de vista. El Visitante ya no caminaba sobre el suelo. Se deslizaba sobre las paredes, y su movimiento era suave y veloz como el de una cucaracha. Y luego, más deprisa aún, hasta convertirse en una mancha que Thrower no llegaba a enfocar con claridad por mucho que girara. Se inclinó sobre el altar, frente a los bancos vacíos, observando la carrera del Visitante una y otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Gradualmente, Thrower comprendió que el Visitante había mudado de forma, que se había estirado, como una bestia larga y esbelta, como una lagartija, como un lagarto, de escamas lustrosas y brillantes, más y más largo.

Finalmente, el cuerpo del Visitante se estiró tanto que cercó el recinto, como una vasta serpiente que girara con la cola entre los dientes.

Y, en su mente, Thrower comprendió lo pequeño e insignificante que era, comparado con este ser glorioso que refulgía con mil colores distintos, que se encendía con un fuego interior, que respiraba penumbras y exhalaba luz. ¡Os adoro!, exclamó para sus adentros. ¡Sois todo lo que deseo! ¡Besadme con vuestro amor, para que pueda saborear vuestra gloria!

De pronto, el Visitante se detuvo y sus grandes fauces avanzaron hacia él. No para devorarlo, pues Thrower sabía que era demasiado indigno para ser engullido. Y vio la terrible aporía del hombre: vio que pendía sobre el hoyo del infierno, como una araña del hilo más débil, y que la única razón por la cual Dios no lo dejaba caer era porque ni siquiera merecía la destrucción. Dios no lo odiaba. Era tan vil que Dios lo desdeñaba.

Thrower miró a los ojos al Visitante y desesperó. Allí no había amor, ni perdón, ni ira, ni desprecio. Sólo un vacío mayúsculo. Las escamas centellearon, dispersando la luz de su fuego interior. Pero ese fuego no ardía a

través de sus ojos. Ni siquiera eran negros. Simplemente, esos ojos no existían: eran una nada que temblaba, que no se quedaba quieta. Thrower supo que estaba ante su propio reflejo, que no era nada, que la misma continuación de su existencia era una cruel pérdida de valioso espacio, que la única salida que le quedaba era ser aniquilado, destruido, para que el mundo pudiera retornar a la gloria que habría sido si Filadelfia Thrower nunca hubiera nacido.

Lo que despertó a Soldado de Dios fue la plegaria de Thrower. Estaba hecho un ovillo al lado de la estufa de Franklin. Tal vez hubiese cargado demasiado la estufa, pero era la única forma de quitarse el frío de dentro. Caracoles, cuando llegó a la iglesia, su camisa era un manto de hielo. Traería más carbón para retribuir el favor al clérigo.

Soldado pensó en hablar para hacerle saber a Thrower que se encontraba allí, pero cuando oyó las palabras que pronunciaba el pastor, no supo qué decir. Thrower hablaba de cuchillos y arterias, y de que debía haber cercenado a los enemigos de Dios. Al cabo de un minuto lo vio con claridad: ¡Thrower no había ido a salvar al niño, sino a matarlo! Algo debe de andar mal, pensó Soldado de Dios, cuando un hombre cristiano golpea a su mujer, una esposa cristiana embruja a su esposo y un ministro cristiano planea una muerte e implora perdón por no haber podido cometer el crimen.

Pero de pronto, Thrower dejó de orar. Tenía el rostro tan rojo y la voz tan ronca que Soldado pensó que le había dado una apoplejía. Pero no. Thrower alzó la cabeza como si estuviera escuchando a alguien.

Soldado trató de escuchar también y alcanzó a oír algo, como cuando la gente habla durante un temporal y no se entiende lo que dicen. Sé de qué se trata, pensó Soldado. El reverendo Thrower está teniendo una visión.

Sí. Thrower hablaba y la débil voz le respondía, y Thrower no tardó en ponerse a dar vueltas y vueltas sobre sí mismo, cada vez más rápido, como si estuviera observando algo sobre las paredes. Soldado trató de ver lo que el pastor contemplaba, pero no consiguió distinguirlo. Era como una sombra que pasaba frente al sol: no podía verse cuando entraba y cuando se iba pero, durante un segundo, el cielo se oscurecía y hacía más frío. Eso fue lo que vio Soldado de Dios.

Y luego se detuvo. Soldado vio un estremecimiento en el aire, un destello aquí y allá, como cuando la luz queda atrapada en un trozo de vidrio. ¿Acaso Thrower estaba viendo la gloria de Dios, como le ocurrió a Moisés? A juzgar por el rostro del pastor, no era probable. Soldado de Dios jamás había visto una expresión así en su vida. Así debía de ser el rostro de un hombre que tuviese que ver cómo mataban a su propio hijo.

El destello y el estremecimiento desaparecieron. La iglesia quedó en silencio. Soldado quiso correr hasta Thrower y preguntarle: «¿Qué ha visto? ¿Qué era su visión? ¿Una profecía?»

Pero Thrower no parecía muy dispuesto a responder preguntas. En su rostro se leía el deseo de morir. A paso más que lento, el predicador se alejaba del altar. Deambuló por entre los bancos, a veces golpeándose contra ellos, sin mirar ni fijarse en dónde ponía sus pies.

Finalmente se detuvo junto a la ventana, frente al vidrio, pero Soldado sabía que no veía nada en especial. Sólo estaba allí, de pie, con los ojos bien abiertos, con el aspecto de la misma muerte.

El reverendo Thrower levantó la mano derecha, con los dedos abiertos, y posó la palma de la mano sobre uno de los cristales. E hizo presión. Empujó con tal fuerza que Soldado vio cómo el vidrio se arqueaba hacia afuera.

—¡Deténgase! —gritó—. ¡Se cortará!

Thrower no dio señales de haber oído siquiera. Siguió haciendo presión.

Soldado echó a andar hacia él. Tenía que detener a ese hombre antes de que rompiera el vidrio y se cortara el brazo.

El vidrio se partió con un estallido. El brazo de Thrower siguió de largo, hasta el hombro. El predicador sonrió. Tiró del brazo y lo volvió a introducir en el recinto. Y luego comenzó a restregarlo contra el marco de la ventana, a frotarlo contra las astillas de vidrio que pendían de la masilla.

Soldado de Dios trató de apartar a Thrower de la ventana, pero el hombre tenía una fuerza que antes jamás había visto en él. Por último, Soldado tuvo que tomar carrerilla y derribarlo de un empujón. La sangre chorreaba por doquier. Soldado de Dios tomó el brazo de Thrower, que no cesaba de sangrar. Pero Thrower trató de zafarse de él. Soldado de Dios no tuvo elección. Por primera vez desde que se había convertido al Cristianismo, su mano se cerró en un puño para descargarse sobre el mentón de un predicador. La cabeza de Thrower se estrelló contra el suelo, donde quedó tendido e inconsciente.

Debo detener la hemorragia, pensó Soldado de Dios. Pero primero debía quitar los vidrios. Algunos de los trozos grandes estaban incrustados en forma superficial y no le fue difícil extraerlos. Pero otros, más pequeños, estaban profundamente hundidos y sólo se les veía la punta. Todo estaba tan cubierto de sangre que no lograba cogerlos. Finalmente, con todo, sacó casi todos los vidrios que pudo hallar. Por fortuna, no había un solo lugar donde la sangre saliera a borbotones, lo cual indicó a Soldado que las venas principales no habían sido seccionadas. Se quitó la camisa y se quedó con el torso desnudo ante la fría corriente que entraba por la ventana rota, pero apenas si reparó en ello. Hizo jirones la prenda y con ellos improvisó vendajes. Fajó las heridas y contuvo la sangre. Y luego se sentó a esperar que Thrower recuperara la conciencia.

Thrower se sorprendió al descubrir que no estaba muerto. Yacía de espaldas sobre el duro suelo, cubierto de ropas gruesas. Le dolía la cabeza. Y el brazo. Recordó haber querido cortarse el brazo, y supo que debía intentarlo nuevamente, pero no podía armarse del mismo deseo de morir que había sentido antes. Aun recordaba al Visitante en su forma de lagartija inmensa, aun recordaba esos ojos huecos, pero Thrower no lograba volver a sentirse como antes. Sólo sabía que en el mundo no había sentimiento peor.

Tenía un vendaje en el brazo. ¿Quién podía habérselo hecho?

Oyó correr el agua. Luego, el golpetear de un trapo húmedo contra la madera. Bajo la penumbra del invierno que entraba por la ventana pudo distinguir a alguien que lavaba las paredes. Uno de los cristales de la ventana estaba cubierto con una tabla de madera.

—¿Quién es? —preguntó Thrower—. ¿Quién es usted?

—Soy yo.

—Soldado de Dios.

—Estoy lavando las paredes. Esto es una iglesia, no un matadero.

Desde luego. Debía de haber sangre por todas partes.

—Lo siento —dijo Thrower.

—No me molesta estar limpiando —aclaró Soldado—. Creo que le quité todos los vidrios del brazo...

—Está desnudo...

—Mi camisa está precisamente en su brazo —repuso.

—Debe de tener frío.

—Tal vez haya sido así, pero he cubierto el agujero del cristal y la estufa ya ha caldeado el lugar. Es usted quien tiene el rostro tan blanco que parece haber estado muerto una semana entera.

Thrower intentó sentarse, pero le fue imposible. Estaba demasiado débil. El brazo le dolía demasiado.

Soldado lo obligó a recostarse.

—Ahora quédese tendido, reverendo Thrower. Así, tumbado. Ha vivido toda una conmoción.

—Sí...

—Espero que no se moleste, pero cuando usted entró, yo ya estaba en la iglesia. Me había quedado dormido al lado de la estufa... Mi esposa me echó de casa. Hoy me han echado dos veces en un mismo día... —Se rió, pero sin alegría—. De modo que lo vi.

—¿Qué vio?

—Estaba teniendo una visión, ¿verdad?

—¿Lo vio a él?

—No fue mucho lo que pude ver. En realidad lo vi a usted, pero tuve algunas imágenes de algo, si sabe a qué me refiero... corriendo por las paredes.

—Lo vio... —dijo Thrower—. Oh, Soldado, fue terrible, y fue hermoso.

—¿Vio a Dios?

—¿Si vi a Dios? No, Soldado, Dios no tiene cuerpo que uno pueda ver. Vi un ángel, un ángel del castigo. Sin duda, es esto lo que debió de ver el Faraón: el ángel de la muerte que atravesó las ciudades de Egipto para llevarse a su primogénito.

—Oh... —dijo Soldado, algo intrigado—. ¿Entonces debía dejarlo morir?

—Si estaba destinado a morir, no podría haberme salvado — arguyó Thrower—. El hecho de que usted me salvara, y de que estuviera aquí en el momento de mi desesperación, es señal segura de que no debía morir. Fui castigado, pero no destruido, Soldado de Dios. Tengo otra oportunidad...

Soldado asintió, pero Thrower sintió que algo lo preocupaba.

—¿Qué le sucede? —preguntó Thrower—. ¿Qué quiere preguntarme?

Los ojos de Soldado se abrieron desorbitados.

—¿Puede leer mis pensamientos?

—Si pudiera, no se lo estaría preguntando...

Soldado sonrió.

—Me figuro que no.

—Si puedo, le diré lo que desea saber.

—Le oí rezar... —comenzó Soldado de Dios. Aguardó, como si aquello fuera la pregunta.

Como Thrower no sabía cuál era el interrogante, no estaba seguro de lo que debía responder.

—Estaba desesperado porque defraudé al Señor. Me fue dada una misión que cumplir, pero en el momento crucial mi corazón se dejó vencer por la duda.

—Con su mano sana aferró a Soldado. Lo único que pudo tocar fue la tela de los pantalones del hombre, que estaba de rodillas a su lado—. Soldado de Dios —le dijo—: jamás permita que la duda se apodere de su corazón. Jamás cuestione lo que sabe que es verdad. Es el portal para que Satán tome posesión de usted.

Pero ésa no era la respuesta que Soldado esperaba.

—Diga lo que deseaba preguntar y le diré la verdad, si puedo.

—Usted hablaba de matar... —le indicó Soldado.

Thrower había pensado no decir a nadie la carga que el Señor había depositado sobre sus hombros.

No habría permitido que lo supiese el hombre que estaba en la iglesia.

—Creo —dijo Thrower— que fue el Señor quien lo envió. Soy débil, Soldado, y no pude cumplir lo que Dios esperaba de mí. Pero ahora veo que usted, un hombre de fe, ha llegado hasta mí como amigo y persona de ayuda.

—¿Qué le pidió el Señor? —quiso saber Soldado.

—No que asesinara, hermano mío. El Señor jamás me pidió que matara a un hombre. Sí me encomendó que acabara con un diablo. Un diablo vestido de hombre. Que vive en esa casa.

Soldado de Dios frunció los labios, inmerso en sus pensamientos.

—¿Lo que intenta decirme es que el niño no está poseído? ¿No es algo que usted pueda arrojar de su cuerpo?

—Lo intenté, pero se rió de las Sagradas Escrituras y se mofó de mis palabras de exorcismo. No está poseído, Soldado de Dios. Es hijo del Diablo.

Soldado sacudió la cabeza.

—Mi esposa no es ningún diablo, y es su propia hermana.

—Ha renunciado a la herejía, y por ello ha ganado la pureza —sentenció Thrower.

Soldado de Dios lanzó una risa amarga.

—Eso creía...

Ahora Thrower comprendía por qué el hombre se había refugiado en la iglesia, en la morada del Señor: su propia casa era un sitio de corrupción.

—Soldado de Dios, ¿me ayudará a purgar este país, este pueblo, esa casa, esa familia, de la influencia maligna que la ha corrompido?

—¿Eso salvará a mi esposa? —preguntó Soldado—. ¿Eso acabará con su amor por la brujería?

—Tal vez —repuso Thrower—. Acaso el Señor nos haya unido para que ambos podamos purificar nuestros hogares.

—Sea cual fuere el precio —dijo Soldado de Dios—, estoy con usted contra el demonio.

Capítulo 15 PROMESAS

El herrero escuchó a Truecacuentos hasta que terminó de leer la carta.

—¿Recuerda usted a la familia?

—Sí —dijo Pacífico Smith—. El cementerio casi se diría que comenzó con su hijo mayor. Con mis propias manos retiré de las aguas su cadáver.

—Pues bien... ¿lo tomará como aprendiz?

Un joven, acaso de unos dieciséis años, entró en la forja llevando un cubo de nieve. Miró al visitante, bajó la cabeza y caminó hacia el barril que había cerca de la solera.

—Ya ve que ya tengo un aprendiz —dijo el herrero.

—Parece ya mayorcito... —comentó Truecacuentos.

—Va bien —concedió el herrero—. ¿No es cierto, Bosey? ¿Ya estás listo para instalarte por tu cuenta?

Bosey intentó una sonrisa, se irguió y asintió.

—Sí, señor—respondió.

—No soy un maestro nada fácil... —le previno el hombre.

—Alvin es un joven de buen corazón. Trabajaré duramente para usted.

—¿Pero me obedecerá? Me gusta que me obedezcan.

Truecacuentos volvió a mirar a Bosey. Se afanaba por llenar a paladas el barril de nieve.

—He dicho que es un joven de buen corazón. Le obedecerá si es justo con él... El herrero enfrentó su mirada.

—Siempre soy honesto. No golpeo a los mozos que me envían. ¿Alguna vez te he puesto la mano encima, Bosey?

—Jamás, señor...

—Ya ve, Truecacuentos, un aprendiz puede obedecer por miedo o por hambre. Pero si soy un buen maestro me obedecerá porque sabe que así ha de aprender.

Truecacuentos le sonrió.

—No hay paga —dijo—. El niño la cobrará por mí. E irá a la escuela...

—Según tengo entendido, un herrero no necesita saber leer y escribir.

—No pasará mucho tiempo antes de que el Hio sea parte de los Estados Unidos —profetizó Truecacuentos—. A mi entender, el niño debe votar, y leer los periódicos. El hombre que no sabe leer sólo sabe lo que los demás le dicen.

Pacífico Smith miró a Truecacuentos con una sonrisa algo velada en el rostro.

—¿Ah, sí? Pues está usted diciéndomelo. ¿No lo sé únicamente porque otros, principalmente usted, me lo están diciendo?

Truecacuentos se echó a reír y asintió. El herrero había dado en el clavo con su aguda observación.

—Me gano la vida contando cuentos —reconoció Truecacuentos—, de modo que sé que puede aprenderse mucho con el sonido de una voz. El niño sabe leer más de lo que se espera a su edad, conque no le hará daño perderse un tiempo de escuela. Pero su madre se ha empeñado en que sepa leer y hacer cuentas como un estudioso. Prométame que no se interpondrá entre el niño y sus estudios, si él lo desea, y lo dejamos así.

—Tiene mi palabra —repuso Pacífico Smith—. Y no hace falta que lo ponga por escrito. Un hombre no necesita saber leer y escribir para cumplir su palabra. Pero el que debe asentar sus promesas por escrito merece ser vigilado día y noche. Lo sé por experiencia. En estos días ya contamos con picapleitos aquí en Hatrack...

—Es la maldición del hombre civilizado —admitió Truecacuentos—. Cuando un hombre no puede conseguir que los demás crean ya en sus mentiras, contrata a un profesional para que mienta en su lugar.

Y rieron juntos de la ocurrencia, sentados sobre dos robustos tocones que había al otro lado de la puerta.

El fuego doraba sus rescoldos en la chimenea de ladrillos que tenían detrás y, en el exterior, el sol brillaba sobre la nieve a medio derretir. Frente a la forja, un cardenal pasó volando por encima del suelo pisoteado y salpicado de hierba y excrementos. Durante un segundo cegó los ojos de Truecacuentos, tal fue su fulgor contra los tonos blancos, grises y castaños del invierno próximo a su fin.

En ese momento de azoramiento ante el vuelo del cardenal, Truecacuentos supo con toda *certeza*, aunque no pudo decir por qué, que pasaría bastante tiempo antes de que el Deshacedor dejara que el pequeño Alvin llegase a este lugar. Y cuando lo hiciera, sería como un cardenal fuera de temporada, que sorprendería a las gentes del lugar creyendo ser natural como un ave en vuelo y sin saber el prodigio que representaba cada minuto que el pájaro aguantaba en el aire...

Truecacuentos meneó la cabeza y en ese momento la visión desapareció.

—Hecho entonces —dijo—. Les escribiré para que envíen al niño.

—Lo estaré esperando hasta principios de abril. ¡No más tarde!

—A menos que espere que el niño sepa controlar el tiempo, tendrá que ser flexible con las fechas.

El herrero gruñó y lo despidió con un gesto. Con todo, había sido una reunión satisfactoria. Truecacuentos se marchó de buen talante. Había cumplido su tarea. Sería fácil enviar una carta en alguna carreta que se encaminara al oeste. Cada semana pasaban varias caravanas por el pueblo de Hatrack. Había transcurrido largo tiempo desde que había pasado por ese sitio, pero seguía recordando el camino desde la forja hasta la hostería. Era un camino muy transitado y nada largo. Ahora la hostería se veía mucho más grande que antaño, y algo más allá, sobre el camino, también había otras tiendas. Un zapatero remendón, un talabartero y una tienda de ropa. La clase de servicios que podían ser de utilidad a los viajeros.

Apenas puso un pie en el patio, la puerta se abrió y asomó Peg, la vieja hostelera, con los brazos abiertos para recibirlo.

—¡Ay, Truecacuentos, cuánto hace que no nos veíamos...! ¡Pase usted!

—¡Me alegro de volver a verla, Peg...!

Horace el hostelero lo saludó desde el mostrador de la sala común, donde atendía a varios visitantes sedientos.

—Si hay algo que no necesito aquí es otro abstemio...

—En ese caso, tengo buenas noticias, Horace —repuso Truecacuentos jocosamente—. He abandonado el vicio del té.

—¿Y qué bebe, entonces? ¿Agua?

—Agua, y la sangre de viejos grasientos —dijo Truecacuentos.

Horace hizo un gesto a su mujer.

—Mantén a ese hombre lejos de mí, vieja Peg, ¿me oyes?

La vieja Peg lo ayudó a librarse de tanto abrigo.

—Mírese —indicó echándole un vistazo—. La carne que lleva a cuestas no alcanza para hacer un simple guisado...

—Por las noches, los osos y panteras pasan de largo junto a mí. Buscan presas más jugosas —bromeó Truecacuentos.

—Pase y cuénteme historias mientras preparo algo de comer para la compañía...

Hubo charla y plática, especialmente cuando Abuelito se acercó a ayudar.

Ya estaba algo chocho, pero todavía seguía teniendo mano para la cocina, lo cual era una bendición para todos los que comían allí; la vieja Peg tenía buenas intenciones y trabajaba con tesón, pero algunos tenían el don y otros no. De todas formas, Truecacuentos no había venido a comer, ni a conversar, y al cabo de un rato comprendió que debía ir al grano.

—¿Dónde está vuestra hija?

Para su asombro, la vieja Peg se endureció, y su voz se tornó fría y áspera.

—Ya no es tan pequeña. Ahora tiene ideas propias, y es la primera en decirlo. Y a usted eso no le agrada mucho, pensó Truecacuentos. Pero lo que tenía que hacer con la hija era más importante que cualquier rencilla familiar.

—¿Sigue siendo...?

—¿Tea? Sí, cumple con su tarea, pero eso no da ninguna alegría a los que vienen por ella. Fría y esquiva, eso es lo que es. Se ha ganado la fama de tener una lengua temible. —Por un instante, el rostro de la vieja Peg se suavizó—. Era una niña tan tierna...

—Jamás he visto que un corazón tierno se endureciera —aventuró Truecacuentos—. Al menos sin que hubiera una buena razón.

—Bueno, no sé cuál fue su *razón*, pero su alma se ha endurecido como un cubo de agua en una noche de invierno.

Truecacuentos contuvo la lengua para no largar un sermón. No dijo que si uno astilla el hielo se vuelve a congelar de inmediato, pero que si se acerca al calor se funde sin remedio. Para qué meterse en las disputas familiares. Truecacuentos conocía lo suficiente la forma de vida de las gentes para tomar esa reyerta como un acontecimiento natural, como los vientos fríos y los días cortos del otoño, como el trueno tras el relámpago. La mayoría de los padres no servía de mucho a los hijos crecidos.

—Tengo un asunto que tratar con ella —anunció Truecacuentos—. Me arriesgaré a que me saque los ojos.

La encontró en la oficina del doctor Whitley Physicker, trabajando en sus cuentas.

—No sabía que llevabas libros de contabilidad —le dijo.

—No sabía que se llevara muy bien con los médicos —repuso ella—. ¿O ha venido sólo para ver el milagro de una mujer que hace cuentas y multiplicaciones?

Ah, sí, era de lo más rápida con la lengua. Truecacuentos entendió que semejante genio podía incomodar a más de un pueblerino de esos para los cuales una jovencita debía bajar la vista y hablar suavemente, y sólo levantar la mirada de tanto en tanto, bajo los párpados caídos. Pero en Peggy no había nada de esa candorosa feminidad. Miraba a Truecacuentos a la cara, más de frente imposible.

—No he venido a que me curen —dijo Truecacuentos—, ni a que me predigas el futuro. Ni a que me hagan la cuenta.

Y allí lo tuvo. Apenas le respondió sinceramente en lugar de desairarla, le lanzó una sonrisa capaz de conjurar las verrugas de un sapo.

—No recuerdo que tuviera usted mucho que sumar o restar, de todas formas —dijo—. Nada más nada es igual a nada, según creo.

—Te equivocas, Peggy —dijo Truecacuentos—. Poseo el mundo entero, pero la gente no ha sido muy puntual pagando las facturas, últimamente.

La joven volvió a sonreír e hizo a un lado los libros del médico.

—Le llevo las cuentas una vez por mes, y él me trae cosas que leer de Dekane. —Le habló de lo que le gustaba leer, y Truecacuentos comenzó a darse cuenta de que su corazón anhelaba fronteras que se extendían mucho más allá del río Hatrack. También vio otras cosas: que ella, por ser una tea, conocía demasiado bien a los pobladores del lugar, y que en sitios lejanos

encontraría personas con almas puras como joyas que jamás defraudarían a una niña capaz de ver de lleno en sus corazones.

Es joven, después de todo, pensó. Dadle tiempo y aprenderá a amar la rectitud cuando la encuentre y a olvidarse del resto.

El médico no tardó en aparecer. Conversaron un rato y sólo por la tarde Truecacuentos pudo quedarse nuevamente a solas con Peggy y preguntarle lo que lo había llevado hasta ella.

—¿Hasta dónde puedes ver, Peggy?

Casi pudo notar que el cansancio se abatía sobre su rostro como una pesada cortina de terciopelo.

—Supongo que no me estará preguntando si necesito gafas...

—Pienso en una niña que una vez escribió en mi libro: «Nace un Hacedor.» Me pregunto si sigue observando a ese Hacedor de vez en cuando, para ver cómo anda su fortuna.

Apartó la mirada de él y miró el alto ventanal que la cortina ocultaba en parte, concediendo un poco de intimidad. El sol estaba por ponerse, y el cielo se veía gris, pero su rostro desbordaba de luz. Truecacuentos lo vio de inmediato. A veces no había que ser una tea para saber bien qué tenía una persona en el corazón.

—Me pregunto si esa tea vio que una viga caía sobre él en una ocasión...

—aventuró Truecacuentos.

—Me lo pregunto...

—O una rueda de molino...

—Podría ser.

—Y me pregunto si en cierta forma ella no habrá intervenido para partir esa viga en dos, y para rajar esa piedra de molino de tal forma que un viejo Truecacuentos pudo ver a través de la grieta la luz de una antorcha.

En sus ojos brillaron las lágrimas, pero no como si fuese a llorar. Estaba mirando al sol de frente y eso le humedecía los párpados.

—Un resto de membrana de su nacimiento, hecha polvo, y cualquiera puede utilizar el propio poder del niño para conseguir un par de torpes intervenciones... —dijo con suavidad.

—Pero ahora él conoce algo de su propio don, y ha deshecho lo que tú hiciste por él.

La joven asintió.

—Debe de ser una tarea solitaria la de estar vigilándolo desde tan lejos...

—comentó con suavidad Truecacuentos.

Ella meneó la cabeza.

—No para mí. Siempre hay gente a mi alrededor. —Lo miró y sonrió lóbregamente—. Es casi un alivio poder pasar algo de tiempo con el único niño que no desea nada de mí porque ni siquiera sabe que existo.

—Yo lo sé, y sin embargo tampoco quiero nada de ti —dijo Truecacuentos.

Ella sonrió.

—Eres un viejo embustero...

—Muy bien. Sí quiero algo de ti, pero no es algo para mí. He conocido a ese niño y, aunque no puedo ver en su corazón del mismo modo que tú, creo conocerlo. Creo saber lo que podría ser, lo que podría hacer, y deseo que sepas que si alguna vez necesitas mi ayuda para lo que fuere, sólo tienes que ponerme sobre aviso, decirme qué debo hacer, y yo lo haré, mientras esté en mi poder.

Ella no respondió, ni lo miró.

—Hasta hoy no has necesitado ayuda —prosiguió Truecacuentos—, pero ahora tiene ideas propias, y no siempre podrás hacer por él lo que le conviene. Los peligros no sólo provendrán de cosas que caigan sobre él o que hieran su

cuerpo. Estará expuesto a iguales peligros al tomar decisiones por sí mismo. Sólo te digo que si ves esos peligros y necesitas mi ayuda, yo estaré aquí para lo que sea.

—Es un consuelo —dijo Peggy por fin. Hablaba con sinceridad, Truecacuentos lo sabía, pero también sabía que se reservaba algo.

—Y también quiero que sepas que vendrá aquí para principios de abril. Trabajaré con el herrero como aprendiz.

—Sé que ha de venir —confirmó la joven—. Pero no será para principios de abril.

—¿Eh?

—Ni siquiera será este año...

El temor por la suerte del niño atravesó el corazón de Truecacuentos.

—Creo que después de todo sí he venido a oírte hablar del futuro. ¿Qué le depara el destino? ¿Qué ha de sucederle?

—Pueden pasar toda clase de cosas —dijo ella—. Sería una necia si dijera cuál. Todo el rato veo que se abren miles de caminos ante él. Pero son pocos los que lo conducen hasta aquí en abril, y muchos los que lo retienen, muerto, con el hacha de un piel roja hundida en la cabeza...

Truecacuentos se inclinó por encima del escritorio del médico y posó su mano sobre la de ella.

—¿Vivirá?

—Mientras me quede aliento en el cuerpo —respondió.

—Y mientras lo haya en el mío —dijo él.

Permanecieron en silencio unos instantes, con las manos unidas, mirándose de frente, hasta que ella estalló en risa y apartó los ojos.

—Por lo general, cuando la gente se ríe suelo entender el chiste —dijo Truecacuentos.

—Pensaba en que somos una pobre alianza, los dos, con todos los enemigos que el niño tendrá que hacer frente.

—Cierto —admitió Truecacuentos—, pero nuestra causa es buena, y por ello toda la naturaleza se pondrá de nuestro lado, ¿no crees?

—Y también Dios —aseguró ella con firmeza.

—Eso no podría decirlo —atajó Truecacuentos—. Los predicadores y sacerdotes parecen tenerlo tan cercado con doctrinas que el pobre Padre Nuestro apenas si encuentra modo de actuar. Ahora que han conseguido interpretar la Biblia en forma segura, lo último que desean es que Él pronuncie otra palabra o que muestre sobre este mundo su mano poderosa.

—Vi su mano poderosa hace algunos años, durante el alumbramiento del séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón —repuso ella—. Llámalo naturaleza, si eso deseas, ya que tienes toda clase de conocimientos propios de filósofos y magos. Yo sólo sé que la vida del niño y la mía están ligadas como si ambos hubiésemos nacido de un mismo vientre.

Truecacuentos no meditó su siguiente pregunta, que partió de sus labios antes de que pudiera pensar en ella.

—¿Eso te alegra?

La joven lo miró con una tristeza espantosa en los ojos.

—No muy a menudo —confesó.

Fue tal el cansancio que dejó entrever que Truecacuentos no pudo contenerse. Se puso de pie, caminó hasta su silla, y se plantó detrás de ella para abrazarla como un padre a su hija, y la estrechó un largo rato. No supo decir si ella se echó a llorar o si logró contener las lágrimas. No dijeron una palabra. Finalmente, la joven se libró de su abrazo y volvió a enfrascarse en los libros. Y él se marchó sin profanar el silencio.

Truecacuentos deambuló hasta la hostería para comer algo. Había cuentos que contar y labores que realizar para ganarse el hospedaje. Pero todas las historias empalidecían al lado de la única que no podía contar, de la única historia cuyo final ignoraba.

Sobre el prado que rodeaba el molino había media docena de carretas, vigiladas por los granjeros que habían recorrido todo el trayecto para conseguir harina de buena calidad. Sus esposas ya no tenían que sudar sobre el mortero ni afanarse para conseguir un pan duro y ordinario. El molino rodaba a toda marcha, y todos los campesinos del lugar, en kilómetros a la redonda, traían su grano al pueblo de Iglesia de Vigor.

El agua hacía girar la inmensa rueda a su paso. Dentro del molino, la fuerza de la rueda de madera era transportada por los engranajes que ponían en movimiento la tritadora sobre la cara de la rueda de piedra del molino, surcada por tallas de un cuarto.

El molinero vertía el trigo sobre la piedra. Sobre él rodaba la tritadora, aplastándolo hasta convertirlo en harina. El molinero la aplanaba para una segunda molienda y luego lo cepillaba dentro de una cesta, que sostenía su hijo de diez años. Y el niño vertía la harina en el cernidor y la sacudía dentro de un costal de tela. Lo que quedaba en el cernidor era vaciado en un barril de ensilaje. Y luego regresaba al lado de su padre para cargar la próxima cesta de trigo.

Trabajaban juntos, con idéntico pensamiento. Cada uno sentía: «Esto es lo que deseo hacer toda mi vida. Levantarme por las mañanas, venir al molino y trabajar la jornada entera teniéndole a él a mi lado.» No importaba que fuera un deseo imposible. No importaba que tal vez nunca volvieran a verse, una vez que el niño marchara como aprendiz al sitio que lo viera nacer. Eso sólo hacía más dulce ese instante que no tardaría en ser un recuerdo. Que no tardaría en ser un sueño.